· Autora *Best Seller* de *Con las manos en las bragas* ·

NOELIA MEDINA

EL FRUTO PROHIBIDO DE ADÁN

TRILOGÍA
PECADO DIVINO
PARTE I

El fruto prohibido de Adán

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).
© Noelia Medina 2021
Composición: As Design

El fruto prohibido de Adán

Trilogía
Pecado divino
parte 1

Noelia Medina

Todos los impulsos que nos esforzamos por estrangular se multiplican en la mente y nos envenenan. Que el cuerpo peque una vez, y se habrá librado de su pecado, porque la acción es un modo de purificación. Después no queda nada, excepto el recuerdo de un placer o la voluptuosidad de un remordimiento.

Oscar Wilde

Para Aeternums.
Por todo, que no es poco.

Nota de la autora

Las palabras tienen algo especial. En manos expertas, manipuladas con destreza, nos convierten en sus prisioneros. Se enredan en nuestros brazos como tela de araña, y en cuanto estamos tan embelesados que no podemos movernos, nos perforan la piel, se infiltran en la sangre, adormecen el pensamiento. Y ya dentro de nosotros ejercen su magia.

El cuento número trece
Diane Setterfield

El cuento número trece no ha sido un libro mejor ni peor que otros en mi vida, simplemente me encantó cómo contaba lo que quería contar y me encandiló su narración. Cuando lo abrí, la historia que vais a leer a continuación ya estaba empezada. Lo cerré la noche antes de viajar a Fuenteheridos y pasar el fin de semana en esa casa rural donde Adán y Eva se funden frente a una chimenea. En uno de los dormitorios de aquella vivienda —en el que yo dormí, concretamente— encontré una edición diferente del mismo libro. Me sorprendió muchísimo la casualidad. Me quedé estática, con los dedos en su tapa. Creo en las señales, sobre todo en las que me lanzan las historias inventadas, y por ello he decidido que sea el mismo título el que guíe a Eva a través de su travesía. He aquí el motivo por el que cada frase que aparece en el inicio de los capítulos pertenece a Diane Setterfield. El cuerpo me pidió introducirlas, como he intentado reflejar cada lugar real que habéis leído.

Todas mis obras tienen algo que, a modo personal, las hacen únicas e irrepetibles. Esta cuenta con ese detalle: la mayoría de los lugares que aparecen a lo largo de sus páginas han sido significativos para mí, ya sea por algo muy simple o muy especial, pero sobre todo por las personas que me han acompañado a cada uno de ellos.

Espero que, como cita Diane al comienzo de esta nota de autora, mis palabras os perforen la piel, os adormezcan el pensamiento y sean capaces de crear esa magia dentro de vosotros.

Todos somos el secreto de alguien.

Aunque no lo creas posible, aunque no lo sospeches, alguien se durmió pensando en ti. O puede que llorara, sonriera o imaginara cómo sería besarte, qué textura tendría tu boca, qué le dirías cuando el beso acabase, cómo os miraríais, cómo te haría el amor durante horas. Y lo mejor… es que esa persona es prácticamente insospechable para ti. ¿Quién sabe si siempre estuvo cerca, muy cerca, o te contemplaba en la distancia? ¿Quién sabe si era incorrecto pensarte?

En no saber está la magia. Es lo bonito de ser un secreto.

Dirás que estoy muy segura de mis palabras, y tienes razón. Si alguna virtud me caracteriza, entre pocas, es la de hablar únicamente de lo que sé.

Créeme cuando te digo que conozco la sensación de dormirte con un rostro en la mente, con unos ojos. Créeme cuando confieso que siempre imaginé cómo serían sus labios, cómo sería pegar los míos y saborearlos. ¿Qué me diría después?, ¿cómo me miraría?, ¿me haría el amor durante horas?, ¿pensaría que verme así, satisfecha y consumida por su cuerpo, era lo mejor que le había pasado?

Sí, esto es lo que estás sospechando. ¿Qué sentido tendría si no que estés leyéndolo?

Mi secreto eres tú.

Introducción

Un nacimiento no es, en realidad, una introducción. Nuestra vida, cuando empieza, no es realmente nuestra, sino la continuación de la historia de otro.

Eva

Unos años atrás

Un vestido de época largo, abombado y de color granate me hacía parecer mucho mayor de lo que era. O eso pensé cuando me vi en el espejo. Mis pechos, todavía poco desarrollados, se encontraban aprisionados y se mostraban visualmente voluptuosos asomados por el filo del escote cuadrado. Demasiado atrevido para mí, pero, por algún motivo, estaba encantada con el resultado. Encima del vestido llevaba una capa blanca y bordada con flores del mismo color vino que se anudaba al cuello. Mi largo cabello cobrizo estaba recogido en bucles sobre mi cabeza, y había dejado caer algunos por mi rostro de manera intencionada. Lástima que el plato de ganchitos en una mano y el refresco aguado en la otra me quitaran encanto. Mónica también ayudaba a estropear la estampa, sentada a mi lado y disfrazada de pistolera, contrastando épocas.

El frondoso vestido que había elegido ocupaba gran parte del escalón en el que estábamos sentadas, y a cada pocos minutos teníamos que apretarnos contra la pared del lado izquierdo para permitirles el paso a las parejas desbocadas y ansiosas que subían a la segunda planta.

—Es muy probable que esos vayan a tu habitación. Y, dentro de esa probabilidad, puede que se lo monten en tu cama —me dijo Mónica con una sonrisita asomada en sus labios tras sorber de su vaso.

Se había servido un poco de ginebra con gas y comenzaba a hacerle efecto. Era la primera vez que bebíamos alcohol, aunque yo había dejado mi copa apartada hacía bastante rato. El entorno me desconcentraba, y la incomodidad de sentirme fuera de lugar, como era costumbre, también. Éramos insignificantes para todo aquel que no quisiera reírse de las mocosas de la casa, exceptuando al tipo que se había acercado con una clara intención que no era la de echar una partida de Monopoli, como acostumbrábamos en las fiestas familiares a las que hasta hacía poco asistía. Estuvo unos cuatro minutos a mi lado. Al que hizo cinco, Adán apareció con su cara de perdonavidas y le gruñó algo que no escuché. El tipo sin nombre y disfrazado de payaso, haciendo honor a lo que era, vaciló. Después de otras cuantas palabras que tampoco llegaron a mi oído, alzó las manos y le pidió perdón por acercarse a su hermana. Terminó de aguarme la fiesta, si es que en algún momento había estado seca. Se creía mi padre. Como si yo no tuviera uno…

—Estoy diciéndote que esos dos van para tu cuarto y van a montárselo allí —insistió Mónica.

—No creo —le respondí sin emoción—. En mi habitación está Manuel.

Mi amiga abrió mucho los ojos.

—¿Con quién? ¿Alguna chica nueva?, ¿o ha sentado la cabeza y va a acostarse más de tres veces con Marta?

—María —la corregí—. Y no tengo ni idea, porque solo le he visto el culo al abrir la puerta y me he marchado antes de que ella se girara.

—¿Cómo tiene el culo? —me preguntó, curiosa. Chasqueé la lengua. No quería hablar del culo de aquel idiota. Ni lo había mirado. Bueno, puede que de soslayo, pero no lo suficiente para crearme una opinión firme sobre él. Mónica, aceptando que no le respondería, tomó de nuevo la palabra—: ¿Y por qué no los has echado? Qué asco, Eva, que es tu cama.

—Ya sabes por qué.

Porque Manuel era el mejor amigo de Adán, y si Adán se enteraba de que lo había echado de alguna parte, aunque fuera mi habitación, montaría en cólera, como siempre y por todo. No tenía ganas de enfrentarme a él ni de continuar en aquella estúpida fiesta de universitarios que me miraban de reojo y se reían de mí.

«Normal que se burlen», pensé, contemplando el vestido.

Me había emocionado muchísimo elegirlo, y mucho más esperar el momento de ponérmelo. Era el que usé para aquella obra de teatro en la que me dieron el papel de secundaria. Lo lucí tan feliz… Y ahora… Ahora me sentía una estúpida ridícula. Me tomaba muy en serio lo de caracterizarme, aunque al parecer era la única. Suspiré. Todos iban disfrazados de temas actuales. Las chicas prácticamente no llevaban tela sobre el cuerpo y a los chicos les daba igual haber *creado* un disfraz vistiéndose de color negro y colocándose una máscara cualquiera en la cara. A mí sí me había entusiasmado la idea. Extraño, porque hacía mucho que nada me motivaba, que observar colores y emociones positivas a mi alrededor me hacía sentir tan culpable como quedarme en la cama, con la cabeza tapada y lamentando mi suerte.

Adoraba los disfraces, y recordarlo me hizo volver atrás, varios años antes, cuando pisé por primera vez aquella calle en la que me encontraba ahora, pero justo en la casa de al lado. Los Ayala siempre celebrábamos los acontecimientos con un disfraz, y la mudanza a un nuevo hogar era una buena ocasión para ello. Recordaba cada Navidad, Nochevieja o aniversario de mi vida con uno diferente para toda la familia. Al menos hasta hacía dos años.

El día de la mudanza iba vestida con una cola de sirena de color azul mezclado con verde, de escamas brillantes y con la parte inferior abierta para poder caminar con normalidad. La superior la formaban dos almejas creadas con la misma tela escamosa y llamativa. El pelo, naranja y largo, me llegaba hasta la cintura, y era el complemento

perfecto para aquel disfraz. Hasta entonces siempre me había parecido especial. Cuando algún compañero del colegio se metía con él, mi madre decía que quien insultaba a alguien, en general, era ignorante, pero quien insultaba a un pelirrojo lo era el doble, porque no apreciaban que mirar a uno era como contemplar un atardecer con vida. «Casi todo el tiempo es de día o de noche, pero el atardecer es algo único y efímero. Así eres tú, Eva: única». Mi padre reía y le reprochaba que esas frases eran las que usó para enamorarla y ella se las había robado.

La cuestión era que aquel disfraz no habría sido significativo en mi vida si la señora Saavedra no hubiera salido a recibirnos en cuanto nos bajamos del coche. Todo empezó ahí, cuando aquella amable mujer de pelo largo oscuro y ojos claros se presentó como nuestra vecina. Halagó mi vestido, mi cola de sirena, las almejas brillantes, mi pelo naranja y mi bonita cara. Comenzó en ese instante en el que les ofreció a mis padres llevarme a su casa para mostrarme el cuarto de los juguetes mientras ellos descargaban nuestras pertenencias con tranquilidad y se acomodaban.

—Aún no hay muchos niños en la calle, pero pronto los habrá. Me consta que a dos casas más abajo de la tuya se muda una familia con tres hijos. ¡Tres, nada menos! Y en la acera de enfrente hay dos casas vendidas más —me dijo, y me acarició la mejilla—. Mientras llegan, no te preocupes, porque te presentaré a mi hijo Adán. Es algo mayor que tú, pero os llevaréis bien y podréis jugar juntos siempre que quieras.

Recordaba aquel día como esas imágenes de película que se reproducen a cámara lenta y con música de fondo. Recordaba la calle, muy recta, con casas idénticas a ambos lados, de fachadas de dos plantas color ocre y de rejas y puertas blancas. La nuestra en particular tenía un pequeño jardín abandonado, a la espera de que alguien le diera vida. Nada que ver con el de la nueva vecina, colmado de color y alegría. También rememoraba a mis padres, sobre todo a ellos, con las sonrisas eternas y los ojos brillantes mientras contemplaban una casa vacía que pronto se convertiría en un hogar, en un sueño cumplido. Y a mi pequeño cuerpo guiado por la mano de la señora Saavedra, que me condujo hasta la puerta de su casa.

Avancé con pasos cortos; no por la cola de sirena, sino por la timidez. Elena, que así se llamaba, abrió y me instó a pasar. Nada más hacerlo, vi un pasillo recto y corto, y al final de este, la cocina. A su izquierda, unas escaleras que subimos con calma mientras me recreaba con las fotografías colgadas en la pared. En todas aparecía la señora que me acompañaba, un señor que debía ser su marido y un chico que parecía algo mayor que yo y que supuse que era su hijo. El parecido entre madre e hijo era asombroso.

Me prendé de la última imagen. Ese era otro de mis recuerdos más nítidos e imposible de eliminar. En ella, el pelo negro del chico parecía una noche de cielo límpido que te hace sentir en calma. Aunque lo que más me impactó fue el color azul celeste de los ojos que se dirigían con firmeza a la cámara. No entendía de aquel tipo de emociones; no obstante, noté cómo toda la calma que me había proporcionado parte de él me la robaban sus ojos. Era un aviso de lo que me esperaba durante toda mi vida, pero eso lo supe mucho después.

Elena tiró de mi mano para sacarme del embobe y me condujo a aquel cuarto de los juguetes del que había hablado con anterioridad. Era alucinante. No grande, aunque por aquel entonces yo era tan pequeña que me pareció un paraíso gigante, pero sí colmado de juguetes pulcramente ordenados. En medio de la sala, sobre una alfombra verde, había un escaléxtric de dos plantas que me hipnotizó. Me quedé fija en él, pensando en las posibles maneras de jugar, de mover el coche con velocidad sin que se saliera de aquellas curvas imposibles… Hasta que la voz de Elena me hizo volver a la realidad:

—Mira, Adán, esta es Eva, nuestra nueva vecina.

Cuando me giré, el chico de la foto me miraba con tanta intensidad como en la propia imagen. Se encontraba en el umbral de la puerta, sin cruzarlo, con los brazos a cada lado del cuerpo y una mueca de desagrado en el rostro. Así y todo, me pareció el niño más guapo que había visto nunca. Tampoco entendía de ese tipo de impresiones, pero puedo rememorar con exactitud el pensamiento que cruzó por mi cabeza. Por aquellos entonces, a mi paso, los desconocidos amigos de mis padres me preguntaban si tenía novio. Debía tenerlo con lo bonita que era, los ojos de los que podía presumir, las inmensas pestañas, los labios de un color rojizo natural… Lo que tenía era seis años. Seis míseros años en la Tierra y el mundo estaba empecinado en emparejarme con alguien, como si necesitara las piernas de otros para caminar o los brazos para aferrarme a la vida. No obstante, en ese instante deseé que, de ser necesarias unas piernas externas para caminar o unos brazos que me sujetaran, fueran los del chico que me inspeccionaba con curiosidad desde la puerta de un habitáculo que se encontraba en una casa hasta ahora desconocida para mí.

Todo fue silencio a mi alrededor; silencio y tensión, como si el cuarto de los juguetes ya no fuera tan agradable y se hubiera convertido en uno de los horrores. Podía sentir aquel momento como si lo tuviera hincado en el pecho, y puede que así fuera.

Tras un largo silencio en el que Adán se dedicó a escrutarme, al fin habló:

—Quiero que se vaya. No me gusta.

Di un paso atrás, contrariada, y la mano de Elena me sujetó con

firmeza para que no lo hiciera. Aquella mujer me demostró a lo largo de los años que nuestra postura ha sido creada para avanzar de frente. Puede que a veces necesites hacerlo de espaldas, pero es antinatural y muy cansado.

—No puedes decir que alguien no te gusta sin conocerle. Aparte de que el comentario ha sido de muy poca educación, Adán —lo regañó su madre.

—Tiene pecas y va vestida de sirena. No me gusta. Parece un plato de lentejas.

No escuché con claridad el sermón que Elena le echó tras aquel comentario ni las disculpas que me dedicó en su nombre. Solo esperé, con la educación que mis padres me inculcaron, a que la adulta que me había llevado hasta allí me acompañara a mi casa para perder a aquel niño de mi vista. Tras el incómodo momento y una vez en casa, me encerré en mi nueva y vacía habitación, me senté en el suelo y lloré. Lloré muchísimo, apoyada en una pared que me vería derramar lágrimas una y otra vez durante los siguientes años. Siempre por el mismo motivo. Siempre por el mismo idiota.

No supe si fue Mónica quien me empujó o alguien que subía por las escaleras, pero por suerte me sacó de aquellos recuerdos y me devolvió a la fiesta de disfraces. No me gustaba regresar atrás, pues hacerlo implicaba rememorar todo lo que había ocurrido desde entonces, todo lo que había perdido y que nunca podría recuperar ni nadie sustituir.

—Eva.

—Hum… —respondí, todavía sumergida parcialmente en algún lugar de mi conciencia.

—Creo que Adán está allí. Y bien acompañado, al parecer. ¿Averiguamos quién es la chica?

Paseé la mirada a través de la sala, abarrotada de gente que bailaba y bebía, hasta que lo vi. Estaba de espaldas, con una mano apoyada en la pared. Supe que era él por los tatuajes del cuello, que asomaban por encima de aquel disfraz de color azul que se pegaba a su cuerpo como una segunda piel y que había estado luciendo durante toda la tarde. De manera inconsciente, pensé que los abdominales ficticios del traje de Supermán no habrían sido necesarios siendo él quien lo portaba. Me asqueó no poder controlar esos estúpidos pensamientos.

La chica que estaba delante no se veía, posiblemente porque era más bajita que él, algo no muy difícil debido a su porte gigantesco. Pero había una susodicha, y estaba besándola; eso me quedaba claro por la inclinación de Adán hacia delante y el movimiento de su cabeza.

Me puse de pie con rapidez. No, no pensaba descubrir quién era, ya que tenía asuntos más importantes que hacer. Debía aprovechar el

momento de distracción. Y conociéndolo, estar con una chica podría entretenerlo durante bastante tiempo.

—Quiero comprobar algo, ¿vienes? —le pregunté a mi amiga, que se levantó con la misma premura. Se tambaleó levemente, pero controló la situación con rapidez al sujetarse a la baranda.

—Claro. ¿Vamos a echar a Manuel de tu habitación?

—No.

Con una mano, sujeté su antebrazo para guiarla por las escaleras y con la otra me alcé el vestido. No pude evitar ojear de soslayo los cuadros mientras subíamos los dieciséis escalones. Todo seguía igual que aquel día que los pisé por primera vez, solo una fotografía más se había añadido. En ella aparecíamos Elena, Adán, mi padre y yo muy pocos meses atrás como una familia feliz; fingiendo que lo éramos, al menos.

Cuando me detuve delante de la habitación de Adán, Mónica me miró con recelo.

—¿Qué vas a hacer?

Abrí la puerta con lentitud y me asomé para comprobar que no había nadie.

—Solo quiero mirar una cosa. Será un minuto.

—No, Eva. No sé qué estás tramando, pero no pienso entrar ahí. Si Adán se entera…

—No va a enterarse. Está abajo tragándose a una chica de la fiesta, ¿no lo has visto? Pero puedes quedarte aquí si quieres. En caso de que venga alguien, llama a la puerta.

—Claaaro. Y te grito que salgas, que te han pillado. Tú no serás tonta, ¿no?

Puse los ojos en blanco y suspiré.

—Pues yo qué sé… Haces como la que tropiezas y le das un golpe a la puerta. Échale imaginación.

—Mejor voy contigo. —Mónica me empujó para obligarme a entrar con rapidez. Después me siguió, cerró la puerta a su espalda y, mirándome con ojos asustados, añadió—: No tardes, por favor.

Barrí la estancia con la mirada. ¿Dónde podría dejar Adán sus pertenencias? Era evidente que encima no las llevaba, porque el disfraz le quedaba tan ajustado que el móvil o la cartera se le habrían marcado, y no era el caso. La otra posibilidad era que las hubiera guardado en su habitación, lo que implicaba no dejarlas a la vista de cualquiera que estuviera en la fiesta y pudiera colarse. Me dispuse a mirar en los cajones del escritorio.

Unas noches atrás, mientras cenábamos alrededor de la mesa, la madre de Adán le hizo una pregunta y él se sacó las cosas del bolsillo del pantalón para buscar algo. La cartera cayó al suelo, y yo, que estaba sentada a su lado, me dispuse a recogerla. Se había abierto al

caer y pude ver una foto de tamaño carné en la que aparecía una chica; algo insólito tratándose de él, porque si la llevaba encima significaba que aquella muchacha era importante. Pero lo más extraño fue verlo en el recreo, justo el día después, tonteando con la arpía de Valka, una rusa de ojos azules y pelo interminable que tenía a todos los chicos locos y a la que yo odiaba profundamente porque siempre que encontraba la oportunidad se acercaba a mi grupo de amigas para insultarnos, menospreciarnos y dejarnos en ridículo delante de los demás. Era muy común en Valka hacer aquello mientras se paseaba por los pasillos con esos aires de superioridad que se había traído de su país unos años atrás. Por eso, entre otros motivos, nosotras nos sentábamos en la parte más solitaria de la cancha y disfrutábamos de los treinta minutos de descanso en soledad. Desde allí pude ver durante semanas cómo Adán y sus dos amigos inseparables se sentaban con Valka y sus secuaces.

Si ahora me encontraba en su habitación registrándole los cajones era con la intención de encontrar aquella foto y comprobar quién era la chica. Valka no, eso era seguro. No había visto con claridad la imagen porque Adán se había agachado con mucha rapidez para recuperar su cartera, pero sí me había dado tiempo de comprobar que era morena y de pelo rizado. La cosa era joder a la rusa y vengarme un poco por todas las humillaciones. Y ya que estábamos, también a Adán, por mujeriego y mentiroso. Me encantaba fastidiarlo, no voy a negarlo, aunque era mutuo, y esos piques nos habían llevado en más de una ocasión a peleas mayores en las que nuestros padres tuvieron que intervenir. No siempre había sido así. En el pasado hubo ocasiones, pero no tan continuas. Todo se torció cuando un día nos obligaron a que nuestro hogar estuviera construido bajo un mismo techo.

Sin éxito con mi búsqueda, cerré los cajones del escritorio y abrí la puerta del armario. Entre la ropa desordenada y amontonada, miré uno por uno los separadores que Elena colocaba dentro con el objetivo de mantener un poco el orden en aquella pocilga. Me alcé de puntillas y, mordiéndome el labio por el esfuerzo, alargué la mano hasta el último separador, el de arriba del todo.

—¡Bingo! —susurré mientras miraba a Mónica con una sonrisa. Esta me alentó con un movimiento de mano a que me diera prisa, visiblemente nerviosa.

Allí estaban la cartera, las llaves de la moto y… Puse los ojos en blanco al toquetear los envoltorios de los preservativos. Por el tacto, había decenas de ellos. Abrí la cartera con rapidez y vi la foto. Ahí seguía. No sabía quién era la chica, pero no se trataba de Valka, y con eso me bastaba. Consciente de que no podía llevármela o su dueño no tardaría en darse cuenta, saqué el móvil para fotografiarla y sonreí

con suficiencia. La subiría a mi cuenta falsa de Twitter y todo el instituto se enteraría de lo que Adán ocultaba. No había posibilidad de engaño porque el DNI con su foto salía justo al lado. Y lo mejor era que después no tendría a quién acusar, pues podría haber sido cualquiera de aquella fiesta.

—Eso pasa por dejarle a todo el mundo un pasaporte directo a tu habitación —murmuré satisfecha, como si él pudiera escucharme.

—¡Eva, viene alguien! —gritó Mónica en un susurro.

Los pasos y las voces se escucharon tan seguros que no tuve dudas de que, quienes fueran, entrarían allí, en la última habitación del corto pasillo. Con rapidez, tiré la cartera hacia arriba para colarla donde estaba desde un principio y sujeté el móvil con fuerza en mi mano mientras lo ponía en silencio. Si sonaba, seríamos descubiertas, y si eso ocurría… No quería pensarlo.

—Mierda. Entra. Rápido, rápido —le insté a Mónica, señalando el armario.

Abrió mucho los ojos, espantada.

—¿En el ropero?

—¡Entra!

Apresurada, obedeció y yo cerré la puerta con dificultad, aplastándola.

El sonido de las voces se acentuó y el pomo giró. En plancha, me tiré al suelo y gateé hasta meterme debajo de la cama. No me permití respirar, aunque tampoco me supuso un gran esfuerzo: era lo que llevaba haciendo toda la noche por culpa de aquel ceñido vestido. Comencé a temblar como una hoja al darme cuenta de que solo escuchaba el galopar de mi corazón. «Mala idea, Eva. Esto ha sido muy mala idea». Muy característico en mí aquello de arrepentirme cuando ya había metido la pata hasta el fondo.

Las voces cesaron y fueron sustituidas por unos besos intensos con mucha saliva de por medio. Apreté los dientes y luché por no respirar nada de nada, al menos hasta que otros soniditos desagradables me silenciaran. Más besos, algunos pequeños jadeos y el nombre de Adán en los labios de aquella chica. Mientras, yo solo pedía interiormente no tener que presenciar, sin respiración y tumbada debajo de su cama, lo que sucedería a continuación. Me dije que al menos el suelo estaba limpio y no había ningún zapato que apestara. Además, lo de Mónica era peor, que debía estar escuchándolo todo desde el interior del armario, aprisionada entre prendas desordenadas y con el cinturón cargado de pistolas de plástico duro hincadas en su cadera. Pensarlo me hizo sonreír. Pero la sonrisa se me borró de un plumazo al percatarme de que los besos habían cesado y un peligroso silencio envolvía la habitación.

—Eva, sal —dijo la voz firme de Adán.

«Mierda».

Cerré los ojos y respiré. Mi galopante corazón había frenado en seco como un caballo desbocado al que le tiras de las riendas y no le da tiempo de asimilar la orden. La suya hizo que me arrepintiera de manera inmediata. No tendría que haber bajado a la fiesta, subido a su habitación ni rebuscado entre sus cosas, y mucho menos meter a Mónica en todo aquello. Mucho «No debería, no debería», pero siempre hacía lo primero que se me pasaba por la cabeza. Así que lo medité en un solo segundo: no enviaría la foto. Buscaría una excusa y me iría por donde había venido, porque seguramente me arrepentiría justo después de hacerlo.

—Eva, que salgas.

Suspiré. Había perdido. Ya está, tenía que aceptarlo. Con la poca dignidad que me quedaba, repté hacia atrás. Me levanté y comprobé que era Valka la chica que lo acompañaba, que en ese momento me miraba como si de debajo de la cama hubiera aparecido un ácaro con vida y no yo. Todavía me quedó energía para sacudirme el vestido, las manos y, con cara de distraída, decir:

—Pues aquí tampoco está. ¡¿Lo has encontrado tú por ahí, Mónica?! —grité para que llegara a sus oídos.

La puerta del armario se abrió repentinamente y mi amiga salió de manera atropellada, como si alguien la hubiera empujado.

—Eh…, no. Nada por aquí —me respondió con la voz temblorosa y los ojos muy abiertos.

Luché por no reírme.

Valka nos miró, primero a una y después a la otra, para terminar posando los ojos en Adán, con la boca muy abierta. A su favor diré que no sabía hablar con ella cerrada, como si le hubieran dado un balonazo de pequeña y la hubieran dejado así para siempre.

—¿Qué está pasando, Adi? —¿Acababa de llamarlo *Adi*? En principio pensé que se había equivocado, pero, para futuras risas de mi amiga y mías, repitió—: Adi, ¿qué pasa?

—Eso quiero saber yo. —Adán se cruzó de brazos y me miró fijamente. En algún momento, su acompañante le había desabrochado la cremallera y bajado la parte superior del disfraz, por lo que los músculos tensos de sus hombros me dejaron deducir lo enfadado que estaba—. ¿Me lo explicas?

—Mónica ha perdido… —le miré las orejas desnudas a la mencionada— un pendiente. De oro —añadí para darle más credibilidad a nuestra búsqueda.

—Y lo buscas en mi habitación.

—Lo hemos buscado por toda la casa, pero no lo hemos encontrado. Y como la gente no deja de entrar y salir de las habitaciones…

—Claro. Alguien ha podido traérselo pegado en el zapato, no te jode. Pelofanta, ¿qué coño haces en mi habitación y escondida debajo de la cama?

Odié que me llamara así. Siempre me fastidiaba, pero delante de ella… Rugí en mi interior.

—Solo a ella se le ocurre *ocultarse* —Valka enfatizó unas comillas con sus dedos— con ese vestido. Horrendo, por cierto.

Me entraron ganas de pedirle que cerrara la boca y felicitarla por saber lo que eran las comillas y cómo se representaban.

—Fuera de mi habitación, mocosa. No quiero verte de nuevo por aquí.

—¡Oh, perdone la intromisión, dios de los ancestros, padre y creador de la Tierra!

Pero ¿qué se creía? Solo nos llevábamos cuatro años, y aunque él con sus diecinueve jugaba en una liga muy diferente a la mía, no nos separaba una vida de experiencias. Alcé el mentón y le hice un gesto a Mónica para que saliéramos. No, claro que no volvería a entrar en su habitación. Sería él quien viniera a la mía. Y no iba a tardar mucho en hacerlo.

Desaparecimos entre los murmullos de Valka y las risas de Adán.

Ya se reirían, ya…

Renunciando con velocidad al pensamiento que había tenido debajo de la cama, preparé el tuit con la foto adjunta que había conseguido de su cartera y lo subí. A mi amiga no le dio tiempo de abrir la boca para detenerme cuando la red completa se había hecho con la información. Todo el instituto, incluyendo mis amistades y sus compañeros del FP[1] que cursaba, sabría en cuestión de segundos los cuernos que tenía ella y lo mamarracho que era él.

Y ahí, puede que por mi impulsividad o simplemente porque el destino estaba dispuesto a burlarse de mí, se torció todo.

1

Algo había terminado. Algo estaba a punto de comenzar.

Años después

Estamos revisando una escena del último capítulo emitido, y aunque a mí sigue pareciéndome sosa y mala, Sandra, sentada a mi lado, me da ánimos mientras masajea uno de mis pies con la maestría que posee. Estos masajes suyos siempre consiguen relajarme en los momentos previos a una grabación, o los posteriores, en los que los nervios me consumen porque la peor y más dura de las críticas va a analizar todo el capítulo: yo.

—Pues te veo estupenda —me dice con entusiasmo, apretando más de lo debido en mi dedo pequeño.

—¡Auch! —exclamo. No contengo la mueca de dolor cuando aparto el pie. Lo recupera con facilidad y sigue regalándome placer, entrelazando sus dedos pulgares mientras presiona sobre mi piel.

—Resuelta, distendida… Mira qué bien te manejas por todo el plano. Apareces y lo ocupas al completo. Lo demás pasa a ser secundario, como Anika.

—Mentirosa.

—Además, a Cristian no pareces desagradarle. Le gustas así: caliente —añade sin quitar los ojos de la pantalla.

Tuerzo el rostro, en parte por la presión y en parte por sus palabras.

—No estaba caliente por gusto, tenía fiebre —le recuerdo.

Se refiere al protagonista. Su nombre real es David, pero acostumbramos a meternos en el papel cuando hacemos comentarios sobre la serie. Justo ahora, en pantalla, se acerca para besarme —a mí no, a Dalia, mi personaje—, y tras el esperadísimo momento que se ha alargado durante ocho capítulos, Anika aparece en el baño de las chicas y los ve, concluyendo la primera temporada de la serie.

La gente está eufórica. No ha sido la trama lo que los ha enganchado, al menos no únicamente, pues series sobre pasillos de institutos en los que se mezcla el amor, el sexo y las drogas hay decenas. Lo que ha convertido en adictos a los jóvenes ha sido la noticia que han propagado los medios de comunicación. Se dice que el intenso triángulo amoroso que tienen Cristian, Anika y Dalia delante

de las cámaras se ha convertido en un hecho reciente entre las personas que hay detrás de los personajes: David, Javiela y yo. No es verdad. Bueno, a medias. David y yo hemos salido varias veces a tomar algo a solas, hemos compartido algún beso y momento íntimo, pero no hemos pasado de ahí. Por su parte, aunque al principio intentaron mantenerlo en secreto, se sabe que Javiela y él se han liado en un par de ocasiones. Todos somos conscientes de que han sido bastantes más, pero los medios solo tienen constancia real de dos de ellas y se aferran a las pruebas para contratacar con lo demás.

De todos modos, la enemistad entre Javiela y yo no viene de ahí, sino de la lucha inicial por el puesto de protagonista que al final me otorgaron a mí.

—¿No te pone? —insiste Sandra—. A mí ese rollo de chico bueno que lleva me gusta. Tengo el pálpito de que está engañándonos a todas y en la cama es una fiera.

—Mírame… Camino tan lenta que parece que voy hacia atrás —continúo, analizándome y obviando el comentario que mi amiga siempre hace cuando David aparece en la pantalla convertido en Cristian—. Y los ojos se me ven muy caídos.

—¡Por ahí sí que no paso! Mi maquillaje es una maravilla. Te alcé los párpados con el *eyeliner* y te aclaré las ojeras. Pero comprenderás que con más de treinta y ocho y medio de fiebre poco puede hacerse, por mucho que mis manos sean milagrosas.

Me observa con picardía, entornando los ojos y elevando sus largas pestañas postizas. Después, suaviza el movimiento de los dedos sobre mi pie y me toca con toda la intención de demostrarme eso de los milagros que es capaz de hacer con sus manos. La veo venir. Con su cara de niña buena podrá engañar a otros, pero no a mí, que tan bien sé leer sus ojos oscuros. Uno aprende a interpretar líneas difíciles cuando despliega la capacidad de leer en la penumbra, a la luz de una lámpara casi opaca, o en mitad de la nada en un día soleado, con un exceso de luminosidad que molesta. No llevamos mucho tiempo juntas, pero he leído a Sandra en la oscuridad que envuelve a esa persona lóbrega y apagada que fue, y lo he hecho ahora, con el exceso de luminosidad que rodea a la mujer en la que se ha convertido con esfuerzo y dedicación.

Tanto empeño pone en el deslizamiento de sus dedos, sumándole la presión justa, que mi boca se entreabre. Ella mira mis labios fijamente y pasa la lengua por los suyos, primero por el superior y después, un poco más lento, por el inferior. De manera automática, llegan a mi mente los recuerdos de aquella noche y mi estómago se zarandea, nervioso. Ella, como si también los hubiera evocado, eleva la mirada y busca mis ojos.

—Sandra… —la advierto, pero mi voz no debe sonar convincente,

porque sus manos van a más y masajean mi tobillo, recreándose con lentitud conforme suben hasta la parte interna de mi muslo, trazando círculos cargados de intención. Deslizo el trasero hacia atrás, intentando distanciarme un poco.

—¿Qué? —me pregunta provocativa.

Mi amiga acaba de desaparecer y en su lugar está Sandra, la mujer.

—Para —le pido. Pero, de nuevo, el gesto me delata cuando roza mi sexo levemente por encima de las bragas y suelto un suspiro de manera inconsciente.

—¿Acaso no te gustó?

La parte baja de mi vientre se contrae en respuesta.

—Eso no tiene nada que ver —le respondo parca, intentando mantenerme firme—. Y estamos en mi casa. Podrían llegar Elena y Natalio, y…

—No estás contestando a mi pregunta. ¿Te gustó o no, Eva?

Aparta las braguitas a un lado y pasa el dedo por mi abertura de manera muy suave. Esta vez no hago nada para evitarlo; al contrario, busco sus ojos y los encuentro clavados en los míos. Son oscuros, brillantes, fieros y atrevidos, sin una pizca de vergüenza, como su dueña; como su pelo, muy corto y en uve, o su ropa, ceñida y provocativa. Entera ella te dice que de buena solo tiene la cara y el corazón, pero no las intenciones.

—Sandra…

Se lleva el dedo a la boca, lo lame con lascivia y de nuevo lo acerca a mi sexo, esta vez para introducirlo con suavidad y precisión. Trago saliva y aguanto el gemido dentro de mi garganta. Ella entreabre los labios y asoma la lengua rosada con la intención de provocar.

—¿Te gustó, Eva? —repite, sin que su dedo cese en el maravilloso arte de dar placer. Es lento pero constante. Suave pero certero—. Tu humedad me dice que sí.

—Sí, me gustó.

—¿Lo sentiste distinto?

—¿Crees que ahora es el mejor momento para hablarlo?

—Creo que no existe otro mejor que este.

Puede que no, que lo ideal habría sido hablarlo aquel día, justo después de recuperar las bragas, la cordura y la compostura. Pero no lo hicimos, por falta de ganas o por exceso de miedo a que algo cambiara entre nosotras. Por suerte, no ocurrió.

Finalmente, asiento a su pregunta y dejo caer la cabeza hacia atrás. Un jadeo ahogado sale de mi garganta al notar cómo toca donde debe con un solo dedo para hacerme alcanzar la cima. Me sujeto con fuerza al sofá, esperando el momento. Le es tan sumamente sencillo hacerme llegar… Ni siquiera tiene que esforzarse en introducir más dedos, en buscar a conciencia. Me lo demostró poco tiempo atrás y está

haciéndolo de nuevo. Tiene experiencia y, sobre todo, conocimiento. ¿Quién mejor que una mujer para saber lo que le gusta a otra?

Me masturba con más energía. La serie ha pasado a un segundo plano. A pesar de ser el capítulo más importante de la temporada, todo se ha reducido a algo secundario mientras yo aguardo. Pero el placer no llega. Sandra se detiene un momento, el suficiente para sonreírme, inclinarse hacia delante y perderse entre mis piernas. Su pelo, más largo por delante que por detrás, oculta la satisfacción de su rostro al saberme entregada a ella mientras abro más las piernas. Estoy segura de que le excita más la situación de hacerme cambiar de parecer que yo. No me importa qué la impulsa, porque creo morir de sensaciones al sentir su lengua, fría y decidida, sobre el contraste caliente de la piel más sensible de mi cuerpo.

Sensaciones cruzadas, diversas, indescriptibles y maravillosas.

Me retuerzo, aunque lucho por no hacerlo. Mi espalda se arquea cuando el movimiento comienza a ser constante. Siento su humedad mezclada con la mía a la vez que su dedo me invade. Añade otro y me masturba con ambos. Yo sujeto de manera inconsciente su cabeza y la insto a chupar más. A lamerme. A exprimirme.

Escucho el sonido que nuestro placer produce y eso me enciende.

Nos incendia.

—Disfruta —me pide con sus labios superiores mientras se come los míos inferiores, lo que provoca que las palabras cosquilleen en mi clítoris—. Déjate llevar, Eva. Me encanta oírte gemir. Podría correrme solo escuchando cómo lo haces tú.

Obedezco. No puedo hacer otra cosa si su lengua no para de bailar sobre mi coño, de chapotear sobre él. Me aferro con más ímpetu a la tela que cubre el sofá y a su pelo y me permito dejarme llevar, gemir libremente, gritar con energía mientras ella disfruta del momento como una niña pequeña.

—Oh, por Dios. —Me retuerzo entre jadeos, corriéndome con fiereza en su boca.

Necesito unos segundos con los ojos cerrados para recobrar la conciencia de dónde estoy y qué acabo de hacer. No es que no me arrepienta, es que me alegra haber sucumbido de nuevo.

—Querrás decir *diosa* —se alaba Sandra, saliendo de entre mis piernas y relamiendo intencionadamente su sonrisa, brillante de mi humedad.

—Venía dispuesto a darte una sorpresa, y la sorpresa me la he llevado yo —dice de repente una voz masculina detrás de mí.

Al borde de un infarto, cierro las piernas y pego un brinco en el sofá.

—¡Joder! —exclamo con la mano en el pecho y la respiración descompasada.

Que la tierra me trague.

Por favor, que me engulla.

¿Qué hace él aquí?

Sandra se aparta de mí con tranquilidad, como si nada. Se pasa el dorso de la mano por el mentón y elimina la lujuria de él.

Adán está apoyado en el marco de la puerta entreabierta. Tiene una mano metida en el bolsillo de su pantalón deportivo y largo y la otra estirada pero relajada, al igual que el rostro. En cambio, mi corazón late con mucha fuerza, no solo por el sobresalto, y una repentina carga aprieta los músculos de mis hombros. Me siento como en ese momento exacto en el que notas cómo una contractura muscular se crea después de un mal movimiento. En su pantalón de chándal distingo un gran bulto que él no trata de ocultar, y los ojos azules le brillan lobunos. Me da la sensación de que en cualquier momento va a relamerse.

Y aunque en este instante me sienta tan fuera de lugar que casi no soy capaz de hacer algo tan sencillo como respirar, me sorprende ver que trae compañía. A su lado y atado a una correa corta que sujeta con la mano que tiene estirada, hay un rottweiler con cara de pocos amigos. No es que a Adán no le gusten los animales, es que no lo veo capacitado ni para cuidar de un Tamagotchi[2]. Lo digo con conocimiento de causa. Jamás fue capaz de criar uno. Siempre tenía cosas más importantes que hacer que darle de comer a su responsabilidad.

—De todas las cosas que pudieran pasárseme por la cabeza, la última que habría imaginado sería encontrarme a una tía comiéndole el coño a mi hermanita para regalarme este recibimiento. —Muestra una sonrisa chulesca. Su sonrisa chulesca—. Por mí no os cortéis, podéis seguir.

Todavía con el pecho arrítmico, me levanto del sofá y lo encaro:

—¿Qué haces aquí? ¡¿Y cuánto tiempo llevas ahí?!

—El suficiente para ver cómo te doblabas de gusto mientras llamabas a Dios. —Después, ignorando mi primera pregunta, mira por encima de mi hombro y añade—: Vaya… Así que es verdad. —Sandra y yo nos giramos a la vez para comprobar que su foco de atención es la televisión. En pantalla sucede el gran final de la primera temporada de *En el pasillo*, y yo aparezco en escena—. La pecadora está haciéndose famosa.

Paso por alto ese estúpido mote que siempre ha usado para referirse a mis pecas, entre otros tantos, como Lentejas, la puntitos, la suspensiva, la pecosa… Mientras, aprovechando que no repara en mí, me recoloco las bragas.

—No está haciéndose famosa; lo es. La conocen en todo el país y fuera de él. Sin embargo, de ti no tengo constancia. —Sandra camina sinuosa hacia él, mostrando la sonrisa pequeña y provocativa que

forma en su bonita boca cuando alguien le gusta. Al llegar a su altura, lo inspecciona de arriba abajo—. ¿Quién eres tú?

El perro gruñe ligeramente, pero el que supongo su dueño le da un pequeño tirón a la cadena, seco y rápido, y el rottweiler se contiene.

—Adán —se limita a responder, obviando los ojos chispeantes de mi amiga. Después me mira con fijeza, como si en esta sala solo existiera yo—. Supongo que tenéis razón y a la gente le interesa tu vida, porque ahí fuera hay una pequeña aglomeración de personas con cámaras que miran hacia aquí en todo momento.

Me dirijo a la ventana con rapidez y descorro la cortina lo justo para ojear sin ser vista. Suspiro con pesadez al comprobar que tiene razón: periodistas y adolescentes se arremolinan en la acera contraria con las cámaras preparadas.

—Mierda —susurro asombrada. Esto está alcanzando una magnitud a la que no me acostumbro.

Noto el temblor de mis piernas, que si bien se acrecienta con lo que veo delante de mí, no es el motivo principal. Suplico para que desde fuera no se aprecie mi nerviosismo.

—¿Y tú eres…? —escucho preguntar a Adán.

—Sandra. Amiga, asesora personal, maquilladora y casi representante de Eva Ayala.

—Vaya. ¿Cuánto creéis que me darían por la exclusiva de que Eva Ayala estaba montándoselo hace unos minutos con su amiga, maquilladora y casi representante? —pregunta divertido.

—No lo suficiente para una reconstrucción de pene. Porque puedo cortártelo a pedazos —lo advierto. Y lo hago completamente en serio porque lo conozco, o al menos al antiguo Adán, y sé que es capaz de eso y de mucho más con tal de fastidiarme—. Sandra, creo que deberías irte. —La miro con intención para que comprenda que necesito quedarme sola—. Después te llamo.

—Y acabáis lo que habéis empezado —interviene Adán—. No veo que tu amiga haya disfrutado lo mismo que tú. Desigualdad de condiciones.

—Me gustas. —Sandra le guiña un ojo mientras coge su bolso del perchero que hay junto a la puerta y sale al corto pasillo. Yo la sigo. Se gira hacia mí y añade—: Recuerda la quedada con el equipo. Por favor, no llegues tarde.

—No lo haré.

Abro la puerta principal lo justo para que salga. Nada más hacerlo, la aglomeración de la acera de enfrente comienza a caminar hacia nosotros.

—Yo me encargo —me asegura.

—Gracias.

Cuando cierro, me tomo unos segundos para intentar relajarme.

Al girarme, Adán sigue ahí, apoyado en el quicio de la puerta del salón, con los brazos y las piernas cruzadas y una sonrisa en los labios. Por primera vez desde su aparición, lo observo con detenimiento. Está diferente. Más adulto, más hombre. Más atractivo, aunque me pese reconocerlo. Lo siento temible, frío. Sus músculos han crecido de manera considerable y la tinta negra ocupa cada lugar descubierto de su piel: brazos, cuello, una de las manos…. Incluso la parte lateral izquierda de la cabeza está tatuada estratégicamente para que sea visible solo cuando lleve el pelo rapado por ese lado, como en este momento. Su cabello, negro como la noche y largo por la parte superior, está peinado hacia un lado, y consigue que sus perlas azules resalten más en el rostro de rasgos duros y varoniles. Este chico posee el don de analizarte con sus ojos fieros o burlarse de ti con ellos. Tienen la capacidad de desintegrar a cualquier persona —en el buen o mal sentido de la expresión— con solo enfocarla. Son tan azules, grandes e intensos que amedrantarían al más seguro de sí mismo.

El perro me observa, y por un momento me da la sensación de que está disecado. No se mueve, no jadea, solo me mira. Me percato de que Adán aún no se ha descolgado la mochila. Ni la vergüenza, al parecer, porque me ojea con mucha atención de arriba abajo, lo que me hace volver años atrás, al instante en el que unos ojos escrutadores, grandes y extremadamente claros me analizaban desde la puerta mientras yo investigaba en su cuarto de los juguetes.

—Creía que te gustaban los tíos —me dice.

Dejo de examinarlo. Mis cejas se alzan de manera inevitable. Ahora no consigo averiguar si sus palabras son una burla o llevan toda la intención del mundo.

—Y yo creo que mi vida sexual es solo mía y que a nadie le importa lo que haga con ella, y mucho menos a ti.

—Si la usas para darme la bienvenida, sí, tengo derecho a opinar.

—No sabía que vendrías —le espeto. Paso por su lado para recuperar la falda vaquera que tenía puesta antes de decidir acomodarme en el sofá.

—Por mí no te molestes, en bragas estás bien.

Lo ignoro y continúo vistiéndome.

—¿Qué haces aquí? ¿No venías el viernes?

Al menos, eso tenía entendido. Elena no ha parado de hablar de la llegada de Adán, de los preparativos.

—Quería darle una sorpresa a mi madre. Pero, ya ves…, me la he llevado yo. —Sonríe, y a mí me entran ganas de borrarle la sonrisa de un plumazo—. He venido buscando cobre y he encontrado oro.

—Eres gilipollas. —Recojo el bol de las palomitas que se han

quedado sin comer y los vasos de refresco de encima de la mesa. No lo miro cuando vuelvo a pasar por su lado para dirigirme a la cocina. Él recorre el escaso metro detrás de mí y se sitúa en la entrada.

—¿Dónde están mi madre y Natalio?

—En el parque, trabajando. Por cierto, no creo que les haga mucha ilusión tu nueva compañía.

Me ahorro añadir el dato de que mi padre es alérgico a los perros. Él lo sabe de sobra y yo sé que le importa un bledo si muere asfixiado. Puede que lo sintiera como un favor.

Mira al aludido.

—Se llama Sultán. Vive conmigo desde hace un año y no podía dejarlo allí.

Me encantaría acercarme y acariciarlo, pero sigue con cara de querer abrir la boca y meter mi cabeza dentro de ella para masticarla.

—Tiene cara de ser muy amigable —ironizo.

—Es selectivo.

—¿Cuánto de selectivo?

—Suelen gustarle las personas que me gustan a mí.

—Lo que se resume a cero. —Sonrío con intención, ocultando lo que me asusta vivir con un animal que, siguiendo ese criterio, deseará arrancarme las amígdalas mientras duermo.

—¿Sabes si tardarán mucho? —me pregunta, retomando el tema de nuestros padres.

—Deben estar al caer.

Se hace un silencio incómodo.

—Prepárate y os invito a cenar cuando lleguen —me dice escueto, mostrando el inconformismo de hablar en plural, aunque nadie le haya pedido que cuente conmigo.

—No puedo, tengo cena con el equipo —le respondo mientras me encargo de meterlo todo en el lavavajillas—. Id vosotros.

Al levantar la cabeza, descubro que sus ojos siguen sobre mí. Con esfuerzo, como si las palabras no quisieran salir de su boca, insiste:

—A ellos les hará ilusión que estemos los cuatro.

A ellos.

Es lo de siempre, la misma historia de años atrás: yo molesto en su mesa, en su casa y en su vida. Yo soy Eva, la vecina mocosa que se comía su merienda, jugaba con sus juguetes y le robaba la atención a su madre. Incluso la de su padre, quien visitaba la casa en contadas ocasiones y que me apreciaba muchísimo, a pesar del poco tiempo que compartíamos.

Eva, la que rompió la estabilidad de la familia feliz.

La agregada.

La medio huérfana que provocaba pena en los demás.

—Lo siento, no puedo.

Salgo de la cocina con rapidez y me dirijo a la escalera. Subo los peldaños con premura. Él, de nuevo, me sigue hasta mitad del pasillo, desde donde todavía puede verme gracias a los barrotes de la baranda.

—No te disculpes, tendremos tiempo de sobra para pasarlo juntos —lo escucho decir con intención. Freno en seco a mitad de la escalera, sin girarme hacia él.

—Sacaré un hueco —le miento—. ¿Cuándo regresas a Galicia?

—No me voy, Lentejas. Esta vez me quedo para siempre.

2

Todos tenemos nuestras aflicciones, y si bien el perfil, el peso y el tamaño del dolor son diferentes para cada persona, el color del dolor es el mismo para todos.

Subo sin mirarlo, entro en mi habitación y cierro la puerta. Me mantengo apoyada en ella, con la respiración más acelerada de lo que me gustaría reconocer y los nervios a flor de piel. Siento que han ocurrido muchas cosas en un intervalo de tiempo muy pequeño y no cuento con la capacidad necesaria para analizarlas: Sandra, la llegada de Adán, su pillada en mitad del salón, la noticia…

La noticia.

Se queda, y lo hace para siempre.

Me jode no saber reconocer en mi interior si me alegra o me horroriza. Puede que a partes iguales.

Tendré que lidiar con él a diario, y por mucho que me escabulla, como he hecho hasta ahora y durante diez años, no será fácil ignorarlo viviendo bajo el mismo techo. Hasta este momento, en sus escasas visitas —puede que dos o tres veces al año—, nos evitábamos. Sería correcto decir que él me evitaba. Nunca encontré el momento para pedirle una explicación, esa que tanto ansiaba, simplemente porque se encargó de que no coincidiésemos a solas, y la única vez que coincidimos… Bueno, podría decirse que no hubo muchas palabras de por medio. Permanecíamos en la misma estancia el menor tiempo posible para no desagradar a nuestros padres y después se excusaba con algún plan y se marchaba. Con el paso del tiempo, mi necesidad se convirtió en frustración, y esta, en odio. Fue cuando la tortilla se dio la vuelta y era yo quien lo evitaba. Hemos pasado muy poco tiempo juntos en los últimos años, y ni así hemos sido capaces de no discutir. Ahora no tiene pinta de que haya madurado lo suficiente para ser alguien medio soportable, y yo no soy precisamente lo que se conoce como una persona paciente.

Mi móvil suena en el bolsillo de mi falda. Con los nervios y las prisas, ni siquiera me he percatado de que lo he guardado ahí. Doy gracias a la interrupción de mis pensamientos, porque no me siento capacitada en estos momentos para analizar lo que siento con su presencia. Todavía no. Pensaba que llegaría la semana siguiente y

habría tenido cuatro días enteros a partir del lunes para planear cada excusa y crear esa armadura de hierro que siempre saco del armario cuando él regresa, pero me ha pillado en bragas, nunca mejor dicho, y con la armadura guardada en el sótano.

La vibración del teléfono me hace descolgar sin haber mirado quién es.

—¿Puedes meterte en la ducha de una vez, por favor?

Es Sandra.

—¿Cómo sabes que aún no estoy en la ducha? —le pregunto contrariada.

—Porque lo sé. Date prisa, o llegarás tarde.

—No lo haré, pesada, que eres muy pesada.

—Me debes una cerveza si no cumples tu palabra. Dos —rectifica, y cuelga.

Sonrío mientras tiro el móvil sobre la cama. Dispuesta a obedecer y a no perder esa apuesta, me desnudo.

Miro el reloj cuando salgo del baño. Me he tomado la ducha con más calma de la necesaria, como casi siempre, y enfadaré a Sandra si no me doy prisa, así que opto por rizarme el pelo y secarlo con el difusor para darle volumen. Acostumbrada a verme a diario con el pelo ondulado, es común que para salir me lo alise, aunque me suponga más de una hora de doma.

Estoy maquillándome cuando escucho la puerta principal abrirse y, acto seguido, las exclamaciones de Elena y mi padre, quienes acaban de llegar y se han encontrado a Adán por sorpresa. Y a Sultán. Las voces emocionadas se entremezclan con los sonoros besos. Me imagino a Adán aguantando el tipo mientras es achuchado por su madre como un niño pequeño, y sonrío frente al espejo al imaginar también lo que estará pensando mi padre viendo al inquilino. No debe estar muy feliz con que la familia crezca, pero jamás lo reconocerá en voz alta delante de Elena, porque eso implicaría arrancar un pedacito de la dicha que debe sentir en este instante con su hijo tan cerca.

Mi móvil vuelve a sonar y sé que voy tarde, a pesar de mi esfuerzo. Debo dos cervezas. Es una notificación del grupo de grabación, donde varios compañeros avisan de que salen hacia el restaurante. Me miro en el espejo una última vez, suspiro y me convenzo a mí misma de que debo salir en algún momento y enfrentarme a la situación. Y aunque tengo una excusa válida alegando que voy falta de tiempo y que todos me esperan, decido asegurar la jugada llamando a Sandra.

—Llámame en diez minutos —le pido nada más descolgar y sin dejarla hablar.

—¿Es una emergencia?

—Sí.

—¿Nivel principiante, media o avanzada?

—Media —miento.

—¿Te librará de una buena?

—Te debo tres cervezas. ¿Puedes llamarme sin más preguntas? Tú nunca preguntas.

—Ya, pero ahora quiero saber si sigo siendo una pesada.

Recuerdo mi comentario en la conversación anterior.

—Vaaale, perdona. No, no eres una pesada. ¿Puedes llamarme en diez minutos, por favor, bella amapola del campo?

—Claro. No necesitabas pelotearme tanto. —Me cuelga.

Quitando este momento de intentar hacerse de rogar, Sandra es así en todos los aspectos de la vida: no pregunta, solo actúa. Nunca dice que no, por muy comprometedor que sea el plan, por muy estrafalarias que sean mis intenciones, que suelen serlas. Es de esas amigas que antes de cuestionarte por qué tenemos un cadáver en el sótano y qué motivo me ha llevado a matar a alguien, me ayudaría a enterrarlo.

Bajo de una vez por todas. Me encuentro a mitad de la escalera cuando la conversación cesa y todos se giran para mirarme desde el pasillo de la entrada, justo donde desemboca mi descenso. No tengo escapatoria. Observo que no hay rastro del canino y supongo que ha decidido hacer una excursión para ojear su nueva casa.

—¡Eva! —exclama Elena con los ojos llenos de felicidad—. ¡Ha venido Adán! ¿Lo has visto?

Bajo mientras asiento a la pregunta.

El susodicho se encuentra entre su madre y mi padre. Me contempla fijamente, con los brazos por delante del cuerpo y la mano izquierda rodeando la muñeca derecha. Su figura grande se muestra erguida pero no tensa. Reconozco esa postura firme desde hace muchos años. Es su sonrisa casi imperceptible ante los ojos de nuestros padres la que me hace apartar la vista de sus manos y subir hasta su rostro; esa que me avisa de lo que vendrá a continuación: él bromeará para picarme, yo entraré al trapo, y es muy posible que terminemos discutiendo de verdad. Así que decido evitar que la conversación se extienda.

—Estás preciosa —murmura mi padre. Cuando piso el último escalón, da un paso hasta mí y deja un beso en mi mejilla.

—Entonces, ¿os habéis saludado ya? —insiste Elena, visiblemente emocionada con la llegada de su hijo.

—Sí —responde Adán con la sonrisa intencionada dirigida a mí—. Eva también se ha puesto muy contenta al verme y me ha dado una calurosa bienvenida.

Maldito mamón.

—No esperaba tu llegada tan pronto —replico entre dientes—. Por eso me ha sorprendido.

—Lo sé. He visto en tu rostro el asombro de encontrarme en el salón.

Elena y mi padre nos miran con extrañeza. Vale que disimulamos todo lo posible en presencia de ambos y fingimos soportarnos, pero los dos saben que no nos llevamos bien, y mucho menos después de que nuestras vidas se unieran de manera inevitable bajo un mismo techo y nos convirtiésemos en algo más que vecinos. Hace ya bastantes años que insisten en tratarnos como a hermanos; no desde que Elena y Natalio empezaron a salir, sino mucho antes, cuando éramos los únicos niños que vivían en la calle y no teníamos más remedio que jugar juntos. No obstante, aunque trataran el tema con naturalidad y nosotros aparentásemos estar conformes, nunca aceptaríamos el título que nos habían otorgado el amor de otras personas y las desdichas que nos había tocado vivir.

—Llego tarde —es lo único que se me ocurre decir, dispuesta a acabar con la conversación.

—¿Vas sola? —me pregunta mi padre, y yo asiento—. Ni hablar, te llevo.

—Ya hemos hablado esto, papá —le recuerdo, buscando las llaves del coche en mi bolso.

—Eva, te parece una tontería, pero es peligroso. ¿Quién sabe de dónde sale toda esa gente que se arremolina alrededor de ti? Hay mucho chiflado suelto.

—Solo fue una chica eufórica.

—Que se abalanzó sobre ti y te tiró al suelo. ¡Te diste un golpe en la cabeza! —exclama Elena alterada. Ella sigue pensando que moriré a causa de un fanático enloquecido, a lo John Lennon.

—Fue sin querer, solo quería abrazarme.

—Sí, y sin querer te habría matado si te hubieras dado con el bordillo tres centímetros más abajo. Ya escuchaste al doctor —refuerza mi padre.

—La productora le ha propuesto que contrate seguridad —le cuenta Elena a Adán—. Pero es terca como una mula y se niega. ¡Ni siquiera tiene que pagarla! ¡La empresa se encarga de todo!

—No es cuestión de dinero. Ya os he dicho que no pienso llevar a un desconocido pisándome los talones como si fuera mi sombra. —Al fin encuentro las llaves del coche.

Elena abre mucho los ojos. Con una sonrisa tan enigmática como la de su hijo, pregunta:

—¿Y si no fuera alguien desconocido?

Todas las miradas se dirigen a Adán, incluso la mía. Él observa a su madre y después a mi padre. Por último, nos encontramos.

—Ni hablar —me apresuro a decir.

—No —sentencia él a la vez, mirándome con firmeza.

—¿Por qué? Si te quedas, necesitarás un trabajo, y Eva, un guardaespaldas. ¿Quién mejor que tú para hacerlo? Es tu profesión, y nadie va a cuidarla como su hermano.

—He dicho que no, y no es negociable —advierto—. Lo siento.

Por suerte, mi móvil comienza a sonar y yo le doy gracias a la vida por haber puesto a Sandra en mi camino.

—Lo negociaremos —insiste mi padre mientras me acerco a besarlo para despedirme.

—No hay nada que negociar.

Hago lo mismo con Elena, que me abraza con cariño mientras me pide que tenga cuidado.

Saco mi teléfono y descuelgo para escaquearme.

—Pásalo bien con tu amiga —es lo último que escucho de Adán, que recalca mucho ese *amiga* antes de cerrar la puerta.

3

Tuvo el mal presagio de que algo había despertado en su conciencia, pero no sabía ponerle nombre.

La gran mesa se expande a lo largo de la terraza del Kalaka, en pleno centro de Huelva. No es un sitio discreto para cenar, pero nos gusta, y la parte técnica del equipo que suele acompañarnos a las quedadas se encarga de que sea completamente seguro.

Hasta hace pocos meses nuestras vidas eran corrientes, monótonas y aburridas. Hubo cierto revuelo entre los amigos y la familia por rodar una serie que se emitiría en una de las plataformas principales, pero nadie pensó jamás que nuestra presencia fuera a tener alguna repercusión en la gente. Sin embargo, había ocurrido. Y ahí estábamos: un grupo —para nada adolescente, a pesar de interpretar que lo éramos— escoltado para cenar, almorzar o movernos de un lugar a otro, siempre con alguien alrededor, bocas abiertas por la sorpresa y ojos impresionados.

Al principio era divertido, y aunque todavía es indescriptible sentir tanto cariño y admiración de personas desconocidas, con el paso de los días la sensación de no poder estar sola ni un segundo comenzó a asfixiarme. No hay muchos datos interesantes que sacar de mi vida más que la ropa que uso para salir de fiesta, los lugares que frecuento o en qué súper hago la compra, si es que eso puede calificarse como interesante, pero todo se acentuó con el triángulo amoroso que creyeron formado entre David, Javiela y yo. Entonces, cada acto se puso en entredicho y cualquier detalle que saliera a la luz, por mínimo que fuera, parecía importante: quién era yo, qué había ocurrido con mi madre, por qué vivía en la casa de al lado de la que me crie, el parque de atracciones de Elena y mi padre… Incluso la taquilla ha crecido en los últimos meses, y lo que parecía un negocio acabado, ha resurgido.

—Ha llegado el alma de la fiesta, y puntual, como siempre — escucho decir a Javiela con tonito mientras me siento.

Todos están alrededor de la mesa. Todos menos yo, claro.

Por suerte, ella está en el otro extremo y en el lado contrario al mío, junto a Ros, su hermana gemela, tan insoportablemente insoportable como ella. Incluso me contempla con el mismo asco que

su idéntica. A falta de una, dos. Sandra siempre les dice que su madre se quedó a gusto cagando el día que nacieron.

Observo a Javiela durante unos segundos mientras pongo mi trasero en la silla. Ha vuelto a teñirse el pelo. Le faltan dos tonos para ser exactamente igual que el mío, que, aunque siempre ha sido pelirrojo natural, desde hace más de un año es rojo sirenita, como dice Elena; un color de fantasía, el más rojo de la carta de tintes. También se ha puesto en el punto de mira que ambas compartamos color de pelo, algo que a mí me da absolutamente igual, pero que a Dirección no le hace ni pizca de gracia. Somos contrarias en la serie —y en la vida—, por lo que no podemos parecernos en nada, según el guion.

—Creía que el alma de la fiesta ya estaba aquí, como os veo taaan animados —ironizo.

David oculta una extensa sonrisa detrás de la copa de vino. Diego y Pierre, los guionistas, ríen ampliamente.

—¡Sí, uf! Fiesta, yuju —dice Sandra con cero emoción en el rostro y en la voz—. Por cierto, Javi… —Javiela tuerce el gesto. Odia que la llame así, y a Sandra le encanta recalcarlo, sobre todo cuando hay mucha gente alrededor, como en las entrevistas o en las cenas con el equipo—. Te he visto de espaldas y por un momento he pensado que Eva había llegado a tiempo. Después he comprobado que todavía te faltan un par de tonos para ser idéntico a su pelo y te he reconocido.

La aludida sonríe falsamente y, para mi sorpresa, no responde a la provocación de mi amiga.

—¿Pedimos? —interviene César, nuestro cámara más joven y uno de los pocos que se anima a acompañarnos a las quedadas.

—Sí, por favor —implora Jessica, sentada a mi lado izquierdo. Después me mira con atención y me saluda—: ¡Hola, Eva! Estás muy guapa con el pelo rizado.

Pellizco su mejilla con cariño. Es la más pequeña del elenco e interpreta a Jade, mi hermana en la serie. No es actriz, pero actúa mejor que muchas. Ha mamado el arte, la interpretación y las cámaras. Su padre es uno de los encargados de la seguridad y del mantenimiento de las oficinas de grabación desde hace más de veinticinco años, un hombre separado que se llevaba a Jessica a la garita desde que se quedó con la custodia completa, cuando ella solo contaba con seis meses de vida. Ahora tiene diez años, y aunque a Andrés no le entusiasma que casi siempre esté rodeada de gente mayor, lo convencemos para que la deje venir de vez en cuando a los eventos con la condición de que la llevemos temprano, justo antes de empezar a beber alcohol. Cumplimos nuestra palabra y Jessica está en la garita junto a su padre antes de desplazarnos hasta la discoteca. Esta noche Andrés está de guardia y la pequeña duerme allí, en el modesto dormitorio habilitado para ella desde siempre.

Cuando llegamos al aparcamiento de la Live, la cola de gente llega hasta el final de la avenida. Hay varias discotecas, pero cada verano una resalta entre las demás, y esta ha sido la elegida, por lo que nos hemos desplazado hasta Punta Umbría.

Todos nos miramos, conscientes de lo que ocurrirá a continuación. Hoy somos un grupo relativamente pequeño, de unas diez personas, pero no pasaremos desapercibidos de ningún modo. Principalmente, porque nos acompañan Pim y Pam, los escoltas que nunca faltan dentro del horario laboral ni en los eventos, y sé con certeza que sus cabezas sobresalen por encima de las de toda la discoteca. Son la seguridad mínima que nos exigen, y aunque nos siguen a todos lados cuando vamos juntos y constantemente evitan que nos desnuquen a empujones, no sabemos nada de sus vidas, ni siquiera sus nombres reales.

Los bautizamos así porque es su *modus operandi*. Dos veces los hemos visto en acción, de la de verdad, aunque las escenas duraron poco. En una de ellas, el tipo iba pasado de rosca con el alcohol e intentó acercarse a Javiela, quien —raro pero verídico— se dejó halagar con amabilidad justo antes de entrar en el evento, tanta que el hombre la malinterpretó e intentó retenerla sujeta por el brazo pese a que una valla de media altura los separaba. No le dio tiempo a más. Pim apareció de la nada, lo elevó del jersey como si fuera una pluma y se lo lanzó a Pam, quien le dio un puñetazo en mitad de la cara que lo tumbó. Algo así como jugar al vóley con una persona. La segunda vez fue parecido, solo que, en esa ocasión, Pierre tuvo problemas con un reportero que se puso agresivo y nuestros armarios empotrados tuvieron que actuar.

Los diferenciamos por el pelo. Pim lo tiene rapado al cero, y Pam, ondulado hasta media espalda. Lo mismo nos pasaba al principio con Javiela y su gemela Ros. Antes, cuando ambas eran castañas, siempre se ponían los complementos del cabello de diferentes colores para que el equipo no se volviera loco intentando reconocerlas. Sandra y yo tenemos la broma interna de que con unos collares con cascabeles bastaría, así las diferenciaríamos y las evitaríamos al escucharlas.

Pim y Pam sospechan lo que ocurre y se colocan delante, encabezando el grupo que formamos Diego, Pierre, César, Alma y Marina, compañeras del elenco, las gemelas insoportables, Sandra, David y yo.

—Somos demasiados —deduce Pim, oteando el grupo—. Quedaos aquí. Iré a avisar de nuestra llegada para que abran el cordón y estemos en el exterior el menor tiempo posible.

Pam gruñe en aceptación, porque Pam siempre se comunica a gruñidos, y los demás asentimos.

Entretanto, nos fumamos un cigarro en el aparcamiento, una

explanada de albero, oscura y extensa, en la que pasamos desapercibidos. Cuando vuelve, lo seguimos con rapidez. A pesar de que cruzamos la calle hasta la misma puerta para evitar la cola horizontal que se ha formado, nos reconocen y la gente comienza a gritar, arremolinándose a nuestro alrededor.

Sonreímos y saludamos a los grupos de ojos, pelos y sonrisas que se nos acercan para regalarnos un primer plano y gritan nuestro nombre, pero contaré un secreto: solo pensamos en caminar recto y llegar al destino sin doblarnos un tobillo con los tacones o caer de bruces delante de una multitud cargada con armas tecnológicas que graban a todas horas. En menos de treinta minutos estarías cayéndote en tres redes sociales distintas. Conociéndome, me quedo sin tacón, sin tobillo, sin dientes y sin dignidad. No obstante, intento guardar en la retina estos momentos únicos. Me gusta observar a la gente, siempre me ha gustado, igual que analizar esa emoción y adrenalina que nace en los cuerpos cuando ven a alguien que simplemente sale en una pantalla.

En un momento dado, memorizando rostros que no distingo, uno llama mi atención y me detengo. Es Manuel, el mejor amigo de Adán, y parece haberme reconocido. Me mira sonriente y levanta una mano para saludarme. Es curioso, porque antes intentaba fingir que era invisible, y al parecer no le suponía mucho esfuerzo, a pesar de pasar más tiempo en casa que con sus propios padres. A su lado está Rubén, y para completar el trío Caravelas —como los llamábamos Mónica y yo años atrás cuando decidieron dejar crecer sus bigotes, o mejor dicho las pelusillas oscuras que les crecían sobre el labio—, Adán.

Se encuentra apoyado en la pared, con una pierna flexionada mientras se fuma un cigarro. Está mirando al frente, a ningún punto en concreto, pero entonces parece notar que alguien lo escudriña y gira el rostro con parsimonia a la vez que suelta el humo. Sus ojos claros resaltan sobre el conjunto oscuro que forman su camisa, su pelo y sus tatuajes, todo tan negro como la noche que nos envuelve. Se queda fijo en mí, demasiado, y no sonríe burlón como otras veces. Unas manos sobre mis hombros me empujan con firmeza y me obligan a caminar.

—Vamos, Eva, tenemos que entrar —me indica Sandra.

Solo asiento una vez y camino, refugiada entre los cuerpos de mis compañeros y notando las manos que me tocan los brazos a la vez que sus dueños gritan nuestros nombres ficticios. Sigo pensando en la coincidencia de encontrarnos, que después de todo no es tan grande porque tampoco hay mucho donde elegir para tomarte una copa y bailar despreocupadamente, pero podría haber salido por la capital, y sin embargo está aquí. Además, la gente somos como ovejas y nos movemos en rebaño. Adonde va una, van todas, y a la que se sale del

molde, la llamamos descarriada. Nadie quiere ser la oveja que se queda sola por no seguir la moda de las demás. Después de todo, ¿qué miedo más grande existe que a la nada?

Al fin estamos dentro, en el reservado, y Pim y Pam respiran aliviados. Siempre ocurre cuando el trayecto transcurre sin incidentes mayores. No hablan, pero puedo notar cómo se miran y expulsan el aire que han acumulado durante los intensos minutos. Una vez acabado, se colocan cada uno a un lado de la cortina del reservado, y con las manos entrelazadas por delante del cuerpo, vigilan como dos águilas. Nosotros, en cambio, nos sentamos relajados y deseando comenzar a divertirnos. Y al principio lo consigo, pues las gemelas están en el sofá de enfrente, hablando con Alma y Marina, y tenerlas a unos metros de distancia me pone de buen humor. A mi lado, Sandra y David. Pierre, Diego y César hablan acaloradamente de trabajo —cómo no— en el sillón central que forma una perfecta U y que rodea a la mesa de cristal que sostiene nuestras copas. Estos dos últimos se unirán a nosotros tres dentro de poco porque Pierre, a pesar de que acaba de pisar la discoteca, lleva avisando desde la cena que una copa y se marcha a seguir trabajando. La nueva temporada se acerca y no van bien con las fechas de entrega. Debe ser el aire francés el que lo impulsa a quedarse en el set casi todos los fines de semana mientras nosotros disfrutamos. Esteban, el director, siempre le reprocha que ha dejado de pagar el alquiler y vive en el edificio de grabación.

Entre música, conversaciones y risas, las copas vacías van acumulándose. Y quien dice una, dice tres. Pierre va medio pasado de rosca cuando abandona el reservado y se despide lanzando besos al aire. Un rato después, estamos bailando con los brazos en alto y cantando a gritos. Ya ni siquiera me molesta mezclarme con Javiela y su hermana, que esta noche están manteniendo las formas.

No sé cuánto tiempo transcurre hasta que Pim abre la cortina blanca levemente y asoma la cabeza. Sus ojos otean el lugar, y cuando me encuentra de frente, habla:

—Eva, te buscan.

Extrañada, salgo del gran cuadrado que conforma el reservado. Nada más hacerlo, me encuentro con el trío Caravelas.

—¡Eva! —exclama Manuel, como si fuésemos amigos de toda la vida.

Hemos seguido saludándonos después de que Adán se marchara, pero con simples palabras de cortesía. Es su amigo, no el mío.

—Eh…, hola —los saludo. Les dedico una sonrisa, a pesar de lo extraño que me parece todo.

—¿Qué tal? —me pregunta Rubén.

—Bien.

—Te hemos visto entrando y queríamos saludarte.

Mis ojos se dirigen a Adán, que en silencio ojea el reservado y a los hombres de seguridad como si yo no estuviera aquí.

—Me alegro de veros, chicos…

Y cuando estoy a punto de añadir «pero debo volver dentro», una voz emocionada interviene:

—¿No es este tu hermano? —me pregunta Sandra, visiblemente entusiasmada con su presencia.

—Adán, llámalo Adán —le recalco con intención.

—Y veo que viene muy bien acompañado.

Le da un trago a la copa y aprovecha el gesto para mirarme de reojo. Le indico sin palabras que ni se le ocurra, pero parece que hoy no ha sabido entender ese lenguaje oculto que las buenas amigas poseen, porque abre la cortina y, sonriendo con mucha amplitud, les propone:

—¿Por qué no nos acompañáis un rato y nos tomamos algo juntos?

Rubén y Manuel le devuelven la sonrisa y aceptan encantados. Adán, el último de la fila, se interna sin demasiada emoción, caminando con las manos metidas en los bolsillos como quien va a donar sangre y no a divertirse bebiendo y bailando. Cuando creo que va a pasar por mi lado fingiendo no verme, se detiene a mi altura y gira el rostro para mirarme. Es más alto que yo; no en exceso, pero sí lo suficiente para obligarme a alzar el mentón y poder igualar la intensidad de esos ojos grandes y azules.

—Veo que te lo montas muy bien, pelirroja *superstar*. —Saca un dedo del bolsillo y lo gira varias veces por encima de su cabeza, refiriéndose al lugar.

—¿Qué haces aquí, Adán? —Me cruzo de brazos.

—Bueno, la gente que quiere divertirse frecuenta discotecas. La que no, se va a clase de teatro.

Me muerdo el labio inferior, comenzando a notar la rabia subir por mis piernas. Me pregunto qué lo trae de vuelta a casa de manera repentina. Era solo una visita, y sin darnos más información, aparece con la noticia de que no vuelve a Galicia. Y ahora está aquí, intentando buscarme las cosquillas con antiguas pullas.

—Te ha enviado mi padre para que me vigiles, ¿verdad?

Sonríe de medio lado y vuelve a introducirse la mano en el bolsillo. Se toma unos segundos para responderme mientras se balancea lentamente:

—¿Piensas que cumplo órdenes de tu padre? Parece que no me conoces.

—No, no te conozco.

—Ah, ¿no?

—No —repito, y mi voz suena a reproche sin que pueda remediarlo —. Puede ser porque llevo diez años sabiendo de ti por escasas visitas,

lo poco que cuenta Elena, una videollamada forzada o por las redes sociales.

Alza una ceja y yo me arrepiento automáticamente de mis palabras. De todas y cada una de ellas.

—¿Miras mis redes sociales? —me pregunta con intención.

—¡Por supuesto que no! Pero tu madre sí, y piensa que es interesante contarnos tu vida a todos.

Claro que sí lo hago. Pero Adán es tan hermético que jamás publicaría su vida en un lugar al que todo el mundo puede acceder. Sus publicaciones son sobre fútbol y unas pocas fotos en las que sus amigos del pasado lo han etiquetado como recuerdo, o algunos del presente, pero muy escasas.

—Ya…

La mano que había guardado en el bolsillo y que no puedo dejar de mirar a causa de tanto entrar y salir, de repente, está sujetando mi brazo izquierdo a la altura del codo. Sigue entrelazado con el derecho, pero el agarre de Adán consigue soltarlos. En el movimiento, mi cuerpo se pega al suyo. Él se encarga de que así sea para poder bajar el rostro y acercarse peligrosamente al mío.

—Debo confesar que yo sí le he echado algún que otro vistazo a las tuyas. Es difícil no saber de ti cuando apareces en todos lados —murmura. Tengo su boca tan cerca que podría haberle leído los labios sin necesidad de que emitiera sonido alguno.

Sé que se refiere a la prensa, lo sé de sobra, pero su tono ha sido tan provocador e insinuante que durante un segundo fantaseo con que añada que también aparezco constantemente en su cabeza.

Por suerte para mí y para la reconducción de mis pensamientos —y pensaba que jamás diría esto—, Javiela aparece a mi lado. Sin quitarle los ojos de encima a Adán, habla:

—Esto… Hola. Soy Javiela. —Le planta dos besos efusivos, uno en cada mejilla, que no concuerdan para nada con el tono tímido que muestra—. Y teniendo en cuenta que Eva no nos ha pedido permiso para invitaros a *nuestro* reservado, qué menos que habernos presentado. —Pongo los ojos en blanco—. Ya he conocido a tus amigos, pero ¿quién eres tú?

—Soy Adán —le responde, dedicándole toda su atención. Después dirige los ojos muy despacio hacia mí y muestra una imperceptible sonrisa ladeada—. Su hermano.

Lo fulmino con la mirada.

Javiela nos mira de hito en hito, con esa expresión exagerada que usa cuando quiere demostrar que algo la impresiona mucho: con la boca tan abierta que le cabría mi puño dentro. La visión de verla ahogarse con él me atrae.

—¿Hermanos? Pues no os parecéis.

—Puede ser por el pequeño detalle de que no nos tocamos nada —apunto.

—Bueno, eso es discutible —añade él.

Yo lo mato. Juro que lo mato.

—¿El qué es discutible? —le pregunta Javiela, que se ha perdido. Claro que se ha perdido; las palabras de este miserable van dirigidas únicamente a mí.

—Lo de nuestro parecido —comenta resuelto y visiblemente divertido con la situación.

—Pero tu padre y su madre están juntos, ¿no? Al menos eso está diciendo Sandra, que está encargándose de poner al día a todo el mundo sobre los invitados. —David aparece de repente, ofreciéndole la mano a Adán para saludarlo.

Adán la acepta sin pronunciar una palabra, y no sé si es la oscuridad del lugar o que estoy tan ofuscada que no puedo ver con claridad, pero me da la sensación de que su mandíbula se tensa mientras se la estrecha arriba y abajo.

Viendo que no necesitan mi ayuda para las presentaciones, me escaqueo hasta el sofá y me sirvo otra copa. Él líquido se pasea por mi garganta con mucha más rapidez que el anterior y me aturde levemente, así que intuyo que también me ha sentado mejor. Es lo que necesito para olvidarme de la presencia de Adán, que más de cuarenta minutos después sigue de pie, hablando con Javiela. Observo cómo ella se toca el pelo continuamente y ríe de manera exagerada con todo lo que dice. Durante un instante me parece estar en el pasado, en cualquiera de sus fiestas, sentada en la escalera de casa y siendo invisible ante los ojos de los demás mientras observo a Adán, Manuel y Rubén flirteando con unas y con otras.

Entre pensamientos, las conversaciones de mis compañeros se apagan poco a poco a mi alrededor. Ya casi no las escucho. Solo son palabras mezcladas, casi lejanas.

—Te noto ausente —dice una voz masculina en mi oído.

Doy un respingo en el sillón, sobresaltada. Al girarme, me encuentro con la tímida sonrisa de David. Es hablador, extrovertido y muy bromista, pero detrás de esos dos puntos de seguridad que ha ganado gracias a las cámaras, yo reconozco a un chico tímido que no siempre fue popular. Y es guapo, muy guapo: ojos rasgados de color miel, pelo claro, sin llegar a ser rubio, y sonrisa sincera. No habla por hablar, detalle que le suma puntos, y aunque en estos momentos su imagen aparece en portadas de revistas y anuncios de televisión, además de que sus redes sociales arden de chicas enamoradas, él continúa siendo el mismo que conocí el primer día de rodaje; más seguro, puede, pero igual de humilde.

Le sonrío. Sí, estoy ausente. No sé por qué, pero no consigo

divertirme del todo ni integrarme en la conversación con los demás.

—Tienes razón. —Me levanto envalentonada, con la copa en la mano. Otra. Ya no sé ni cuántas van. Más de lo que mi cuerpo suele permitirme, eso sí es seguro—. Vamos a bailar.

Alza las manos para que pueda verlas mientras yo me cuelgo el pequeño bolso cruzándolo por mi cuerpo.

—No, no… Ya sabes que no me gusta esta música ni…

—Venga, no seas soso. Lo que no te gusta es bailar delante de la gente. —Tiro de una de las manos que tiene en alto y se deja llevar con cara de resignación—. Sandra, ¿te vienes? —le pregunto a mi amiga.

Está sentada entre Alma y Manuel y no sabe adónde vamos, pero también coge su copa y se levanta con la intención de seguirme.

—No pensarás salir del reservado, ¿no? —me pregunta David con preocupación. Prácticamente, estoy arrastrándolo fuera.

—Claro que sí. ¿Qué hacemos los tres aquí, bailando en este cuadrado? No seas aburrido.

—Nos meteremos en un lío, para variar. —Recalca mucho esto último, pero su voz suena divertida y relajada.

Tiene razón. Siempre que se deja llevar por Sandra o por mí, acabamos dando la nota, algo que irrita demasiado a Dirección. «No queremos que se olviden de vuestras caras, pero tampoco es necesario que estéis en las portadas cada jodido fin de semana», suele decirnos todos los lunes Esteban, golpeando las revistas sobre la mesa mientras los demás ensayamos el guion. Es un hombre con un carácter peculiar al que hay que saber llevar si no quieres permitir que te conduzca adonde le dé la real gana.

Antes de que Pim y Pam nos corten el paso para avisarnos de que lo que estamos a punto de hacer no es correcto, una melena roja interfiere en mi campo de visión y freno en seco. David choca con mi espalda, y por la exclamación de Sandra, sé que ella ha impactado también. Noto cómo la bebida fría recorre mi nuca, baja por mi columna y llega a mi trasero gracias a la abertura del vestido.

—Perdón —se disculpa David, intentando inútilmente secarme con la mano. Javiela clava sus ojos en ella y sigue el recorrido a través de mi espalda.

Miro a mi amigo por encima del hombro para indicarle en un susurro que no se preocupe y vuelvo a centrarme en el obstáculo con patas que se ha interpuesto delante.

—¿Qué haces? —le pregunto.

—¿Adónde creéis que vais?

—¿Y a ti qué te importa? Quítate de en medio —le exijo, intentando pasar por su lado, pero su hombro lo impide al topar con el mío.

Ros deja de hablar con Rubén, se levanta del sillón blanco y se sitúa al lado de Javiela. Automáticamente, Alma y Marina la siguen para saber qué ocurre. Adán se mantiene al margen, unos dos metros a mi derecha y apoyado en la baranda que nos separa del reservado de al lado.

—Javiela, solo vamos a divertirnos un rato. Cambia esa cara y vente a bailar —le propone David con cautela, siendo consciente de lo enrarecido que se ha puesto el ambiente de repente.

—¿Que cambie la cara? —Lo contempla con los dientes apretados y se echa el pelo hacia atrás con elegancia, demasiado erguida y con el mentón en alto—. Acabamos de terminar de grabar la temporada y la gente está como loca, ¿o no lo habéis visto ahí fuera? ¿Qué queréis?, ¿meteros en mitad de la multitud y que se forme un revuelo solo porque Evita está aburrida? Esteban nos matará el lunes.

—Pues te quedas aquí sentadita y adiós problema, así Estaban besará tus pies y seguirás siendo su niña buena y obediente. —Le sonrío.

Todos sabemos cuánto odia esa fama de pelota que se ha creado en el set con tal de ganar protagonismo en sus guiones, y aunque nunca entro al trapo porque me parece una actitud ridícula y de niños inmaduros, hoy lo he hecho.

Herida, me ignora y se dirige a David:

—¿Y tú qué eres, su perro faldero? Vas a quedar estupendo en las fotos, oliendo su culo toda la noche.

David da un paso y se sitúa a mi lado para encararla.

—El día que comprendas que no todo es trabajo, fama y fotografías, empezarás a disfrutar un poquito —le responde, tocado en su orgullo —. Mientras tanto, puedes quedarte aquí, posando con la copa en alto y perfectamente posicionada para que no te tape la cara.

A Javiela le ha dolido el comentario. Lo intuyo porque su mentón ha caído y sus ojos han pasado de estar furiosos a brillar de impotencia. Y no porque le afecte que se diga en alto lo que todo el mundo sabe, sino porque haya sido David quien lo ha verbalizado.

—Que es exactamente lo que está haciendo ahora —añade Sandra, mirando a la izquierda.

Todos dirigimos los ojos al mismo lugar para reparar en la multitud de gente que nos enfoca con sus móviles. Estamos justo al lado del centro de la pista, y aunque la música es muy alta, nos escuchan perfectamente, asomados a nuestro reservado. Es lo que tienen las discotecas de verano al aire libre.

—Chicas, ya —nos pide César, caminando hasta nosotras—. Estáis llamando la atención.

—¿Estás montando todo esto para que tengan algo de qué hablar? —inquiero sorprendida.

—Como si no tuviéramos suficiente con lo que se habla de por sí —añade David.

Los demás observan en silencio, incluso Javiela, que no responde a mi pregunta.

—Qué bien. Pues vamos a darles de qué hablar —sentencio.

La copa que llevo en la mano se vacía en mi garganta de un solo trago. La suelto con fuerza sobre la mesita de cristal y vuelvo a mi posición sin apartar la mirada de los ojos ambarinos y furiosos de Javiela. Cojo la mano de David con fuerza y camino. Esta vez es mi hombro el que casi la derriba. Salgo definitivamente del reservado, y a pesar de que las voces de mis compañeros me avisan de que no es buena idea, sigo adelante. Pim y Pam me observan de reojo, y debo tener una cara parecida a la del rottweiler de Adán, porque no abren la boca ni hacen ademán de moverse.

La gente nos sigue, soy consciente; también de que lo hacen con los móviles en la mano. Es lo que Javiela busca, y yo voy a dárselo. Sé que esto me afectará tanto como a ella y puede que mañana me arrepienta, pero estoy hasta las narices de su comportamiento, de esa rivalidad que se ha creado de la nada, de los desplantes y las malas contestaciones. Estoy cansada de que el entorno se enrarezca cuando nos encontramos en la misma estancia, que por desgracia ocurre con más frecuencia de lo que me gustaría.

Estamos llegando al centro de la pista. Nuestra determinación al caminar va abriéndonos el paso. Puede que sea el alcohol el que me hace visualizarnos a cámara lenta, pisando fuerte, sumergidos en luces que cambian de color, envueltos por la música movida. La mano de David me frena de repente. Podría haberme sacado de este extraño trance en el que estoy, pero no lo hace; al contrario, todo sigue pareciendo pausado e intenso. Al girarme y chocar con su pecho, alzo la mirada para encontrarme con la suya. Sonríe con amplitud. Nuestras manos aún no se han soltado. Alrededor, solo música y cuerpos moviéndose. Nadie nos toca, nadie nos interrumpe. Sé que el único motivo es dejarnos el espacio suficiente para que demos el siguiente paso.

Eva y David. Dalia y Cristian. En público, dados de la mano.

Sigue sonriendo.

—¿Te diviertes? —le pregunto.

—Bastante. No estoy acostumbrado a verte enfrentándote a ella. Sé que remedias que ocurran estas cosas, pero…

—Pero ya estoy cansada.

—Lo entiendo.

—Y voy a darle lo que quiere. Y lo que no —le digo con determinación, sin apartar mis ojos de los suyos.

—Y para ello vas a utilizarme a mí. —Sonríe de lado, entrando en

mi juego.

—Siempre que no te importe.

—No lo hace.

—Tendrá consecuencias.

—Lo sé.

—Porque voy a besarte —le confieso.

—Lo sé.

—Y voy a disfrutar de hacerlo en público. Primero, porque ella lo verá hoy en directo y, al menos, durante las dos semanas más que dure la noticia.

—¿Y segundo? —Se acerca a mí. Es más alto que yo, pero su rostro sigue buscando el mío.

Poso las manos sobre su pecho, palpando la camisa. Durante un momento me dejo llevar y deseo que no hubiera tela de por medio. Me pesan las ocasiones en las que he rechazado llegar un poco más lejos con él.

—Porque hace mucho que no lo hago y deseo hacerlo.

—Soy todo tuyo.

Nuestros ojos se sonríen lobunos mientras nos acercamos. Solo escucho unas exclamaciones antes de que su boca roce la mía y se unan. Después, nada. Únicamente su lengua, que me invade despacio pero firme. Me da la sensación de que este beso me sabe mucho mejor que los anteriores, tanto que la intensidad sube. Llevada por una ola de placer, me aferro a la camisa mientras sus manos sujetan con firmeza mi cintura y me junta a él para hacerme sabedora de la reacción que he despertado en su cuerpo, sobre todo en la inferior.

Se separa despacio y acerca la boca a mi oído.

—Ojalá no estuviéramos aquí —susurra—. Esto habría acabado de otra manera.

—¿De cuál? —lo provoco mientras miro más allá de su hombro con disimulo.

Soy consciente entonces del numerito que estamos dando. Vuelvo en mí y siento que piso el suelo. Decenas de cabezas se han girado en la pista y su objetivo somos nosotros. Cuchichean, sacan fotos, aplauden… Y sé que, desde algún lugar del reservado, Javiela está siendo testigo de su peor pesadilla: David con otra. David conmigo.

—Despídete del grupo, vente a mi casa y te lo muestro —me propone—. Esto no saldrá en ningún periódico, pero todos especularán con lo que te dije justo después de besarte.

—Te he besado yo —le recuerdo. Siento sus dientes clavados con tacto en el lóbulo de mi oreja. A pesar de la punzada de placer y anhelo que se instala en mi sexo, me aparto un poco de él.

Estoy aturdida. La música y las voces mezcladas desaparecen, solo soy consciente de las luces, en su mayoría verdes y moradas, que

parpadean y me marean. No sé si es el alcohol, que está subiendo, o mi seguridad, que está menguando, pero la realidad comienza a pesarme como un trozo de hierro que te cae sobre el pecho y no permite que te muevas. No es por mí, sino por él. Le traerá consecuencias. No tantas como a nosotras, que somos las eternas enfrentadas, pero sí pondrán en entredicho su honestidad. Se le ha visto con Javiela en muchas ocasiones y se ha especulado sobre una posible relación entre nosotros que siempre hemos mantenido a raya y lejos de los medios. Y ahora acabo de darles una *verdad* que no existe, solo por un estúpido ataque de ovarios.

He entrado yo solita en el juego que llevo evitando meses. Demasiados.

El aire parece más denso y le cuesta llegar a mis pulmones. Mi seguridad, como años atrás, ha desaparecido, y solo soy una chiquilla asustada que no se siente dueña de sus actos.

David apoya la mano sobre mi hombro y consigue que regrese a la realidad. Vuelve la música súbitamente, las luces cambian con rapidez y las voces se mezclan de nuevo. La gente canta, grita y se divierte, y yo soy consciente de ello.

—Eva, ¿estás bien?

Trago saliva y asiento.

—Sí. Voy a apartarme un momento para fumarme un cigarro.

Me mira extrañado, pero no pone objeción. Teniendo en cuenta que estamos al aire libre, sabe que solo busco una excusa para estar sola, o menos acompañada.

—Te acompaño.

—No. —Lo freno con brusquedad—. Será mejor que vuelvas al reservado y los entretengas para que no me sigan. —Señalo al grupo que todavía nos observa con los móviles en alto.

—No voy a dejarte sola.

Miro a mi derecha, hacia la puerta trasera de emergencias, que está solo a unos cuatro metros y que te saca directamente de la gran superficie que compone el recinto.

—No pasa nada, está junto al aseo y hay seguratas. Saldré por ahí.

Me mira disconforme, pero no le doy lugar a replicar y me escabullo entre la gente hasta llegar a la puerta, la cual abro con rapidez. Al pisar el exterior, aspiro con fuerza. Aunque la noche es cálida y no se mueve ni una pizca de aire, al menos no me acompaña la aglomeración que hay dentro. La música suena fuerte, pero algo más lejana, y se agradece. Me hago con el tabaco y me enciendo un cigarro que me sabe a gloria.

Me apoyo en la pared y ojeo el ancho pero solitario callejón al que he dado a parar desde el lateral de la discoteca. Desde mi posición, veo la avenida principal si miro a mi derecha, y justo enfrente, al

cruzar, el descampado donde está aparcado mi coche. Pienso en la posibilidad de marcharme en cuanto me termine el cigarrillo. No me apetece regresar y encontrarme de cara con Javiela. No ahora. Mañana, en la entrevista que tenemos planificada, no me quedará más remedio, pero de repente se me hace insoportable seguir con esta pantomima.

Se ve que el destino está decidido a joderme la noche, porque la voz de la susodicha se escucha detrás de mí y me resulta más insoportable que nunca.

—¿Se puede saber qué haces? —me pregunta. Ha aparecido como un torbellino.

Con tranquilidad, le muestro el cigarro.

—Fumar. ¿Puedo, mamá?

—Déjate de chorradas, Eva. ¿Qué ha sido eso? Primero el numerito del reservado, y ahora… ¿Con David?, ¿en serio? ¡¿No piensas en otra cosa que no sea joderme?! —grita.

—Has empezado tú —le rebato con la calma que a ella le falta—. Y no ha sido ningún numerito.

—¡Venga ya!

Se me acerca tanto que veo cómo la rabia se refleja en su rostro. La puerta vuelve a abrirse y su gemela aparece con el mismo brío que lo ha hecho ella.

—Todo el mundo sabe que David y yo estamos liados. Y haciendo lo que acabas de hacer, levantarás habladurías durante un buen tiempo —añade.

—Creía que no estabais juntos. Como te he visto hablando tan acaramelada con Adán…

—¿Y eso qué tiene que ver? —se entromete Ros, que siempre va un minuto por detrás de los demás.

Cojo aire y trato de infundirme toda la calma y paciencia que me es posible para dirigirme a la hermanísima:

—Sé que tus neuronas son escasas, pero creía que las pocas que tienes estaban capacitadas para entender lo que estoy diciendo.

Sin esperarlo, un empujón hace que mi cabeza choque contra la pared justo cuando acabo la frase. Javiela ha apoyado ambas manos en mis hombros para tirarme hacia atrás.

No sé qué me ocurre, pero mi cuerpo no responde a la orden de mi cerebro, ese que me pide que me tranquilice y me marche de aquí cuanto antes. No me gustan las peleas y siempre intento evitarlas a toda costa. Pese a ello, un impulso me manipula y hace que los dedos de mi mano izquierda se abran, el cigarro caiga y le pegue un tortazo que la desestabiliza hacia un lado. Ros se ha quedado paralizada con lo que acaba de ocurrir y me mira durante un segundo, el tiempo justo para ver la intención de lanzarse a por mí. Antes de que alcance mi

pelo, levanto la pierna y le doy una patada a la altura del estómago que la dobla. De manera automática, me arrepiento. El quejido de dolor ha llenado el callejón, posiblemente provocado por mi tacón, que se le ha clavado con tanta fuerza que se me ha salido del pie.

No puedo creer que haya pasado esto. Las piernas me tiemblan y respiro desbocada mientras me agacho para recogerlo, dispuesta a acabar con esta locura. Aun así, apesadumbrada a la par que sorprendida, reacciono cuando Javiela grita de cólera y se abalanza sobre mí. En un acto reflejo de defensa, sujeto el zapato con fuerza y se lo tiro. No le da de lleno en la cabeza, como me habría gustado, solo de manera parcial en un lateral de la cara, pero ha sido suficiente para que se detenga.

—¡A ver si te enteras de una puta vez que tú y yo no somos enemigas! —grito con todas mis fuerzas, sin poder soportarlo más, cansada y llena de impotencia—. Somos compañeras, Javiela, ¡compañeras! Nos ha enfrentado un papel que ya estaba dado, medios de comunicación que no nos dan de comer y personas a las que no conocemos.

—¡Nos has enfrentado tú! —exclama, pero se mantiene a unos metros de distancia, y creo que sin intención de atacarme de nuevo—. ¡Tú, tú, tú y siempre tú! —Comienza a llorar desgarradoramente y yo me quedo petrificada ante ese arranque tan inesperado—. La buena de Eva, la trabajadora de Eva, la guapa de Eva. ¡Eva, Eva, Eva!, ¡siempre Eva!

Ros se acerca a ella y la rodea para abrazarla. Me mira con el asco más puro en los ojos. Yo no entiendo nada. Sé que no le caigo bien, que somos enemigas televisivas, pero ¿todo esto? Su reacción me parece desmesurada.

—Pecosa, creo que es hora de irnos a casa.

Miro hacia atrás para buscar el foco del sonido y me encuentro a Adán con rostro serio. Me señala a la gente que comienza a murmurar al final del callejón, junto a la avenida y a la puerta principal. Me siento ridícula aquí en medio, con la respiración acelerada, un zapato de tacón puesto y el otro en el pavimento mientras las gemelas se abrazan desconsoladas y la gente nos mira raro.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —le pregunto.

—El suficiente para saber que es el momento de irnos.

—¿Lo has visto todo y no lo has detenido?

—He visto que podías solita con la situación, y como no necesitas ayuda de nadie…

—Tú eres un gilipollas —le espeto con furia—. Un auténtico gilipollas.

—Venga, te llevo a casa —insiste sin contestar a mi provocación.

—No necesito que me lleves a ningún lado. —Me agacho a por el

zapato que ha servido de arma y me quito el otro para no perder la poca dignidad que me queda, si es que hay alguna.

Descalza, camino con lentitud hasta el final del callejón. Nadie se atreve a acercarse a mí y lo agradezco, más por ellos que por mí. Cruzo la avenida como una kamikaze y vuelvo a casa, dispuesta a meterme en la cama y dar por concluida la noche.

Ya está bien por hoy.

No puede ocurrirme nada más.

4

Las tragedias lo cambian todo.

El móvil vibra de nuevo, o puede que no haya parado en ningún momento, no lo tengo muy claro. Sigo con la cabeza escondida debajo de la almohada. Aunque no duermo desde hace un buen rato porque el teléfono no me lo permite, no pienso salir de aquí ni enfrentarme a lo que me espera fuera.

La actitud me dura diez minutos, lo que tarda Elena en golpear la puerta con los nudillos de manera suave.

—¿Eva? —No respondo—. Eva, ¿estás despierta? ¿Eva? —insiste.

—No —digo al fin tras unos segundos. Mi voz suena como la de una niña pequeña y desesperada.

—Voy a entrar. —Escucho cómo la puerta se abre—. Sandra está abajo y parece preocupada. Dice que no le coges el teléfono y que anoche te fuiste sin despedirte.

—Dile que se vaya, que… me duele el estómago.

Escucho sus pasos calmados y noto el peso de su cuerpo cuando se sienta en el filo de la cama.

—Cariño, ¿estás bien?

—No.

—Venga, sal de ahí. Seguro que tienes una explicación para lo que ha pasado. Te conozco, y sé que no…

Me yergo en la cama de un solo movimiento y aparto la almohada que me protege.

—¿Qué sabes?, ¿cómo lo sabes?, ¿dónde lo han publicado?, ¿qué hora es? —Busco con desesperación mi móvil, que sigue vibrando desde algún lugar no muy lejano.

Elena desvía sus ojos ligeramente para evitar los míos.

—Eva…

—En todas partes, ¿verdad? Está en todas partes.

—¡Baja ahora mismo si no quieres que suba a por ti! ¡Te juro que te arrastro de los pelos! —escucho gritar a Sandra, seguramente al inicio de la escalera.

—Venga, vamos. Sandra dice que hoy tenéis que trabajar.

—¿Trabajar?

Cierro los ojos y me muerdo el labio con fuerza cuando recuerdo la entrevista conjunta para *Vips*, una revista online de actualidad. Ni me acordaba. Estarán Javiela y Ros, y pensarlo me hace morderme el labio con más ansiedad, hasta el punto de arrancarme el pellejito doloroso. Elena coge mi mano y la acaricia con cariño.

—Seguro que no es para tanto, y hay cosas en la vida más difíciles de solucionar. Tu pelo, por ejemplo.

Sonrío con resignación.

—Pídele a Sandra quince minutos. Voy a darme una ducha rápida.

Llego tarde, para no variar, y no puedo permitirme llegar la última al estudio después de todo lo que ha ocurrido. Solo rezo para que Esteban no vaya hoy y me dé un día de margen y así enfrentarme con más ánimo a la bronca que me espera. Los directores no deberían trabajar los domingos, por mucho renombre que tenga la compañía que va a visitarte. Si la entrevista sale bien, lo mismo su enfado mengua. Porque estará muy enfadado, no me cabe la menor duda. Y si tiene que posicionarse entre Javiela, su niña favorita, y yo, la persona a la que más detesta de todo el equipo…

Corro escalera abajo y me deslizo por el pasillo hasta llegar a la cocina. El olor a café recién hecho aromatiza la casa entera y me sube un poco el ánimo. Suena básico, pero despertar y encontrar la cafetera burbujeando es uno de los placeres de los que más disfruto.

La escasa felicidad que me ha inundado se evapora cuando freno en seco al chocar con un torso duro y lleno de tinta. Debido a la velocidad y al impacto, me desestabilizo hacia atrás, pero unos brazos me sujetan con agilidad. Aturdida, miro hacia arriba y me encuentro con esos ojos azules y divertidos que me observan como si tuvieran bajo su poder el secreto de la inmortalidad. Siento sus manos calientes envolviendo mis brazos y me zafo de ellas con un solo movimiento.

—Buenos días, pecadora —me dice animado.

—¿Qué pasa?, ¿te has dejado la maleta en Galicia y no tienes ropa aquí? —le pregunto sin mirarlo directamente pero habiendo apreciado que solo lleva puesto un bóxer blanco.

Los tatuajes cubren casi el total de su torso, brazos y piernas, por lo que la piel, aunque está ahí, es casi inapreciable. Me detengo un instante en su abdomen. No es la primera vez que lo veo, pero sigue impresionándome esa cara enorme que me saca la lengua a la altura del ombligo y parece burlarse de mí con la misma facilidad que él.

Me alzo de puntillas para coger un vaso de plástico del mueble superior, dispuesta a servirme un café para llevar.

—¿Te molesta? Porque no te noto muy a disgusto con mi falta de ropa.

Cuando me giro, está frente a mí. Muy cerca. Es tan alto y ancho

que parece llenar la estancia solo con su presencia. Odio eso. En realidad, odio pensar eso al tenerlo tan próximo. Y que mis piernas tiemblen incontrolables, pero este es un asunto que intentaré trabajar más tarde.

—¿Acaso ves que los demás miembros de la casa rondemos por aquí desnudos?

—No me importaría. —Alza una ceja—. Te doy permiso para andar por *mi* casa en bragas.

Ha dejado claro dónde estamos: su casa, aunque casi no la pise; su hogar, aunque haya estado mucho tiempo lejos de él.

Lo miro desafiante y con el mentón alzado.

—A ver si entiendes que lo que me molesta es tu presencia, en calzoncillos o sin ellos.

Se acerca un poco más y yo interpongo mi mano libre para que el aire pase entre nosotros. Su flequillo largo y peinado perfectamente a un lado cae hacia delante y casi roza mi rostro.

—Pues es mejor que empieces a acostumbrarte a ella, porque nos toca compartir aire.

Me desafía con sus dos impactantes perlas azules a escasos centímetros, pero no pestañeo en respuesta a su provocación. La pequeña argolla plateada de su nariz casi roza la punta de la mía.

—¡¿Se puede saber qué has…?!

Sandra aparece de repente por la puerta de la cocina gritando, pero cierra la boca al vernos en una situación tan rara. Porque no sé si lo nota, pero el ambiente se ha cargado.

Nos contempla con el entrecejo fruncido, preguntándonos en silencio qué nos pasa. Mi mano sigue en el abdomen —duro, muy duro, he de reconocer— de Adán, y él me mira sin girar el rostro, como si nadie hubiera irrumpido. Al fin se deja apartar por la fuerza que ejerzo y puedo salir de entre su cuerpo y la encimera. Al fin puedo respirar.

—¿Un día juntos y ya estáis discutiendo? —apunta mi padre, que ha entrado justo después de Sandra. No se molesta en dedicarnos ni una fugaz mirada; está más que acostumbrado a nuestras rencillas.

—¿Puedes explicarme qué pasó ayer? —No está enfadada, pero su voz suena cansada.

—Discutí un poco con Javiela —le respondo escueta mientras termino de preparar mi vaso.

—¿Discutiste un poco? —Bufa—. Eva, sales en todos los putos lados lanzándole el zapato a la cabeza, y se rumorea que antes de eso le diste una patada a la hermanísima.

Ni rastro del guantazo, al parecer.

—Y un guantazo —agrega Adán, consiguiendo que me gire para aniquilarlo con la mirada.

—¿Un guantazo? —me pregunta mi padre, que ahora sí que me mira de manera inquisitiva—. Tú no vas por la vida dando guantazos.

—¡Salió a buscarme al callejón! —me defiendo—. Me pegó voces, ¡y me dio un empujón que hizo que mi cabeza chocara con la pared! ¿Qué querías que hiciera?

—Pues calmarte, haber entrado para avisarme y pirarnos de allí —opina Sandra.

—Eran dos y no tenían ninguna intención de evitar la pelea, sino todo lo contrario. Si Eva las hubiera ignorado, habrían buscado la manera de seguir provocando —comenta el testigo de la disputa.

—Vaya, gracias por dignarte a estar de mi parte.

—Claro que la gemela lenta tampoco esperaba irse con un tacón hincado en el estómago. De haberlo hecho, puede que se hubiera pensado si salir.

—La gemela lenta —repite Sandra con guasa, comenzando a destensarse—. Me gusta.

Sultán aparece de repente en la cocina. Debía estar en el patio, porque ha entrado por la parte trasera. Mi padre lo mira de reojo mientras le pregunta a Sandra si quiere un café. En consecuencia, el perro da tres ladridos tan estrepitosos que asustan a mi amiga.

—¿A quién le ladra este perro, a mí o a ti? —le pregunta a mi padre.

—Hay un poco para ambos. —Le muestra de nuevo la cafetera y Sandra asiente.

—Para llevar, por favor. Vamos justas de tiempo, y hoy domingo el parquin estará lleno —le responde—. Los días entre semana, parte del aparcamiento está reservado para los trabajadores, pero los domingos y festivos todo el mundo tiene vía libre para parar allí. Teniendo en cuenta que hay un centro comercial cerca… Nos toca aparcar a diez minutos caminando, y con suerte. A no ser que alguien nos lleve y nos deje en la puerta… —Mira a Adán directamente.

—No —me niego con rapidez.

—Vale —dice él con tal de llevarme la contraria—. No tengo nada que hacer.

Sultán pasa por mi lado y dejo de respirar, temiendo que se tire a morderme. En vez de eso, me huele los pies, me echa un vistazo rápido con cero amiguismo en los ojos y se marcha al lado de su dueño, quien lo mira de manera inquisitiva y con el entrecejo fruncido.

—Puedes quedarte si quieres. Una vez que maquille a los chicos, no tengo nada que hacer. Te invito a un café y te enseño el edificio de grabación.

Pero ¿qué cojones…? Yo intentando mantenerme lejos de él y Sandra haciéndose su amiga. Adán ya tiene su grupo de amigos, y

supongo que tendrán muchas ganas de verlo y compartir momentos después de tanto tiempo.

—Te aburrirás —replico.

—Intentaremos que no. —Sandra lo mira embelesada—. Además, estará bien que tengamos compañía. No sabemos cómo está el ambiente ahí fuera.

—¿Hay gente fuera? —me alarmo.

—No lo sé. No he visto a nadie y no creo que esperen que hoy vayáis al estudio, pero últimamente hay muchas cosas que se escapan de mi control, como mi amiga la lanzadora olímpica de tacones Maripaz.

Mi padre se ríe. Elena, que entra en este momento, también.

—Nos quedaremos más tranquilos si él os acompaña —insiste mi padre.

—Por favor —ruega Elena.

Cansada de rebatir, cojo mi café y me dirijo al pasillo. Que hagan lo que quieran.

—Vamos en mi coche —escucho decir a Sandra entusiasmada.

—Me cambio en un minuto y bajo —acepta Adán.

El viaje ha sido tedioso. No se ha hablado en exceso porque, aunque la lengua de Sandra nunca pare, Adán es reservado, y mucho más si se trata de detalles de su vida, que son los que más le interesan a mi amiga: por qué se fue, en qué trabajaba, por qué ha vuelto… Por suerte, me he montado en la parte de atrás. Cuando me parece suficiente, me coloco los pequeños auriculares inalámbricos y me alejo de ellos y de lo que me espera.

Respiramos aliviadas al comprobar que no hay nadie en la puerta principal cuando llegamos y que no nos hemos pasado de la hora. Adán se va a buscar aparcamiento con la promesa de volver a por ese café, y Sandra ha cogido al vuelo la oportunidad de darle su número para que la avise cuando esté en la puerta y poder salir a buscarlo.

Nos dirigimos a la sala de descanso. Allí nos reunimos cada mañana —cuando grabamos dentro de plató y no en otros espacios— antes de entrar en maquillaje, y allí también ensayamos en ocasiones los diálogos, así que siempre hay alguien con quien compartir un café.

—Espero que hayan llegado los periodistas y puedas ahorrarte las explicaciones.

Me encojo de hombros, envalentonada por primera vez desde anoche.

—Tendré que darlas igualmente, así que mejor ahora. Y pienso contar toda la verdad, porque ya estoy bastante cansada de este juego infantil.

—Eso empeorará la relación con las hermanísimas.

—No creo que haya algo peor después de un tortazo, una patada y un tacón lanzado.

Sandra se ríe abiertamente, más relajada con la situación que hace un rato.

—Omite lo del tortazo. No lo he visto por ningún lado.

—A ver si así me restan años de condena —bromeo.

—A mí me parece perfecto que por fin alguien las haya puesto en su lugar, pero te recuerdo que tenéis que trabajar juntas.

—Pues tendremos que demostrar profesionalidad y punto. Creo que siempre lo hemos…

Mi frase es interrumpida por un grito femenino; uno cercano, tan sólido y desgarrador que el vaso de plástico se me cae de la mano y el café acaba derramado en el suelo del largo y ancho pasillo. Sandra y yo nos miramos confusas durante un segundo antes de buscar el foco del sonido. Proviene del fondo, a unos seis metros, y si no me falla la orientación, creo que viene del vestuario. Los compañeros han debido oírlo también, porque unas cuatro o cinco personas salen despavoridas de la sala de descanso, donde estábamos a punto de entrar. Nosotras también corremos y todos llegamos al vestuario a la vez.

Solo escucho unas exclamaciones ahogadas que me alertan, pero no puedo ver nada porque la cabeza de alguien bastante alto me lo impide. Todos están apelotonados y nadie avanza. Durante unos segundos, creo que tampoco respiran. Un escalofrío me recorre el cuerpo al escuchar las desgarradoras lamentaciones, como si me avisara de que algo va mal, extremadamente mal, y se acrecienta un poco más con un llanto lastimoso. Me abro paso entre las personas aglomeradas en el umbral para comprobar qué sucede. Entonces la veo, y mis extremidades se paralizan por completo como si un interruptor las apagara de repente.

Es Javiela. Está tirada en el suelo, bocarriba y en una extraña postura que me hiela por dentro. Los brazos se encuentran ligeramente separados del cuerpo y los codos flexionados, quedando por encima de su cabeza. Una pierna está estirada y la otra doblada hacia el lateral, dando la sensación de haber caído de espaldas desde la altura y haberse quedado así. Sí, *quedado* sería el término adecuado, porque está muerta. Lo sé en el mismo instante en el que la veo, y lo sé por sus ojos, gélidos e inexpresivos, que me miran con fijeza, por su boca ligeramente abierta y por el gesto de horror que se refleja en su rostro.

—¿Eva? —Una vocecilla aguda y temblorosa me obliga a girarme y dejar de observar los ojos sin vida de Javiela.

Al ver a Jessica llegando a mi altura, salgo del letargo y reacciono con rapidez. No ha visto nada gracias a la aglomeración.

—¡Hola! —Apoyo las manos sobre sus hombros y le doy la vuelta

con brusquedad para que no consiga llegar al grupo. Es pequeña y ágil, con facilidad para abrirse paso entre la gente—. ¿Me acompañas a por un café?

—Sí —me responde débilmente.

Asiente en silencio y mira una última vez hacia atrás, quizá preguntándose qué ocurre. Los gritos de Ros siguen llenando el pasillo, y ahora se le suma el llanto de mis compañeros. A voces, el nombre de Javiela llena el edificio.

—¿Cómo es que sigues por aquí hoy? —le pregunto.

—Mi padre termina pronto, pero ha querido quedarse para recibir a los periodistas.

—Eso puede hacerlo el conserje al que le toque.

Para mi suerte y sorpresa, no ha preguntado qué ocurre, así que continúo con la mano sobre su hombro y la conduzco hasta la sala. Necesito sentarme un minuto y analizar lo que acaba de suceder, pero no me lo concedo. Suelto el bolso sobre la mesa, voy directa a la máquina Nespresso y la preparo. Si hablo, si me distraigo, Jessica no hará preguntas y yo me mantendré entera; a pesar del frío, a pesar del horroroso miedo que intenta bloquear mis piernas.

—Sebastián —dice, y lo acompaña con un suspiro cómico. Tengo que centrarme para recordar que hablamos de uno de los tres conserjes que se turnan para trabajar—. Mi padre dice que ese viejo refunfuñón no sirve para hablar con periodistas, que no entiende la mitad de lo que dicen.

Me saca una sonrisa sincera. Andrés tiene razón.

—¿Quieres un zumo? —Asiente—. Tu padre tiene algo de razón: Sebastián es mayor y se pierde entre tanta gente joven.

—No sabe lo que es un selfi —comenta alucinada—. ¡Eva!, que está rebosando el vaso.

Lo aparto con rapidez y como consecuencia me quemo el dedo. Cuando limpio el estropicio de la encimera, me acerco a ella con las dos bebidas. Nos sentamos alrededor de la mesa cuadrada y larga, una frente a la otra.

—Cuando él tenía tu edad, no existían los móviles siquiera —continúo con la conversación anterior.

—¡Venga ya! ¿Y con qué hacían los tiktoks?

Sandra irrumpe en la sala con la cara descompuesta y Adán la sigue con semblante serio. Al ver que la niña está aquí, los tres nos miramos en silencio durante unos segundos, sopesando qué decir o cómo actuar.

—Estás temblando —Adán rompe su mutismo, reparando en la mano que tengo cerca de la boca.

Miro hacia abajo para comprobar que es cierto: tiemblo de manera visible. Estoy chupándome el dedo que me he quemado para calmar

un poco el dolor.

—Y se ha quemado al quitar la taza cuando ha rebosado el café. Está muy torpe —añade Jessica.

Andrés aparece con paso galopante y la respiración acelerada. Ha frenado tan de golpe en el umbral que supongo que ha debido enterarse de la noticia y temía que su hija hubiera visto algo, porque suelta un suspiro de alivio a la vez que cierra los ojos al encontrarla tranquila y con nosotros.

—Jessica, cariño, tenemos que irnos —le indica con la voz estrangulada.

—Estoy tomándome un zumo.

—Tendrás que llevártelo para bebértelo por el camino. Tenemos que irnos. Hemos quedado con Inés para almorzar, ¿ya no te acuerdas? Habrá que darse una ducha primero —manifiesta con una voz tan preparada que solo es capaz de transmitirle normalidad a la niña.

Jessica se levanta, conforme. Antes de irse, se gira un momento y me sonríe pícara. Me ha hablado de Inés alguna vez, y aunque Andrés asegure que solo es una amiga, ella se encarga de contarnos los detalles ñoños de esos almuerzos de domingo que cada vez se repiten con más asiduidad.

Cuando salen y sus voces se alejan lo suficiente, me levanto e increpo a Sandra:

—¿Qué ha ocurrido?

Se encoge de hombros.

—No lo sé. —Se toca el pelo con nerviosismo, pero mantiene el tipo —. Esteban ha aparecido y está manteniendo la calma. Nos ha pedido que salgamos todos del vestuario, incluida Ros. Joder, está destrozada… Y de los periodistas se ha encargado Lorena. —Mira a Adán y le aclara—: La chica rubia que estaba en la entrada cuando he salido a buscarte es la relaciones públicas de la productora.

—¿Les ha contado a los periodistas algo de lo que ha pasado? —me alarmo.

—No, o eso creo. La hemos escuchado decir que se anulaba la entrevista.

—¿Y no han pedido explicaciones?

—Por supuesto que lo han hecho. Ya sabes los cabreos que se cogen cuando se les anula algo así como así, y más con el salseo que hay pendiente después de lo de ayer, pero no creo que Lorena dé más información de la que debe. De todos modos, ¿cuánto piensas que va a tardar todo en salir a la luz?, ¿horas?, ¿un día, si acaso?

—¿Y ahora qué?

—No lo sé. Nos han pedido que permanezcamos aquí. Creo que han llamado a sus padres y al hospital.

—Y la policía está llegando —nos informa David, que ha entrado como un espectro sin mirar a nadie.

Está abatido, cabizbajo. La apacibilidad que vive permanente en su rostro se ha esfumado y sus hombros parecen menos anchos cuando se da la vuelta para servirse un café.

Ojalá Esteban entrara en este momento con las noticias en la mano, golpeándola con fuerza sobre la mesa mientras nos pregunta qué cojones pasó anoche y en qué estábamos pensando. Ojalá Javiela y yo nos miráramos enfrentadas, dando cada una su versión, y discutiéramos con Ros por meterse en medio para reforzar la mierda que cae sobre mí. Ojalá mi mayor preocupación fuera la que hasta hace una hora pensaba que era mi mayor preocupación.

Pero ahora todo ha cambiado, lo siento en cada poro de mi piel. Es esa sensación extraña, ese momento exacto en el que sabes que se avecina una gran tormenta porque el cuerpo te lo avisa. No es la muerte; nunca lo es directamente, en realidad. Es el reguero que esta deja a su paso y que, a veces, te arrastra con ella. Puedo sentir cómo me lleva.

5

No ansíes que la verdad pura y dura acuda en tu auxilio. Lo que necesitas es el mullido consuelo de un relato. La protecció bals mica, adormecedora, de una mentira.

Gran parte del edificio está habilitado como un instituto para la grabación. Nunca lo pensarías si caminaras por los pasillos de la segunda y tercera planta, que desde fuera te dan la sensación de ser sobrias oficinas, pero si entras en las estancias, todas representan una parte de cualquier centro educativo. Las más espaciosas están transformadas en aulas; las más pequeñas, como en la que me encuentro ahora, en lugares muy concretos, como el despacho de la directora. Es curioso, porque Dalia, mi personaje, y Anika, el de Javiela, se pasan mucho tiempo aquí, dando explicaciones de los problemas en los que se meten constantemente. Es un despacho pequeño pero luminoso gracias a la ventana lateral. Está provisto de una mesa de madera oscura, una gran silla detrás de ella, algunos diplomas y una estantería estrecha que solo contiene diccionarios de varios idiomas y enciclopedias. En el otro lado, los dos asientos oscuros que solemos ocupar nosotros.

Ahora no está *la directora* delante ni tenemos cámaras alrededor. En su lugar, hay dos mujeres que me miran con seriedad. Se han presentado como la inspectora Ángela Ríos y la subinspectora Tamara Arias. La primera está sentada frente a mí, con las manos entrelazadas y los codos sobre la mesa; la segunda se encuentra de pie, apoyada ligeramente en el filo del escritorio, con los brazos cruzados y con un aire despreocupado que me indica su papel de poli bueno.

Yo estoy aquí, pero me siento lejos, como si no perteneciera a mi cuerpo y no tuviera derecho a pedirle siquiera que me permita levantar los brazos. Siempre que la muerte está cerca, mis extremidades se anulan. Como aquella vez en la carretera, en la que me mantuve sentada y estática más de dos horas, según cuentan.

—Eva Ayala —nombra la inspectora, y yo asiento—. Como ya sabrás, hemos hablado con algunos de tus compañeros, y nos han dejado constancia de que Javiela y tú no teníais una relación… estrecha.

—No la teníamos —le confirmo.

—¿Por qué?

—¿Qué hace aquí la policía? —le pregunto.

Y debe estar en la obligación de responderme a eso, porque a pesar de su cara de pocos amigos y su voz cortante, lo hace:

—Porque ha aparecido un cadáver y nos han llamado a la vez que a urgencias y que a los familiares.

—Saltos protocolarios por un tubo —se queja en tono cansado la subinspectora, que aparenta estar más relajada que su compañera.

—Y ya que hemos venido, aprovechamos para hacer unas preguntas de rigor. Volviendo a lo que nos concierne… ¿Por qué no os llevabais bien? —repite Ángela, y Tamara se mantiene al margen.

Me da vergüenza decirlo en voz alta, porque si antes sonaba patético e infantil, ahora me resulta repulsivo.

—Representamos personajes contrarios en la serie, pero similares a la vez, porque el suyo también tiene mucho peso. Ambas luchamos en el castin por el papel protagonista.

—Que finalmente conseguiste tú.

Asiento.

—No le sentó muy bien. Fue motivo para no empezar los rodajes con buen pie. Creo que aprovechando un poco esa situación tensa que se mascaba en los pasillos y en los cortes de escenas, los encargados del guion incluyeron que Anika, que es su personaje, se enamorara del mismo chico que Dalia, el mío —le aclaro—. Después, David y ella tuvieron un lío en la vida real que al principio pasó desapercibido, al igual que cuando yo salía con él a tomar algo. Pero cuando la audiencia de la serie comenzó a crecer, también lo hizo el interés de la prensa por nuestras vidas privadas.

—¿Ambas salíais con el mismo chico?

Me apresuro a negar:

—No, no. David y yo hemos tenido algún encuentro tonto y muy ligero. —Digo esto porque no sé cómo definir algún que otro beso—. Y ellos no tenían nada serio.

Ángela deja de preguntar, me examina durante lo que me parece una eternidad y suspira.

—Quiero que me confirmes algo. ¿Esta eres tú? —Para mi sorpresa, saca unas fotocopias que coloca con pausa sobre el escritorio. Son extractos de algunas noticias que se hacen eco de lo sucedido anoche. En ellas aparecemos Javiela, Ros y yo en diferentes momentos de la discusión, incluido el del zapato—. ¿Eres tú? —repite, y yo asiento en silencio.

No hay duda de que soy yo. Están a color y se visualiza mi pelo rojo. La única diferencia que hay entre ayer y hoy es que ahora está recién lavado, a la espera de que me lo peinaran, y no rizado y con volumen. Quitando eso, la pregunta es absurda. Entonces soy consciente de la realidad. O eso creo. El malestar que siento con todo

lo que ha sucedido aumenta. Me noto la boca reseca, y los brazos insisten en no pertenecerme. Intento levantarlos para coger una de las fotografías, pero me es imposible.

¿Por qué las tienen impresas? Creía que eran preguntas rutinarias y no un interrogatorio de tal calibre, como qué ha pasado cuando hemos llegado al set o qué hemos visto cada uno… Pero ¿esto?

—Hemos hablado con la hermana de Javiela y con algunos de tus compañeros, como te hemos dicho, y nos han contado lo que ocurrió anoche —me explica Tamara como si supiera lo que estoy pensado.

—Discutimos.

—Discutisteis, la agrediste físicamente y después te fuiste —interviene Ángela con dureza. Me mira de una manera difícil de descifrar, y sé lo que significa.

Intento que mi tono de voz no suene alterado, y no entiendo por qué, si no tengo nada que ocultar:

—Ella me empujó, choqué con la pared que tenía detrás y me dejé llevar por la rabia. Puede que no debiera haberlo hecho, pero lo hice como cualquiera en mi lugar. ¿No le ha pegado una hostia a nadie nunca, inspectora?

La aludida acerca su rostro un poco más a mí.

—Aquí las preguntas las hago yo —me recuerda—. ¿Qué hiciste después?

—Después me fui a casa y me acosté.

—¿Quién puede corroborarlo?

Lo medito un segundo mientras busco con los ojos entre los folios que tengo delante. En algunos planos no, pero en otros aparece Adán apoyado en la pared.

—Él sabe que me fui a casa. —Lo señalo en una de las portadas, haciendo acopio de toda mi voluntad para alzar el brazo.

—¿Quién es?

—Adán. El hijo de la mujer que… Mi hermanastro —resumo.

—¿Se marchó contigo?

Niego.

—Se ofreció a llevarme, pero me negué.

—¿Por qué?

Trago saliva. Entiendo en este mismo instante que no tengo coartada. Elena y mi padre pueden decir que me sintieron llegar a casa, pero ni siquiera sé si eso es válido. «¿Valido para qué?».

—¡Porque no me llevo bien con él y estaba bastante enfadada y fuera de mí para tener que soportarlo durante todo el trayecto! —exclamo, alterada y olvidando lo de los modales.

—¿Tan fuera de sí para hacerle daño a la víctima?

La víctima.

Un poco más de verdad cae sobre mí como si el techo se hubiera

desprendido en mi cabeza. Javiela está muerta, y yo, en el punto de mira.

Los labios me tiemblan asustados. Lo sé porque escucho cómo mis dientes castañean, pero ni siquiera soy consciente del movimiento de la mandíbula ni de cómo las lágrimas retenidas empiezan a caer por mis mejillas.

—¿Está…? ¿Está insinuando que yo le he hecho algo a… Javiela?

No puedo continuar con esto. Tamara debe presentirlo, porque descruza los brazos y se acerca a mí para posar la mano sobre mi hombro izquierdo de manera tranquilizadora.

—Estamos haciendo nuestro trabajo.

—Pues tendrán que hacerlo en presencia de un abogado —les digo, volviendo a tener el control de mi cuerpo y de mi voz en apenas unos segundos—. Yo no he hecho absolutamente nada. Solo somos…, éramos compañeras de trabajo que no se llevaban bien por la estúpida fama. —Ángela me mira con ojos entrecerrados y escrutadores cuando me levanto—. ¿Alguna acusación más, o puedo irme?

Tamara le hace un gesto a su compañera con cara de «Esto se veía venir» y niega con la cabeza antes de decirme:

—Nada más. Puedes irte.

Asiento y me dirijo a la puerta. Antes de salir y cerrarla tras de mí, escucho la voz de Ángela:

—Una última cosa, Eva.

La miro. Ha cambiado el rostro severo por uno profesional pero comprensivo que me relaja y me da la opción de analizarla por primera vez. Es joven, puede que bastante para el puesto que representa. Lleva el pelo rubio recogido en una coleta bien peinada, y sus ojos castaños parecen adiestrados para sacar lo más recóndito de la persona a la que observa.

—Usted dirá.

—¿Qué crees que ha ocurrido? —me pregunta con verdadero interés y sin una pizca de acusación, a mi parecer.

Lo medito un segundo y recreo la imagen de la gemela a la vez que me pregunto qué habría sido lo primero que habría pensado si Jessica no hubiese aparecido en el pasillo y yo corrido en dirección contraria. ¿Qué creo que ha ocurrido? El nudo gigantesco que está formándose en mi garganta ya es imposible de tragar. Sé que falta muy poco para que salga por sí solo.

—Creo que alguien la ha matado.

—¿Por qué?

—No sé. ¿Por qué motivos podría matar alguien?

—No me refiero a eso. Me refiero a por qué crees que ha sido un asesinato.

—Sus ojos. —Trago saliva al visualizarlos en mi mente—. Estaban

atormentados.

En silencio y con un asentimiento de cabeza, Ángela me indica que puedo cerrar la puerta. Al hacerlo, vacío en la papelera del pasillo el poco café que he tomado. Aun así, me siento llena. De angustia, de nervios y de miedo.

Consigo serenarme, pero no doy más de cinco pasos cuando un cuerpo se coloca frente a mí. Al alzar la vista, descubro los ojos sufridores de Ros. Están enrojecidos, y a pesar de ser grandes, de largas pestañas y expresivos, hoy parecen pequeños y muy asustados. Es la primera vez que me impresiona tanto ver sus rasgos idénticos a los de Javiela. Pienso en sus padres cuando la contemplen, en ella misma cuando se mire en el espejo. Siempre será la viva imagen de una hermana que ya no existe, de alguien que dejó recuerdos pero incapaz de crear unos nuevos. Pensarlo me produce una punzada en el pecho.

—Ros… —intento hablar.

Quiero decirle que lo siento, que puedo llegar a comprender lo que está experimentando en este momento. Quiero abrazarla y dejar nuestras diferencias a un lado. Pero sus manos golpean mi pecho y me empujan hacia atrás.

—¿Dónde estuviste anoche?

Mi ceño se frunce mientras me recoloco la chaqueta y la dignidad.

—¿Qué?

—¿Que adónde fuiste anoche, después de la pelea? Javiela no volvió. No entró en la discoteca de nuevo. Has tenido algo que ver, ¿verdad?

—Entiendo que estés confusa y dolida, pero eso no te da derecho a acusarme de algo tan grave.

—¡¿Confusa y dolida?! —exclama con intención, y da un paso hacia mí. Yo mantengo la compostura sin moverme del lugar. Sé que no puedo parar el torbellino de emociones oscuras que recorre su interior, pero tampoco puedo permitir que lo escupa encima de mí—. Mi hermana está tirada en el suelo de un vestuario mientras la gente de su alrededor se pregunta qué ha ocurrido y yo espero a que lleguen mis padres para que vean esa imagen y se guarde en sus retinas para siempre.

—Lo sé, Ros, y lo siento muchísimo, pero yo jamás le haría daño, y espero que en el fondo lo sepas. ¿Cómo puedes pensar eso de mí?

—Os peleasteis y os fuisteis, nadie sabe adónde, y ella nunca volvió —me reprocha.

—Chicas, ya. —La subinspectora Tamara ha salido, puede que alertada por el tono de voz de Ros. La mira compasiva durante un instante y luego le dice—: Sé que es una situación difícil, pero necesito que entres para hacerte unas preguntas. Será breve, lo prometo.

Ros me dedica una última mirada de reproche y camina hacia el despacho. Sé por su escrutinio que esto no se quedará aparcado aquí. Suspiro con fuerza y continúo con mi camino.

Necesito detenerme un minuto cuando me enfrento de nuevo al pasillo de la primera planta. Lo miro como si fuera la primera vez que lo piso. Nunca me ha parecido tan largo, estrecho y siniestro. A la mitad más o menos, mi vaso de plástico sigue tirado en el suelo sobre la mancha de café, como si nadie hubiera reparado en ese detalle. Cualquier otro día, Esteban se habría vuelto loco dando gritos para que alguien recogiera el estropicio. Justo a continuación, se encuentra la sala de descanso, y al final del todo, a la derecha, el vestuario. Permanezco en el lugar, observando a los profesionales entrando y saliendo de él. Solo reconozco a Esteban, que con aire afligido habla con alguien que no identifico, y al viejo Sebastián, que no sabrá de selfis, pero mantiene la compostura de una manera digna de admirar mientras le indica algo al personal vestido con el uniforme del SAMU[3].

Entro en la sala de la que he salido hace tan solo unos veinte minutos. Sandra, Alma y David están sentados alrededor de la mesa. Adán sigue de pie, cruzado de brazos y apoyado en la pared, al margen.

—¿Dónde están todos? —les pregunto.

Mis amigos levantan la cabeza y me contemplan en silencio. Si no fuera porque me parece absurdo, diría que lo hacen de manera inquisitiva.

—Se han ido ya —me responde Alma con sequedad.

Todas las miradas siguen sobre mi persona.

Sandra se levanta con rapidez, arrastrando la silla, y se acerca a mí. No recuerdo la última vez que la vi tan triste y preocupada. Es fuerte, decidida, de esas personas que se desquebrajan sin realizar el menor ruido mientras te sonríen y te prometen que todo saldrá bien, porque han sentido veintena de veces la sensación de romperse en pedazos, pero los han recogido del suelo y se han formado de nuevo.

Hoy no ocurre. Sus palabras no buscan mi consuelo porque ambas sabemos que esta vez no saldrá bien.

—La policía nos ha preguntado por ti —me informa mientras me toca el brazo con cariño.

—Lo sé. —Trago saliva y asiento con nerviosismo, buscando la manera de poder seguir hablando sin que el nudo que comienza a formárseme estrangule mis palabras—. Dicen que son preguntas de rigor, pero creo que sospechan de mí.

—Reconoce que es mucha casualidad todo lo que ha ocurrido —interviene Alma, y Sandra se gira con brusquedad hacia ella.

—Pero ¿qué coño estás diciendo, Alma?

—No digo que Eva haya hecho nada, pero por algo nos habrán preguntado lo mismo a todos. ¿Acaso han cuestionado dónde estabas tú, David o Marina?

—No te consiento que… —Sandra da un paso hacia la mesa, pero la detengo sujetándola por el jersey.

—Déjalo. No es necesario que me defiendas; no hay nada que defender. Si alguien piensa que soy culpable de algo, supongo que deberá demostrarlo, ¿no?

—Joder, Eva. —Me abraza de manera repentina y yo me envuelvo entre sus reconfortantes brazos—. No digas eso. Eres la persona más noble que conozco. No serías capaz de hacerle daño a una mosca.

Solo me mantengo unos segundos apretada contra ella. Si permanezco aquí, el nudo romperá, y no quiero que eso pase delante de todo el mundo.

—Deberíamos irnos —propone David—. Aquí está todo hecho.

No me ha pasado desapercibido el detalle de que mi amigo no se haya pronunciado en ningún momento. No me ha acusado, pero tampoco defendido.

—Iré a por el coche y os recogeré en la puerta —interviene Adán por primera vez.

—Id vosotros, yo iré caminando —les informo mientras recupero mi bolso olvidado sobre la mesa desde que entré a por el café con Jessica.

—Eva, no creo que…

—Solo voy a tomar un poco el aire y vuelvo a casa. Por favor —le ruego a Sandra para que no insista.

Sin decir nada más, me aferro al asa del bolso que cuelga de mi hombro y abandono la sala. Necesito salir con rapidez. Hace tiempo que no me ocurre, y cuando lo ha hecho he sabido controlarlo sin mayor dificultad, pero hoy me falta el oxígeno, y sé que entraré en pánico si me demoro en encontrarlo. Cuando quiero darme cuenta, he cruzado la primera planta del edificio y estoy en la puerta principal. El escaso aire que se mueve me reconforta un poco. Sin pensar adónde ir en concreto, decido caminar hacia la izquierda para seguir por la avenida principal, pero una voz que pronuncia mi nombre detiene mi intención de marcharme.

—Eva. —Es Adán, y ha debido salir a trote detrás de mí, porque jalea levemente—. Te vienes con nosotros en el coche.

No es una sugerencia, lo que me hace negarme con más rapidez:

—No.

—Sé que estás sobrepasada con todo esto, pero cuando Natalio se entere de lo que ha ocurrido y me vea llegar sin ti, va a enfadarse bastante.

Alzo las cejas.

—¿Desde cuándo te importa a ti lo que haga mi padre?

Se moja los labios mientras mira hacia la derecha un instante, el necesario para serenarse. Sé que lucha para parecer menos borde de lo que suele, o solía, ser.

—Acaba de aparecer una compañera muerta. Comprenderás que no puedo presentarme en casa sin ti.

—Ni que fueras mi niñera.

—Eva, déjate de tonterías. Ni siquiera sabemos lo que ha ocurrido. ¿Qué quieres que les cuente cuando llegue?

—¡Pues no llegues todavía! —exclamo de repente en un claro reproche que se mantenía oculto dentro de mí—. Invéntate algo y desaparece durante un tiempo. Tranquilo, se lo tragarán. Se te da genial hacerlo.

Sin dejarlo decir nada más, le sonrío con toda la ironía que me es posible y me voy.

6

Una decisión sabia siempre es mejor que una apresurada.

Estoy cegada de rabia, como casi siempre que lo tengo cerca. Y hasta ahora, que siento este cúmulo de sensaciones encontradas e inmanejables, no me había percatado de lo que su presencia causa en mí.

Mientras guio mis pasos rápidos hacia ninguna parte, comienzo a recordar. Son escenas retrospectivas que se suceden en mi mente como si estuviera viendo una película en la que, para mi mala fortuna, la protagonista soy yo.

Todos tenemos una historia, y es igual de real, la compartas con el mundo o te la guardes solo para ti. La mía está arraigada en mi estómago, y solo la dejo salir cuando el dolor de la ausencia se me antoja insoportable. Ahora, sencillamente no tengo fuerzas para luchar en contra, y los recuerdos me invaden, me trasladan, me llevan de vuelta al inicio de ella.

Hemos pasado todo el día construyendo la casa de madera del minigolf y reformando la tienda de los helados. Bueno, en realidad, mis padres han ayudado a la señora Saavedra a hacerlo. Mientras tanto, Adán y yo hemos jugado en cada rincón del parque de atracciones. «Es más divertido cuando todo está en funcionamiento», nos ha dicho, pero a mí me parece increíble tener para mí sola un espacio tan grande, tan colorido y con tantas zonas que rozan el peligro. Además, el padre de Adán nos ha prometido que encendería El Cocodrilo solo para nosotros dos, para que pudiéramos montarnos en la cabeza. Siempre está ocupada por otros niños. Es un cocodrilo gigante formado por doce asientos, con capacidad para cinco personas cada uno, que corre por unos railes de curvas imposibles y cuestas de vértigo. Los asientos de la cabeza y de la cola son los mejores y los más solicitados, ya que delante lo ves todo en primer plano, y en el último, desde un ángulo más peligroso al estar ligeramente inclinado.

Antonio ha llegado cuando ha salido de trabajar, y lo ha hecho con las manos cargadas de bolsas. El olor a pan caliente y a pollo asado ha inundado el aire durante el almuerzo que hemos compartido todos juntos antes de que los mayores siguieran trabajando. Pero antes, el padre de

Adán ha cumplido la promesa de encender El Cocodrilo solo para nosotros.

Ha sido uno de los días más emocionantes de mi vida, aunque debo reconocer que he pasado un poco de miedo al no sentirme arropada por cuatro cuerpos más al descender. Adán se ha reído mucho cuando me he aferrado a su brazo, sin parar de gritar. Al bajar, ha intentado burlarse diciéndome que chillo como una nena. Le he pegado un puñetazo en el brazo y se lo he inmovilizado durante al menos cinco minutos debido al dolor. Le he enseñado cómo pegan las nenas cuando escuchan cosas tan absurdas como la que ha dicho.

De vuelta, Elena me ha pedido que me quede en su casa a merendar. Ha hecho un flan de chocolate con galletas. He aceptado, y mientras merendábamos, el humor de Adán ha cambiado. Le sucede mucho. Cuando mejor lo pasamos y mejor nos llevamos, de repente ocurre algo que lo enfada.

Adán me contó que sus padres no viven juntos. Casi me caí de la silla el día que me lo dijo, porque nunca lo habría imaginado. Lo veo muy a menudo en su casa, y Elena y él se sonríen siempre, como mis padres. «Subid a jugar al cuarto», ha dicho la señora Saavedra cuando Antonio ha llegado. Adán se ha mantenido en silencio mientras seguía comiendo flan. Yo he aceptado encantada. Me fascina el escaléxtric que ocupa casi todo el cuarto de los juguetes. He subido a galope la escalera y he entrado. Cuando estaba sentada en el suelo, jugando con él, la voz de Adán me ha sacado de mi carrera de coches:

—Tú, plato de lentejas, fuera. —Lo he mirado, extrañada por su tono de voz seco y dañino que nada tenía que ver con el alegre que ha mantenido durante todo el día.

—¿Qué? —le he preguntado, todavía con el mando de plástico en la mano.

—Que fuera. Vete a tu casa.

—Pero, Adán… Creía que… Hoy lo hemos pasado bien y…

Se ha acercado a mí, me ha quitado el mando con muy malas formas y ha repetido:

—Vete.

Sumida en el recuerdo, he caminado hasta el muelle del Tinto. El cielo despejado, idéntico al agua que lo refleja, me deja una majestuosa imagen de la estructura de madera y hierro por la que durante años circularon los trenes cargados de minerales y mercancías. He subido a su punto más alto y he visto veintena de veces cómo el sol se perdía en un punto impreciso entre el azul del cielo y el del río. Hoy repito la acción, caminando despacio entre el esqueleto que simula una Torre Eiffel tumbada y que en su día transportó más de ciento cincuenta millones de toneladas de mineral. Ahora es un lugar que acoge a turistas, pescadores y a mí, un alma

atormentada por el pasado y por el presente.

Los escalones crujen bajo mis pies, la brisa suave mueve mi cabello y el olor a mar inunda mis fosas nasales. Entonces, sin poder remediarlo, vuelvo atrás de nuevo. Me lo permito. Durante años no lo he hecho, ya que siempre he desechado la idea de que el pasado es importante para encajar las piezas del presente. El pasado es imprescindible, por mucho que lo neguemos cuando no has sido todo lo feliz que te hubiese gustado que fuera. Me entran ganas de gritarle que deje de tocarme los hombros, que no pienso girarme hacia atrás.

Pero vuelvo.

Claro que vuelvo.

Siempre lo hago, en realidad.

Josh es inglés. Ha llegado al instituto y ha despertado en cada aula hormonas que hasta ahora desconocíamos. Tiene el pelo corto, casi blanco, y unos ojos verdes tan grandes y expresivos que dan reparo mirarlo. Parece simpático. Sus palabras masculinas cambiadas al femenino cuando intenta hablar en serio lo hacen parecer más mono aún. Su único error es el grupo de amigos *que ha elegido. No, Adán, Rubén y Manuel no son de fiar. De hecho, creo que solo quieren reírse de él, aprovecharse de su bondad y manipularlo para que haga todo lo que a ellos les dé la gana. Eso implica situaciones desvergonzadas, como cuando le dijeron el primer día que el plato especial de Gabriela, la cocinera de la cafetería del instituto, es polla al ajillo. Josh, que habla más alto de lo que está estipulado para hacerse entender, dijo a voces que estaba deseando probar un plato de esos especiales y delicioso de polla al ajillo. Toda la cafetería se rio de él durante días.*

Ahora estamos en la fiesta de verano, la de fin de curso. Nada tiene que ver con esas estrafalarias que se ven en las películas de adolescentes. Aquí solo hay comida preparada con desgana por los padres del AMPA[4]*, refrescos y algún profesor vigilando. Lo que hagamos después por nuestra cuenta ya es otra historia.*

El inglés se ha acercado a mí y he enmudecido. Lleva días rondándome, buscando mi mirada en el patio. Ayer, a unos metros de distancia, apoyado en la barandilla de enfrente con sus amigos, me mostró un trozo de papel doblado que tenía entre las manos. Después, al tocar la sirena y entrar a clase, una chica que no conozco me increpó para darme una nota: «Me gustas, pelirrojo. *Deseo tu boca».*

Estaba firmada por él.

Intenté no hacerlo, pero tuve que reír al leer ese pelirrojo.

Dudé, porque no soy ingenua. Sospechaba que sus amiguitos tenían que ver con todo aquello. Pero, incluso sabiéndolo, no he dejado de preguntarme por qué yo. Yo, invisible a los chicos, a la gente en general. No obstante, cuando se ha acercado hoy en la fiesta, cuando su mano ha

rozado la mía mientras me servía la Coca-Cola, mis muros defensivos se han derrumbado y he confiado en que puedo gustarle a alguien, aunque tenga unos ojos verdes y deslumbrantes, aunque otras mucho más guapas que yo estén detrás de él.

—Te espero en el arenero —me ha dicho.

Se refiere a la zona apartada del patio principal. Antes, cuando mi instituto era una escuela infantil, la zona posterior era en la que los pequeños jugaban. Ahora solo hay albero, un arenero abandonado y poca vigilancia de los profesores. Por eso es la zona de peligro, donde algunos fuman y otros se besan. Me he escaqueado de Mónica con una excusa tonta, tanto como yo, y he ido sigilosa al encuentro.

El inglés está de pie, apoyado en la pared y cruzado de brazos. Por un momento, veo preocupación en su mirada cuando me acerco. Mi alarma de advertencia suena, pero yo la callo. Quiero saber por qué estoy aquí, que él me lo diga.

Para mi desgracia, lo descubro pronto.

Los nervios me atosigan el estómago.

—Hola —me dice tímido, y da un paso hacia mí.

—Hola, Josh.

—¿Qué tal la fiesta?, ¿te diviertes? —me pregunta.

Yo asiento, mintiendo. Si dijera que no, tendría que exponerle mis motivos, y no es eso lo que me apetece ahora.

—¿Qué querías? —Voy directa al grano.

Lo siguiente ocurre en segundos, muy muy pocos. Se ve que estaba todo organizado para que no los hiciera perder demasiado tiempo y la fiesta continuara. A ser posible, a mi costa.

Sin palabras, Josh se acerca mucho a mí. Mi corazón late con fuerza, con velocidad. Lo siento en mi garganta y en mis muñecas. Va a besarme. Es la primera vez que un chico va a besarme. Cierro los ojos, a la espera. Lo noto cerca. Y, de repente, frío. Ausencia. Risas.

Manuel, Rubén y Adán ríen como locos mientras me señalan e imitan a un pescado boqueando. Me imitan a mí. Adán me enseña su móvil desde lejos. En la pantalla aparezco yo, sola, con los ojos cerrados y los labios levemente hacia fuera.

Corro despavorida. Huyo de la vergüenza. Pero la vergüenza y el miedo son entes oscuros que te acompañan allá donde vas. No hay baño lo suficientemente hermético que te permita aislarte de ellos. No obstante, me encierro en uno y lloro, sintiéndome tonta e impotente.

He recorrido la pasarela y me he sentado en el último banco, ese que mira hacia el frente, hacia la nada. Parece anclado aquí para recordarte que es el final del camino, que todo acaba. «Tómate un minuto, siéntate y analízalo», parece decirme. Entonces recuerdo que esta estructura la partieron por la mitad para que una carretera

pudiese acceder a zonas como el Polo Químico. Segaron más de un siglo de historia, así, sin más.

Javiela viene a mi mente. No ha vivido un siglo, lo ha hecho apenas veintiséis años, pero también han segado su vida sin más. Nadie debería morir cuando empieza a conocer el significado de existir. Inspiro aire y lo retengo en mis pulmones mientras echo una ojeada a mi alrededor. Delante, agua. A mi izquierda, Huelva. Civilización. Realidad. No me muevo, no quiero volver, ni al pasado ni a la verdad que me espera cuando regrese a casa. No obstante, Adán se cuela otra vez en mis pensamientos.

Lo retengo.

Lo aparto.

Pero su recuerdo es más fuerte que yo, siempre lo ha sido.

Lo veo entrando en mi habitación el día de la fiesta de disfraces, justo después de descubrir que había subido a Twitter la foto de la chica de su cartera. Estaba tan enfadado, tan encolerizado… Rememoro sus voces y sonrío. Siempre me ha gustado escucharlo gritar o hablarme con los dientes apretados, porque eso significaba que lo había jodido, y mucho, algo no muy asiduo. Disfrutaba siendo yo la que le diera por el culo y no al contrario.

Parece que estoy viéndolo en el umbral, con los ojos azules inyectados en odio, con los labios carnosos convertidos en una línea y el cuello tenso. Parece que escucho cómo cierra la puerta con fuerza, dejando constancia de su cólera, a punto de explotar. Y lo veo caminando hacia mí, sin que yo me inmute, pero con un poco de miedo por su posible reacción. Sabía de sobra que Adán no me haría daño. Después de aquel episodio, aprendí que sobrevaloramos a las personas y la confianza que depositamos en ellas. No todo el daño es físico ni voluntario. A veces, nuestra sola existencia afecta a la de los demás.

—A tu madre le encantaba este lugar —dice alguien detrás de mí.

No me muevo, aunque me he sobresaltado al escucharlo y mis párpados se han cerrado con fuerza. Parece que lo he invocado con mi recuerdo. Por suerte, ha llegado para interrumpirlo. No me gusta pensar en ello, y aunque casi siempre lo mantengo a raya, hoy ha estado a punto de emerger en mi memoria ese momento que lo cambió todo.

—Nos lo mostró tu padre el primer fin de semana que pasamos en Huelva.

—Es uno de sus lugares favoritos para pescar —apunta Adán con cierta nostalgia—. Y de Natalio.

—Mi padre se divertía más con los jóvenes pescadores que pescando —le recuerdo, y durante un instante nos veo a todos juntos caminando sobre esta misma plataforma, de vuelta a casa tras un día

de pesca, paseo o turismo.

No miro a Adán, pero sé que sonríe.

—Es verdad. Siempre hacía lo mismo cuando pasábamos junto a los pescadores: esperaba unos segundos para darles tiempo y se giraba de repente para pillarlos mirándoles el culo a tu madre o a la mía.

Rio y continúo:

—Se acercaba a ellos con pasos firmes y mirada seria para acojonarlos. Y cuando casi se les caían las cañas del susto, él sonreía y les preguntaba: «¿Qué, chavales?, ¿cómo va la pesca?».

Es raro que mencione a mi padre de manera casual. No le gusta. Me atrevería a decir que incluso lo odia, aunque a veces intente disimularlo delante de su madre. En parte, entiendo su manera de verlo. Para él es el hombre que se fue a vivir pared con pared, junto con su mujer e hija, que se integró en la familia, se convirtió en amigo de aventuras y confidencias de su padre. Y ahora, de repente, ocupa el lado derecho de la cama de matrimonio que un día Elena y Antonio compartieron.

Yo podría tener la misma visión que Elena, amiga inseparable de mi madre, pero jamás podría odiar a una mujer que me ha entregado tanto amor desinteresado desde el día que me vio salir del coche, disfrazada de la Sirenita, y que puso en mis manos un trocito de su corazón enfermo.

Giro el rostro para mirarlo. Está de pie, a mi derecha, con esa postura erguida que parece tenerlo siempre alerta pero con una expresión relajada en el rostro. De nuevo, intuyo que se esfuerza por no ser desagradable.

—¿Me has seguido?

Niega.

—Te hemos visto caminar en esta dirección y Sandra ha deducido que podrías estar aquí.

—¿Dónde está ella?

—No lo sé. Me ha llevado a por mi moto y se ha marchado. Me ha dicho que no te gustaría que viniera, que cuando te enfadas o estás triste necesitas tu espacio.

—Tiene razón. —Sonrío con debilidad y vuelvo a mirar el agua calmada.

Puede que él no lo sepa, pero entre esas cosas que necesito cuando no me encuentro bien está el silencio. Silencio acompañado de calma; una que comienza a evaporarse cuando Adán se mueve inquieto y observa a lo lejos, hacia el estómago del muelle, con los ojos entrecerrados para intentar diferenciar las caras de dos hombres que parecen mirar hacia nosotros.

—¿Los conoces?

Se gira con premura para contemplarme. Parece que se ha olvidado

de que sigo aquí y mi voz acaba de ubicarlo. Niega con convicción.

—No. Creo que me he confundido.

—Adán, tendrás cosas que hacer, ¿no? —le insinúo, invitándolo a marcharse.

—Bastantes. —Coloca una pierna sobre el banco en el que estoy sentada y apoya sus brazos cruzados en ella—. Pero resulta que tengo que llevarte de vuelta antes de hacer todas esas cosas.

—Pues espero que no sean importantes, porque no pienso irme todavía.

—Eva, en algún momento tienes que dejar a un lado esa actitud despechada que muestras conmigo, volver a la realidad y enfrentarte a ella.

Suelto un bufido, incrédula.

—¿Actitud despechada? ¿Yo despechada?

Alza las cejas.

—Me has echado en cara, con despecho —recalca—, que se me da estupendamente inventar excusas e irme.

—¿Acaso no tengo razón? —Me pongo de pie. La conversación está torciéndose, y es lo que menos me apetece en este momento—. ¿Acaso no eres tú quien huye de las realidades para no enfrentarlas nunca? —Sé que le ha dolido mi comentario, pues baja la pierna del banco y me traspasa con la mirada, ahora muy seria. Ambos sabemos que no hablamos de mí, sino de su madre.

—Eso ha sido muy injusto.

—Y muy cierto. Está enferma, y su hijo no está con ella.

Se acerca con el dedo en alto y me señala con él.

—¡Joder, Eva! —exclama enfadado—. Yo no soy tu enemigo. Así que guárdate toda esa mierda que llevas dentro para tirársela en la cara a esos que te juzgan. Y cuando estés vacía y lo hayas solucionado, hablamos. ¿Crees que no sé que estás dolida? Tus amigos acaban de apuntarte con el dedo por un asesinato, ¡claro que estás dolida! Pero no te queda más remedio que volver a casa y enfrentarlo.

Los ojos se me llenan de verdades que desean desesperadamente salir en forma de lágrimas. No se lo permito. Hago una tregua con ellas: treinta segundos más de entereza a cambio de dejarlas salir con libertad todo el tiempo que necesiten.

Me trago el nudo que se me ha formado en la garganta y, con los labios temblorosos, le respondo:

—Yo no tengo nada más que hablar contigo.

Golpeo su hombro para que se aparte y avanzo por su lado para marcharme, pero una mano fuerte envuelve mi muñeca y me detiene en seco. Lo encaro cargada de rabia, puede que de toda esa mierda de la que habla. Estoy a punto de gritarle que me suelte cuando habla, y lo hace con un tono bajo y una sinceridad que me aplaca:

—Yo sí te creo.

—Vaya, gracias por no pensar que alguien a quien conoces de casi toda la vida no es una asesina.

—Lo digo en serio, Eva. No necesito pruebas para saber que jamás tendrías nada que ver con algo que puede hacerle daño interesado a una persona. Eres la chica más noble que conozco.

Noto que la intensidad de mi angustia crece y que la tregua se acaba. Es la primera vez que Adán dice algo bueno de mí.

—Y ahora viene el *pero*… —intuyo, y él asiente.

—Pero de todas maneras estoy seguro de que no tuviste nada que ver, porque yo sí sé adónde fue Javiela ayer.

Mi ceño se frunce.

—¿Tú?

—Sí.

—¿Adónde?

Traga saliva y desvía su mirada un segundo antes de posarla de nuevo en mis ojos.

—Al aparcamiento de enfrente. Justo cuando tú te fuiste. Te vimos marcharte.

—¿Me visteis?, ¿en plural? —Asiente de nuevo—. Adán, ¿qué hiciste?

Debe ver el miedo y la desconfianza en mi rostro, porque se apresura a negar y me sujeta la muñeca con más fuerza.

—No, no pienses mal. Cuando cruzaste la avenida, ella salió detrás de ti. No dejó que su hermana la acompañara, le exigió que entrara de nuevo en la discoteca, así que la seguí yo sin que se diera cuenta. Creo que iba en tu búsqueda para terminar lo que habíais empezado.

—Y pensaste que no podría defenderme sola, claro.

—Sé que sabes defenderte —me espeta molesto—. Pero pensé que podría pasarte cualquier cosa en aquel aparcamiento, sola y de madrugada. —Le indico con la mirada que continúe—. Ya estabas yéndote cuando llegué, y a ella no le dio tiempo de alcanzarte. Estaba muy furiosa y bebida, y se puso peor cuando… me vio. Me golpeó el pecho mientras gritaba que te odiaba y que…

—¿Adónde quieres llegar? —le pregunto. Su titubeo no me gusta, porque Adán nunca titubea. Él habla, suelta lo que piensa, y si te ofende, no es su problema.

—Nos liamos.

—¡¿Qué?! —exclamo estupefacta. De todas los finales que podría esperarme, este es el único que no ha pasado por mi cabeza. Me suelto con fuerza de su agarre—. ¿Te follaste a Javiela?

—No.

—¡Has dicho que os liasteis! —le rebato.

—Si me dejaras hablar… Solo fueron unos besos de desahogo entre

los coches. Habíamos estado charlando casi toda la noche dentro de la discoteca, habíamos bebido…

—Besos de desahogo —murmuro estupefacta, más para mí que para él—. ¿Por qué me cuentas esto, Adán? Tú no eres de ese tipo de tíos que cuentan con quién se lían.

—Te lo cuento porque alguien la llamó por teléfono cuando la cosa estaba calentándose y nos cortó el rollo. Noté el cambio tras esa llamada. Al colgar el móvil, fue como si toda la furia y el alcohol se hubieran esfumado. Solo me informó de que tenía que irse, caminó hasta cruzar el aparcamiento y se marchó en un taxi que paró en la puerta de la discoteca unos minutos después. Ni siquiera me miró.

—Madre mía —murmuro. Cojo aire y me froto las sienes con las manos, en busca de calma—. ¿Eres consciente de que podrías ser señalado como la última persona que la vio con vida?

—Lo sé.

—Y no has dicho nada.

—Lo haré. Harán un interrogatorio oficial, y entonces contaré lo que ocurrió. No tienes de qué preocuparte porque yo vi cómo te marchabas y ella seguía allí.

—No me preocupa que la policía me vea como sospechosa.

—Te preocupa que tus amigos lo hagan —evidencia.

«Y me preocupa que te metan a ti en todo esto», pienso.

Me mantengo en silencio, acongojada por la información. Adán me mira con una mezcla de comprensión y pena que me aflige todavía más, pero no permito que eso se refleje en mi rostro. No obstante, debo disimular fatal, porque, para mi sorpresa, tira de mi mano de nuevo y me acerca a él. Lo hace vacilante, pero me ha cogido tan desprevenida que impacto contra su pecho y me quedo ahí, estática, mientras me rodea con los brazos y me acoge entre ellos. Creo que es también la primera vez que me abraza, al menos desde que cumplí los trece años, mi madre murió y yo me fui a vivir a su casa. Ni siquiera lo hizo aquel día del accidente.

«Solo esta vez», me digo cuando rodeo su cintura con los brazos y me dejo consolar mientras cierro los ojos y me embriago del perfume adherido a su camiseta y a mis recuerdos. A pesar de que mis piernas tiemblan de nuevo al sentirlo tan cerca, sus brazos me ofrecen una estabilidad que me negaría a reconocer pero que está aquí, ahora.

—Tenemos que volver, Eva —susurra con el mentón apoyado suavemente sobre mi cabeza. Me da la sensación de que se mantiene ahí un segundo de más—. Elena no se encuentra bien.

Me aparto de él y lo miro con preocupación.

—¿Qué ha ocurrido?

—Se ha enterado de todo.

—Y se ha puesto muy nerviosa —deduzco. Él asiente—. Haber

empezado por ahí, joder. Vamos.

7

Mucha gente dedica demasiado tiempo a preocuparse por asuntos que no está en su mano modificar.

El camino me ha resultado largo, y el sillón de la moto, demasiado incómodo. Por un lado, porque la postura más acertada sería inclinada hacia delante y sujeta al conductor, algo que he descartado nada más subirme, y, por otro, porque Adán solo ha mencionado que Elena está alterada, pero la sensación de mi pecho me dice que no estamos hablando de unos simples nervios. Odio que mi cuerpo sea una alarma de desgracias. También de alegrías, todo hay que decirlo, pero estas pasan de largo camufladas en un buen día. Sin embargo, cuando me anuncia algo malo… Mi madre decía que es un don, que soy una especie de brujilla sensible al universo que puede comunicarse con él. Pero no. Es una putada, solo una putada.

El corazón de Elena está débil desde hace unos años, cuando nos dio el primer susto. Al menos ahí descubrimos que algo fallaba. Siempre relacionó las pulsaciones aceleradas y las punzadas en el pecho con el estrés diario, pero con el tiempo fue empeorando. Hasta el día en el que su hijo presenció cómo se llevaba las manos al tórax y caía desmayada al suelo. Creo que yo tenía unos doce años por aquel entonces. Aquel sábado, mi madre estaba de descanso y fue quien corrió hasta su casa cuando Adán llamó al timbre mientras golpeaba nuestra puerta y daba gritos. No, no era estrés; era una valvulopatía ligera que se mantendría a raya si seguía las recomendaciones del cardiólogo. Pero años después, cuando mi padre y yo ya vivíamos con ella, volvió a repetirse, y lo que antaño fue definido como una enfermedad ligera, se convirtió en moderada.

Salto de la moto en cuanto la rueda delantera pisa el camino de piedra que lleva a la entrada. Adán la aparca de cualquier manera y se coloca un paso por detrás, a la espera de que abra. Estoy buscando las llaves dentro de mi bolso cuando de reojo aprecio que se mueve incómodo. Lo miro. Tiene el entrecejo fruncido y los hombros tensos. Alerta, para variar. Pero esta vez no es la postura que lo caracteriza, hay algo más.

Traga saliva visiblemente sin dejar de mirar al otro lado de la calle.

Cuando me giro para buscar el foco de su atención, veo un coche gris oscuro aparcado en la acera de enfrente. Dentro se encuentran dos tipos que no nos quitan ojo. Uno está sentado en el asiento del conductor y otro detrás, como si se tratara de un taxi.

—Entra —me exige con voz gélida un segundo antes de meter las manos en los bolsillos de su pantalón oscuro y caminar con pasos decididos hacia el coche.

—Pero…

Sin mirarme y sin dejar de andar, repite:

—Eva, entra.

No hay opción a réplica por mi parte. Tampoco es que mi finalidad sea demorarme más, ya que las piernas me pesan como si estuvieran rellenas de plomo. Es la sensación que me ha acompañado durante todo el trayecto.

Al fin encuentro la llave. Cuando giro el pomo y abro la puerta, las extremidades plomizas se me anclan en el umbral. Solo es un nanosegundo el que tardo en digerir que Elena está tirada en el suelo, al fondo del pasillo y a un paso de la cocina.

—¡Elena! —Corro hasta ella. El bolso se me cae del hombro y trastabillo con el pequeño escalón de la entrada. Me agacho con rapidez a su lado para comprobar que no tiene el conocimiento perdido y que respira, pero de manera muy dificultosa—. Eh, eh… Elena.

Escucho unos pasos apresurados que bajan la escalera a galope. Seguramente, mi padre ha debido escuchar mi grito.

—¡¿Eva?!

—¡Papá! Hay que llamar a una ambulancia.

Corre más y temo que caiga por la escalera de mala manera.

Los pasos de Adán también se escuchan detrás de mí, acelerados.

—Joder —murmura mientras pasa las manos por debajo del cuerpo de su madre y la levanta como si estuviera compuesta de plumas.

—Hay que llamar a una ambulancia —repito.

—No pienso esperar —dictamina Adán—. Vamos, abre el coche. —Mira a mi padre y le hace un gesto con la cabeza—. ¡Abre el coche!

Golpeo la puerta con suavidad y espero unos segundos antes de entrar. Elena me sonríe de manera débil desde la cama cuando descubre que mi torpeza al abrir es debida a la bandeja que sujeto con ambas manos.

—No tengo hambre —comenta.

—Ni yo ganas de recoger un esqueleto de la cama. Llevas tres días sin comer —le recuerdo—. Hoy ya no hay excusa.

Conforme me acerco, alza el rostro para ver qué he traído. Tuerce los labios en una mueca que me hace reír. Sé lo que va a decir antes

de que abra la boca.

—¿Queso fresco en la tostada? Ya que desayuno, preferiría unos churros con chocolate.

—Ya. Y beicon, huevos fritos, mantequilla… Pero resulta que tienes la patata un poco débil. El médico a dicho…

—Sí, sí, el médico ha dicho que debo cambiar la alimentación si quiero que mi corazón lata durante mucho tiempo. Y que a partir de ahora chupe losas para mantenerme saciada.

—Exagerada. —Coloco la bandeja sobre sus piernas y me detengo a observarla.

Han pasado tres días desde que su corazón volvió a darnos un susto, pero parece que a su cuerpo le haya caído encima una década completa. Luce como a punto de apagarse, aunque sé de sobra que su vela tiene mecha para rato. Al menos, lo deseo con todas mis fuerzas.

Es bonita, en todos los sentidos. Elena es una de esas personas que pueden llevar una nube dentro de su estómago a punto de desencadenar la peor de las tormentas y, mientras tanto, regalarte un arcoíris. Cuando la vi por primera vez, yo era muy pequeña para analizar y no entendía de ciertas cosas, pero la pureza es algo irracional que se transmite sin siquiera pretenderlo. Sus ojos me transmitieron paz, sabiduría y protección. Después, me proporcionó todo eso y más.

Unas vetas blancas creadas de experiencias vividas adornan su pelo, hasta ahora siempre negro como la noche; sus ojos de color azul intenso parecen hundidos, y los rasgos de la cara suave y bonachona hoy son más duros, más sufridos y marcados. Sé que es temporal, que en unos días volverá a ser la Elena de siempre, pero contemplarla sin fuerza para moverse de la cama o con miedo a hacerlo…

—¿Puedes dejar de mirarme como si fuera a morirme?

Vuelvo en mí y busco sus ojos, a los que le faltan dos segundos para ponerse en blanco intencionadamente.

—No estoy mirándote de ninguna manera.

—Claro que sí, con cara de «Pobre Elena, le queda un telediario».

Me siento a su lado, negando divertida. Pero enseguida me pongo seria, porque la ocasión lo requiere, y le suelto eso que tantas ganas he tenido de decirle durante estos tres días de aislamiento y preocupación:

—Lo siento mucho, Elena.

Me observa con detenimiento, suspira y decide apartar la bandeja para centrarse en mí. La ayudo a ponerla sobre la mesita de noche. Apenas le ha dado un par de bocados a la tostada y ni un sorbo a la leche.

Coge mi mano una vez que está libre y la aprieta.

—No hay nada que sentir, Eva.

—Que tú te pusieras así de mal fue por todo lo que pasó.

—Claro que fue por todo lo qué pasó, pero es que mi corazón está para llevarlo a la chatarrería desde hace mucho tiempo, eso ya lo sabes. —Sonríe—. Y nada de lo ocurrido ha sido culpa tuya. Deja de sentirte mal por todo y de intentar paliar el dolor de los demás, cuando tú eres la más perjudicada en este asunto.

—Eso no me…

—¿Importa? —Alza las cejas—. ¿No te importa que tu cara esté en todos los medios de comunicación con rótulos que señalan los supuestos rumores en el set? ¿No te importa que tus amigos hayan apartado la mirada cuando otros han insinuado que has podido hacerle daño a una compañera? —Trago saliva, incómoda—. Claro que te importa. Y perdona que sea tan clara, Eva, pero creo que entre nosotras siempre lo hemos sido. Debe afectarte, porque si no lo hiciera, no serías humana. Pero también debes salir y no esconderte entre las paredes de tu habitación.

—No he estado escondida —protesto.

—Sí que lo has hecho. Llevas tres días sin salir. Si no fuera porque sabes que yo estoy aquí al lado impedida, ni siquiera habrías sacado la cabeza de esa ratonera.

—Estoy cuidándote.

—Y escondiéndote.

—Y escondiéndome —acepto al fin, y le sonrío débilmente.

—Pronto tendrás que volver al estudio, y lo harás con la cabeza bien alta. Tampoco es que tengas motivos para agacharla.

Asiento, aunque no estoy convencida de ello. En el trabajo han oficiado tres días de luto por lo ocurrido y, según los rumores, estamos a la espera de los resultados de la autopsia. No sabemos qué ocurrirá después. Puede que Sandra ya tenga constancia de algo. Me recuerdo encender el móvil para llamarla y preguntarle.

—Lo haré. —Me levanto de la cama—. Ahora, tú te comerás esa tostada.

Conforme, asiente.

—Oye, Eva —me dice con suavidad antes de que abra la puerta—, ¿sabes dónde está Adán?

—No. ¿No ha entrado?

Se encoje de hombros y curva los labios sin tener en absoluto ganas de sonreír.

—Poco.

Suspiro.

—Hablaré con él.

—No, cielo, no es necesario. Estoy feliz con tenerlo aquí. Poco a poco.

Poco a poco. Bufo para mis adentros. A lo mejor no hay tiempo de

ir despacio, y pensarlo me da rabia, pero es la verdad. Se comporta como un niño pequeño. No puede estar resentido con su madre eternamente solo por haber rehecho su vida amorosa; una destruida mucho antes de lo que él pensaba. El amor nunca tendría que ser un motivo de despego, y mucho menos entre una madre y un hijo. Un hijo que tiene casi treinta años y lleva lejos de ella diez.

—Ni siquiera es consciente de la suerte que posee quien tiene una madre. —Esto lo pienso en voz alta antes de cerrar la puerta.

Cuando regreso a mi habitación, pienso en las palabras de Elena y reacciono. Tiene razón: no puedo pasarme la vida aquí encerrada, lamentándome de algo que desconozco. ¿Qué me aflige? No lo sé. Puede que la muerte de Javiela, y lo hace mucho más de lo que había pensado, o el miedo a lo que vendrá a continuación, porque vendrá. Mi cuerpo sigue experimentando esa sensación de tormenta a punto de desbordarse. Así que dejo de lamentarme en esta ratonera y decido hacerlo a unos cuantos metros de distancia.

Me cambio de ropa y bajo con rapidez. Me encuentro con mi padre cuando me dispongo a salir, justo cuando estoy cogiendo la llave del pequeño cuelga llaves de la entrada. Me interroga con la mirada y el ceño ligeramente fruncido, supongo que asombrado por mis repentinas ganas de abandonar el nido. Yo observo la bandeja que lleva en las manos y que con seguridad va a subirle a Elena. La conoce bien y sabe de sobra que no se ha comido la mitad de lo que le he llevado. En ella hay pastillas, un vaso de leche y un trozo triangular de bizcocho de zanahoria que cuestiono con un gesto.

—Es pequeño —se excusa intranquilo—. Está acostumbrada a sus dulces, y seguramente no habrá comido nada de lo que le has llevado. Necesita llenar el estómago para no reventárselo con tantas pastillas.

Reprimo una sonrisa mientras me pregunto cuándo han cambiado las tornas, en qué momento mi padre comenzó a justificarse como si él fuera el niño pequeño y yo la adulta responsable.

—Papá, no puede comer azúcares en exceso.

—No es exceso, sino un trozo pequeño. —Y cambiando de tema, que este no le conviene, me pregunta—: ¿Adónde vas?

—A casa. —Le muestro la llave que acabo de coger y le señalo mi ropa.

Sus hombros caen ligeramente cuando escucha mi respuesta, lo noto en el movimiento de la bandeja. Después, traga saliva sin dejar de observar los *leggins* y la camiseta vieja que antaño fue un conjunto celeste y ahora está salpicado de pintura de todos los colores.

—Ya sabes que… Bueno, si quieres…, puedo echarte una mano.

—No te preocupes. —Le sonrío—. Ve a alegrarle la mañana a Elena, anda.

Me dedica una sonrisa, aunque la suya es más pequeña y débil.

Como sé que no dirá nada más sobre el tema, me marcho. Cruzo el pequeño jardín colmado de color y me paso al que está justo a su izquierda. Es gris, no tiene vida ni flores, pero es mi jardín, el de mi casa. Me prometo comenzar a darle color pronto y dejar de sentir ese cambio tan brusco que siempre me recuerda a aquella primera vez que fui a Granada de excursión. El cielo era limpio, el sol brillaba con fuerza y el paisaje colorido de primavera nos acompañó durante todo el trayecto. Pero de repente, como en las películas, se hizo una línea en el cielo; un umbral que separaba el lado claro de uno gris oscuro que rompió en lluvia en cuanto lo cruzamos. Me pareció increíble que, siendo el mismo cielo, estando uno pegado al otro y solo separados por una línea, distaran tanto. Lo mismo me ocurre con los jardines. Odio compararlos, porque ambos fueron siempre de mi gusto. En cada uno de ellos cuidé con amor las plantas. A veces regaba los rosales de Elena, y otras, los tulipanes rojos y amarillos de mi madre. Dejé de sentirlos iguales cuando mi madre se marchó. Los tulipanes perdieron su intensidad y solo quedaron las rosas.

Al entrar, saboreo el polvo del ambiente. Hace poco que limpié, pero es casi imposible mantener los ácaros a raya en un espacio cerrado al que solo asistes una vez cada dos semanas. Me preparo un café con leche en la Nespresso y vuelvo al salón, donde me tomo unos segundos para otear el lugar y decidir por dónde continuar.

No sé cuánto tiempo ha transcurrido cuando un par de golpes en la puerta principal me sobresaltan, tanto que la brocha colmada de pintura que tengo en la mano izquierda se me cae en la pierna y termina en el suelo, pringándome las mallas y la sábana colocada debajo del mueble. Me levanto con rapidez para comprobar que no ha calado en la solería y suspiro tranquila al hacerlo.

Golpean de nuevo la puerta y el sonido del timbre se añade.

—¡Vooooy, voooy! —exclamo con pesadez.

Al abrir, la figura de Adán tras la puerta me deja fuera de lugar unos segundos.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto atropellada.

Él se toma un momento para mirar el pasillo por encima de mi cabeza y dirigir sus ojos hacia la escalera que queda a mi derecha y a su izquierda.

—Tu padre me ha dicho que te encontraría aquí.

Aguanto un suspiro. Mi padre sabe de sobra que vengo para estar sola. Para estar con ella.

Sin pedir permiso, se abre paso por mi lado y entra. Enmudecido, parece no estar aquí realmente. Camina hasta el salón y yo lo sigo. En el umbral, ambos observamos la estancia llena de luz natural y los muebles cubiertos por sábanas, todos menos uno, el de la entrada, que es el que estaba pintando justo antes de la interrupción.

—¿Estás cambiándolo todo? —me pregunta, todavía mirando la estancia sin parpadear.

Comprendo entonces que lleva muchos años sin entrar aquí, y hacerlo ha conseguido que despierte el niño que venía a mi casa cada día. Porque supongo que Adán, aunque parezca formado de hormigón, debe conservar recuerdos como cualquier ser humano.

—Solo estoy pintando los muebles.

—¿Todos irán en azul claro? —Asiento—. ¿Mismo suelo?

—Sí. Quiero que siga siendo la casa que era, con la esencia que tenía, pero adaptándola para poder vivir tranquila en un lugar que sienta mío. —Se gira lo suficiente para mirarme y yo considero que he hablado demasiado—. ¿Qué querías?

—Sandra me ha llamado. —Saca su móvil del bolsillo delantero del pantalón vaquero y me lo entrega—. Dice que es importante y que el tuyo sigue sin dar señal.

Todavía lo tengo apagado. Ni siquiera me he acordado de él.

—¿Puedo? —le pregunto, haciéndome con el móvil. Adán asiente.

Me dirijo a la cocina mientras escucho los repetitivos e insistentes tonos de llamada hasta que la voz de Sandra los rompe:

—¿Adán? ¿La has encontrado?

—Soy yo —le respondo, y escucho un suspiro de alivio al otro lado de la línea.

—Voy a ahorrarme comentarios despectivos hacia tu persona en este momento, pero los guardo para más tarde. Me tenías preocupada. Ni móvil, ni visitas, ni…

—Lo sé, lo siento.

Un nuevo suspiro, esta vez de cansancio.

—Esteban ha enviado un comunicado al grupo de WhatsApp. La autopsia de Javiela ya ha sido revelada. —Contengo el aliento lo que ella tarda en aclararme las dudas—: Muerte accidental. Parece ser que se cayó del banco del vestuario y se dio un mal golpe. En su sangre había alcohol y marihuana.

—¿Accidental?

Me siento en uno de los cuatro taburetes altos de la cocina y me masajeo la frente, intentando asimilar la información.

—El entierro es hoy a las seis.

—Bien, allí estaré —me limito a decir.

—Eva…, no sé si… No sé si es buena idea que vayas —dice al fin.

—¿Por qué?

—No has visto las redes, ¿verdad?

El corazón comienza a palpitarme de manera frenética.

—No he encendido el móvil desde que pasó todo.

—Digamos que la cosa está que arde. Los medios han filtrado la sospecha, las preguntas que te hicieron. Lo han vendido como algo

hipotético, claro, pero eso no quita que no te hayan señalado.

Necesito sujetarme a la encimera polvorienta de la cocina. No puede estar pasándome esto.

—Las causas no están esclarecidas. Eso es lo que han dicho en los medios hasta ahora —me indica.

—Aunque todo apunta a que yo tengo algo que ver, claro.

—Siento mucho que estés pasando por todo esto, de verdad.

—No hay nada que sentir. Iré —dictamino convencida, aunque noto cómo tiembla el móvil pegado a mi oreja debido a mis manos de gelatina—. Porque no tengo nada que ocultar, Sandra, y porque más vale enfrentarme a esto de una vez que dejarlo estar y puedan creer que yo… —Me atraganta solo pensarlo.

—Sigue sin parecerme una buena idea, pero si tú quieres ir, yo estaré contigo.

—Gracias.

—Y si es necesario matar a alguien, ahora sí, se le mata. Se ahorra hasta el traslado al cementerio.

No puedo evitar sonreír. Adoro su humor ácido.

—Gracias —repito con toda la sinceridad que puede transmitir mi voz—. Te recojo a las cinco y media. —Sin nada más que decirnos, cuelgo.

Me concedo unos minutos para respirar y plantearme la gilipollez que estoy a punto de realizar. Aunque se haya determinado que la muerte de la gemela no fue intencionada, sigo estando en el punto de mira. Respiro profundo, a la espera de que mis manos y piernas dejen de temblar. «Vendrá otra noticia —me digo—, algo más grande, más grave, y en una semana pasaré a un segundo plano». Siempre ocurre. Hay tanto que contar de la gente de la tele, *influencers* y *youtubers*, que lo que ayer era importantísimo, hoy no tiene salseo alguno.

Me pregunto qué me aconsejaría mi madre. Sé que me instaría a ir, y con su voz suave y armoniosa me soltaría algo así como que el que nada debe, nada teme.

—No te lo crees.

Alzo la cabeza con rapidez cuando lo escucho. Durante un momento, me había olvidado de su presencia. Está apoyado en el marco de la puerta mientras se bebe mi café con total naturalidad.

—Lo de la muerte de Javiela —aclara.

Supongo que ya ha sido informado de todo por mi amiga.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque te conozco. Ahora mismo tienes en la cara ese gesto.

Arrugo el entrecejo.

—¿Qué gesto?

—El que pones cuando le das demasiadas vueltas a algo. Eres cristalina para mí, a pesar del tiempo.

No quiero escucharlo.

No quiero ser cristalina.

Quiero ser oscura, opaca. Un muro, como lo es él para mí.

—Pues no, no me lo creo. —Me levanto del taburete con una falsa firmeza y camino hasta él para quitarle la taza de la mano—. ¿Te importaría hacerte uno y no dejar tus babas en mi café?

—Me gusta esta taza.

—Claro. Esta taza blanca y simple.

Se encoge de hombros y una sonrisa breve pero intencionada aparece en su rostro.

—No hablo del diseño, hablo del sabor, y sabe mejor si antes han pasado tus labios por ella.

Se me reseca la garganta al escucharlo. Sé que está burlándose de mí, pero me conoce lo suficiente para saber que ese comentario puede hacerme trastabillar. Lo dicho: cristalina. E idiota, eso también.

«No, no te conoce. Conocía a la antigua Eva. La de ahora puede dejarlo fuera de juego», me convenzo. Así que la nueva Eva se acerca a él lo bastante para que sus hombros se tensen casi de manera imperceptible y su sonrisa se borre. Estoy a escasos centímetros de sus labios, muy muy cerca, tanto que debo tener cuidado al hablar para no rozarlos. Me tomo unos segundos para alzar las pestañas hasta sus ojos, bajar para ojear su boca con detenimiento y mirarlo de nuevo de frente, con confianza, y con la certeza de que no solo yo tiemblo de miedo y de excitación cuando está cerca. A él también le ocurre. Siempre pasa, pero creo que no he sabido identificarlo con claridad hasta ahora mismo. O no he querido hacerlo. Casi puede olerse en el ambiente esa tensión extraña que aparece de la nada cuando estamos en una misma estancia.

—Pues a mí me da asco que hayas posado los tuyos en ella, así que te la cedo. —Le devuelvo la taza y el móvil y me aparto con lentitud, conocedora de su estado. No se esperaba mi cercanía—. Ahora, vete. Quiero estar sola. Gracias por la llamada.

Enjuago una taza, me preparo un nuevo café de cápsula y me dirijo al salón con la intención de continuar con lo que había empezado. Cuando pienso que Adán camina por el pasillo para marcharse, me sorprende apoyado en la pared del salón, desde donde me observa.

—¿Por qué no crees lo de Javiela?

—¿Qué parte de «Quiero estar sola» no has entendido?

Introduzco la brocha en la lata de pintura azul ya preparada y continúo por donde iba. Él se mantiene en silencio, a la espera de una respuesta que le agrade más. Podría echarlo de nuevo, pero sé de sobra que es inútil; si Adán no quiere irse, simplemente no se va; si desea hacerlo, no hay nada ni nadie que se lo impida. Así que decido contar en alto mis anotaciones mentales para que, resuelta su gran

duda, se marche por donde ha venido.

—Porque vi sus ojos horrorizados, la postura tan seca…

—¿Seca?

—No sé explicarlo. Como en las pelis, cuando alguien cae hacia atrás y el impacto es grande, rápido y seco y se queda en el suelo con el cuerpo flexionado. Y la llamada. —Me giro para mirarlo—. ¿No te resulta extraño que alguien la llame a las tantas de la madrugada y ella se vaya así, sin más? Sobre todo, si estaba pasándolo bien contigo. Además… —Mientras hablo, reparo de repente en algo de lo que he sido consciente en todo momento pero a lo que no le he dado ninguna importancia hasta ahora. Suelto la brocha en la lata y lo miro—. Su ropa.

—¿Qué le pasaba a su ropa?

—Tenía el uniforme puesto, el de grabación. —Adán me mira sin entender—. En la serie vestimos faldas a tablas de color burdeos y chaqueta a conjunto. Javiela vestía así cuando la vi, pero no la noche anterior, en la discoteca. ¿Y por qué estás en mitad de una fiesta y decides irte a tu lugar de trabajo?

—A ver, no es que yo sea un lince, pero creo que puede haber una respuesta para todo lo que te cuestionas.

—¿Cuál?

Lo medita un momento.

—Puede que estuviera en mitad de una fiesta, pero no pasándoselo bien, eso ya lo sabes. La llama un tío con el que esté enrollándose, porque fue un tío quien la llamó, y se van al estudio.

—¿Cómo sabes que fue un hombre?

—Lo escuché. No lo que decía, pero sí el tono grave de una voz masculina.

—De todos modos, Javiela no tiene llaves de allí, solo el equipo y el conserje.

—¿Y quién te dice que el conserje no les haya abierto o que el equipo no estuviera allí?

—Esa noche estaba Andrés, y él jamás nos dejaría la llave para colarnos de madrugada.

—¿Dónde guarda las llaves?

Me encojo de hombros.

—Creo que en un cuelga llaves de estos típicos de madera. Está en la garita.

—También podría habérsela quitado antes.

—No, eso no tiene sentido. Andrés cierra la puerta principal del edificio y después se encarga de vigilar lo de dentro. Si le quitan la llave, no puede cerrar y se daría cuenta. Eso es muy rebuscado, Adán. De todos modos, si hay alguien del equipo dentro, que es lo más común porque casi siempre se queda alguno trabajando, la puerta

principal no se cierra hasta que salga el último.

—¿Y cómo sabes si había alguien allí?

Trago saliva. A mi recuerdo acude Pierre yéndose de la discoteca para trabajar y el cuerpo se me estremece.

—Preguntándole a Andrés o con las cintas de grabación, pero supongo que de eso se ha encargado la policía y no habrá visto nada raro. Lo que me llama la atención y no ha parado de dar vueltas por mi mente es por qué querrías quedar con un tío allí precisamente y no en un hotel o una casa.

Alza las cejas, y sus ojos, esos tan azules y expresivos, brillan con un halo de diversión.

—Vamos, Lentejas… Javiela era conocida por su papel en la serie, y aunque es cierto que era una mujer muy atractiva, no vamos a negar que el punto de morbo está en follar con la tía famosa de turno. Al tipo podría ponerle cachondo hacerlo allí, con el uniforme de grabación.

—¿Y qué fue del tipo?

Adán se encoje de hombros.

—Puede que ya se hubiera ido cuando se cayó.

—O puede que él tuviera algo que ver.

—Entonces habrían descubierto signos de violencia, ¿no? O que otra persona había participado en lo que fuera que le ocurriese.

La cabeza me martillea, ya que, pensándolo con detenimiento, tiene lógica. No sería tan extraño. Y lo sé de sobra porque a mí me ocurrió con un tío con el que me acosté solo una vez, ese que me llamaba Dalia y no Eva mientras se corría.

—Sigo pensando que sus ojos mostraban horror —añado en un susurro, más para mí que para él.

—Nadie se desnuca sonriendo, Eva.

—Es cierto. Soy una paranoica que siempre ha visto en todo más de lo que hay —pienso en voz alta.

—Puede que sí o puede que no, pero el asunto está cerrado y ella muerta. No vas a solucionar nada machacándote la cabeza con suposiciones que no llevan a ninguna parte, y la gente va a pensar de ti lo que quiera, lo que debería importarte una mierda.

—Tienes razón.

—Eso es nuevo —dice con un tono más relajado.

—¿El qué?

—Que me des la razón.

Me hago de nuevo con la brocha e intento seguir por donde iba. Me concentro en la veta del mueble y muevo la mano sin prisa pero sin pausa. Adán se ha quedado callado al no obtener respuesta, pero sé que sigue en la misma postura porque siento sus ojos clavados en mi nuca. Me pregunto cuándo piensa irse. Me siento torpe e insegura

cuando alguien observa lo que hago, pero la sensación se intensifica si se trata de él.

—¿Piensas mudarte aquí? —me pregunta unos minutos después del breve silencio.

—Es la intención.

—Pensaba que estaba en alquiler. Mi madre me dijo que…

—Que teníamos que alquilar la casa porque la cosa estaba complicándose —termino por él—. El parque de atracciones no estaba dando muchos beneficios, pero ahora va mejor.

—Tengo entendido que no lo suficiente. —No le respondo, pero parece ser que no ha pillado eso de que me gusta mi calma y mi silencio, porque sigue hablando—: Estás encargándote tú, ¿verdad? —Asiento—. No te pertenece hacerlo.

Sin necesidad de mirarlo, sé lo que está pensando, lo que está sintiendo. Ahora mismo es el hombre herido en su ego, el que se culpa por haberse ido sin mirar atrás aun sabiendo que la situación no estaba acomodada. Ahora es el tipo cargado de remordimientos que se cuestiona si hubiera podido ayudarnos, y no el chico pasota que se marchó sin más. No lo culpo. Puede que, de haber tenido la oportunidad, yo también me habría largado lejos.

No le debo explicaciones, y mucho menos tengo la obligación de hacerlo sentir bien, pues él no estuvo a mi lado cuando necesitaba sentirlo yo. Pero por alguna razón desconocida no puedo permitir que se martirice con esta estupidez, así que suelto la brocha —y esta será la última vez que interrumpa mi actividad— y me doy la vuelta para mirarlo. Sigo sentada en el suelo, cruzada de piernas.

—¿Y a quién le pertenece, Adán?, ¿a ti?, ¿al hombre de la casa? No le pertenece a nadie y nos pertenece a todos, porque eso es lo que hacen las familias: apoyarse. Y te guste o no, me guste o no, somos una familia. —Su mandíbula se tensa y sus hombros también, aunque intente no reflejarlo manteniéndose quieto en el sitio. Los ojos le brillan de impotencia—. Por suerte, no me supone nada echar una mano económicamente, pero eso ocurre desde hace unos meses. Antes de la serie, nuestros padres se encargaban de mis estudios y de mis necesidades y yo no tenía un euro en la cartera. Ahora me toca arrimar el hombro a mí. Y, créeme, aunque siguiera sin tener un euro, picaría piedras con los dientes si es necesario con tal de que un extraño no alquile mi casa. Así que deja de martirizarte pensando en lo que sea que esté pasándosete por la cabeza, porque es absurdo hacerlo. —Tomo aire—. Ahora me gustaría terminar lo que estoy haciendo.

—Puedo echarte una mano —me ofrece, todavía con el cuerpo en tensión. No me pasa inadvertido que ha obviado mi tostón anterior.

Niego débilmente con la cabeza.

—Gracias, pero me gusta pasar tiempo a solas aquí, en silencio —resumo.

Porque sonaría muy loco decir que me gusta pasar tiempo a solas con mi madre, contándole mis problemas en voz baja, y que el simple acto de decorar este lugar lo siento tan íntimo y mío que me molesta hasta la presencia de mi padre, a quien no creo con el derecho de compartir estos instantes conmigo y con mi madre después de salir de la cama de otra mujer. Actitud egoísta, soy consciente de ello, pero no puedo remediar pensarlo.

No responde. Solo descruza los brazos y se marcha tan sigiloso como ha llegado.

8

¿Realmente se había ido? ¿Absoluta e irrevocablemente? ¿No existía un hechizo, un talismán, una palabra mágica que pudiera devolvérnosla?

Conforme nos internamos en el aparcamiento del tanatorio, Sandra observa alrededor con preocupación y me pregunta si estoy preparada.

—Sí —susurro, fingiendo que me concentro en buscar un hueco libre para aparcar.

No, claro que no estoy preparada. Los reporteros nos han visto llegar, y por el espejo retrovisor los veo abalanzarse como buitres sobre carne fresca a punto de sacarle cada órgano del cuerpo. Yo soy esa carne.

—A ver… Saldremos del coche con calma y caminaremos sin mirar a las cámaras, ¿de acuerdo? —Asiento—. Ni se te ocurra abrir la boca, no puedes entrar al trapo. —Vuelvo a afirmar en silencio—. No agaches la cabeza.

—No miraré por dónde piso y tropezaré.

—Y entonces serás noticia por partida doble. Bien, puedes agacharla un poco. Pero solo un poco.

Cojo aire antes de abrir la puerta y zambullirme en mis pensamientos para no escuchar lo que el grupo de buitres intenta sonsacarme. Siempre me ha funcionado. Es parecido a ese momento en el que te sumerges en el agua y solo escuchas la melodía que hay dentro, la que tú misma produces al mover las manos, las piernas o al respirar. Fuera hablan, cuchichean, ríen…, pero ahí dentro solo estáis tú, tus pensamientos y tus sonidos.

Los periodistas me envuelven antes de que haya podido cerrar la puerta del coche, los micrófonos se pegan a mi rostro y las preguntas se entremezclan unas con otras:

—¿Cómo le ha afectado la muerte de su compañera?

—¿Qué opina del resultado de la autopsia?

—¿Cree firmemente que ha sido un accidente?

—¿Ha podido hablar con los compañeros del elenco?, ¿qué opinan?, ¿quiénes la han apoyado?

—¿Ha leído las palabras que Ros, hermana de Javiela, publicó en su muro de Facebook?

Mientras me interrogan, juego debajo del agua, como cuando Adán y yo nos sumergíamos en la piscina del parque de atracciones con las

gafas de buceo puestas; uno representaba una película y el otro adivinaba de cuál se trataba.

De repente, el recuerdo se difumina en mi mente y el agua desaparece. Ha sido una pregunta la que ha conseguido eliminarlo de un plumazo:

—Señorita Ayala, ¿cómo le ha afectado haber sido señalada por sus propios compañeros como una presunta partícipe del accidente de Javiela Rodríguez?

Me pregunto qué habrán declarado cada uno de mis supuestos compañeros a la policía y qué partes se habrán filtrado para que insinúen algo tan grave delante de unas cámaras. Claro está que eligen concienzudamente cada palabra para no pillarse los dedos, como *presunta* y *accidente*. Especulaciones, simples especulaciones para ellos, dinero fácil. Mientras, yo siento como si cada palabra infundada se me clavara en el estómago y cada moneda generada me rasgara la piel.

Miro a la mujer, que espera con el entrecejo fruncido a que diga algo cerca de su micrófono, ese que tengo casi metido en la boca. Me entran unas ganas enormes de escupir en él, pero entiendo que hace su trabajo y que seguramente no es plato de buen gusto estar ahora mismo en el falso y preparado templo de la muerte.

Sandra, que debe haber notado que ya no estoy en otro lugar sino aquí, observando de frente a la periodista, tira de mi brazo y me conduce a la entrada del tanatorio. Al menos no se acercan, no sé si por decisión propia de respetar a la familia o porque se lo han prohibido, pero cuando salimos de la zona del aparcamiento parece haber un muro invisible que los frena a todos y los deja ahí, en pelotón, esperando al próximo en llegar y al que acribillar.

—¿Estás bien? —Sandra frota mi brazo con cariño y me mira con ese deje de preocupación que estoy viendo más veces ahora que en los últimos meses.

—Sí, tranquila.

—¿Preparada para entrar?

Asiento con convicción.

Aunque he intentado disimular que no me afecta nada de lo que ocurre a mi alrededor, la realidad me ha desmoronado como si fuera arena húmeda y alguien me apretara con sus dedos.

Al salir unas horas después, Sandra insiste en quedarse en casa, pasar tiempo conmigo y pedir algo para cenar, pero me he disculpado con sinceridad alegando que no tenía ánimo.

—Mañana será otro día —le (nos) digo—. Vete tranquila. Ahora me gustaría darme una ducha, estar un poco con Elena y descansar.

Ella asiente, no muy conforme.

—Tómate unos días de duelo por todo lo ocurrido, pero vuelve

pronto. Necesito a mi amiga; la que parece un traje de lunares alegre, no la Eva moribunda vestida de luto. Javiela ya no está, todo se ha resuelto y hay que seguir adelante.

—Ya veo… —murmuro, recordando las palabras que Diego y Pierre estaban cruzando con Esteban en el tanatorio cuando he salido a fumar.

—No se lo tengas en cuenta. No era el lugar ni el momento —dice, como si acabara de leerme el pensamiento—, pero son una empresa que produce mucho dinero y solo buscan alternativas.

—Alternativas —repito con inquina—. Podríamos ser cualquiera de nosotras, Sandra. ¡Javiela todavía estaba metida en el ataúd cuando ellos estaban pensando en cómo sustituirla! —Al ver los ojos compasivos de mi amiga, suspiro y busco calma en el puente de mi nariz—. Lo siento, tú no tienes culpa de nada de esto. De hecho, eres la única que está conmigo. —Me acerco para besar su mejilla antes de que salga del coche—. Gracias. Si quieres, mañana podemos irnos a mi casa y hacer algo. ¿Película y vino?

Sonríe con alivio.

—Gracias al cielo, mi amiga vuelve. Yo llevaré las palomitas y el helado.

Regreso a casa con música de fondo. No sé qué suena en la radio porque soy incapaz de escuchar algo más que no sea mi propia voz diciéndome que Sandra tiene razón: tengo que volver, tengo que centrarme. Desde hace un tiempo a aquí, me siento totalmente desubicada. «Desde que volvió Adán», me dice esa maldita voz que, aunque suene como la mía, no lo es. Es la de mi subconsciente, y habla cuando no le doy permiso. Pero ¿cómo obviar su presencia? «Puede que la solución esté en no obviarla», vuelve a decir.

La odio.

Pero sí, puede que la solución esté en no hacerlo, en enfrentarme a lo que sea que suponga su existencia en casa.

Entonces le doy paso al recuerdo. No sé cuántos años ha permanecido guardado en un rincón de mi memoria; y de mi corazón, porque este también sufrió. No hablo de amor. Puede que sea despecho, como Adán me ha dicho, o el ego femenino que tiró por el suelo. O quizá es una tontería que cualquier otra persona que no esté cargada de complejos e inseguridades podría llevar como una anécdota más. Pero no puedo definir lo que ocurrió como algo más de mi vida porque, me guste o no, marcó un antes y un después y fue capaz de intervenir en cada decisión que tomé a posteriori.

Adán entra encolerizado en mi habitación. Ha visto la foto que he subido a Twitter; él y media fiesta. Lo intuyo por la rapidez con la que ha acudido, aunque a mí me bastaba con que la viera Valka y la chica

misteriosa que aparece en la foto de su cartera.

Está en el umbral, y sus ojos azules parecen a punto de echar fuego. Él, en sí, parece un dragón a un paso de descontrolarse e inundar la habitación con sus llamas. Grita algo a la vez que cierra la puerta con furia. El sonido seco me sorprende, aunque no lo demuestro lo más mínimo. No sé qué ha dicho, porque, aunque estoy segura de que nunca sería capaz de hacerme daño, partes de mi cuerpo han temblado al ver sus gruesos labios convertidos en una línea casi inexistente mientras da unos pasos hacia mí y no soy capaz de concentrarme en sus palabras.

Intento que no me afecte la visión de su torso desnudo. El disfraz de Supermán sigue como lo he visto antes de salir de su cuarto: desabrochado y bajado hasta la cintura. Yo estoy tumbada bocabajo en la cama, todavía con el vestido de época color vino, mientras escribo en una carta rosa, con el fondo de flores y que huele a colonia. Con disimulo, la escondo debajo de mí.

—¿Qué coño te pasa? —me pregunta furioso.

Sonrío.

«Que me encanta verte así de enfadado».

—Nada, ¿y a ti? Te veo alterado. —Y no lo digo, pero alterarlo yo a él y no al contrario es una de las cosas más complicadas de este mundo. Por eso sonrío, encantada con mi estrategia.

—¿Alterado? —Da unos pasos más y rodea mi cama, que se encuentra en el centro de la estancia, para sujetarme del brazo de manera brusca y ponerme de pie, frente a él. Por un momento, temo que vea la carta de olor, pero está tan centrado en mí que ni se percata del trozo de papel que hay sobre el colchón—. Sé que has sido tú la que ha subido esa foto.

—¿Qué foto?

Mi cara de ingenua lo enfurece aún más y me sacude con la fuerza de su brazo.

—Deja de hacerte la tonta, que a mí no me la cuelas. Y deja de meterte en mi vida de una puta vez. ¿Crees que no me doy cuenta de lo que intentas hacer siempre?

—No sé de qué me hablas.

—Hoy ha sido Valka; la última vez, la chica del baño del instituto; la anterior, Raquel, en la fiesta de mi cumpleaños. Siempre estás ahí para interrumpir mi polvo.

Sonrío con toda la frialdad que soy capaz de fingir en su presencia.

—¿Eso piensas?, ¿que mi misión en esta vida es fastidiar tus polvos?

—No lo pienso, lo sé. Lo que me encantaría saber es por qué te empeñas en joderme. ¿Es por lo de Josh?

Vuelvo a reír con cinismo, esta vez soltándome de su agarre.

—Mira, Adán, no tengo ganas de discutir contigo.

—Pues yo sí, y vas a escucharme, mocosa de mierda.

Alzo el mentón y lo enfrento de cerca, como si sus apelativos

despectivos no me afectaran nada. Nunca.

—Mira, engreído estúpido, es la última vez que me insultas, ¿te enteras? Me tienes harta; de tus desplantes, de tus ahora somos amigos, ahora no.

—Es que no soy tu amigo, soy tu hermanastro.

—Eras mi amigo antes de que nuestros padres estuvieran juntos. Y, muy a mi pesar, has sido igual de gilipollas siempre, aunque ahora te superes.

He de reconocer que fue en ese momento, en el que nuestras vidas se unieron como familia, cuando nuestra amistad se volatilizó.

—¿Muy a tu pesar? —Alza una ceja y la tensión de sus hombros parece debilitarse.

—Sí, muy a mi pesar, que siempre he intentado ver en ti algo más de lo que mostrabas y he llegado a creer que existía eso que buscaba, incluso cuando tú te has empeñado en que no lo descubra.

No lo veo venir, pero es que ¿cómo hacerlo? Con Adán nunca se sabe qué vendrá después, pero estaba claro que todo menos lo que llega. Porque su mano, esa que ha sujetado mi brazo hace apenas unos segundos, ahora se aferra a mi nuca con firmeza pero con suavidad; no sé muy bien cómo explicar esa sensación tan contradictoria. Y cuando quiero darme cuenta, estoy sobre su boca.

Su boca.

Esa con la que siempre he soñado. Esa con la que he fantaseado cientos de veces sabiendo que jamás, y repito, jamás podría probar. Y ahora está aquí, entreabriéndose, buscando la mía.

Durante un par de segundos no respondo a su beso. Me digo que está burlándose de mí, como siempre. Seguro que alguien de la fiesta está haciendo fotos o, peor, grabándome, y que ese vídeo saldrá hasta en televisión.

Entonces habla, y mis pensamientos se convierten en granos diminutos de arena desplazados por la intensidad del aire de su voz:

—Abre la boca, Eva. Déjame besarte.

—¿Qué estás haciendo, Adán? —le pregunto bajito, todavía con mis labios pegados a los suyos, cosquilleándonos al hablar.

Siento un pánico horrendo de apartarme y no volver a sentir esto tan extraño que me sacude. Tengo miedo de que su sabor se desintegre de mi paladar y no ser capaz de retenerlo en mi memoria para recordar este momento cada noche antes de cerrar los ojos.

No ocurre. Se despega, sí, pero solo unos centímetros para dejar espacio a su dedo pulgar, que me toca el labio inferior como si fuera de cristal.

—Dejarte ver eso que me he empeñado en ocultarte siempre.

Por suerte para mí, un claxon me arranca del pasado y vuelvo con brusquedad al presente. Estaba rendida a recrear cada momento de esa noche, pero no me veo preparada para revivir tantas sensaciones. Estoy estática en la puerta de mi casa, pero el coche sigue arrancado y

yo en el interior. Busco por el retrovisor central el causante de mi repentino despertar y veo que justo detrás del mío hay otro aparcado con un par de tíos dentro. No los reconozco, pero mi cuerpo reacciona con un escalofrío que me recorre la columna vertebral. Por suerte es de día, a pesar de ser casi las ocho de la tarde. El verano está a la vuelta de la esquina y se deja notar.

Me bajo con decisión y decido caminar hasta la puerta de casa. Puede que se hayan confundido de persona. Me sacan de mi error cuando, apenas unos pasos después, escucho cómo la ventanilla del coche desciende y una voz masculina se dirige a mí:

—Eh, pelirroja —dice alguien con un ligero acento del norte.

Me giro para mirarlo y el tipo me dedica una sonrisa que se me antoja asquerosa. Y creo que es su cometido: que vea el peligro en ella. Los reconozco como los que estaban aparcados en la puerta el otro día, justo antes de encontrar a Elena en el suelo del pasillo. El que me ha hablado es moreno, muy delgado, y tiene una nariz pronunciada y afilada. Debe ser más joven de lo que aparenta, pero su aspecto deteriorado y un par de dientes de oro lo hacen parecer mucho mayor. No es que me guste juzgar sin conocer, pero doy por hecho que no es el tipo de persona a la que le dejaría cuidar de mi hijo mientras salgo de la ciudad, básicamente porque puedo encontrarlo vacío de órganos al llegar a casa. Al otro, el chico de al lado, lo tapa la sombra del árbol de la acera y solo puedo verle una acentuada y maliciosa sonrisa que me gusta tan poco como la del piloto.

—Qué —digo con sequedad.

Parece ser que, tras mucho tiempo de ensayo, sigo sin prestar atención a las señales inequívocas de mi cuerpo.

—¿Sabes si está en casa tu hermano?

Casi me atraganto al escuchar la última palabra justo después de haberle dado rienda suelta a los recuerdos de Adán.

—No lo sé. ¿Quieres que lo compruebe?

—No hace falta. Con decirle que hemos tenido el placer de hablar contigo es suficiente. —Enarco las cejas, sorprendida por la respuesta —. Y que eres un encanto, eso también puedes decírselo.

—Claro. Le diré que hemos tenido una conversación superextensa y que nos hemos hecho grandes amigos, descuida.

El tipo ríe abiertamente y me percato de que las muelas superiores también brillan.

Sin humor ni ganas de seguir hablando con unos tíos tan raros, me doy la vuelta y entro en casa. Después de esquivar con éxito las preguntas de mi padre sobre el entierro dándole respuestas muy ambiguas, subo para ver a Elena y compruebo que está dormida. Al salir y cerrar despacio para no despertarla, me encuentro de frente con

Adán. Si tenía intención de pasar a la habitación de su madre, ha disimulado cambiando el rumbo hacia la suya.

—Adán. —Se gira para mirarme—. En la puerta están esos amigos tuyos tan raros.

Frunce el ceño.

—¿Qué amigos?

—A los que te acercaste el otro día, cuando me pediste que entrara en casa.

Se tensa; más de lo que lo está habitualmente. Veo en sus ojos una preocupación impropia de él, y me da la sensación de que quiere dar un paso hacia mí, pero supongo que solo es eso, mi sensación.

—¿Has hablado con ellos?

Asiento.

—Me han preguntado por ti y me han pedido que te diga que han tenido el placer de hablar conmigo y que soy un encanto.

Traga saliva y se gira con rapidez. Su mano se coloca en la baranda y comienza a bajar los escalones a pasos agigantados. No me da tiempo a preguntarle quiénes son esos tipos o qué quieren de él, solo lo veo descender como si un motor impulsara sus pies.

Al entrar en mi habitación, no puedo evitar asomarme con cautela a la ventana, ligeramente oculta por las cortinas. Observo cómo sale de casa y se acerca al coche. El perro gigante lo persigue y se sienta a su lado, imponente, como dejando claro que él también está ahí. No ha habido una sola vez desde la llegada de Adán que el animal no lo haya seguido allí adonde vaya si se mueve más metros de lo que él cree cercano.

Mantienen una conversación acalorada. Lo intuyo por el movimiento de las manos del piloto y por los gestos bruscos y secos de Adán. Entonces, el tipo de los dientes de oro alza el rostro hasta mi ventana y sonríe. Adán lo sigue y también dirige sus ojos arriba. Aunque sé que es casi imposible que me hayan visto, me aparto con rapidez y el corazón acelerado.

No sé quiénes son o qué quieren de él, o de mí, pero el cuerpo me pide que no vuelva a asomarme de nuevo, y esta vez le hago caso.

Estoy pintando el mueble de la entrada cuando llaman a la puerta de casa. Mi casa, no la de Elena. Es extraño, porque siento que esto ya lo he vivido antes, a pesar de que aquí nunca viene nadie. «Será Adán», me digo mientras suelto la brocha con cuidado de no manchar nada y me levanto del suelo. Entonces recuerdo que él ya ha estado aquí hoy y que la situación es prácticamente la misma. Me miro y compruebo que voy vestida como esta mañana. De fondo, escucho voces. Son desconocidas y parecen estar contándome una historia que diferencio parcialmente. Quitando ese detalle, el hecho me resulta insustancial,

como si no tuviera ninguna relevancia en lo que va a ocurrir; porque sé que ocurrirá algo.

—Una vez leí que casi nunca sabes cómo vas vestida en un sueño, a no ser que la ropa sea característica en él —digo en voz alta a nadie en concreto, y ahí descubro que estoy soñando—. ¿Es posible saber que estás soñando dentro del sueño? —me pregunto mientras me acerco a la puerta.

La abro y doy un paso atrás, asustada.

La luminosidad que entra en casa a través de las ventanas y que lo inunda todo de color es una invención de mi cabeza, o eso creo cuando el aire empuja la puerta con fuerza, se escapa de mi alcance y choca con la pared de la entrada, para dejarme ver el cielo encapotado, casi negro, con apariencia de querer reventar. La ventisca lo mueve todo, incluso los tulipanes de colores de mi madre, los cuales arranca y comienzan a volar por el jardín.

Cuando intento asomarme para ver el estado de las rosas de Elena y si hay movimiento en su jardín, alguien aparece delante de mí y me frena. Exclamo algo que no llega a salir de mi garganta al ver en la puerta a Javiela, muy quieta, con la mirada fija en mí y con el uniforme de grabación puesto. Sé que está muerta, y no son sus ojeras oscuras y marcadas ni su rostro pálido lo que me lo indica, no, sino la sensación de desasosiego que se instala en mi estómago.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto, jadeante y asustada.

Ella alza una ceja de esa manera chulesca que emplea siempre que está —estaba— a punto de decir algo que la haga sentir superior a ti. Tras unos segundos que se me hacen eternos, al fin habla:

—Por una vez tienes razón, Evita.

Y desaparece caminando hacia atrás tan rápido que parece tener ese efecto de velocidad inhumana que le ponen a los vídeos mientras el pelo largo tapa su rostro, mostrando únicamente una sonrisa maliciosa. Los tulipanes dejan de volar y caen al suelo como cometas libres de ataduras cuando el aire se calma, la gran nube negra desaparece y todo a mi alrededor se convierte en luz y color.

Me despierto de un movimiento brusco que consigue sentarme en la cama. Me hormiguean los brazos y las piernas, y el corazón me late tan fuerte que temo que no sea capaz de calmarlo. Estoy aquí y estoy bien, mi parte lógica me lo indica, pero hay otra que sigue pidiéndome que me proteja. Sigo sintiendo el miedo soplándome en la nuca. Busco aire mientras miro alrededor y descubro que estoy sobre mi cama sin deshacer. He debido quedarme dormida en algún momento mientras escuchaba un audiolibro. Siempre lo hago cuando necesito que una voz melódica me calme y, a poder ser, que no se trate de la mía. Ahora, el sonido que captan mis oídos me parece insoportable. Me quito con rapidez los auriculares. Al hacerlo, no me

pasa desapercibido que las voces que suenan mientras me cuentan una historia son las mismas que lo hacían en mi extraño sueño.

Decido bajar a por un poco de agua fresca y a fumar.

«Por una vez tienes razón, Evita», se repite en mi mente.

Sí, necesito fumar.

Desciendo a oscuras y de puntillas. Las tres habitaciones están cerca y cada movimiento se escucha. Si enciendo la luz ahora, Elena y Natalio se asustarán y saldrán para ver qué ocurre. No sé qué hora es, pero todo está en silencio y la casa tiene pinta de dormir.

Estoy bebiendo directamente de la botella, costumbre que desespera a los miembros del hogar, cuando algo humedece mi pierna desnuda. Grito en seco, sobresaltada, al ver entre sombras al peludo gigante que tengo detrás. La intensidad de la luna llena entra desde la ventana que da al patio y se aprecia todo a la perfección, pese a que no he encendido la luz.

—La madre que… No recordaba que existías. —No lo toco, no me atrevo, y mucho menos cuando empieza a ladrar sin parar de mirarme —. Eh, calla, calla. Vas a despertar a todo el mundo —susurro—. ¡Shhh! —Parece listo, porque enseguida cierra su boca gigante y se sienta delante de mí—. Bien, gracias.

Resoplo. Con cautela, alargo la mano hasta él para observar su reacción. No hace nada. Me mira, e intuyo que está preguntándose qué me ocurre, si soy una humana con todas las neuronas bien colocadas o ha tenido que topar con la más subnormal.

—No te morderá.

Aparto la mano con rapidez, y tengo que mantener firmes las piernas para no caer hacia atrás de culo. Es Adán. Acaba de entrar por la puerta de la cocina como si nada, sin hacer un mínimo ruido. Me pongo de pie para estabilizarme. Tiene la desfachatez de haberse cubierto únicamente con un pantalón vaquero que, por cierto, está desabrochado, lo que me hace entender que se los ha puesto solo para bajar. Un detalle por su parte dejar a la vista únicamente un cuerpo tórrido y enorme, un duro torso repleto de tinta que forma dibujos y el inicio de unos calzoncillos ajustados y negros.

—Tú fuiste el que dijiste que las personas, en general, no le gustan.

—También dije que suelen gustarle las que me gustan a mí.

El perro me lame la mano, como si quisiera subrayar las palabras de su dueño para hacerme entenderlas. Lo hace una sola vez y camina hacia Adán, dándome la espalda, o el culo, mejor dicho.

¿Acaba de insinuar en voz alta que le gusto?

9

¿Quién era esa persona que había estado pensando en mí
sin que yo hubiera albergado la más mínima sospecha?

—¿Y eso quiere decir que yo te gusto? —le pregunto inquisidora.

Aunque puede parecer que mi pregunta es de esas que quieren, desean, necesitan una respuesta afirmativa —que es de esas, claro está —, la suelto con un tono casual y con las cejas alzadas a modo de burla.

—Bueno, te soporto. —Sonríe.

—Ya.

Me doy la vuelta para hacer lo que he venido a hacer: beber. Ya lo he hecho antes, pero se me ha resecado la boca de nuevo y lo necesito.

—¿No podías dormir?

Niego, aún ensimismada en mi botella.

—¿Y tú?

—Sultán ha escuchado algo y ha salido disparado de su cama. Dejo la puerta entreabierta para que entre y salga cuando quiera —me aclara. Yo sigo de espaldas y sin mirarlo; me siento demasiado aturdida todavía para enfrentarme al peligroso acto de contemplarlo de cerca—. Pero lo he escuchado ladrar y me ha resultado extraño, por eso he bajado.

—Supongo que estarías despierto, o no muy dormido, para escuchar todo eso.

—Las noches son… —Está a punto de decir algo más, algo sustancial, pero parece arrepentirse.

—¿Oscuras? —termino para ahorrarle el mal trago.

—Sí, oscuras. —Mira hacia la ventana. Gracias al reflejo de la luna, puedo ver que casi sonríe—. Aunque la de hoy es bastante iluminada.

—Y no se mueve ni pizca de aire. Está llegando el calor, y ya sabemos que aquí lo hace de golpe. Ni primavera ni otoño; o es invierno o es verano.

Aparta los ojos de la ventana y los clava en mí.

—Eva, ¿de verdad vamos a hablar del tiempo? ¿Tú y yo?

Tú y yo.

Tú y yo, con los años que hemos pasado juntos. Tú y yo, con lo que hemos vivido, con lo que hemos hablado, con los recuerdos que hemos

formado.

Hubo una época, aunque ahora me parece lejana y casi ilusoria, en la que existió ese *tú y yo*. No un *nosotros*, pues jamás hemos tenido una relación de ese tipo, pero cuando nos encontrábamos a solas y no tenía que demostrarle nada a sus amigos, Adán estaba para mí. Nos contábamos cosas, jugábamos y nos consolábamos en silencio. Fue una especie de pacto no escrito eso de sentarnos uno al lado del otro cuando había un problema y no decir nada, solo estar.

Me giro para coger el paquete de tabaco de la encimera y abro la ventana de la cocina. Debería salir. Si mi padre o Elena descubren que he estado fumando en la cocina, me matarán. Sin embargo, aunque no hace aire, todavía hace fresco, y temo resfriarme si lo hago con tan poca ropa. De repente, soy consciente de ello. Me miro. Solo llevo una camiseta ancha de manga corta y las bragas blancas. Me ruborizo, y él, que sigue contemplándome, lo nota. Lo sé por su sonrisa ladeada y la manera de asomar la punta de la lengua por el extremo, lamiendo la comisura. No es intencionado, he visto ese gesto una veintena de veces, pero eso no le resta efecto en la zona baja de mi vientre.

«No seas tonta, Eva, solo son unas bragas».

—Es mi ropa de verano —me defiendo con rapidez y a la defensiva, aunque él no haya abierto la boca—. Y espero que no te moleste, porque no pienso cambiar mis hábitos solo porque tú hayas decidido volver.

Alza ambas manos.

—Nada que decir al respecto. Excepto que hace unos días me reprochaste que yo hiciera lo mismo que estás haciendo tú ahora.

Tuerzo el gesto, dispuesta a rebatirle el argumento; verdadero, hay que reconocer.

—Era de día, estábamos todos en casa. Se supone que ahora nadie debería bajar aquí ni…

—Tranquila, te perdono. —Me sonríe, y su sonrisa me interrumpe más que sus palabras—. Lo más desagradable de mi día no es encontrarte en bragas por la casa, te lo aseguro.

Me enciendo el cigarro y le ofrezco uno sin responderle y sin mirarlo. Cuanto antes me lo acabe, antes volveré a la habitación y me quitaré de en medio a Adán, aunque ahora mismo no estoy segura de querer encerrarme en ella, cerrar los ojos y volver a soñar con Javiela. No sé qué es peor, si lo que me espera arriba o lo desubicada y perdida que me siento aquí abajo, con él.

Acepta el cigarrillo y se lo enciende sin quitarme los ojos de encima. No lo veo; lo siento. He sacado la cabeza por la ventana para que no entre el humo y ya no lo tengo en mi campo de visión, pero noto el escáner al que estoy siendo sometida.

—¿Cómo es que decidiste tener un perro? —le pregunto de repente,

porque si estoy acompañada, odio los silencios, y en especial los incómodos.

—No lo decidí, no tuve otra opción.

Me giro para mirarlo. Tal y como imaginaba, Sultán está sentado a su lado, y parece contento de que no tuviera más remedio que quedárselo.

—¿Por qué?

Noto que sus hombros se tensan. ¿Es posible que hablar de un perro consiga alertar a Adán? Parece ser que sí.

—Su dueña me lo pidió. No podía encargarse de él.

—¿Lo abandonó? —pregunto con tono acusatorio.

—No. Gabriela jamás lo abandonaría. —Lo ha dicho tan rápido, serio y convencido que siento un escalofrío al escuchar ese nombre femenino en sus labios. Es ridículo y difícil de entender, pero ha sido extraña la manera en la que sus abdominales, sus perfectos abdominales, se han tensado—. Y, dime, ¿qué te desvela a las cuatro y cuarto de la mañana?

No pongo objeción al cambio brusco de conversación. De hecho, lo agradezco, porque esa sensación tan singular sigue en mi estómago. ¿Que preferiría que se terminara el cigarro y se marchara de una vez? Eso también.

—¿Qué más te da?

—Eva, me importa más de lo que piensas.

No tiene derecho a decirme eso.

«Ni tú de reprocharle nada más. Al menos no por fascículos. O todo dentro o todo fuera de una vez». Por eso me callo y no le suelto en la cara lo que pienso de sus intereses.

—He tenido una pesadilla en la que aparecía Javiela.

—Es normal que pase. Ha sido rápido e inesperado, y en realidad te ha causado más daños colaterales que directos. No me malinterpretes —se apresura a decir cuando ve mi mirada de amonestación—, no digo que su muerte no te haya dolido, pero reconoce que lo que ha sucedido alrededor te ha sobrepasado.

—Supongo.

Me niego a contarle que lo que me sobrecoge es la extraña sensación que se ha quedado en mis extremidades al despertar; como si no hubiera despertado, como si nunca me hubiera dormido, en realidad. ¿Suena muy loco decir que mi mente parece haber descansado para dejarme profundizar y alcanzar un nivel superior en el que puedo ver, sentir o escuchar algo que no soy capaz de identificar completamente despierta? Sí, suena muy loco, así que opto por callar.

—¿Cómo ha ido el entierro? —me pregunta.

—He ido a *afters* mejores.

Adán suelta una risotada que me obliga a sonreír.

—Si mi madre te escuchara, te amenazaría con lavarte esa boca.

Elena nunca ha soportado que sepamos reírnos de ciertas cosas. Dice que hay humor y humor, y que no le encuentra el encanto a reírse de desgracias ajenas. Adán y yo siempre se lo hemos visto. La muerte existe al igual que el agua, que el aire o que una taza de cerámica. ¿Por qué no podemos reírnos de ella?

—No ha ido muy bien. Los periodistas me han abordado y hecho preguntas muy desagradables, pero era algo que esperaba. Lo peor ha llegado después, cuando he entrado. —Adán le da una calada al cigarro y me mira con lo que me parece verdadero interés. Me concedo un segundo para darle otra al mío y continúo—: Todo el mundo me ha acusado.

—¿Alguien te ha dicho algo?

—No ha hecho falta, ya que sus miradas me lo han dejado claro. Bueno, Ros sí. Ella ha gritado encolerizada al verme entrar en la sala donde estaba junto con su familia. Ha preguntado por qué me han dejado pasar y pedido a voces que me echaran. No me lo esperaba —reconozco. Miro al frente e intento disimular el nudo que se forma en mi garganta ante el recuerdo—. Puede que suene egocéntrico, pero ahora que se ha aclarado todo, creía que se disculparían por haberme señalado sin pruebas, y me encuentro con ese bochorno… Como si todavía creyeran que yo he tenido algo que ver; lo que es absurdo, teniendo en cuenta los resultados de la autopsia. —Trago saliva—. Puedo entender que no olviden lo que pasó justo la noche antes, pero no deja de ser una pelea sin importancia que puede suceder cualquier sábado de discoteca. Nadie, excepto Sandra, ha salido en mi defensa. No es que lo necesite, pero puede que hubiera agradecido saber que tengo amigos, o al menos compañeros. Y ni siquiera…

—David se ha acercado a ti —termina por mí.

Lo miro de soslayo. No debería impresionarme que me conozca o que sea capaz de acabar mis frases. Después de todo, sí, han pasado unos años, hemos cambiado y evolucionado, pero las personas tenemos un ADN que nos compone y nos hace ser quienes somos, a pesar de que las vivencias nos modifiquen ligeramente, ¿no? Adán conoce esa composición.

Creo que estoy pensando tonterías. Debe ser la hora.

—Sí, ni siquiera David. —No permito que el tema derive en él, y como veo que continúa atento, sigo—: Y si ya es un asco lo que pasó nada más llegar, más repulsa me da lo que ocurrió cuando estaba a punto de irme. Cuando salí para fumarme un cigarro, los guionistas estaban charlando con Esteban, el director de la serie. Ellos sí me pidieron que me acercara y me trataron con la naturalidad de siempre, pero después me pidieron opinión.

—¿Sobre qué? —me pregunta con impaciencia al ver que me callo.

—Sobre cómo remplazar a Javiela en la serie. —Espero una reacción por su parte que no llega—. Buscaban alternativas para el guion en las que Ros pueda hacerse pasar por Javiela y argumentar su *marcha* de la serie. Mañana mismo tendremos una reunión para hablarlo. Espero que al menos tengan la delicadeza de permitir que Ros no asista.

—Bueno, no es la primera ni la última vez que hacen algo así. Además, ellos cuentan con la suerte de tener a su gemela. Es un negocio, Eva, necesitan beneficios y es su único aliciente.

Las mismas palabras que ha pronunciado Sandra.

—¿Cuándo te volviste de hielo? —le pregunto sorprendida por la frialdad con la que ha respondido. Soy consciente en este instante de que no sé nada de él, de su vida fuera de Huelva. Él, sin embargo, sabe mucho de mí en apenas una semana.

—Solo estoy siendo realista.

—Estaban hablando de sustituirla cuando su cuerpo todavía se encontraba en una sala a unos pocos metros de distancia.

Sultán, que está tumbado, se sienta en guardia, pone las orejas muy tiesas y me mira con fijeza. Debo recordar que me soporta, y que *soportar* y *gustar* son términos diferentes. Entiendo que debo bajar el tono de voz.

—Mira, no sé cómo decirte esto sin que te ofendas…

—Adelante, Adán, no soy de cristal.

«Pero puede romperte», me recuerdo.

—Esa pandilla que tienes a tu alrededor ha sido formada por gilipollas, incluida Javiela cuando estaba. La muerte no te hace bueno, eso lo sabes de sobra, igual que yo sé que no eres de esas que victimiza a alguien o le resta errores solo porque ya no esté.

Asiento.

—Todos quedaríamos exentos de culpa en ese caso.

—Por eso me sorprende que sigas dándole vueltas a la muerte de esa chica, quien, seamos honestos, no te gustaba. No sé qué más ocurrió antes de todo esto, pero me bastó ver la fuerza con la que le tiraste el zapato a la cabeza. —Me guardo una sonrisa—. Tómate unos días para gestionar lo que te ha supuesto lo ocurrido, sé sincera contigo misma cuando tengas que reconocer que esa panda de gilipollas solo son compañeros de trabajo, que no están llegando ni a la altura de eso, y después sigue con lo tuyo. No permitas que te quite el sueño.

—Y a ti, Adán —pienso en voz alta—, ¿qué te quita el sueño?

Carraspea, fuera de juego por el giro de la conversación.

Casualmente, su cigarro se ha terminado, y ahora que me fijo, el mío también. Me quita la colilla de la mano para tirarla al cubo de la

basura e intuyo que está tomándose unos segundos para responderme. Al fin, se gira y sus ojos parecen otros al encontrarse de nuevo con los míos. Son más azules, más brillantes. Más… ¿excitados?

—Nada importante. Y creo que ya es hora de subir para intentar recuperarlo. Tú también deberías hacerlo. Así podré quitarme de la cabeza las repentinas ganas que me han entrado de arrancarte la poca ropa que llevas puesta y subirte en esa encimera. —La señala, a mi espalda.

El aire ha desaparecido de mis pulmones y creo que de la estancia completa, pero no me doy ni un solo segundo para analizar lo que acaba de decir porque en mi cabeza suena a mofa. Diría que la Eva de antes habría corrido hacia la escalera para escapar de él. La de ahora no. La de ahora no se amedranta con esos ojos que me repasan como si de verdad deseara comerme, ni con ese pecho duro y tatuado, sin un resquicio de piel libre, que empieza a moverse acelerado. ¿A quién intento engañar? Soy la misma imbécil escudada tras una máscara de seguridad, mas él no tiene por qué saberlo.

—¿Qué pretendes, Adán? —lo encaro.

—Controlar las ganas de besarte, pero no estás poniéndomelo fácil.

Abro la boca de nuevo, pero la cierro cuando da un paso adelante sin dejar de mirar mis labios. ¿Cuándo se ha dado todo la vuelta? Estábamos hablando de… ¿De qué estábamos hablando?

—Déjate de tonterías y aléjate de mí. —Doy un paso atrás, pero choco con la encimera—. Hasta ahora nos hemos comportado y hemos fingido que no ocurrió nada. Pero ya toca ser realistas, porque pasó, y me afecta. —«Mierda, no debería haber reconocido eso»—. Tu presencia me incomoda, y quitando los momentos de rigor, me gustaría que te mantuvieras lejos de mí. Todo lo posible —añado nerviosa al ver que da un paso más y que, de nuevo, como aquella mañana antes de ir al set, quedo atrapada entre la encimera y su cuerpo grande y cálido, desprovisto prácticamente de ropa.

A pesar de que mis brazos son de gelatina y las piernas casi no soportan mi peso, alzo el mentón y lo miro de frente. El sube el brazo con lentitud, y cuando quiero darme cuenta, tengo su dedo pulgar acariciando mi labio inferior con delicadeza. Sus ojos lo devoran con deseo, y creo que suelto un suspiro que no soy capaz de retener.

—Pues lo lamento, Lentejas, pero mantenerme apartado no va a ser posible.

—Ah, ¿no? ¿Y se puede saber por qué? —le pregunto en un murmullo, intentando fingir que sus ojos no siguen clavados en los míos y su dedo no acaricia con una suavidad tortuosa mi labio, ese gesto tan característico suyo que usa para rozar mi boca.

—Vas a enfadarte mucho cuando te lo diga —murmura en un tono bajo y con la voz ronca. Su mirada desciende de nuevo hasta mi boca.

—Ya lo estoy. No vas a empeorarlo.

—Sí, creo que sí. Le he dicho a nuestros padres que acepto ser tu guardaespaldas.

—¡¿Qué?! —Lo aparto de un empujón y él lo permite, quedándose a medio metro de mí. Ya no hay tensión sexual ni miradas furtivas—. ¿Qué cojones dices? Tú estabas tan de acuerdo como yo en que eso era una gilipollez.

—Sé que ahora te lo exigirán más que nunca. Y en realidad lo necesitas más que nunca.

—Pero ¿qué estás diciendo? No necesito que nadie me pise los talones. Además, me negaré en rotundo. Lo que tú opines no importa absolutamente nada —le espeto muy enfadada.

—Eso ya lo veremos. Buenas noches, Eva.

Y se va tal y como ha llegado, solo que esta vez Sultán lo sigue con paso elegante y no dedica ni un segundo a mirarme.

Yo necesito unos minutos más para recomponerme de todo lo que acaba de suceder.

Contra todo pronóstico, he dormido. Puede que no lo que me hubiese gustado, hecho que se refleja en las dos grandes y oscuras ojeras de oso panda que han despertado conmigo, pero más de lo que pensaba. Miento si digo que el cuerpo de Adán no paseó por mi mente cada hora que me mantuve despierta, ni su dedo sobre mi labio inferior, ni esa frase que soltó cuando le pregunté qué pretendía: «Controlar las ganas de besarte, pero no estás poniéndomelo fácil». Tampoco la noticia bomba que soltó después, pero en eso prefiero no pensar ahora. No puedo permitirme empezar la mañana hecha una furia, pues me pondría insoportable lo que me queda de día.

Delante del espejo y después de una ducha tan rápida como rehabilitadora, me dispongo a hacer desaparecer a las dos testigos de mi desvelo. No consentiré que en la reunión de hoy descubran mi lamentable aspecto y puedan llegar a intuir lo que el desplante de ayer ha llegado a causarme.

Mientras aplico grandes cantidades de corrector y lo extiendo con una esponja delante del espejo, no puedo evitar volver atrás y recordar aquel día, el de la fiesta de disfraces en casa, el de la foto de la chica misteriosa que subí a Twitter para joderlo. Tampoco pongo empeño; la escena ha paseado tantas veces por mi cabeza esta noche que me la sé de memoria. Siempre me la he sabido, en realidad. Solo que en mi interior fingía que ni siquiera había ocurrido.

No lo veo venir, pero es que ¿cómo hacerlo? Con Adán nunca se sabe qué vendrá después, pero estaba claro que todo menos lo que llega. Porque su mano, esa que ha sujetado mi brazo hace apenas unos segundos, ahora

se aferra a mi nuca con firmeza pero con suavidad; no sé muy bien cómo explicar esa sensación tan contradictoria. Y cuando quiero darme cuenta, estoy sobre su boca.

Su boca.

Esa con la que siempre he soñado. Esa con la que he fantaseado cientos de veces sabiendo que jamás, y repito, jamás podría probar. Y ahora está aquí, entreabriéndose, buscando la mía.

Durante un par de segundos no respondo a su beso. Me digo que está burlándose de mí, como siempre. Seguro que alguien de la fiesta está haciendo fotos o, peor, grabándome, y que ese vídeo saldrá hasta en televisión.

Entonces habla, y mis pensamientos se convierten en granos diminutos de arena desplazados por la intensidad del aire de su voz:

—Abre la boca, Eva. Déjame besarte.

—¿Qué estás haciendo, Adán? —le pregunto bajito, todavía con mis labios pegados a los suyos, cosquilleándonos al hablar.

Siento un pánico horrendo de apartarme y no volver a sentir esto tan extraño que me sacude. Tengo miedo de que su sabor se desintegre de mi paladar y no ser capaz de retenerlo en mi memoria para recordar este momento cada noche antes de cerrar los ojos.

No ocurre. Se despega, sí, pero solo unos centímetros para dejar espacio a su dedo pulgar, que me toca el labio inferior como si fuera de cristal.

—Dejarte ver eso que me he empeñado en ocultarte siempre.

Se lo permito. Permito que sus manos rocen mis hombros descubiertos y acaricien mi piel virgen de otras manos. Dejo que busque mi boca de nuevo y la atrape como si fuera un premio, y él, el ganador. Y me permito a mí misma ser débil y entregarme, no sentir firmeza en las piernas, la fuerza de mis brazos ni la textura líquida de mi corazón en este momento. Puede que esté a punto de suceder algo, que un amigo suyo abra la puerta y todo se venga abajo entre risas y bochorno, pero sé que, aunque eso ocurra, guardaré este beso en mi memoria para los restos, que siempre recordaré sus labios suaves, firmes y carnosos.

Dejo de pensar, porque la lengua de Adán pide paso para invadir mi boca y yo se lo concedo. Se enreda con la mía. Nunca había pensado que la unión de dos lenguas pudiera encender mi cuerpo. Tampoco imaginé que unas manos pudieran causar tantos estragos. Yo tengo dos, igual que él, y no las veo capacitadas para estremecer a nadie. Simplemente, mientras una continúa acariciando mi clavícula, ha alzado la otra y la ha colocado en mi mejilla para rozarla. Se ha apartado un segundo, dejándome sola, desamparada, descolocada.

«Ahí viene —me digo—. La burla, la broma, la puerta abierta, la foto…». Pero lo único que veo delante son unos ojos extremadamente azules que ahora parecen otros: más oscuros, más hambrientos. Brillan, están dilatados. Parecen hablarme, decirme que me desean de verdad, que

todo lo que está paseándose por mi mente es absurdo.

¿Cuántas veces he soñado despierta con esto? Sería imposible averiguarlo.

—Voy a desnudarte, Eva. Necesito desnudarte.

Yo enmudezco, azorada. Noto cómo la vergüenza llega a mis mejillas. Él sabe lo que hace, soy conocedora de que ha desnudado a muchas chicas, y solo pensarlo me revuelve el estómago como si alguien hiciera un nudo con él. Pero yo nunca he sido desnudada, nunca he visto a un chico sin ropa, quitando aquella vez que Adán en el baño… Esa es otra historia. Nunca he estado cara a cara con alguien que tenga deseos de ver mi cuerpo. Podría decirse así.

—Vale —es lo único que puedo responder, segundos después.

Él sonríe, aunque su mirada no lo hace; sigue al acecho, devorándome.

—¿Vale?

—Vale.

—¿Qué crees que pensarían nuestros padres de lo que estamos a punto de hacer?

—Nos matarían. Los decepcionaríamos muchísimo.

—Esto está mal, Eva. Nos han criado como hermanos.

—Pero no lo somos —le recuerdo.

Observo su torso duro, su cuello interminable, su rostro limpio, cuadrado y masculino. Bajo la mirada con cautela y el traje de Supermán, tan ajustado, me muestra su excitación más pura.

«Joder».

No entiendo de sexo ni de chicos, pero sí de impresiones, y lo suyo me ha impresionado bastante.

Parece saber qué pienso, porque sonríe más.

—No, no lo somos. Y no sabes cuánto me alegro. No sabes las veces que he deseado hacer esto: desnudarte y follarte. Porque voy a follarte, Eva. Puede que al final hayas conseguido lo que siempre te propones cuando interrumpes mis polvos.

—Yo no hago eso —me defiendo, porque no soy capaz de decir absolutamente nada sobre las intenciones que acaba de exponer: desnudarme y follarme. Ni siquiera sería capaz de pronunciar esa última palabra en voz alta; no obstante, deseo encarecidamente que lo haga.

Él no rebate mi defensa, ya que está demasiado ensimismado con mi cuerpo. De un solo paso, se acerca, me gira con delicadeza y comienza a bajar muy despacio la cremallera de mi vestido. Conforme esta desciende, besa la piel de mi espalda que va quedando libre. Con un leve movimiento hacia delante, ocasiona que me desprenda de las mangas y que el vaporoso vestido de época caiga a mis pies. Salgo de él y me doy la vuelta de nuevo, diciéndome que tengo que hacer algo, que no puedo ser un maniquí que solo analiza cada gesto suyo, pero es que estoy nerviosa, bloqueada, y siento una sensación tan terriblemente tortuosa entre las piernas que no me

deja razonar.

Ahora solo me cubren un sujetador y unas braguitas de color vino, como el vestido. Adán me observa con tanto detenimiento que temo desintegrarme ante sus ojos. Me pregunto por qué me mira así, cuando ha visto a tantas chicas y todas mucho mejores que yo.

Abre la boca para decir algo que al final calla y se acerca a mí de nuevo.

—No te avergüences delante de mí —me pide.

Pero ¿cómo no hacerlo? Es Adán. Mi amigo, mi hermanastro, mi amor secreto. Llevo años viéndolo como tal, y ahora… Ahora es real.

No entiendo de primeras veces. Mi única amiga es Mónica, y no se ha acercado a un chico ni por error. Según dice, le asquean. Tendré que hablar con ella, contarle lo que te hacen sentir cuando te quedas a solas o te besan. La cuestión es que no sé cómo debe comportarse el chico que va a acostarse contigo la primera vez, pero siempre he escuchado que es algo doloroso, rápido, incluso torpe. Adán no es torpe. Yo sí, pero él ni por asomo. Me toca con tanta convicción que me deshace, y se desprende de mi ropa interior con un cuidado que no creí capaz en alguien tan zoquete como él. Tampoco es rápido. Está tomándose tanto tiempo con mi cuerpo que me parece una tortura más que un premio.

Mi sujetador y mis bragas desaparecen sin que me dé cuenta porque estoy embobada mirando hacia abajo, comprobando cómo besa mi abdomen y mis caderas mientras sus manos se encargan de todo. No es así con otras chicas, de eso estoy segura. Lo he visto. Lo he interrumpido siempre que me ha sido posible, tiene razón en eso, y suele comportarse más brusco, más… animal, me atrevería a decir. Sus movimientos son rápidos, secos y también excitantes, pero no pausados, como los de ahora. Hace un momento ha entrado en mi habitación gritando como un dragón a punto de explotar, y en este instante parece otro chico.

Estoy completamente expuesta cuando me tumba en la cama. Me mira desde arriba y creo morir.

—Me toca —dice resuelto mientras se baja con lentitud lo que le queda de disfraz.

Me siento una idiota por no habérselo quitado yo. Seguro que debería haberlo hecho.

El reproche se deshace cuando la tela azul desaparece y en su lugar… Dios, se me reseca la garganta. Es hermoso. Todo él, con su gran cuerpo, sus músculos marcados y esos tatuajes que hace poco han empezado a aparecer por su torso y de los que Elena está totalmente en contra, forman a un chico perfecto. Me avergüenza reconocerlo incluso.

—¿Qué? —me pregunta con una ceja alzada.

Hace tanto que no lo veo tan calmado, tan natural, tan él…

—Eres hermoso.

No puedo creer que haya dicho eso. Quiero morirme.

—Piensas eso de mí porque nunca te has parado a verte realmente. Si lo hicieras… —Cierra los ojos un segundo, respira agitado y los abre—. Joder, Eva. Si lo hicieras, alucinarías.

No entiendo qué quiere decir.

—Adán… —No termino la frase, pero creo que ve la súplica en mis ojos. Esa que le pide que haga algo, que se acerque o se aleje del todo, pero que distraiga mi mente y borre el bochorno que siento.

—¿Estás preparada?

«Llevo preparada para ti toda mi vida», pienso, pero solo asiento.

Lo demás, confuso. Imborrable pero confuso.

Porque tenerlo encima, desnudo y pegado a mi piel mientras besa cada parte de mi cuerpo me hace perder un poco la cordura; como si no estuviera aquí, como si no fuera yo la que está convirtiéndose en gelatina debajo de Adán Saavedra.

Él se encarga de todo: del preservativo, de las palabras tranquilizadoras y de abrir mis piernas con cuidado y encajarse entre ellas. Lo noto, noto el momento exacto en el que Adán se convierte en alguien imborrable de mi vida. Ya lo era, creo, pero ahora será alguien que ha hecho algo para que no pueda desprenderme de su recuerdo.

No es el pinchazo de dolor ni la membrana que parece desaparecer en mi interior para darle paso y que al fin pueda fundirse conmigo lo que provoca que una lágrima se deslice por mi mejilla, la cual consigo ocultar sobre la almohada girando el rostro. Es ser consciente de que ha sido él quien lo ha hecho. Es el placer que llega después. Es su cuerpo sudado reteniendo toda la fuerza mientras me embiste con suavidad. Son sus palabras, sus halagos, las ganas que dice tener de mí, de no salir de mí, de estar siempre en mí. Son la vergüenza y el miedo en mis mejillas, que se encarga de exterminar a besos, mis manos aferradas a la sábana, los cuerpos sudorosos. Son esos ruidos que salen de ambas gargantas con vida propia y que me causan un placer mental que me incita a retorcerme bajo su piel. Es el final, cuando me mira mientras se estremece de placer, y el beso en mis labios, cálido y rápido, que me indica que todo ha terminado.

Entonces se levanta y esquiva mi mirada. Yo la busco, a la espera de que diga algo. Él lo ha hecho todo, ha llevado la batuta. Ahora también le toca romper el hielo, ¿no?

Lo rompe, claro que lo rompe.

Se da la vuelta para mirarme, y sé que todo lo que antes ha llenado sus ojos ha desaparecido. Ya no hay rabia, rencor, anhelo ni deseo. Ya no hay nada de nada. Es él, el de siempre, el de antes de hacerme el amor. Porque me ha hecho el amor. Sus ojos ya no brillan como hace unos escasos segundos. Se arrepiente de lo que ha ocurrido. Yo creo estar viviendo el mejor momento de mi vida, como si hubiera nacido para esperar este instante, y él se arrepiente.

—Lo siento, Eva —se excusa, buscando el disfraz del suelo. Lo noto un

poco exasperado, como si las ansias de irse aumentaran por segundos y sus manos no atinaran a obedecer—. Esto nunca debería haber pasado y jamás volverá a repetirse, ¿entendido?

Ha roto el hielo y me ha roto a mí.

Todo ha terminado tan pronto ha empezado, y los ojos y el pecho me duelen de rabia y remordimiento. Pienso en mí, en él, en mi padre y en Elena. Pienso en mi madre, en lo que opinaría si pudiera verme. La culpa arremete con tanta fuerza que me retuerce de manera parecida a la que me he retorcido debajo de él. No volverá a repetirse. No debería volver a repetirse, y pese a eso, si entrara en la habitación y volviera para terminar de exprimir lo poco bueno que me queda en el pecho, me mantendría desnuda, le pediría que se subiera encima y se lo entregaría en una bandeja de oro. Todo suyo, para uso y disfrute.

Y entonces lo comprendo: Adán acaba de convertirse en mi mayor secreto.

En mi persona secreto.

Hay secretos que escuecen. Son como un ácido que se mete en tu piel a través de una herida que con el tiempo sana y lo deja dentro. Al principio, hierve. Piensas que no estás capacitada para sentir tanto suplicio, pero el paso de los días lo convierte en un resquemor continuo, diario. Ese dolor ya es parte de ti. Sin él no serías la misma persona; puede que mejor, claro, pero no la misma.

Me recuerda al clavo que tuvieron que introducirle a mi padre en la muñeca para unir los dos huesos separados a causa de una fractura inestable que no conseguía soldar por sí misma. Cuando cumplió su función y llegó la hora de sacarlo, él se negó. Decía que llevaba mucho tiempo ahí y que ya no le molestaba. Cuando me acordaba, curiosa le pedía que me dejase tocarlo, y él, con toda la paciencia que lo caracteriza, extendía la mano y me dejaba palpar.

—¿Te duele? —le preguntaba con miedo de apretar demasiado, y él asentía. A mí seguía pareciéndome increíble que un trozo de hierro estuviera incrustado ahí, tal cual—. Entonces, ¿por qué no te lo sacas?

—Porque solo lo hace si lo toco, si lo molesto; si no, ni siquiera recuerdo que está ahí.

Supongo que mi secreto dejó de hervir dentro de la piel porque la persona que lo portaba se marchó y yo decidí dejar el recuerdo ahí, sin tocarlo, sin molestarlo.

No obstante, volvió.

Me pregunté por qué después de tanto tiempo. Y, sobre todo, me pregunté para qué.

Al verlo, comprendí que los secretos, cuando son de uno mismo, puedes ocultarlos, enterrarlos en tu subconsciente e incluso conseguir que nunca se sepan, porque son tuyos y solo tuyos y eres el portador de decidir qué hacer con ellos. Pero todo cambia cuando un secreto pertenece a dos personas, cuando ambas componen ese misterio.

Aquel día que lo vi llegar, mi secreto comenzó a doler.

Curiosamente, al día siguiente, al entrar en la cocina, mi padre se frotaba la muñeca mientras una mueca de dolor se paseaba por su rostro.

—Es el tiempo —me dijo con una pequeña sonrisa

mientras miraba por la ventana—. Parece que va a llover.

Pero la culpa no era del tiempo, sino del clavo.

10

El sentimentalismo no daba dinero.

He llegado al set con la hora justa y casi trotando, para no salir de la rutina de velocidad y estrés que me envuelve. Estoy sola. Esta reunión es únicamente para los actores de la serie y Sandra no puede acompañarme. Ahora me doy cuenta de cuánto la necesito a mi lado.

Andrés me saluda en la entrada y yo me detengo un instante para preguntarle por Jessica. Me dice que está en el colegio y que puede que lo llamen dentro de poco para recogerla, porque lleva unos días encontrándose mal, sin ganas de empezar las grabaciones ni de ir al colegio. Prefieren que ella evite esta reunión tan delicada y así tampoco pierde horas de clases. Es complicado compaginar la profesión con las obligaciones de una niña de su edad. Por suerte, es aplicada, responsable y capaz de recuperar las horas que invierte grabando.

Cuando estoy a punto de girar la esquina, me digo que yo puedo hacerlo. Tengo el consejo de Adán detrás de la oreja, diciéndome bajito lo de hacerme cuenta de que solo son compañeros de trabajo que no llegan ni a eso. Duele descubrir que es verdad. No es que los considerara mis amigos —en todo el sentido de la palabra— ni mucho menos, pero a unos más que otros… Me lo quito de la cabeza. Soy una profesional y podré mantener una relación cordial, a pesar de las extrañas circunstancias que nos han llevado adonde estamos. Lo que no puedo evitar es desquebrajarme al pensar que voy a comportarme como una desconocida con David, indiferente a su sonrisa o su manera transparente de ser, pero me duele no saber nada de él desde que todo explotó. Duele de *doler*. Y que sea mi pecho el que se resiente y no mi ego enfadado me sorprende tanto que me lo quito con rapidez de la cabeza.

De nuevo, el pasillo es angosto, y soy consciente de que jamás podré verlo de la misma manera; como la cocina de Abby, mi abuela materna, en la casa de Cardiff. Mi madre nació en Gales, y aunque yo lo hice en España, como mi padre, hasta hace relativamente poco hemos veraneado allí. En mis primeros años de vida, aquella cocina de

muebles claros y de losas blancas y rojas me resultaba enorme, grandiosa. Mi madre y mi abuela, una pelirroja alta y robusta, parecían hormigas cocinando el cordero asado entre las cuatro paredes anchas y el techo altísimo que conformaban aquel lugar. Cuando mi madre murió, dejé de ir unos veranos, y al que hizo cuatro, pisé la cocina de nuevo. Me pareció pequeña, insignificante, casi ridícula. Apostaba que había encogido. Mi abuela reía de manera abierta y me decía que era yo la que había crecido, y que la vida era cuestión de perspectiva. Puede que la grandeza se la otorgaran aquellas dos mujeres corriendo de un lado a otro, bandeja en mano, y no la amplitud con la que yo creía que fue creada. Sabía de sobra que el pasillo de la primera planta del estudio de grabación nunca más sería ese lugar que me llenaba de dicha cada vez que lo pisaba, sino el estrecho pasadizo que llevaba al vestuario donde vi reflejada la muerte de manera más visual en el rostro de Javiela.

Llamo a la primera puerta de la izquierda, la sala de reuniones. Por suerte, todavía no han llegado todos y no tengo que enfrentarme a cada una de las miradas.

—Adelante, Eva. ¿Qué tal? —me pregunta Esteban, que ya preside la mesa en el extremo del final.

—Buenos días —saludo en general. Después le sonrío a Esteban fugazmente y hago un movimiento con la cabeza para indicarle que todo está bien.

David entra enseguida acompañado por Alma. Él toma asiento frente a mí y ella lo hace a su derecha.

—Hola, Eva —dice después de tragar saliva visiblemente, sin quitarme los ojos de encima—. ¿Te encuentras bien? Tienes muy mal aspecto.

—Vaya. Gracias.

—Me refería a…

—Me encuentro perfectamente —le contesto sin dar pie a más conversación. No obstante, para asegurarme de que es así, me centro en mi móvil.

Menos de diez minutos después, la reunión comienza con todos alrededor de la larga mesa, menos Ros y Jessica, comprensivamente. Nos han citado a los actores principales y guionistas, incluida Verónica —la chica que ayuda a Pierre y a Diego en ocasiones especiales, de mucho estrés, poco tiempo o escasa imaginación—, y después trasladarán lo hablado a todo el equipo y elenco en el salón de actos.

Esteban comienza lamentando lo ocurrido y mostrando lo dolido que está por las circunstancias, pero el discurso sobre nuestra compañera es breve porque, según él, es de lágrima fácil y no quiere convertir esta sala en un nuevo velatorio. Sería injusto por mi parte

juzgarlo sin saber de su vida nada más que lo que muestra aquí, que generalmente es un ochenta por ciento de profesionalidad y un veinte de malos humos. Pero lo que sí me atrevo a pensar es que no es un tipo con la sensibilidad a flor de piel a punto de echarse a llorar, al menos no en este momento, y sí un director que vela por sus intereses y sabe que su tiempo es oro.

Comienza con lo que venía a decirnos:

—El lunes empezaremos a grabar los capítulos restantes de la segunda temporada. —Apenas nos quedaban dos semanas de grabación antes de que nos detuviésemos—. El objetivo sigue siendo emitirla a principios de junio. Y, trabajando duro, lo conseguiremos. Como comprenderéis, el guion inicial se ha visto afectado y hay que modificarlo. Anika es un personaje muy importante en la trama y su partida lo trastoca todo, hasta las secuencias más banales. Por suerte, Ros ha aceptado doblar a su personaje y nosotros nos hemos comprometido a involucrarla lo menos posible en el proyecto lateral. Entendemos que pueda resultarle duro.

—¿Qué será del personaje de Anika? —pregunta Marina, aprovechando un breve silencio de Esteban. En esta mesa siempre hemos tenido la libertad de intervenir sin preocupaciones.

El director se toma un momento para responder:

—En principio, se irá a vivir a Londres con su madre una temporada. Cristian ha elegido a Dalia y ella no soporta esa decisión.

—¿En principio? —interviene David, aludido por su personaje.

—Sí, en principio. Seamos sinceros: esta situación no le gusta a nadie, pero va a dar de qué hablar, y en cierto modo podría decirse que…

—Que es publicidad gratuita —termino por él sin poder controlar mi tono asqueado.

—Sí. Suena gélido, soy consciente, pero es una realidad. Igual que lo es que la serie era una más en la plataforma y que de la noche a la mañana despertó interés y comenzó a escalar puestos. Eso no lo ha hecho la publicidad —nos mira con seriedad y va recalcando cada punto que expone dando toquecitos con el dedo índice sobre la mesa —, ni el dinero, ni el estatus. Solo somos un equipo de profesionales anónimos que ha trabajado mucho y ha obtenido recompensa. No tenemos padrinos ni a nadie que nos ayude. Así que sí, suena horrendo, pero la prensa hablará y hablará de nosotros, y nosotros creceremos.

»El triángulo amoroso de la ficción y la realidad, el altercado con Eva, la muerte de Javiela el día después… Ha sido una cosa detrás de la otra. ¿Queríamos que sucediera alguna de ellas? No. Pero han ocurrido y no podemos borrarlas, con lo que solo nos queda sacarles provecho. Si Ros en algún momento se siente mejor y decide darle

vida al personaje de su hermana, dejaremos esa puerta abierta. ¿De acuerdo?

Me abstengo de hacer comentario alguno sobre que no existía ese supuesto triángulo amoroso, y que no, que no estoy para nada de acuerdo con que se utilice la desgracia de una persona, de una familia entera, para obtener dinero, en ninguna de las circunstancias. Pese a ello, me mantengo callada. ¿A quién le importa lo que piense una actriz de pacotilla que acaba de formar parte de un elenco y que hace solo unos meses estaba sobre el pequeño escenario del teatro de su barrio?

Creo que por una vez todos estamos de acuerdo en que no tenemos voz en este tema, porque nadie abre la boca.

Pierre interviene:

—Como el guion supone grandes cambios, el tiempo apremia y la situación se nos ha ido un poco de las manos, hemos integrado a un grupo de tres guionistas más que nos ayudarán a rescribirlo. Estamos trabajando duro para que nada estropee lo que estamos creando.

—Porque estamos creándolo todos, que no se nos olvide —nos recuerda Diego, el otro guionista.

—Y esto supondrá otras películas y series en un futuro cercano, en las que ya estamos trabajando, y ofertas laborales para que vosotros sigáis creciendo —añade Esteban.

Con las propuestas de argumento sobre la mesa, Verónica, Pierre y Diego se explayan contándonos la idea principal de la trama. Durante más de cuarenta minutos, captamos información que nos hace ubicarnos. Después, Esteban nos informa de que hay que ajustar los horarios y grabar durante más horas en esas primeras semanas para que el equipo de edición tenga contenido. Para finalizar, se levanta, agrupa los papeles en los que ha apuntado cada anotación importante y esparce su mirada por la sala.

—Bien. El lunes tendremos la primera parte del guion para que empecemos a trabajar sin retrasarnos más. Tenéis de aquí a entonces para descansar. Aprovechad para venir con las pilas renovadas. Ya os he avisado de que estas semanas serán duras. —Damos la reunión exprés por concluida y todos nos levantamos a la vez. Pero entonces vuelve a hablar—: Eva, te espero en mi despacho en —mira su reloj con el entrecejo fruncido— veinte minutos. Tengo que solucionar un tema importante y después me gustaría hablar contigo. No te quitaré mucho tiempo.

Asiento en silencio, intrigada. De sobra sé que el tema no es tan banal como intenta infundir con la calma de su voz. Si lo fuera, lo comentaría delante de mis compañeros y no en privado. Exactamente, ese detalle es el que hace que todos me miren. Yo alzo la cabeza antes de salir; no tengo por qué agacharla.

—Nosotros tres vamos a tomarnos un café rápido antes de meternos en la madriguera para escribir en lo que llegan los refuerzos —comenta Verónica, señalando a Pierre y Diego—. ¿Te vienes, Eva?

—Vale —acepto.

Cuando nos disponemos a salir por la puerta, una mano me intercepta. Al mirar hacia atrás, me encuentro con los ojos preocupados de David.

—¿Podemos hablar un momento?

Es automática la manera en la que miro con fijeza su mano; no de forma amenazante, pero sí demostrando que ese contacto me sorprende y me incomoda a partes iguales. David la retira de mi brazo con torpeza y desvía la mirada. De nuevo, aquí está el chico tímido y no el rompebragas famoso.

—Claro. —Miro al trío de guionistas, que me espera en el umbral de la puerta—. Id vosotros, me acoplo enseguida.

Ellos desaparecen conversando, y me da la sensación de que David espera a que todos se alejen del pasillo, o al menos de la puerta de la sala de reuniones.

Me apoyo en la pared y lo miro. Está frente a mí, y me doy cuenta en mitad de nuestro silencio de que no me he colgado la mochila de cuero negra. La tengo por delante de mi cuerpo y me abrazo a ella, como si pudiera protegerme de la sensación tan extraña que me provocan los ojos rasgados de color miel.

Estúpidamente, pienso en la primera vez que nos besamos. Yo estaba apoyada en la fachada blanca de la casa-museo de Juan Ramón Jiménez. Habíamos ido a Moguer a grabar un par de secuencias para la serie y, al terminar, teníamos dos horas libres antes de volver. Propuse caminar por el pequeño pueblo hasta el museo y todos se negaron, excepto él, que fingió que le entusiasmaba la idea. Noté mucho más entusiasmo cuando llegamos y comprobamos que estaba cerrada; era verano y los horarios de visitas habían cambiado. Pero él fingió estar apesadumbrado y propuso invitarme a un granizado para resguardarnos del calor bajo la sombrilla de una heladería que habíamos visto en la plaza del Cabildo, frente al ayuntamiento. «Pero antes —dijo—, déjame hacer algo que llevo deseando mucho tiempo». Entonces se acercó, dándome un tiempo de reacción que no necesité, y me besó de manera suave pero firme. David era calma. Lo supe en ese instante, refugiados bajo la sombra de la gran fachada, y lo corroboré después.

—¿Eva? —me pregunta el David del presente.

Al mirarlo, descubro que en realidad no ha parado de hacerlo. En ningún momento he apartado mis ojos de los suyos, solo he dejado de verlo.

—Dime —carraspeo.

—Te preguntaba si estás bien.

—Ya te he dicho…

—Sí, lo sé, me has dicho que sí, pero no te creo. Tienes ojeras, aunque intentes disimularlas con el chisme ese que os echáis —con el *chisme* se refiere al corrector—, y te has trenzado el pelo.

No puedo evitar alzar las cejas.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que solo te lo repeinas tanto y lo trenzas cuando no tienes ganas de domártelo, como tú dices, o porque tu cara parece más despejada y menos cansada.

O ambas, como es el caso de hoy. Me asombra que lo sepa, porque no recuerdo habérselo comentado nunca, o puede que me haya escuchado hablarlo con el equipo de maquillaje.

—Estoy bien, solo un poco cansada. Ha sido una noche… larga. No tienes que preocuparte por mí. —Me ahorro añadir: «No ahora».

Sus ojos me escrutan en busca de algo más que no obtiene.

Cuando sus labios gruesos y bien formados se abren para seguir hablando, mi móvil suena y finjo que es una llamada importante que no puedo ignorar. Es Sandra, y ver su nombre reflejado en la pantalla me hace sonreír. Parece un ángel de la guarda contra las situaciones incómodas.

—Lo siento, tengo que cogerlo. Nos vemos —me despido, señalando el móvil y caminando en dirección a la sala de descanso. Después, me centro en Sandra—. Estaba esperando tu llamada.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—¿Has terminado ya?

—He terminado con la reunión, pero Esteban me ha pedido que pase por su despacho en un rato y tengo que quedarme un poco más. ¿Y tú?

—Yo estoy preparando la maleta. Mañana voy a Sevilla y me quedo allí durante todo el fin de semana. Me han llamado para una sesión de fotos y me encargo del maquillaje.

—¿Durante tres días?

—No, solo mañana. Pero como no tengo nada más que hacer, aprovecho para quedarme y ver a unos amigos.

—Ya, unos amigos. —Sonrío.

—Pero no te creas que me he olvidado de nuestros planes de esta noche, ¿eh? Fiesta de pijamas.

—Lo tendré todo preparado: película y vino.

—A ver qué mierda de película eliges.

Me rio, porque tiene razón. Por suerte, ambas nos enganchamos durante horas a cualquier cosa que pongan en la tele.

—Compraré mucho vino para hacerla más llevadera.

—Por la cuenta que te trae. Oye, ¿y qué crees que quiere Esteban?

—Ni idea, pero a saber. Empiezan a dejar de sorprenderme las cosas que ocurren a mi alrededor últimamente. Te lo contaré en cuanto lo sepa.

—¡Joder! —exclama justo después de escucharse un ruido seco tras el teléfono—. Se me ha caído el secador en el pie. Te dejo, después hablamos. ¡Me cago en…! —Y cuelga.

En la sala solo están los guionistas y Salva e Inés, dos actores más de la serie, compañeros de clase en *En el pasillo*. Me preparo un café y me siento junto a Verónica sin interrumpir la charla.

—No, claro que no pensaba esto —dice Pierre con ese acento francés tan ligero que aún conserva, a pesar de llevar muchos años en España—. Vine buscando triunfar con mis guiones, pero en el fondo siempre creí que no ocurriría. Así que atrapé la oportunidad de dejar el nido de papá y mamá y venirme a disfrutar de España y las españolas.

Verónica ríe. Yo no puedo evitar notar resquemor ante el pensamiento de su marcha aquella noche en la discoteca, aunque lo elimino con velocidad. No tengo derecho a dudar de nadie ni de algo que han dado por zanjado, y mucho menos después de que hayan hecho conmigo exactamente lo mismo.

—Pues yo quería escribir novelas, mi propia historia —comenta ella.

—¿Y por qué estás aquí?

Se encoge de hombros.

—Hice un curso, y al terminar me dieron esta oportunidad laboral. Dicen que soy buena, y me encanta lo que hago, que conste, pero me das una hoja en blanco y un bolígrafo y me pierdo con la narrativa.

—A mí también me habría gustado contar mi historia —dice Diego.

—Pero ¡qué historia! Si eres un friki de los videojuegos y de las letras que no sale de casa. No tienes amigos ni vida. En todo caso, te da para un relato.

—O un microrrelato. —Verónica se ríe.

—Gracias por recordármelo —espeta él.

El café entero lo pasan riéndose de Diego.

Yo no participo directamente, aunque me despeja que la conversación sea algo tan intrascendente que me hace sonreír.

Apuro lo que me queda de café al comprobar que solo tengo unos minutos.

—Tengo que irme —los aviso mientras me pongo de pie para recoger mi taza. Antes de marcharme definitivamente, pruebo suerte con los únicos de la plantilla que me han dirigido la palabra como si nada—: Chicos, ¿sabéis qué quiere Esteban?

—Claro que lo sabemos, pero entenderás que apreciamos nuestro

trabajo y nuestras vidas —bromea Diego, y me pregunto cuánto de broma hay en su frase. Sé que Esteban con los cables cruzados es capaz de despedirte por romper un lápiz comunitario sacándole punta.

—No te preocupes, no es nada grave —me dice Verónica con suavidad, y su sonrisa dulce me tranquiliza ligeramente—. Márquetin, prensa, dinero… Esas cosas que le quitan el sueño a Esteban y le suman una cana diaria.

—Menos mal —suspiro aliviada. Le dedico una mirada de agradecimiento a la muchacha mientras cojo los papeles y el bolso y camino hacia el despacho de Dirección.

Cuando tomo asiento frente a Esteban, él se acomoda de manera relajada sobre su gran silla de cuero blanco y se balancea de un lado a otro, pensativo y con la mirada perdida al frente. Yo espero, escudriñando su cuerpo relleno y su camisa sudada de cuadros azules. El pelo, siempre corto e impolutamente peinado hacia atrás, ahora luce un poco más largo, despuntado y —tengo que contener una sonrisa al pensar en el comentario de Verónica— más canoso que la última vez que me fijé. Pero vuelvo atrás, a la camisa sudada. Jamás he visto algo parecido en él, que siempre huele como si hubiera vertido en una bañera un bote de gel de baño, colonia y suavizante de la ropa y se hubiera metido a dar vueltas en la mezcla hasta centrifugar. Se le nota agobiado, cansado con la situación. Normal, no quiero imaginarme la responsabilidad que ha debido caerle encima, y no solo con la serie, sino con cada proyecto planteado.

—Tenemos dos asuntos que tratar, así que iré directo al grano. —Su voz me sobresalta. Con premura, aparto los ojos de los dos surcos de sudor que se han formado bajo sus axilas—. Tu imagen ha sido ensuciada. Injustamente —se apresura a añadir cuando ve que voy a protestar—, pero ensuciada al fin y al cabo. Necesitamos lavarla.

—No tengo nada que lavar.

—Sí que lo tienes. Debemos recordarle a la gente que eres Eva, la simpática, agradable y buena de Eva. La chica pelirroja con el corazón de oro y no la que se tira zapatos en la puerta de una discoteca con una compañera.

—Que al día siguiente apareció muerta, motivo por el que toda la jodida compañía me señaló. —Acerco mi cuerpo a su escritorio, inclinándome hacia delante, y lo miro con fijeza. Si quiere prescindir de mí y sacarme de la serie, que lo haga—. No tengo nada que ocultar, Esteban. No he hecho nada malo, y estoy tragando que se me trate como a una delincuente.

—Lo sé, y lo siento. Pero lamento decirte que no es una sugerencia, sino parte de tu trabajo. —Suaviza la mirada y suspira. Termina levantándose, agobiado—. No me hagas recordarte que en tu contrato está firmada la cláusula de publicidad, y esto no es más que eso:

publicidad.

—Pues me lo has recordado —protesto.

—De verdad, Eva, no es nada del otro mundo. Solo implica que este fin de semana no podrás descansar tanto como tus compañeros, pero sobra decir que está remunerado.

Cierro los ojos y me tomo unos segundos para calmar las pulsaciones que comienzan a acelerarse. No todo está remunerado. Pese a ello, y aunque me fastidie, tiene razón: va implícito en mi contrato.

—¿Qué tengo que hacer?

Sonríe.

—Este fin de semana inauguran en Aracena un centro de ayuda animal. El proyecto es grande y lleva pensado años. Se han unido clínicas veterinarias, ayuntamientos y asociaciones de toda Huelva para hacerlo posible, y varios famosos han hecho grandes donaciones. Desde aquí haremos una donación, pero nos gustaría que fueras tú quien lo inaugure. Habrá mucha prensa, ya que es algo que esperan con ansia y que también ha levantado polémica. Ya sabes, otros colectivos que defienden que hace más falta ayuda a las personas y blablablá. A lo que voy… Unas fotos con los perritos, unas sonrisas, contacto con la gente…

—Entiendo —lo corto, sin querer escuchar más. Y no porque me moleste la idea de estar rodeada de animales, sino por sus intenciones.

—Habrá mucha prensa —repite.

—Lo imagino.

De repente, se sobresalta y levanta el dedo índice, como si por su cabeza pasara algo con lo que no contaba.

—Tengo que llamar a Sandra para avisarla. Necesitarás que…

—No es necesario —me apresuro a decir, recordando los planes de Sandra durante el fin de semana. No pienso echárselos abajo—. Antes de empezar con la serie, ya sabía peinarme y maquillarme sola, al menos decentemente y lo suficiente para que no puedan decir nada sobre mi imagen en todas esas revistas en las que saldremos.

—Vamos, Eva, no te enfades. En compensación, he buscado un hospedaje que te encantará, estoy seguro. Quitando el sábado por la mañana que es el día de la inauguración, podrás descansar tranquilamente. Piscina, naturaleza, una casa gigante…

—¿Para mí sola?

Carraspea.

—Ese es el segundo tema que tenemos que tratar. Sé que no estás de acuerdo, pero ya no es solo cosa nuestra. Las órdenes vienen de arriba… —Se mantiene unos sufridores segundos en silencio. No tengo ni idea de a qué se refiere—. Están ocurriendo muchas cosas, la gente está revuelta y la fama crece y crece como la espuma, así que el elenco

principal contaréis con seguridad privada. —Me yergo en la silla, recordando las palabras que me dijo anoche Adán—. Las veinticuatro horas del día, respetando cierta privacidad, claro. Al menos debe ser así por ahora.

—Pero…

—Y antes de que protestes —alza una mano en mi dirección para acallarme—, te informo de que ya está decidido y de que no es negociable. Seguiréis contando con la seguridad de siempre cuando os mováis en grupo por temas laborales, pero de manera extra tendréis vuestro propio personal de forma individual.

Comienza a rebuscar entre los papeles que se encuentran desparramados encima de su escritorio. De nuevo, mi trasero se acopla al asiento, ahora más que antes, y mi cuerpo me avisa de lo que vendrá a continuación; tengo el presentimiento clavado en el pecho de una forma inhumana.

—Aquí está. Tengo un candidato que me ha parecido perfecto para ti. Se ha ofrecido él mismo, alegando que sois familia y que ha visto comportamientos extraños a tu alrededor de unos hombres desconocidos que, si bien no tienen por qué tener relación con nosotros, puede tratarse de fanáticos trastornados.

»Como sabemos que eres muy reservada con tu intimidad, hemos decidido que el puesto es suyo. Además —se rasca la cabeza y aparta los ojos del interesante currículo para mirarme a mí—, no contamos con mucho tiempo de reacción. Mañana debes viajar a Aracena y él te acompañará. Se llama… —Busca de nuevo en el papel.

—Adán Saavedra —respondo por él.

Lo mato. Juro que lo mato.

11

Sabes que siempre trataré de evitar cualquier cosa que te haga daño.

Salgo del edificio como un huracán. Después de subirme al coche, no me he tranquilizado ni un poquito. Siento el pulso agolpado en mi cuello y en mis muñecas, y tengo que permanecer aquí unos minutos en busca de aire y calma para poder conducir como una persona civilizada. Ahora entiendo a esos que aceleran cuando están enfadados. Siempre me ha parecido una estupidez, y lo es, pero en estos momentos siento ganas de posar el pie sobre el pedal del acelerador y olvidarme de que hay otro que sirve para frenar. No quiero frenar. Quiero estar en un camino de tierra interminable y que al final se encuentre Adán, postrado como un pasmarote para así poder atropellarlo y verlo volar por los aires.

Cuando entro en mi calle, pido a partes iguales encontrármelo en casa y no hacerlo. Por un lado, necesito desahogarme, gritarle, rodear su cuello con mis manos y apretar hasta que boquee como un pececillo en la orilla del mar. Sin embargo, por otro, soy consciente de que no puedo hacer nada de eso delante de mi padre, y mucho menos de Elena. A veces pienso que mi padre desea que sea ahogado tanto como lo hago yo. Ha visto a Elena sufrir por su partida, por su ausencia y, sobre todo, por la falta de comunicación que ha mostrado siempre.

Puede que hoy se cumpla el sueño de Natalio.

Escucho a Sultán antes de ver a su dueño, y durante un momento olvido todos los pensamientos homicidas que me acompañan. Está alterado y hace ademán de lanzarse a una puerta más a la izquierda que la nuestra. La mía, concretamente. La de mis padres. Aparco en el primer hueco que veo libre y me bajo con rapidez. Casi estoy llegando cuando compruebo lo que ocurre y mis pies se frenan. Es automático, como si me avisaran de que tengo que quedarme aquí y no ser vista.

Hay un tipo pisando mi abandonado jardín y Adán lo tiene cogido por las solapas de la chaqueta de cuero roja. En lugar de estar enfadado, el tipo sonríe y lo mira desde cerca. Adán no. Él respira agitadamente, con las venas del cuello señaladas y los agujeros de la nariz muy abiertos. Sultán sigue ladrando con intensidad y parece a punto de atacar.

—Aléjate de ella —le exige Adán. Su voz suena estrangulada y

rabiosa, aunque irónicamente sea el otro tipo el que está en clara desventaja.

—Es complicado, me encantan las pelirrojas. —Enfatiza mucho el plural—. Y veo que por primera vez coincidimos en algo.

Adán le presiona con más fuerza el cuerpo contra la pared. De una sacudida certera, le da un golpe seco en la cabeza que resuena desde donde me encuentro, a unos metros y camuflada por el pequeño muro de piedra que separa mi jardín actual del anterior. Gruñe con desesperación y con los dientes muy apretados, casi fuera de control pero controlando. Extraña y contradictoria mezcla. Tengo la impresión de que la rabia acumulada es más por tener que hacerle daño al tipo que tiene entre sus manos que por la amenaza que acaba de recibir de él.

—No me jodas, Sergio. No me hagas matarte. No quiero hacerte daño, pero te juro que si te acercas a ella, si le pones una mano encima, si respiras a su lado, te mato.

—¿De cuál de las dos estamos hablando? —le pregunta el tipo con la voz afligida, supongo que por el golpe, pero sin hacer desaparecer su sonrisa.

Lo reconozco como el chico de mal aspecto, nariz afilada y dientes de oro que vi en el coche. De repente aparece otro, no sé de dónde, y se sitúa frente a mí. Me ha descubierto husmeando, aunque solo dedica un segundo a mirarme antes de entrar en mi jardín como si nada.

—Se acabó el espectáculo —determina con serenidad—. No me gusta tener público.

Se gira de nuevo para mirarme y revelar mi presencia cuando Sultán, que acaba de reparar en mí, se pone delante y le gruñe enseñándole los dientes. Después del desplante final al que me sometió anoche, me sorprende que me defienda. Supongo que a estos tíos los tolera menos que a mí.

El tipo le sonríe con malicia al perro sin parar de mirarlo fijamente. Es más alto que el de los dientes de oro, más grueso y el doble. Se le ve calmado, enfundado en su chaleco ancho de manga corta y en los pantalones holgados, ambos de color negro, pero sus ojos y su sonrisa me hacen sospechar más peligro que en el tipo que Adán tiene entre las manos, a pesar de su aspecto demacrado.

El hombre hace un movimiento brusco, como si fuera a lanzarse a por Sultán, y en consecuencia este se tira a su pierna sin pensarlo. Antes de lo previsto, su gran boca se ha abierto, y sus dientes, clavado en el pantalón. Y por el quejido del hombre, intuyo que en la piel.

—¡Maldito chucho de mierda! —exclama, dándole una patada con la otra.

Con ello, no consigue más que aumentar la rabia de Sultán.

Comienza a mover la cabeza con furia, como si fuera el balón pinchado que tiene en el patio y que reventó el primer día de juego con sus enormes y fuertes dientes. Yo grito de manera inconsciente, asustada y sin saber cómo actuar, cuando veo la sangre caer por debajo del pantalón y salpicar el pavimento.

—¡Para! —La voz de Adán suena por encima de mis divagaciones y me hace mirarlo, al igual que Sultán, que abre la boca de manera inmediata ante la orden de su dueño y se aparta de su presa—. Eva, entra. Ya.

—A ver si te crees que obedezco órdenes como tu perro —le respondo sin tiempo a meditar, todavía con el corazón bombeando descompasado. Creo que está llegando a su límite, quizá por ello me llevo una mano al pecho y compruebo que no es mi sensación a causa de los nervios, sino que late frenético.

Casi escucho los dientes de Adán chirriando ante mi contestación.

—Lo dicho, me encanta la pelirroja. —El tipo al que le han estampado la cabeza contra un muro de piedra hace medio minuto sale colocándose correctamente el cuello de la chaqueta y me contempla con lascivia y burla.

—No sé cómo te quedan ganas de mirarme tras el zamarreón que acabas de recibir en ese diminuto cerebro. —Este comentario es producto del enfado mal gestionado que siento, y lo mejor es que no me arrepiento ni un poquito, a pesar de la pinta peligrosa que luce. Contra todo pronóstico, el tipo se ríe con fuerza.

—No quiero volver a veros por aquí —les espeta Adán—. La próxima vez, no seré tan benevolente.

—Devuélvenos lo que es nuestro y no tendremos que vernos de nuevo las caras, Lusco. Nosotros sí que estamos cansados de tu juego, y en breve dejaremos de ser tan *benevolentes*. No es nada personal, pero ya sabes que las órdenes son las órdenes. Primero puede que caiga tu amiga la sueca, luego será ese chucho, y después… —Dirige sus ojos a mí con intensidad. No sé de qué hablan, pero Adán no niega en ningún momento eso de tener algo que les pertenece—. Señorita, que tenga un buen día —continúa diciendo el delgaducho mientras hace una ligera reverencia con la cabeza, fingiendo tener un sombrero que coloca correctamente.

Acto seguido, se monta en el lugar del piloto del coche oscuro que está aparcado delante de mi puerta y que hasta ahora no había visto. El compañero escupe cerca de Sultán con rabia y, cojeando, camina hasta el lado del copiloto, donde se sube. Segundos después, se largan.

Es extraña la sensación que me avisa de que todos se conocen bien, a pesar del sarcasmo en las palabras pronunciadas por los desconocidos, del enfrentamiento que he presenciado, del enfado de Adán y de la alerta agresiva de Sultán, el cual está situado al lado de

su dueño con una calma que nadie diría que acaba de intentar arrancarle la pierna a una persona.

Antes de que pueda realizar una sola pregunta de todas las que se agolpan en mi mente, Adán empieza a caminar en dirección a casa de manera apresurada y muy firme, dejando claro su enfado.

¿Él enfadado? Ja.

—¿Adónde te crees que vas? —inquiero, ordenándoles a mis pies que se pongan en marcha y lo persigan. No se detiene ni me responde, solo me dedica una rápida mirada por encima del hombro, ceja alzada incluida—. Adán, que estoy hablándote.

—Y yo estoy escuchándote.

—Pues escúchame con los ojos.

Lo sujeto del brazo y se frena. Lo hace porque quiere, claro, ya que mi agarre no le supone absolutamente nada a su enorme cuerpo de acero. Con solo soplar mi mano, me la doblaría hacia atrás como un tenedor sometido a grandes temperaturas.

Suspira con cansancio y me contempla de soslayo por encima del hombro.

—¿Qué quieres, Eva?, ¿reprocharme que me haya presentado voluntariamente a trabajar contigo?, ¿gritarme?, ¿insultarme? Me da igual. Absolutamente igual.

De repente, se gira, y ahora es él quien sujeta mis brazos con firmeza mientras clava sus ojos en los míos, dejándome claro que sí está prestándome atención y que yo debo hacer lo mismo, que lo que tiene que decirme debe quedarse en mi cabeza bien metido.

—Me han aceptado para el trabajo y lo haré, te guste o no. Si me quieres lejos, no me acercaré a ti; si no quieres hablarme, no te dirigiré la palabra; y si es necesario para que te sientas bien y es lo que quieres, no te daré ni los malditos buenos días. Pero voy a ser tu jodida sombra, porque esos dos que acaban de irse son peligrosos y están dispuestos a joderme. —Aprieta mucho los dientes y su marcada mandíbula parece a punto de reventar—. No estamos hablando de un grupo de adolescentes desquiciados y hormonados que se vienen arriba por ver a una tía buena y famosa. Esos no me preocupan.

No puedo creerme que todo el repertorio de insultos que tenía preparado, de repente se me haya caído a los pies y el miedo de sus ojos haya viajado directamente a los míos.

—¿Y de qué hablamos, entonces?

—De gente peligrosa de verdad, dispuesta a lo que sea por lo que es suyo.

—¿Y qué es suyo? —sigo preguntándole, ahora con la voz más calmada y presa de su agarre. No me responde, y sé que no va a hacerlo, así que investigo lo más importante—: ¿Y qué tengo yo que ver con ello?

Me suelta y se da la vuelta.
—Siempre te ha gustado preguntar demasiado.
—Y a ti evadir las jodidas respuestas. ¡Deja de hacerlo de una vez!
—Descansa, Lentejas. Mañana salimos temprano para Aracena.

12

¿A qué venía tanta sorpresa? No era la primera vez ni sería la última.

Mi madre me decía que el gran problema de las personas expresivas y sonrientes es que cuando dejan de hacerlo es imposible que el mundo no se percate. Me ocurría en la biblioteca, con el grupo que componíamos el club de lectura, y en las clases de salsa, a las que estuve apuntada un tiempo. Siempre formábamos un círculo en el que los chicos no se movían y las chicas rotábamos después de cada canción para bailar con el de al lado. Daba igual la edad o la relación que nos uniera, más estrecha o menos; uno por uno, me preguntaban qué me había ocurrido. Lo mismo no era nada grave y yo había estado intentando disimular mi disgusto desde que entraba por la puerta, pero era imposible hacerlo.

Sandra ha asegurado —no intuido, sino asegurado— que me pasa algo nada más cruzar el umbral de mi habitación. Puede que haber comprado tres botellas de vino y haberme bebido media sin esperarla la haya orientado un poco. No me hago de rogar y se lo cuento todo. ¿Para qué, si al final me lo sonsacará? Además, estoy deseando desahogarme.

Me escucha atentamente sin parar de devorar la *pizza* de boletus que se ha encargado de recoger. Para cenar, nos hemos acomodado en la alfombra gris del suelo, la de pelos largos y calentitos que está justo a los pies de la cama y delante del televisor.

—Vale, entiendo que estés enfadada porque Esteban hace y deshace con todos nosotros lo que le da la gana, y que no te haga ilusión que alguien te acompañe a todas horas y hasta a la puerta del baño, pero lo que no comprendo es por qué te molesta tanto que sea Adán.

—No hay que ser un lince para averiguar que no nos soportamos.

—Pero ¿por qué? Me contaste que os habéis criado juntos, como hermanos. Por cierto, muy curioso lo de vuestros nombres.

—¿Adán y Eva? —pregunto, intentando evitar mi cara de hastío, y ella asiente.

Hemos escuchado eso tantas veces a lo largo de nuestras vidas que seguramente podemos echar un pulso con todas las Macarenas a las que les han cantado la canción de Los del Río o las Noelias la de Nino

Bravo. Elena siempre ha bromeado con ello. A mí nunca me ha hecho gracia que me recuerden lo del pecado y el mordisco al fruto prohibido.

Si ellos supieran…

—Al grano, ¿por qué os lleváis mal?

Me encojo de hombros.

—Adán siempre ha sido… raro —defino, sin saber muy bien si es el término más acertado—. De pequeños nos llevábamos genial, aunque había veces, días, que se le cruzaba el cable y era como si me odiara. No sé explicarlo. Conforme crecimos, la cosa se complicó. Él era un tipo popular, y yo, una sombra de instituto.

—¿Una pringada tú? —Suelta una carcajada y le da un trago al vino.

—No he dicho eso. No era una pringada —protesto—, pero tampoco jugaba en la liga de Adán y sus amistades. Ni quería, que conste. —Me santiguo—. La cosa es que, aunque no nos separaban muchos años, sí lo hacían los intereses: él quería fiestas, chicas y libertad, y yo me encerré en mí misma cuando murió mi madre. Mi única amiga era Mónica, una chica muy tranquila y normal, como yo. —Hago una pausa y ella asiente, entendiendo lo que quiero decir—. Y de la noche a la mañana, algo cambió radicalmente.

—La noticia de que tu padre y ella estaban juntos.

Asiento.

—Elena y mi padre nos llevaron al parque de atracciones, como casi todos los fines de semana, y cuando estábamos comiendo el helado de la tarde, nos sentaron en el banco del puente de madera para contarnos que se habían enamorado. El apoyo que Elena le dio a mi padre después de morir mi madre se había convertido en amor.

—Supongo que la noticia no os sentó bien.

—No, a ninguno, aunque a Adán menos. Sus padres llevaban muchos años separados, pero sé que él siempre tuvo la esperanza de que volvieran. Antonio, su padre, compartía muchos momentos con él y con Elena, y aunque ya no se amaban, eran una familia feliz que lo hacían casi todo juntos. De hecho, tardé bastante en enterarme de que estaban separados, porque no lo parecían.

—Cosa que cambió cuando Natalio y ella empezaron a salir.

—Exacto.

—Bueno, ¿y qué culpa tienes tú de eso? Estás exactamente en la misma posición que él.

Vuelvo a encogerme de hombros, esta vez sonriendo.

—Ya te he dicho que es un tipo raro. Poco tiempo después comenzamos a vivir juntos, y a raíz de eso empezamos a jodernos. Ya lo hacíamos antes —le aclaro—, pero a partir de entonces mucho más. Era una especie de juego en el que, si él me hacía algo que me jodiera,

yo pensaba en otra cosa peor. Y así hasta que se fue.

Omito contarle que días antes de su partida me había desvirgado en esta misma habitación en la que nos encontramos, sobre la cama que tiene al lado.

—¿Por qué se fue?

—Trabajo —me apresuro a responder.

Aunque sé, en el fondo, que hubo algo más. Y aunque mi mente siempre intenta evitar pensar en ello, también intuyo que tuvo algo que ver conmigo, con lo que ocurrió la primera vez entre nosotros. La primera. Trago saliva, recordando que hubo más.

—Pero dejemos de hablar de él. Me ha dado la opción de mantenerse al margen en todo momento y no dirigirme la palabra si es necesario, así que tampoco creo que sea mayor problema. Ahora que te lo he dicho en voz alta parece una tontería.

Pero no lo es.

Por suerte, ella está deseosa de contarme los planes que tiene para el fin de semana y me habla de esos amigos a los que va a visitar: una pareja de conocidos con la que se lo ha pasado bien en alguna ocasión.

—Detalles —le exijo, porque la vida sexual de Sandra es espectacular y yo parezco vivirla a través de sus historias.

—Morbosa.

—No sabes cuánto. —Le doy un trago al vino y me relamo.

Ella me mira la boca.

—Algo intuyo, sí.

Alarga la mano para hacerse con la gota traviesa de Árabe que no ha querido entrar y se ha quedado en la parte inferior de mi labio, a punto de caer. De manera automática, se la lleva a la suya y se lame el dedo índice de forma muy poco inocente.

Es extraño lo que me sucede con ella. No sabría explicarlo, o sí, pero no espero que puedan entenderme. Sandra es mi amiga, solo mi amiga y compañera de trabajo. Me hizo probar con ella, morbosear, y sacó una parte de mí que no sabía que existía. ¿Me gustan las mujeres? No. Quiero decir que cuando camino por la calle y me cruzo con una, me fijo en su ropa, en su bolso, en lo gruesos que tiene los labios e incluso en lo guapa que es, pero no me pone. Diferente es en la cama, donde ella me enseñó que somos cuerpos, fantasías, morbo y almas. De todos modos, no es eso lo que me sorprende; no tras haber fantaseado a veces con probar. Lo que me asombra de verdad es que jamás pensé que pudiera acostarme con alguien y, después, seguir mi relación de amistad como si nada hubiera pasado. Quería creer que era posible, que existía, pero en realidad no estaba convencida de ello. Ahora sé que es verdad. Sé que hace un segundo estaba mi amiga, mi confidente, y en este momento tengo delante a la mujer, la persona sexual, la salvaje de Sandra. Y me encanta esa línea divisoria que

aparece para separarnos y juntarnos a la vez.

—Ella es quiromasajista —dice de repente, y yo vuelvo a fijarme en sus ojos brillantes y en su sonrisa lobuna. Si ha dicho algo antes, no lo he escuchado—. La última vez que los visité acababa de irse un cliente y la camilla plegable aún estaba puesta en su salón. Juro que cuando giré el cuello despacio, solo tenía intención de estirar las cervicales. No había parado en todo el viaje y estaba cansada.

—No me lo creo. —Me rio con ganas.

—Te lo prometo. Aunque si llego a saber lo que iba a pasar, lo habría fingido, te lo aseguro. Pedro sugirió que me diera un masaje para relajarme antes de que recogiera la camilla y los aceites. Acepté, claro.

Sonrío.

—Claro. ¿Y qué hizo Pedro mientras?

Tuerce la comisura de la boca hacia arriba, bebe un sorbo de vino y gime despacito, con los ojos cerrados, recordando.

—Sentarse en el sofá a mirarnos mientras manejaba el itinerario de las manos de su mujer.

—Pero ¿la profesional no es ella? —bromeo.

—Sí, pero él tiene mucha idea, no te creas.

—¿Y qué más? Cuéntame lo interesante.

—Fue guiándola con la voz para que apartara la toalla que me cubría la parte inferior del cuerpo y para que abriera mis piernas y masajeara el interior de mis muslos.

Yo restriego los míos de manera inconsciente.

—Espero que no lo permitieras. No sería ético.

—Ni moral. Pero qué rico toca. Es una maravilla, y sus manos, mágicas. Y su lengua…

—¿Hubo lengua?

—Claro que hubo lengua. Pedro le exigió que me lamiera el coño y ella obedeció encantada. —Trago saliva, imaginándolo—. Después, cuando se cansó de mandar, se acercó a nosotras. Te diré que acabó follándome en la camilla como un loco mientras yo observaba a su mujer a través del hueco, tumbada en el suelo, masturbándose sin dejar de mirarme a los ojos y contándome cómo le ponía verme gimiendo gracias a la polla de su marido.

Me falta el aire y me sobra pijama. Sandra debe darse cuenta, porque suelta la copa, se hace con la mía para apartarla también y me tumba hacia atrás en la alfombra.

—No —digo, y se detiene para mirarme. Me incorporo con inercia y decisión y soy yo quien posa las manos sobre su pecho para tumbarla y colocarme encima—. No me gusta que siempre lleves el mando.

—Vaya, pelirroja. Qué sorpresa. —Se relame y yo termino la acción

por ella, haciéndome con su boca y comenzando un beso que bien podría fundir a cualquiera.

Sigo aquí, en sus labios, marcando el ritmo del beso y el de las manos, que se deslizan por mis caderas a la vez que yo me contoneo sobre su cuerpo con intención. Estoy caliente, pero a un nivel incipiente. El rápido relato me ha encendido, y su boca, rematado. Ahora mismo es como si estuviera cerca del fuego, pero a una distancia prudente, la necesaria para subir los grados de mi cuerpo. No obstante, algo cambia de manera repentina. Me sacude, me empuja y me pega tanto a las llamas que siento cómo mis extremidades queman, cómo mi pecho late debido a la temperatura y cómo mi entrepierna se prende.

Es una presencia externa a Sandra y a mí.

No necesito despegarme de mi amiga ni alzar los ojos.

No lo oigo; lo siento.

Lo palpo.

Lo respiro.

Noto su mirada sobre mi cuerpo y cómo un calambre recorre mi columna vertebral.

Sin dejar de besar a Sandra, abro los ojos. Y, ahora sí, los elevo, para encontrarme con los dos pozos azules que me llaman, que me imploran ser descubiertos mientras me contemplan desde la puerta, apenas entornada. Nos enfrentamos en silencio, como hace un rato en el jardín de casa. Algo me empuja a hacerlo y sonrío con maldad, con placer, con una agitación abrumadora que se hace conmigo. Es el poder de Adán.

Bajo la mano hasta la parte inferior del pijama de mi amiga y la meto bajo la tela. Está muy mojada, puede que por la anécdota o quizá por tenerme a mí encima controlando por primera vez la situación. Gime cuando deslizo mi dedo por la rajita húmeda dos delicadas veces antes de introducirlo en ese lugar profundo que me llama a voces.

—Shhh… —la silencio—. Hay gente en casa y pueden escucharnos —murmuro, alzando de nuevo la mirada para encontrarme con la de Adán. Solo puedo ver sus ojos brillando en la oscuridad y la mitad de su torso desnudo. Debe llevar unos pantalones oscuros que me impiden descubrir más.

Mis palabras parecen una invitación, porque abre la puerta un poco, solo un poco, para que ambos podamos vernos de verdad. Debería detener esto, no continuar, pero una vocecilla interna me dice, a pesar de saber que es un falso consuelo, que no estoy haciendo nada malo si nos mantenemos lejos. Recuerdo sus palabras, esa de las ganas de besarme y lo difícil que estaba poniéndole las cosas. «No, Adán. Ahora viene lo difícil», pienso.

Lejos de apartarme, me enciendo más y juego con Sandra y con él a la vez. Mi amiga no sabe que él se encuentra a su espalda, y no pienso desvelárselo.

—Eva… —Sandra reclama el poder e intenta girarme, pero no lo permito porque hacerlo sería perder de vista a Adán.

Me aparto ligeramente para bajarme el pantalón largo y fino, dejándome el tanga puesto. No me quito la parte superior, ya que sería muy extraño de explicar en caso de que Elena o mi padre aparezcan. Después de todo, solo nos separan unos metros.

—Las manos quietas —le exijo.

Me coloco a horcajadas de nuevo y decido jugar con la tela rosa que cubre mi sexo. La alzo, la entremeto y froto mi clítoris con ella, despacio, concienzudamente. Agacho la mirada para comprobar cómo se humedece de manera visible.

—Joder —blasfema Sandra. Alarga la mano para ser ella quien juegue con mi ropa interior y mi coño. Debo aprender a exigir con más firmeza o a no rendirme tan pronto ante un manoseo.

Miro más allá de nuestros cuerpos mientras acaricio sus pechos por encima de la tela. Adán sonríe de manera maliciosa, casi puedo ver sus dientes en la oscuridad, y baja la mano para frotarse el pantalón.

—Hazlo —digo mirándolo.

Sandra cree que le hablo a ella, así que, sin pensárselo, introduce sus dedos en mi interior. Adán se baja el pantalón levemente y me enseña lo que guarda. No lo aprecio con claridad hasta que la luz azulada de la tele parpadea y puedo contemplar esa increíble dureza entre sus manos.

Dios.

Sigue como la recuerdo, al menos en tamaño y grosor. Continúa llamando al pecado, tentándome a caer.

Gimo, acalorada, a punto de reventar.

No puedo creer que mi amiga esté masturbándome febrilmente mientras provoco a mi hermanastro desde lo alto de su cuerpo, semidesnuda y al borde de arder. Y me encanta.

—Sigue —le suplico, esta vez mirando solo a Sandra, que está a segundos de hacerme terminar. La facilidad que suele tener ella se fusiona con la excitación tan desbordante que siento—. No pares.

Alzo la cabeza y me recreo con la mano de Adán acercándose a sus labios. De la manera más jodidamente erótica que he visto nunca, deja caer un hilo de saliva que brilla a trasluz y que me hipnotiza mientras cae. Su mano mojada baja, rodea con vehemencia su polla y la masajea de arriba abajo, despacio, empapándola sin prisa. Me presiono contra los dedos de Sandra y me restriego para buscar intensidad. A punto de tocar el cielo, cierro los ojos mientras me pregunto cómo él puede tocarse lento y resistirse a derramarse en este

momento.

Descubro el motivo con rapidez.

Justo y concienzudamente cuando susurro que me corro, golpea la puerta con los nudillos. Son dos golpes secos, desinteresados.

—¿Eva? —pregunta Adán como el que acaba de llegar. No abre del todo, no entra.

Sandra salta como un resorte y me aparta de su lado de un empujón que me tira sobre la alfombra. Se muerde el labio con nerviosismo.

—Contesta —me susurra muy bajito.

La ira bulle por mis extremidades como lava buscando la vía de escape segundos antes de que el volcán erupcione.

—Qué —respondo, y si las palabras mataran, con esa sola le habría absorbido la vida.

—¿Te has acordado de preguntar si dejan animales en el interior de la casa? —Se hace un silencio y yo me pregunto por qué no lo ahogué antes, cuando tuve oportunidad—. Si no, no pasa nada, Sultán puede quedarse fuera. Pero no creo que sea buena idea dejarlo aquí con tu padre y…

—Mañana preguntaré antes de salir. Vete ya, Adán. —Tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para no gritarle que es un desgraciado.

—Intenta descansar un poco, a ver si se te pasa ese mal humor que tienes.

Maldito sea.

Sandra suelta todo el aire contenido cuando los pasos masculinos se alejan. Yo tengo los ojos cerrados y respiro agitadamente.

—Estamos colgadas. ¿A quién se le ocurre liarnos en tu casa, con tu hermano y tus padres aquí?

No la corrijo. Me agota explicar la relación que nos une.

—Tienes razón. Será mejor que lo dejemos. —Asiente, y de repente suelta una carcajada. La miro inquisitiva—. ¿De qué te ríes?

—La madre que me parió. No vivía estas situaciones desde el instituto. Menuda adrenalina. Porque es familia, sino lo habría invitado a pasar. Lo sabes, ¿no? Comienza a ser una costumbre esto de que tu hermano nos pille liadas.

—Anda, mente sucia, vamos a dormir.

13

Somos lo que fuimos, y de nada sirve apostar por el futuro
si no hemos echado cuentas con nuestro pasado.

Morimos por crecer. Y acabo de darme cuenta de que a esta frase puede sacársele todo el sentido que queramos, así que sería mejor expresar que nos morimos de ganas por crecer, de ser adultos y tener responsabilidades. Queremos vida de mayores, y cuando llega, nos arrolla sin compasión. Es muy típico pensarlo, pero si pudiera decirle algo a la Eva del pasado, sería que frenara, que no tuviera ganas de ganar centímetros, años ni experiencias, porque llegarán. Le diría que siga en su habitación jugando, en el jardín oliendo y cuidando flores, disfrutando de cualquier asiento en el que pueda montarse de El Cocodrilo y sintiéndose importante sobre el escenario de un pequeño teatro. Y que abrace mucho a su madre mientras le susurra que la adora, eso también.

La Eva actual tiene las manos apoyadas en el lavabo y está mirándose en el espejo, deseando encontrar en su reflejo a la pequeña e ingenua pelirroja de mirada tierna, cabezota y de lengua viva e imparable. No está. Hay una chica de piel pálida llena de constelaciones en forma de pecas, de ojos verdes, con el pelo extremadamente rojo y…, cuesta reconocerlo, con algo diferente en las mejillas; y en el estómago, aunque eso no es perceptible a los ojos de nadie, por suerte para ella. Para mí.

Me pregunto qué me diría en estos momentos la Eva del futuro, y me la imagino riéndose de mí por estar aquí, con los brazos y el corazón temblando de miedo solo porque tengo que enfrentar a mi hermanastro, viajar con él durante una hora y media y pasar juntos todo el fin de semana en una casa rural. Básicamente, me gritaría que soy imbécil y que a mi alrededor están pasando cosas mucho más extrañas y preocupantes que mi estúpida atracción por Adán.

Golpean la puerta del baño y me sobresalto.

—Eva, te he dejado en la mesita de noche tu amuleto. Estaba en la ventana —me informa Elena desde el otro lado de la puerta, la cual abro y me encuentro con unos ojos más iluminados y vivos que hace unos días.

—Gracias, casi se me olvida.

Me dirijo a la mesa a por mi colgante Tetagramatón. Siempre va en mi cuello, a excepción de la noche de limpieza, como fue ayer. Me lo regaló mi abuela Abby, y me explicó que era uno de los amuletos protectores más antiguos y fuertes que se conocen. También me indicó cómo limpiarlo en noche de luna llena: en un vaso con agua y sal. No es que sea una loca mística, pero creo en energías, y todo lo que me prometa protegerme de las negativas es bienvenido a mi mundo. Elena no cree en el ocultismo, pero cree en mí y me quiere, así que lo importante para mí lo es para ella.

—¿Lo llevas todo?

Le echa un vistazo a la maleta abierta sobre la cama. Asiento, aunque sé que es imposible y que siempre se me olvida algo importantísimo. La última vez, los zapatos; solo llevaba los de deporte que usé para conducir. A una fiesta de gala.

—Os he preparado algo de comida para que no tengáis que salir a comprar hoy si no queréis. Tu padre y yo hemos mirado el sitio y estáis muy cerca de Fuenteheridos. Allí hay tiendecitas, pero de todos modos lleváis tortilla, ensalada de pasta, una *pizza,* carne…

Termino de abrocharme el colgante y me giro para mirarla.

—¿A qué hora te has levantado para hacer todo eso?

Hace un gesto con la mano para restarle importancia.

—Bah, si ha sido un favor poder salir de esa cama.

—Todavía no deberías…

—Como me riñas, me quedo la tortilla para almorzar nosotros.

Sello mis labios descaradamente con los dedos y ella ríe.

Cierro la maleta y, antes de salir de la habitación, la abrazo.

—No hagas ejercicio físico extremo. Ya sabes: salto del tigre, vaquera galopeadora…

Se aparta sonrojada y me golpea el brazo.

—No seas sinvergüenza. Anda, vete ya. Y, por favor…, intentad regresar vivos.

—No dejaré que Adán corra con el coche. Probablemente, conduciré yo —la tranquilizo.

—Me refería a que intentéis no mataros entre vosotros. He notado que el ambiente está un poco enrarecido con esto de que te acompañe a todas partes.

No lo niego. ¿Para qué?

—Llegaremos vivos —me limito a responderle.

—Tú necesitas alguien que te acompañe y él necesita el trabajo. No puede ser tan malo pasar juntos el fin de semana, ¿no?

Eso mismo me pregunto yo.

Cuando bajo, mi padre aguarda en el pasillo para darme un beso, recordarme cuatro veces que debo tener cuidado y desearme buen

viaje.

—Date prisa. Adán está esperándote en el coche.

Cuando abro la puerta del copiloto, compruebo que ya está sentado en el lado del conductor y que Sultán va recostado en un transportín gigante que su dueño ha asegurado en la parte trasera.

Me muerdo la lengua para no usar todo mi sarcasmo y decirle que mucha insistencia con lo de protegerme pero que he caminado sola los cuatro o cinco metros que me separaban del coche y que un francotirador podría estar oculto en la azotea de Carmen, la vecina de enfrente, y habernos acribillado a balazos a sus padres y a mí, que están en la puerta para decirnos adiós con las manos como si todavía fuéramos los niños a los que recogía el autobús escolar para llevarlos de excursión a la granja escuela. Supongo que siempre seremos sus niños pequeños y que no hay años que puedan cambiar ese hecho.

Con emoción, les digo adiós. Adán realiza un movimiento que consiste en despedirse moviendo el cuello un centímetro hacia arriba.

—Buenos días —lo saludo, sin obtener ninguna respuesta por su parte.

Ahí, empezando el fin de semana con ánimo y buen humor. Me giro levemente para acercar la mano con cautela a la jaula de Sultán y acariciarle la naricilla desde fuera cuando compruebo que no hay peligro y que me deja hacerlo. Intenta lamerme. Eso es bueno, ¿no? Al menos no ha intentado arrancarme la mano de su lugar natural.

—Buenos días a ti también, único ser civilizado de este coche —saludo al perro.

Cuando estoy volviendo a mi posición para ponerme el cinturón, Adán arranca, mete la marcha en silencio y salimos. El ambiente está tenso, pero al menos así ninguno corremos el riesgo de mencionar lo que ocurrió anoche, que por un instante me resulta irreal. No, no son imaginaciones mías. Volvió a verme semidesnuda, liada con Sandra, y yo fui testigo de cómo se masturbaba con esa imagen desde el umbral de la puerta. Vi su rostro excitado, sus ojos fieros y brillantes, y, lo más importante, viví la sensación de deshacerme, desintegrarme, solo porque él estaba cerca.

Hace tiempo creí tener controlada —que no eliminada— la atracción física que sentía por él. Pero, claro, es fácil no caer en la tentación cuando se encuentra a casi novecientos metros de ti. La realidad te golpea duro cuando la tienes al lado, justo a unos centímetros, y con solo alargar el brazo puedes tocarla. Mi tentación lleva puesta una camiseta azul básica de manga corta que le deja los fuertes brazos al descubierto y me permite apreciar toda la tinta de su piel, que parece formar un mapa. Me siento más perdida que nunca, y me encantaría guiarme a través de él.

Me caza mirándolo con detenimiento. Lo sé porque he sentido el

movimiento de sus ojos para posarse sobre mí.

—Creía que iríamos en mi coche —le digo con rapidez mientras aparto la mirada de él y la dirijo al frente.

—A partir de ahora, iremos siempre en este.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—¿Acaso está blindado y las balas no pueden traspasar tu flamante Range Rover? —Ha sido un intento de broma, pero no se ha inmutado y sus ojos siguen clavados en la carretera.

—Ahí tienes café.

Miro el hueco que separa ambos sillones y veo dos vasos de café para llevar. No me ha pasado inadvertido su trato formal, pero no hago comentario al respecto porque lo veo venir. Me hago con el vaso que lleva un pósit con mi nombre, y en el primer trago sé que mi padre se ha encargado de prepararlos porque está dulce como el almíbar, y Elena jamás nos atiborraría de azúcar de esta manera. Bueno, y porque he reconocido su desastrosa y cuadrada letra pequeña. Ojeo su vaso, que todavía no se ha llevado a los labios, y me pregunto si en algún momento sabrá apreciar cada detalle que tienen nuestros padres con nosotros y dejar a un lado todo ese rencor que guarda.

Me tomo el atrevimiento de trastear un poco la flamante pantalla digital y subir el volumen de la música para romper el incómodo silencio. No sé qué grupo suena, pero es mejor que nuestro mutismo, que me incita a pensar en él y en lo que ocurrió anoche, así que me centro en la música. Truena *rock*, y aunque es uno de los géneros que menos me gusta, me sorprende descubrir un halo de añoranza tras una voz ronca. Me dedico a analizar mi hazaña sobre el cantante mientras observo la elegancia del vehículo por dentro, con los sillones y el salpicadero de color rojo y sencillo a la par que modernísimo.

—¿Quién canta? —le pregunto unos minutos después, cuando reconozco la misma voz masculina en la siguiente canción. No encuentro el nombre en la pantalla, solo sale una imagen estándar.

—Marea.

Deduzco que la canción no le da vértigo, sino que la banda se llama así.

—Gracias por tu extensa explicación para saciar mi curiosidad.

A pesar de que no dice nada más y que la canción termina, cuando empieza otra, de un tipo con voz diferente, desvía la mirada solo un instante para centrarla en la pantalla. La toquetea con maestría y hace aparecer la letra, lo que me incita a prestarle toda mi atención.

Soy inocente de tu lado más culpable,
pero el culpable de tu lado más caliente.
Soy el custodio de tus ráfagas de odio,

el comandante de tu parte de adelante.

Me mira mientras suena y yo trago saliva. Ha podido ver el gesto, leerme el pensamiento y puede que hasta desnudarme, metafóricamente hablando, cuando me he quedado paralizada al escuchar la canción.

—Andrés Calamaro —me dice, y acto seguido decide que es buena idea aclararme las dudas respecto al título—: *La parte de adelante*.

No respondo, no puedo. Sigo pensando en eso de «el culpable de tu lado más caliente». Es inevitable asociarlo a esa quemazón insana que experimenté anoche. ¿Cuánto hace que no disfrutaba de algo así?

No quiero pensarlo, porque sé de sobra la respuesta.

No sé cómo ocurre, pero hemos recorrido la distancia hasta Fuenteheridos casi sin percatarme. He tenido la vista fija en la pantalla todo el tiempo, atenta a cada cantante, cada letra, cada estrofa. No conozco ninguna, absolutamente ninguna, y todas me han fascinado por un motivo u otro. Puede que porque sea él quien me las ha mostrado o porque yo necesitaba una vía de escape para mis pensamientos. Me pregunto dónde quedó el muchacho joven que escuchaba reguetón mientras se rozaba con unas y otras. No ha hablado, no me ha explicado nada, pero cada vez que lo consideraba oportuno ha cambiado la canción y me ha puesto visible la letra, y yo lo he interpretado como: «Escucha esta, Eva, te encantará».

Llegamos al pueblo, pero no nos internamos. Rodeamos la primera rotonda y el GPS nos indica que tomemos la segunda salida, la cual desemboca en una carretera con poco tránsito por la que vamos ascendiendo cuando de nuevo nos dice que giremos a la derecha. Falta poco. De repente, el paisaje cambia y soy consciente de que estamos en plena sierra de Huelva, aunque debería haberlo hecho mucho antes, cuando hemos ido acercándonos más y más. No obstante, yo estaba analizando música y sintiéndome parte de ella. Es un camino de tierra y piedras pequeñas recubierto de vegetación que solo te permite mirar hacia delante. Me resulta un pasillo de fauna, y de pronto me siento afortunada de estar aquí, debajo de él, oculta por la sombra que nos regala.

Mi efusividad crece cuando aparcamos delante de la casa y el propietario nos recibe para darnos algunas indicaciones y termina por contarnos que ha construido la casa completa con sus manos, poco a poco. Escucharlo impresiona, pero poner un pie en sus inmediaciones es como entrar en un cuento. Está rodeada de naturaleza. No césped recortado ni un jardín extremadamente cuidado, no… Árboles de distinta clase y tamaño, muchísimos, y hierba, por un lado más larga y por otro más corta, hierba que ha nacido aquí o allí, que no ha sido

guiada. Y en medio, una piscina cuadrada y vallada. Solo unas tumbonas sobresalen del paisaje natural, y pienso que tengo que acostarme ahí para disfrutar del canto de las cigarras que ya puedo escuchar.

Adán se queda un paso por detrás con Sultán cuando subo por los escalones de piedra que nos llevan al porche, desde donde se ve la piscina y la vegetación y donde creo, desde ya, que pasaré todo el tiempo posible sentada a la mesa de madera larga que hay junto a la barbacoa y el columpio colgado de la viga del techo. Formo parte del cuento cuando ojeo la casa rural, desigual, llena de piedra, de madera, de colores, de vidrieras, de desniveles imposibles… Es original, bonita, y en ella se respira calma.

—¡Mira, Adán! —exclamo entusiasmada cuando veo la forma tan extraña de una puerta de madera que lleva a una de las habitaciones y que se abre como si fuera un mueble esquinero que intenta ganar espacio; y cuando veo la extraña forma de la ducha del baño de abajo, que parece un pozo; o cuando descubro el precioso balcón que desemboca en una terraza altísima desde la habitación principal y desde donde se ven los alrededores de la vivienda.

Todavía en la terraza, me giro para encontrármelo apoyado en la pared. Acaba de pasar por el balcón y se ha detenido para contemplar lo que nos rodea, con los brazos cruzados sobre el pecho y el semblante serio.

—¿Has visto qué paisaje? —le pregunto.

—Es precioso, sí —dice mirándome fijamente, y creo atisbar el primer intento de sonrisa de la mañana.

Me doy cuenta de que se me ha pasado el enfado y el miedo de estar con él. Quiero disfrutar de la tranquilidad que me ofrece esta casa todo el tiempo posible. Me siento entusiasmada por estar aquí, sin nadie más, sin cámaras, sin grabaciones, sin problemas.

—¿Piensas ser parco en palabras durante todo el fin de semana y comportarte así conmigo? —inquiero.

—Estoy trabajando, señorita Ayala. No sé cómo pretende que me comporte.

—Deja de hacer eso conmigo, Adán. No me has dado ni los buenos días esta mañana.

—Es el acuerdo al que llegamos, ¿no? No me quería aquí y yo lo he creído necesario. A cambio, no la molestaría y me limitaría a hacer mi trabajo.

Me cruzo de brazos y suspiro.

—A no ser que yo te lo pida. —Asiente—. Pues a pesar de seguir pensando que esto de tener a alguien que me guarde las espaldas es una auténtica gilipollez innecesaria, ya que estás aquí, quiero que te comportes como siempre.

—Como siempre —repite. Descruza los brazos con lentitud, y con la misma parsimonia, sin que sus ojos se despeguen de los míos, camina en mi dirección y se coloca frente a mí. Antes de hablar, humedece sus labios en un gesto natural y muy suyo que consigue que mi estómago salte—. ¿Como Adán, el amigo de la infancia, el hermano?, ¿o como ese desconocido que ha llegado años después y que te aterra?

—No me aterras —lo desafío, mintiendo.

—Vamos, Eva. Puedo notar cómo se te detiene el pulso solo por estar aquí, cerca de ti.

Intento no tragarme el nudo que se me ha formado, o debido al movimiento de mi garganta verificará que tiene razón. Una cosa es no tenerle miedo a su presencia y otra muy distinta no tenérselo a su presencia peligrosamente cerca de mi cuerpo.

—Pues deja de hacerlo y compórtate con normalidad.

—Es complicado cuando tu mente recrea ciertas escenas que suceden en las fiestas de pijamas de tu hermanita. —Se acerca más.

—¿No podemos simplemente olvidarlo? Y deja de llamarme así.

—¿Hermana? Lo hago desde que tengo uso de razón.

—Muy bien, pues deja de hacerlo. No pensabas que era tu hermana cuando me desnudaste y me follaste.

Lo he descolocado, lo noto en sus ojos. Rápidamente, se recompone y suelta una carcajada.

—Oh, no, pecadora, eso no fue follarte.

—Ah, ¿no? Pues dime tú qué término usarías para alguien que desnuda a otra persona y se mete —recalco mucho esa palabra— dentro de ella.

—Eso es solo un trámite. Follar de verdad, con todo el peso de la palabra, es algo que podría demostrarte ahora, y no entonces, que solo era un niño.

Su boca se acerca tanto a la mía que me hace enloquecer incluso antes de sentirla. Va a besarme, lo sé, y no puedo prometer que lo detendré porque mi cuerpo parece no reaccionar a mis órdenes cuando lo tengo cerca. Es poderoso, magnético, hipnotizante. Y está muy próximo. Dice que nota cómo se me detiene el pulso, pero no es cierto; al contrario, está disparado.

Sultán ladra tan fuerte que casi me choco con el rostro de Adán al sobresaltarme. Mi padre siempre ha dicho que tengo muy poco espíritu y que cualquier cosa me asusta. Doy gracias a que sea así y haya podido apartarme de él a tiempo. No sé qué habría ocurrido. Adán me dedica una última e intensa mirada antes de girarse para mirar al perro, que sigue ladrando con nerviosismo, como si quisiera que saliera de una vez de esta terraza y entrara en la casa.

—¿Qué pasa, chico?

Como respuesta, recibe dos ladridos graves y decide seguirlo a

través de la vivienda. Yo respiro. Ahora más que nunca necesito este aire puro que me regala mi ubicación.

Cuando he recuperado oxígeno y bajo, Adán me explica de manera escueta que Sultán ha visto un conejo en el jardín y por eso se ha puesto tan nervioso. Yo me dedico a asentir y decido que es mucho mejor el plan inicial de mantenerme alejada y con un trato cordial. Adán es un ciclón, y estar cerca de él me arrastra a un lugar donde no me siento segura y donde no quiero estar. He trabajado durante mucho tiempo mi estabilidad emocional para que ahora una ráfaga de aire me sitúe en mitad del caos.

Durante todo el día me dedico a pasear por el jardín, a concentrarme en el libro que me he traído de casa y a disfrutar plenamente de no hacer nada. Adán se pierde de mi vista, pero siempre lo noto cerca, como si fuera verdad que percibe un peligro que yo desconozco y no se atreviera a dejarme a solas ni un segundo. Almorzamos en silencio en la mesa del porche la comida que nos han preparado Elena y mi padre, y solo cruzamos alguna palabra con Sultán o yo con él para preguntarle cosas banales tales como las cucharadas de azúcar que quiere en el café.

Ha caído la noche y he tenido que meterme en la casa. Todo el calor del día se ha convertido ahora en frío. Al entrar en el salón, descubro que Adán está dormido en el amplio sofá marrón que hemos situado frente a la chimenea al llegar; lo veíamos más práctico que la gran mesa de madera que todavía no hemos usado.

Está bocarriba, con un brazo cubriéndole el rostro y el cuerpo relajado; ese magnífico cuerpo que parece llenar cada espacio con su presencia. No me percato de que estoy embobada repasando cada centímetro de piel libre y tintada hasta que un espasmo lo sacude. Me doy la vuelta con rapidez, me agacho frente a la chimenea y finjo que es preciosa y que me interesa muchísimo, porque no me ha dado tiempo ni de coger una caja de cerillas que hay justo encima, sobre la madera. Entonces, Adán grita y mi intento de disimulo se desvanece. Al girarme, veo que ha apartado el brazo de la cara y que su rostro está contraído de dolor. Sigue dormido.

—No, no, no, no… —repite con mucha rapidez sin parar de moverse, inquieto y asustado.

—Adán —susurro.

—Biel, para —ordena, aún dentro de su pesadilla.

—Adán. —Me agacho y muevo su hombro con insistencia—. ¡Eh, Adán!

—¡Déjala! ¡Paaara! No, no, no… ¡¡Gabriela!! —grita desgarrado.

Entonces, se incorpora de un solo movimiento y se queda sentado. Sultán aparece de detrás del sofá y le ladra con fuerza, no sé si porque le extraña el comportamiento de su dueño o por el nombre

pronunciado. Desubicado, con la respiración descompasada y la boca abierta, mira hacia todas partes y, finalmente, a mí. Sus ojos azules son ahora dos pozos turbados que intentan adaptarse a la realidad.

—Eh, ya está. —Alargo la mano y acaricio su rostro. Es un gesto involuntario y natural que no me esfuerzo por contener.

Cierra los ojos un segundo mientras se deja consolar por mi caricia, pero los abre con tanta rapidez y se levanta de un movimiento tan brusco que casi me desestabilizo hacia atrás. Camina hasta el baño de la izquierda sin mirarme, que está a unos tres metros de mí, y sale poco después con el rostro húmedo y todavía levemente desubicado. No le pregunto nada, pues lo conozco lo suficiente para saber que en este momento sería en balde. Tiene esa expresión en la cara que te indica con luces de neón que no se te ocurra indagar, porque no te agradará la respuesta. Así que me dirijo a la pequeña cocina, que está incluida en el salón, y empiezo a preparar la cena. Él se coloca la chaqueta y sale a fumar.

—Hay carne, pero podemos dejarla para mañana si quieres. Hace frío para preparar la barbacoa —le digo. Sé que me escucha, aunque en estos momentos no nos veamos.

—Como quieras.

—Aquí queda tortilla, ensalada de pasta y una *pizza* precocinada.

—Comida de sobra —me contesta desde el otro lado. Su tono de voz ido me indica que todavía está en ese lugar al que se ha marchado en sueños.

Enciendo el horno para precalentarlo.

«Gabriela».

El nombre retumba en mis oídos y los taladra. Es la segunda vez que lo escucho, y también la segunda que se me crea un nudo en el estómago al hacerlo. No es instantáneo, no; va formándose poco a poco, se retuerce de manera lenta y molesta para que no me olvide de que está ahí, de que mi cuerpo y mi intuición intentan advertirme de que algo ocurre.

Sultán se detiene a mi lado y me presiona para que le dé algo de comer. Lo hace en silencio pero con ojos de cordero degollado. Le echo un trocito de tortilla que no llega a tocar el suelo y que engulle con una velocidad increíble.

—No le des comida. Y tú no pidas —nos regaña a mí y a Sultán, entrando de nuevo. Suelta la chaqueta en el perchero de la entrada y se dirige hacia el frigorífico para sacar un par de cervezas.

—Se me ha caído —me excuso.

Me ofrece un botellín.

—Ya. —Sonríe un poco antes de darle un trago al suyo y yo coger el mío. Es un gesto muy leve, casi inexistente, pero rompe la tensión que se ha creado anteriormente—. Voy a poner la mesa.

—Venía puesta. Con sus patitas, su madera, sus tornillos…

—Qué graciosa. Veo que ha desaparecido ese carácter agrio tuyo y que te sienta bien estar un rato en medio de la nada.

Está mirándome fijamente. No es intencionado, es que Adán jamás habla sin mirarte a los ojos, pero es algo que todavía me cuesta controlar, y solo consigo hacerlo cuando me preparo para ello. Ahora no lo estoy, así que me giro para emplatar la ensalada mientras escucho cómo coge la *pizza* del frigorífico y la abre para meterla en el horno.

—Creo que lo necesitaba y no me he dado cuenta hasta ahora. Lástima que vaya a ser una estancia corta.

—Puedes volver. Supongo que ahora puedes permitirte estos caprichos, ¿no?

—Supongo, pero tengo poco tiempo. Trabajo más horas de las que piensas, y el fin de semana lo dedico a restaurar mi casa, al parque de atracciones para echarle una mano a Elena y mi padre o a mis amigos.

No hace comentario alguno sobre mi respuesta y comienza a llevar los vasos y platos a la mesa.

Después de cenar, vuelvo a sentarme en el sofá. Hemos decidido encender la chimenea, que centraliza la calefacción de toda la casa, y sentarnos un rato aquí mientras nos tomamos una copa, gentileza del propietario, que ha dejado una botella de ron en la cocina. Será poco tiempo, pues mañana hay que madrugar, pero sería una pena acostarme sin disfrutarla aunque sea un ratito.

Adán se ha encargado de encender la chimenea, me ha reprendido por mover los troncos a mi antojo y se ha sentado en el otro extremo del sofá, a mi derecha. Yo estoy apoyada en el reposabrazos izquierdo y miro el fuego, hipnotizada. Siempre me ha fascinado la capacidad que tiene de embobar a todos los humanos por igual. Aún no conozco persona que se haya sentado tranquilamente delante del fuego sin parpadear, sin disfrutar del sonido chisporroteante o de la mezcla única de colores.

Ahora baila delante de mí. Las llamas danzan a su gusto y, debajo, las ascuas comienzan a hacer su magia. Mi mente retrocede a años atrás, unos cinco, a aquel bungaló rural al que fuimos con mi padre y Elena en una de las escasas visitas que nos hizo durante su ausencia. Todavía me pregunto cómo se dejó convencer aquel Adán que parecía un muro infranqueable, inexpresivo.

En el coche, de camino a Granada, me preguntaba si tenía sentimientos. Ahora entiendo que tenía muchos, muchísimos, y que todos ellos habían creado una batalla campal en su interior. Amaba a su madre, pero odiaba aceptar que pudiera querer a otro hombre que no fuera su padre. Puede que al principio tuviera la esperanza de que durara poco aquella relación que se forjó fruto del cariño y el

consuelo, pero los años pasaban y seguían ahí. Lo peor fue la *deslealtad* a mi madre, como lo había llamado cuando se enteró de que estaban juntos. «Éramos seis. Ahora sois dos y os merecéis quedaros solos», les espetó con mucha rabia. Después descubrió que éramos tres, que yo estaba con ellos —a pesar de haber luchado mucho contra mí misma para aceptarlo—, y ahí entré en su lista de personas a las que detestar, aunque conmigo tenía práctica. Pero habían pasado dos años desde que mi padre se quedó solo, dos años en los que Elena fue su hombro, sus brazos y sus piernas. Se encargó de mí, de que no notara la ausencia de un padre abatido por la desgracia, y consiguió que siempre tuviera una madre a la que acudir. En realidad, desde que la conocía se había comportado como tal, pero cuando me faltó la verdadera, cesó en su empeño de colmarme de amor. Y lo más importante: jamás intentó sustituirla.

—Deberíamos irnos a la cama —anuncia Adán, sacándome de ese recuerdo al que he estado a punto de abrirle la puerta.

Por suerte, no lo he hecho. No sé qué habría sido de mi calma de haberme recordado frente al fuego, en mitad del bosque, a solas con aquel Adán enfadado y descontrolado que se dejó llevar.

¿Fue su furia?

¿Fui yo?

Siempre me ha gustado pensar que mi presencia estuvo directamente relacionada con su debilidad. O puede que solo me enfurezca reconocer que yo fui débil ante la suya.

Lo miro de soslayo; sigue clavado en el estómago ardiente de la chimenea.

—Ve tú. Quiero quedarme aquí un poco más.

Niega.

—No hasta que no subas a la habitación.

—Adán, ¿de verdad crees que estoy en peligro? —De mi boca se escapa un bufido mezclado con una especie de risa incrédula.

—Lo creo.

—¿Aquí, en medio de la nada?

—Sí.

Creía que bromeaba, pero la ausencia de sonrisa por su parte me hace sospechar que en su afirmación hay más verdad de la que pienso.

—¿Quiénes son esos tipos?

—¿Cuáles?

—No te hagas el tonto. El tal Sergio, ese de los dientes de oro, y su acompañante. —No contesta. Le da un sorbo a su copa de balón y sigue mirando el fuego. Sé de sobra que en esta ocasión nada tiene que ver la habilidad hipnotizadora de las llamas, sino su afición por dar pocas explicaciones—. Si me repercute en algo, creo que merezco saberlo, ¿no?

Al fin gira el rostro y me mira.

—Son excompañeros de trabajo.

Alzo las cejas.

—Menudos excompañeros. ¿Dónde trabajabas, en un centro de desintoxicación?

Sonríe levemente.

—Ojalá.

—En serio, Adán.

—Cubriéndole las espaldas a un pez gordo, ya lo sabes.

—No sé…, sabemos —corrijo— nada. Tú te has encargado de ello, de que no llegue información aquí. Un pez gordo de Galicia, nada más.

—No he estado en Galicia, he estado en Barcelona —dice, para mi sorpresa, y consigue que cambie la postura relajada y me gire un poco más para observarlo, descolocada.

—¿Y por qué nos mentiste? No lo entiendo.

—Porque el primer año sí que estuve en Galicia. —Le da un trago tan largo y contundente que todo el contenido cobrizo desaparece. Acto seguido, mira su reloj—. Es tarde.

—¿Y después? Por favor, no me hagas sacarte la información con sacacorchos. No puedes soltar algo así y pretender dejarlo aquí.

—Después, el trabajo se complicó y tuvimos que irnos a Barcelona. Las condiciones cambiaron.

—Muy bien, pero ¿por qué no sabíamos nada?

Se pone de pie y yo repito su acción con rapidez, dispuesta a no dejarlo ir.

—Es difícil de explicar y de comprender. Yo no quería que me relacionarais con Biel, el pez gordo, por eso no os di información, y tampoco quería que él os relacionara conmigo, así que les dije que vivíais en Sevilla.

—¿Quiénes?

—Mi familia.

Su familia.

Es la primera vez que llama así al extraño grupo de personas que formamos tras la muerte de mi madre.

Me esfuerzo por tragarme el nudo que se me ha formado en la garganta.

—Biel. Lo has nombrado antes, en tu pesadilla. ¿Quién es?

—Eva…

—Por favor. —Sujeto su brazo justo cuando va a darse la vuelta. Sus ojos se posan en mi mano blanquecina, que contrasta con la firmeza y la tinta de su piel, y después ascienden hasta los míos—. Todo esto es muy raro y comienza a inquietarme.

—Ni siquiera sé el verdadero nombre del tipo al que he estado

cubriendo durante diez años —dice, más para sí que para mí—. La gente cercana lo llamamos Biel, pero su reconocimiento y reputación es gracias al sobrenombre del Atrapasueños. Es irónico que ahora aparezca en casi todas mis pesadillas y casi no me deje dormir.

Recuerdo las veces que lo he escuchado sobresaltado desde mi habitación, en plena madrugada. Casi todas las noches desde que regresó hace apenas una semana.

—¿Por eso lo llaman así?, ¿porque aparece en las pesadillas de los demás? —indago.

—Y por algún que otro motivo más.

—¿Qué tiene que ver con tus excompañeros?

—Ellos trabajan para él, como lo hacía yo. Ahora están aquí porque piensan que tengo algo que les pertenece, pero no es cierto.

No lo digo en voz alta, pero sé que el pago soy yo. Tal vez Elena o mi padre. Pensarlo me aterra.

—Si les dijiste que vivíamos en otra parte, ¿cómo nos han encontrado?

—Pensé que mentirles y no ponerme prácticamente en contacto con vosotros sería suficiente si algún día se torcían las cosas, pero los subestimé.

—Se torcieron.

Asiente.

—Hace poco entendí que en ciertos lugares puedes elegir cuándo entrar, pero no cuándo salir.

—Pero tú estás aquí —susurro preocupada.

Empiezo a comprender el porqué de su ausencia, de su alejamiento. Empiezo a paladear el peligro, aunque no sepa de dónde procede.

—Sí, y además con bastante sueño. —Sonríe—. Así que si me permites… —Mira mi mano, que todavía está sobre su antebrazo y que se niega en rotundo a dejar de notar esa piel cálida bajo los dedos.

Dudo si preguntar, pero algo me incita a hacerlo, a pesar del miedo a su respuesta:

—¿Por qué yo?, ¿por qué me buscan a mí?

Sus ojos brillan aterrados al contemplarme.

—Porque, a pesar de lo mucho que me he esforzado para que no ocurriera, han descubierto mi punto débil, lo que de verdad me importa.

14

En la superficie, era todo efervescencia y actividad; por dentro, avanzaba por la vida como si hubiera descubierto que el suelo que pisaba estaba lleno de socavones y de un momento a otro podría ceder bajo su peso.

Adán

Llegó a mi vida un martes trece, aunque de eso me percaté después. Aquella mañana no era capaz de recordar ni mi nombre ni dónde me encontraba, y mucho menos sabía qué número marcaba el calendario. Tampoco es que importara. En La emperatriz todos los días eran iguales, y si no exactos, variaban muy poco uno de otro. Desde que entraba luz por las ventanas hasta que desaparecía, el personal se dedicaba a preparar el gran local para que por la noche no faltara un detalle. Después, cuando la oscuridad hacía acto de presencia para ocultar el verdadero rostro del hombre, llegaba la diversión en forma de alcohol, drogas, baile y sexo, mucho sexo. De todas aquellas sustancias se encargaba Biel, mi jefe.

Cuando me contrataron para trabajar para él me dijeron que era joven, fuerte y discreto; el chico perfecto para el puesto. Más tarde comprendí que aquello era sinónimo de ser un ingenuo sin experiencia y sin mucho que perder. Únicamente, tendría que proteger a un gran empresario gallego, un inversionista reservado que comenzó a despuntar en la ciudad gracias a la ganancia de dinero y que, aunque hasta ahora se había movido solo, comenzaba a sentirse desprotegido. Mis ganas de alejarme de casa pudieron más que mi intuición, que me pedía a gritos no aceptar la oferta. Lo hice, porque no creía que hubiera nada peor que quedarme y recaer, y viajé para conocer a aquel inversionista que al final resultó ser italiano y del que no había apenas información ni en Internet ni en el círculo de *amistades* en el que comencé a moverme.

Lo importante es que ella apareció aquella madrugada de martes trece, y sin Susana saber de su presencia dentro del *pub*, al día siguiente las cartas le dijeron que estaba maldita; no ella, sino su existencia en aquel lugar. Pero es que las cartas de Susana hablaban más que todos los integrantes de La emperatriz juntos. Esas malnacidas plastificadas, de forma ancha y figuras coloridas imposibles de descifrar, parecían pasarse el día enviando mensajes que ninguno creíamos; excepto su dueña, claro, quien confiaba ciegamente en cada aviso divino.

«Llegará y se deshará como el caramelo en la boca del deseoso, será desprendida del envoltorio de protección que a todos nos embala al nacer. Y cuando pierda la pureza que la mantiene viva, solo quedará un corazón vacío, un alma rota, un puñado de trozos que nunca más encontrará su forma completa. No mientras esté aquí. No mientras el Atrapasueños persiga el suyo».

—Adán.

Alguien sacudió mi hombro de manera poco delicada y me hizo entreabrir los ojos. Aquella mañana, los rayos de sol eran agujas punzantes.

—Cierra esa puta cortina —le pedí a voces, cubriéndome con el brazo.

—Es tarde y Biel no está de humor. Puedo escuchar sus gritos desde aquí arriba.

Hice un esfuerzo por incorporarme en la cama e intentar recordar qué había bebido o tomado la noche anterior. Tenía la boca reseca y me encontraba extenuado, tanto que lo único que me habría hecho saltar de la cama con verdadera motivación habría sido enterarme de que los gritos de Biel eran de agonía porque estaba a punto de morir y que aquella noche celebraríamos su funeral. Coca, seguro que me había metido coca. Las pocas veces que había sucumbido, al día siguiente me sentía así de apático y sin ganas de vivir.

La primera vez, el Pepitas me había dicho que ayudaba a sobrellevar la carga, pero yo no tenía que sobrellevar nada. Ese era el problema. Hacía mucho que me sentía vacío, sin dolor, sin motivos para intentar salir de allí. Hubo un tiempo en el que lo deseé con todas mis fuerzas, pero la ilusión de un hombre es tan fácil prenderla como apagarla.

Arrastré mis pies hasta encontrar unas zapatillas y bajé directamente para comprobar qué le ocurría al Atrapasueños.

El local era una estancia de casi mil metros cuadrados repartidos en dos plantas llenas de lujoso mobiliario, escenarios, habitaciones y *suites*. Por la noche, la luz velada de color azul conseguía que cada detalle plateado del local pareciera elegante, pero durante el día siempre me dio la sensación de ser un antro, a pesar de la exquisitez del lugar.

En aquel momento descendía por las majestuosas escaleras de mármol que separaban ambas plantas. Me contempló con desaprobación al llegar a su altura.

—Maldito gandul, ¿dónde estabas?

—¿Qué ha pasado? —pregunté, ignorando su buen humor mañanero.

Solo me hizo falta echarle un rápido vistazo al lugar para comprobar que el equipo de limpieza todavía no había terminado con su función. Sobre las mesas había vasos usados, ceniceros llenos y restos de coca.

—Se ha perdido la mercancía. La policía le ha dado el alto al camión en la B-10 y se ha desviado en una maniobra que ha levantado el polvo. —Golpeó la mesa de su izquierda con tanta fuerza que un par de vasos cayeron al suelo, armando un gran estruendo de cristales.

—¿Los han cogido?

—No lo sé. He mandado a Axel en busca de información. —Se tiró del pelo, desesperado.

—¿Qué traía el camión?

—¡Aaarg! —Golpeó un cenicero pesado que cayó con fuerza. A mis pies, el suelo se tiñó de ceniza y colillas.

En este caso, el género debía ser de calidad. Estaba acostumbrado a sus ataques histéricos cuando alguna mercancía se extraviaba durante unos días, pero en esta ocasión lo notaba demasiado irritado. No era difícil recuperar lo perdido; los altos cargos de Barcelona que deberían encargarse de tener a Biel entre rejas compartían con él drogas y mujeres la mayoría de las noches, aparte de guardarle un máximo respeto que el Atrapasueños se había ganado a pulso. Si en algún momento de tu vida te cruzabas con este tipo, difícil resultaba apartarte de él. Sabía de lo que hablaba.

Eran los mismos que requisaban la mercancía los que se la entregaban como acto de buena fe o a cambio de intereses, aunque esto último cada vez sucedía menos. Si chantajeabas al Atrapasueños ganabas a corto plazo, porque nunca diría que no a la petición, pero a nuestro alrededor comenzaron a comprender que Biel nunca había accedido de verdad. Meses más tarde pagarías por ello de la manera más cruel y dolorosa que se le ocurriera. Y era un tipo con mucha imaginación. Le devolverías con intereses el dinero conseguido y acabarías tragando tierra en un agujero recóndito en el que nadie te encontraría.

—¿Qué llevaba el camión? —repetí.

—Oro, Lusco, llevaba oro… Y espero que aparezca pronto. ¡Que alguien se encargue de este desastre! —exclamó, y me miró con fijeza —. Date una ducha, haz algo con ese aspecto que tienes y encárgate de buscar un espectáculo novedoso, impresionante e irrepetible para esta noche. Si la mercancía no aparece, necesito algo con lo que entretener a nuestros invitados.

En otra ocasión me habría enfrentado a él y le habría dejado claro que no era su recadero, pero aquella mañana prefería organizar una fiesta que pasarla junto a él, escuchándolo gritar y partir cosas a su paso.

Una vez duchado y algo más decente, busqué al Pepitas. Se encontraba sentado cómodamente en un sofá de escay negro, con un periódico abierto y una taza de café delante. Me senté a su lado. De manera automática, se acercó Kerstin con otro café para mí. Era una sueca bonita, de pocas palabras y majestuosamente inteligente. Solo ella y Susana estaban exentas de acostarse con otros hombres; Susana porque siempre había sido la debilidad de Biel y estaba a su lado de manera fiel desde hacía más de diecinueve años, y Kerstin porque había asumido el papel de sirvienta de todos nosotros y el de amante

de Biel. No hacía falta ser muy listo para deducir que a una preciosa rubia de veinte años y mirada angelical no le atraía un asqueroso y grosero tío de casi cincuenta, delgado como un palo y pelo negro recogido en una coleta desaliñada, pero supongo que es mejor acostarse con un solo hombre que te repulse que con veintenas de ellos.

—Gracias, rubita. Eres lo más bonito de este antro —le dijo el Pepitas con una sonrisa extensa, a pesar de que el café era para mí. Abandonó el periódico y me miró—. ¿Cómo va el enfado de Biel?

Me encendí un cigarro y le di otro a él. Tras una calada profunda, contesté:

—Sigue rompiendo cosas. Ha estrellado un buda contra la cristalera del salón pequeño y los de la limpieza llevan horas recogiendo cristales por todas partes. Biel ha amenazado con degollarlos a todos mañana si algún cliente se corta esta noche.

—Eso quiere decir que la mercancía no ha aparecido y que ya queda un buda menos. Qué ganas tengo de que esos chinos gordos de color plateado desaparezcan del todo.

—No son chinos —le informé.

—Lo que sean. ¿De dónde es el gordo ese?

—¿Buda? —Asintió, y yo me encogí de hombros—. No lo sé, pero de China no. Puede que de Nepal.

—Pues a ver qué pinta aquí un *nepalense*.

Solté una carcajada.

—La cuestión es que un gordo *nepalense* —recalqué apropósito— desaparece si Biel se enfada por cualquier motivo.

—Porque el agua de la bañera esté tres grados más caliente de lo que él quiere —me interrumpió.

—O grado y medio más fría —añadí.

—O que el café lleve dos cucharadas de azúcar en vez de dos y media.

—O que hayamos cambiado la marca del aceite de los masajes —intervino Kerstin divertida al pasar por nuestro lado para dejar sobre la mesa unas magdalenas caseras y volver a desaparecer.

—¿Estás insinuando que para cambiar la decoración completa del *pub* tenemos que hacer enfadar a Biel constantemente? ¿Más constantemente que de costumbre? —cuestionó el Pepitas—. Amigo, odio esas figuras plateadas, pero aprecio un poco mi vida.

—¿Sabes qué trae esta vez? —le pregunté, cambiando de tema.

Si yo no sabía nada de la mercancía, difícilmente él tendría información. Pero, a veces, Susana, Kerstin o algunas de las chicas que le hacían compañía al Atrapasueños y sus clientes hablaban de más después de poner la oreja mientras trabajaban.

Sergio se encogió de hombros.

—No he querido indagar. Cuando vuelva Axel, nos contará. Y tú, ¿qué haces por aquí?

—Organizar una fiesta para esta noche. Si la mercancía no está, debemos entretener a los invitados con algo novedoso, impresionante e irrepetible —recalqué las palabras del jefe.

—Podemos bailar Axel, tú y yo en tanga sobre el escenario principal, y después nos liamos, como hacen estas. —Señaló con la cabeza hacia el pasillo que llevaba a las habitaciones de las chicas—. No me digas que no es novedoso e impresionante.

—E irrepetible, porque si te acercas a mí, te doy una paliza que no pones los pies en el suelo en tu vida.

Rio con fuerza y yo me incliné para coger la taza de café de la mesa. Fue en ese instante cuando me percaté del rostro conocido que mostraba el periódico. Me hice con el trozo de papel con rapidez y lo ojeé con atención. Mi respiración desapareció durante los segundos que mis ojos pasearon por la hoja rugosa.

Era ella.

La reconocería en cualquier lugar del mundo, por muchos años que hubieran pasado. Mi madre me había hablado de su reciente carrera como actriz, del éxito que estaba teniendo la serie que había empezado a grabar pocos meses antes, pero una cosa era oírlo y otra muy diferente verla ahí, con esa sonrisa deslumbrante dirigida a la cámara.

Había cambiado. Aparte de ser mucho más mujer y no la adolescente que dejé atrás, una Eva salvaje parecía haberse tragado sin piedad a la pecosa inocente. Ahora, sus impresionantes y enormes ojos verdes eran determinantes, fieros y confiados, y su pelo, antes naranja natural, lucía rojo como la sangre y atrayente como el fuego. No obstante, a pesar del aspecto feroz y maduro, a su alrededor seguía brillando esa aura limpia y pura, como su alma. Porque Eva era luz. Era perdón. Daba igual cuántas veces la cagara con ella, los desplantes y las malas palabras, que siempre estaba ahí para mí.

Estaba, en pasado.

—Eh, Lusco. —El Pepitas chasqueó los dedos delante de mi cara—. ¿Qué coño miras? Estás embobado.

—Nada. —Cerré el periódico con fingido desinterés y lo solté sobre la mesa.

—Te digo que si te ayudo con los preparativos de esa fiesta. No tengo nada que hacer, y cuanto más lejos me mantenga de Biel unas horas, mejor. Al menos hasta que aparezca la mercancía.

Asentí.

La mercancía tenía nombre. La conocería muy pronto y marcaría un antes y un después en mi vida.

15

Como si fuesen dos nombres destinados a ir juntos.

Eva

Su punto débil.

Lo que de verdad le importa.

Acaba de decir eso en voz alta refiriéndose a mí. Mi corazón galopa a un ritmo frenético durante los segundos que sus ojos están clavados en los míos. No me atrevo a moverme ni a pestañear, o quizá es que no estoy capacitada.

—Yo… —titubeo, sin saber realmente qué decir. De manera automática, aparto mi mano de su piel al notar un calambre placentero extenderse a través de mis dedos.

Él alarga el brazo y yo sigo el recorrido de su mano fuerte y tatuada, que sube con lentitud y se acerca a la comisura de mi boca, la cual acaricia con suavidad. Me atrevo a elevar la mirada hasta sus ojos. Están fijos ahí donde toca y no pierden detalle del movimiento intencionado de su pulgar, que viaja hasta mi labio inferior y lo desliza dolorosamente lento, como si tuviera todo el tiempo del mundo para navegar a través de él.

—En este momento, creo que corres más peligro si me quedo contigo que dejándote sola. —Continúa manipulando mi labio a su antojo hasta conseguir abrir mi boca levemente, de la que se me escapa un suave jadeo—. Estoy aquí para protegerte de otros, pero no sé cómo hacerlo de mí, Eva.

La calidez de su contacto desaparece con premura. Lo siguiente que veo es su gran espalda, porque se ha dado la vuelta y se dirige a las escaleras, dispuesto a alejarse. De nuevo me digo que, si él no hubiera parado, yo habría caído en cualquier tipo de tentación que tuviera que ver con su cuerpo.

Me acerco al sofá con pasos autómatas y vuelco en mi garganta todo el contenido de mi copa antes de acomodarme y enfocar el fuego. Inconscientemente, me acaricio los labios ahí donde han tocado sus dedos. Ahora sí, vuelvo atrás, a aquel viaje a Granada. Y no hago nada por evitarlo, porque al menos su recuerdo se sentará a mi lado y me dará el calor que busco encarecidamente de él y que acaba de negarme.

Adán ha desaparecido. Elena está al borde de un infarto y mi padre se dedica a dividirse en dos para tranquilizarla y seguir buscándolo; entra y sale del bungaló sin parar. A mí la situación me parece ridícula. No es un jodido niño pequeño. Tiene veinticuatro años y hace casi cinco que salió del nido y se independizó en la otra punta de España. Sigue vivo y tiene todas las piezas dentales en su sitio, así que no entiendo tanta angustia porque tarde un poco más en volver de un paseo por el bosque. Hasta

donde tengo entendido, aquí en Andalucía no hay osos ni ningún animal que pueda tragárselo de un bocado. Aun así, creo que la inquietud de Elena está relacionada con la actitud de mierda que ha mostrado su hijo durante todo el trayecto y en los dos días que llevamos aquí.

—Voy a buscarlo yo —les digo mientras me hago con una de las linternas que hemos guardado en el cajón del escritorio.

—Eva, ¿estás segura?

—Sí, papá. No van a comerme, y sé que Adán no está lejos.

Arruga el entrecejo.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo intuyo. —Carraspeo.

¿Cómo explicar que siempre sé cuándo está cerca? Suena loco. Mi madre bromeaba diciendo que éramos como esos perrillos de camadas diferentes que se crían juntos como hermanos y crecen exactamente a la vez, igualando la altura, aunque sus razas no tengan nada que ver. Decía que Adán y yo teníamos ese instinto de parientes que no comparten sangre, pero sí casi todas las horas del reloj y las experiencias de la vida. Yo nunca lo había sentido así; de hecho, era otro vínculo muy diferente el que parecía llevarme al lugar donde estuviera. Pero ¿quién era yo para quitarles esa ilusión que todos parecían tener por que los hijos únicos no fuéramos hijos únicos? A veces me entraban ganas de gritarles que, si tanto deseaban que tuviésemos hermanos, bien podrían haber hecho otro hijo cada uno.

—Si lo encuentras, avísanos —me pide Elena.

Me alejo del bungaló con la linterna encendida y camino con determinación hacia un punto exacto. Sí, suena loco, muy loco, pero es que sé dónde está. Y si no estoy en lo cierto, siempre puedo darme la vuelta.

No me equivoco.

Muchos minutos después, lo veo. Antes de que lo haga él conmigo, saco el móvil y le envío un mensaje a mi padre para avisarlo de que lo he encontrado, que todo va bien y que volveremos dentro de poco. Se encuentra sentado en el suelo, delante de la hoguera en la que hemos estado hace unas horas con el grupo de turistas a los que nos hemos unido, como si nos encontrásemos en un campamento de verano y fuésemos chiquillos. Nos lo hemos pasado de maravilla fingiendo que lo éramos.

Me acerco a él, y aunque sé que escucha el crujir de las hojas bajo mis pies, no hace amago alguno de mirarme.

—Están preocupados por ti —le digo.

—Solo he salido a dar una vuelta. Ni que tuviera diez años.

—Eso mismo pienso yo.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Dar una vuelta.

—Lárgate, Eva.

Cuento hasta cinco mentalmente, pero no puedo tragarme mi opinión

durante más tiempo, o se me pudrirá en el estómago:

—Mira, Adán, no sé qué coño te pasa ni cuánto tiempo piensas comportarte como si, efectivamente, tuvieras diez años.

—Ahorra saliva y vete.

Sigue sin mirarme, y no puedo evitar perderme en su perfil, en ese rostro tan varonil, tan marcado, tan perfecto.

—No me da la gana.

Se levanta, y sé por la rigidez de sus hombros que está dispuesto a marcharse él. Me interpongo en su camino y no se lo permito.

—¿Qué haces? —me increpa enfadado.

—Vas a escucharme te guste o no, ¿te enteras? Porque resulta que tu estupidez me afecta a mí. Estoy más que cansada, harta, de que Elena viva en constante preocupación por lo que pensará su hijo de ella, por el siguiente paso que darás, por meditar cómo comportarse en todo momento delante de ti.

—Quítate, Eva.

Intenta pasar por mi lado, pero de nuevo me planto delante de su cuerpo. Si realmente deseara marcharse, podría apartarme con la fuerza de un solo dedo, pero no lo hace. Está enfadado, muchísimo, y sé que el motivo no es más que haber presenciado en primera persona cómo nuestros padres se aman. Lo habría asumido antes si no hubiera salido corriendo hace cinco años. Por suerte para su delicada piel fina, Elena y mi padre han guardado las distancias como nunca los he visto hacerlo en este tiempo, hecho que solo ha conseguido enfadarme más. Ahora estoy dispuesta a reprochárselo.

—¿Sabes cómo cambia la actitud de tu madre delante de ti? No se atreve a darle un beso de buenos días a mi padre o gastarse las bromas que gastan a diario el uno al otro por si tú estás cerca y te conviertes en esto. —Lo señalo—. Pasa la vida lamentándose porque no estás, pero no sé si en realidad es más feliz si no apareces y no tiene que fingir ser alguien que no es.

El brillo de sus ojos me indica el dolor que le han causado mis palabras, pero no me arrepiento ni un poquito de ellas.

Ante su mutismo, continúo:

—Se quieren, y debes asumirlo de una jodida vez. No le hacen daño a nadie. Se tienen el uno al otro.

—Parece mentira que tú los defiendas cuando es tu madre la que está bajo tierra y la mía quien la sustituye en la cama —arremete con rabia, como si de una guerra de hacer daño se tratara.

La patada ha ido directa al lugar más sensible que me compone y el corazón me tiembla de dolor y rabia al escucharlo. El Adán adolescente que se marchó podía ser cambiante y convertirse a veces en un borde, cortante e incluso burlarse de mí, pero nunca dañino. Jamás me ha hecho daño verdadero de ninguna manera que no fuera marchándose o volviendo

para torturarme con su presencia.

Los ojos me escuecen y sé que están a punto de anegarse. No me importa que lo hagan ni que él lo presencie, lo único que no pienso permitir es que el daño que ha causado me impida soltar lo que tengo que decirle. Respiro una vez, profunda y concienzudamente, y lo miro a los ojos conteniendo la rabia.

—Eva, no quería decir… —Intenta posar su mano en mi brazo, pero lo aparto de un movimiento brusco.

—Solo se tienen el uno al otro —repito—. Cuando tú te vas de aquí y te desentiendes de ella durante meses, conformándola con información dosificada o con decirle que pronto volverás, quien se queda es mi padre; para consolarla, para amarla y para darle lo que cientos de hombres pueden ofrecerle. ¿Sabes qué pasa, Adán? Que ella tiene claro quién quiere que se lo dé. Ella, a diferencia de muchos otros, es valiente. Hay que serlo para amar a esa persona que todos se empeñan en apartar de ti.

»Los defiendo porque siempre nos han antepuesto a nosotros dos, aunque no quieras verlo. Cuando enterraron a mi madre bajo tierra —noto cómo traga saliva con fuerza al escucharme repetir sus palabras—, yo tenía trece años. Durante dos putos años, mi padre parecía más ausente que mi madre. Y fue la tuya —golpeo su pecho con mi dedo— quien estuvo ahí, para mí y para mi padre, sin descuidarte ni un segundo a ti.

—Verlos juntos… me mata.

—Puedes estar tranquilo, el amor nunca ha matado a nadie.

Se toca el pelo con nerviosismo.

—Estás en tu derecho de apoyarlos y yo estoy en el mío de no hacerlo. Nunca te he pedido que lo entiendas ni que me…

No lo dejo terminar. No estoy dispuesta a guardarme lo único que me queda por decirle:

—Elena sacó a mi padre del pozo y consiguió que yo jamás tuviera la necesidad de entrar en uno porque nunca me faltó de nada. Así que, sí, los apoyo, los defiendo, y me parece de ser un completo imbécil lo que estás haciendo con ellos.

—Sé que no te faltó nada —dice con la voz entrecortada y los ojos claros, chispeantes por las llamas.

—Sí, me falta algo —reconozco, en presente. Y ni siquiera sé por qué lo hago ahora.

—¿El qué?

—Mi amigo. De las dos personas que fuiste siempre, el Adán amigo y el Adán idiota, chulo y adolescente, solo me queda el recuerdo del segundo. Y no es justo.

No lo es porque hemos vivido muchos momentos bonitos, muchísimos, divertidísimos e inolvidables, pero su huida los empañó. Esto no se lo digo. No me atrevo a abrirme de una manera tan pura delante de él.

—Eva… —Ahora sí consigue hacerse con mi brazo, aunque me suelto

enseguida—. Lo siento. No quería decir eso de tu madre. Sabes que yo la quería muchísimo y…

—Déjame. —Golpeo su pecho, llena de rabia por su comportamiento, por su ausencia, por marcharse y dejarme aquí, sola con su recuerdo.

—Eva, para.

No me percato de que sigo empujándolo con furia hasta que rodea mis muñecas con sus manos y me detiene.

—¡Déjame! —le pido desesperada.

Tampoco me doy cuenta, hasta este mismo momento, de que mi voz suena estrangulada, que mis lágrimas caen desbordadas y que he perdido el control de mi respiración.

No me deja. Por una vez, aunque se lo he pedido yo, no se permite dejarme. Me aprieta contra su pecho y me retiene ahí unos segundos, pronunciando palabras de consuelo que poco a poco me calman:

—Shhh… Tranquila, tranquila.

Los segundos se han convertido en minutos y seguimos de pie, frente a la hoguera, rodeados de troncos que han servido de asiento. Mi respiración ha vuelto a la normalidad. Me tiene abrazada, rodeada con sus grandes brazos y apretada contra él. Puedo olerlo, y es una sensación tan placentera que cierro los ojos para concentrarme en su perfume. Ojalá pudiera refugiarme en este rincón cada vez que el mundo me hiciera daño.

No lo digo, no lo confesaré jamás, pero su pecho, la seguridad de sus brazos, acaba de convertirse en mi lugar favorito del mundo.

—Perdóname —me susurra, y besa mi cabeza. Durante un momento, el Adán amigo, el hermano protector, vuelve—. Perdóname, Lentejas, por favor. No quería…

—Sé que no querías decir eso —lo excuso, todavía entre hipidos suaves.

—En realidad, iba a decir que no quería apartarme de tu lado.

—Pero lo hiciste —me atrevo a reprocharle, puede que porque me amparo en su pecho para no mirarlo.

—En ese instante creí que era lo mejor.

—¿Y ahora no lo crees?

—No.

—Siempre puedes volver.

—No. —Besa mi pelo de nuevo—. No siempre es posible volver.

—¿Por qué?

Me aparta y me obliga a mirarnos. Hace mucho que no reconozco la debilidad en esos ojos azules, pero ahora mismo está reflejada en ellos.

—Perdóname.

No me da tiempo a preguntarle por esa nueva disculpa, pero enseguida sé por qué la hace. Al menos lo descubro a medias cuando se acerca a mí y atrapa mi boca con avidez a la vez que abre la cremallera de mi abrigo y se desprende de él con rápidos y desesperados movimientos. Me besa, me muerde y lame mi mentón en busca de mi cuello mientras me saca con

dificultad la camiseta térmica que llevo debajo. Me desabrocha el sujetador y, acto seguido, desliza las manos en busca de mi pantalón.

—Adán, ¿qué vas a hacer? —le pregunto entre jadeos, entregándome a él como una muñeca de trapo entre sus manos.

La poca ropa que me queda desaparece, y ahora es él quien se deshace de la suya con mucha rapidez. Su cuerpo desnudo iluminado por el fuego es el espectáculo más maravilloso que he podido contemplar.

—Tienes razón, pecosa. El amor nunca ha matado a nadie, pero la falta de él sí.

Sus ojos me dicen que no piensa dejar que muramos.

Toso con insistencia. Siento que me ahogo y que el aire no llega puro a mis pulmones. De repente, como si fuera un ente que todo lo ve y lo siente desde algún punto, me visualizo tumbada bocarriba en el sofá, delante de la chimenea de la casa rural mientras mis pulmones se intoxican por el humo negro que no me deja respirar con normalidad. Intento despertar, pero no puedo. Sé que estoy dormida, e intuyo que soñando. Han sido ya un par de veces las que he sabido diferenciar la realidad de los sueños estando dentro de ellos. No sé si es algo común, pero hasta hace poco nunca me había ocurrido.

Alguien se coloca sobre mí y presiona mi pecho con sus manos, con la clara intención de que el humo negro salga de mis pulmones.

—¡¡Vuelve!! —me grita con una fuerza arrolladora.

Abro los ojos al identificar la voz de Javiela.

Se encuentra sobre mí y no deja de presionar con sus manos en una maniobra de reanimación. Tiene el pelo enmarañado, del color castaño de antes de teñirse, y en la posición que se encuentra —de pie y levemente inclinada—, le cubre parte del rostro pálido y ojeroso.

—Ja… Javiela —pronuncio con dificultad debido a la tos.

—No puedes abandonarme. Ahora no. —Sigue insistiendo con sus manos sobre mi pecho. Ejerce tanta fuerza en cada compresión que sé que expulsaré todo el humo de un momento a otro, o el corazón—. Tienes que continuar, solo un poco más. Deben saber la verdad.

Desde algún lugar que todavía no identifico, aprecio cómo los pulmones se me llenan más y más hasta oscurecerse por completo. Sé que no es posible, pero los veo con claridad, como si no existiera piel. Son vetas negras que se extienden hasta cubrirlos.

Un nuevo ataque de tos me invade y creo que no voy a ser capaz de pronunciar una palabra, pero al fin lo consigo, pese a que mi voz suena muy débil:

—¿Qui… quiénes de… deben saberla?

—Todos. El mundo.

Quiero preguntarle por qué yo, por qué acude a mí, pero no puedo hacerlo. No tengo fuerzas y siento que me desvanezco. Los hilos

negros han ganado. Han coloreado por completo mis pulmones y mis capacidades.

Entonces unos brazos me cargan y ya no puedo verme desde ningún lugar, ni a mí, ni a Javiela ni a mis órganos oscuros.

—¡Joder, Eva! —escucho, y esta vez la voz pertenece a un hombre.

Unos golpes secos sobre mi cara me obligan a abrir los ojos, aunque es la acción más dificultosa que he realizado nunca. Cuando lo consigo, el rostro rudo y preocupado de Adán es lo primero que encuentro a un palmo del mío.

Toso, toso muchísimo. Al hacerlo, no consigo aliviar la picazón en mi pecho. Adán reposa mi cabeza con cuidado en el suelo y corre en dirección contraria. Vuelve en unos segundos con un vaso de agua que me acerca a los labios. No puedo hacer mucho más que mojármelos al principio, aunque eso ya me sabe a gloria; después, cuando la tos me lo permite, voy dando tragos cortos. Ni tras haber corrido la carrera de fin de curso en el colegio me había sentado tan bien un poco de agua.

—Maldita sea —lo escucho maldecir nervioso a la vez que golpea mi espalda y lucha conmigo por calmarme.

Unos minutos más tarde, que se me antojan los más largos de mi vida, la tos se ha calmado de manera considerable y noto el aire entrar con normalidad en mis pulmones. Miro hacia los lados y descubro que estoy en el suelo del porche, pegada a la entrada de la casa. Empiezo a sentir el frío colándose a través de mi ropa, pero me sienta tan bien que no me levanto de aquí. Adán respira con intensidad, en cuclillas a mi lado. No me quita la mirada de encima.

—Estoy bien —le digo, leyendo su preocupación. Tomo un poco más de agua para calmar la poca y espaciada tos que queda—. ¿Qué ha pasado?

Le cuesta responder debido al esfuerzo:

—He salido a dar una vuelta por los alrededores de la finca. Al volver, el salón estaba lleno de humo. Joder. No debiste mover las maderas.

Mi entrecejo se frunce al mirar hacia dentro y comprobar que en la estancia hay una neblina oscura. Sí, recuerdo haber toqueteado la leña con el atizador cuando encendimos la chimenea.

—¿Ha tenido algo que ver?

—Se ha salido un tronco ardiendo y es lo que ha llenado el salón de humo. El propietario nos pidió que tuviéramos cuidado con eso durante la noche; seguro que no es la primera vez que ocurre. Si llego a tardar más o la casa ser más pequeña…

—Lo siento —murmuro.

Suspira, se acerca a mí y, para mi sorpresa, hace algo que me deja totalmente fuera de juego: me rodea con los brazos sin presionar

demasiado y deja un beso en mi frente, como cuando de niña me caía de la bicicleta y besaba mi rodilla para que el llanto cesara.

—No lo sientas. No ha pasado nada, tú estás bien. Ahora voy a abrir esta puerta y todas las ventanas para que se vaya el humo.

Asiento y me levanto del suelo.

—Te ayudo.

—Quédate aquí un rato para ver cómo te sientes. No creo que haya dado tiempo y tienes poca tos, pero hay que comprobar que no te hayas intoxicado.

No le rebato nada porque no sé cómo se comprueba eso y él parece tener más idea que yo. De todos modos, me encuentro demasiado aturdida con la imagen de Javiela en mi cabeza como para discutir por abrir y cerrar ventanas. Intento apartarla, no obstante, sé de sobra que no ocurrirá. Acabo de tener una de esas pesadillas que te acompañan durante todo el día o, lo que es peor, de las que vuelven cuando cierras los ojos.

Una mano me ofrece mi abrigo y lo acepto tras susurrarle un gracias bajito a Adán. Poco después, ya estoy sentada detrás de la mesa de madera, cavilando, cuando aparece de nuevo y se sienta a mi lado. También se ha abrigado.

—Eso es maravilloso para los pulmones después de haberte tragado una estancia de humo. —Mira mi cigarrillo encendido y sonrío.

—No está sentándome mal, así que no creo que esté intoxicada. Supongo que es una buena prueba, ¿no?

Le lanzo el paquete de tabaco de manera vertical y rasante a la mesa. Se hace con uno y lo enciende.

—¿Qué hora es? —le pregunto, mirando hacia la espesura del jardín, en el que ahora mismo no se discierne nada.

No sé ni dónde tengo el móvil, y no llevo reloj. Él sí. Creo que recuerdo a Adán con uno envolviendo su muñeca desde que lo conozco.

—Las cuatro y media.

—Querías que nos acostásemos temprano y fíjate qué noche más movidita —me río.

—Lo hacía por ti. Eres tú la que tiene que sonreírle a una cámara dentro de unas horas y fingir que tu vida es genial, sin hermanos que vuelven y te pisan los talones y sin intoxicaciones de humo. Además, no tienes a tu maquilladora, ¿no?

—No. —Evito hacer comentario alguno sobre eso de los hermanos que vuelven y te pisan los talones.

—¿Estás con ella?

—¿Con quién? —Lo miro.

—Con la maquilladora. ¿Sandra, se llama? Creo que dijo que era tu asesora personal o algo así.

Suelto una risotada.

—No, no estoy con ella.

—Permíteme que lo dude.

—¿Por qué tendría que mentirte?

—No es que quiera presionarte o meterme en tu vida sexual, pero teniendo en cuenta que os he visto dos veces follando…

Le mantengo la mirada.

—Para no querer meterte en ella, bien que estabas ahí anoche, en la puerta de mi habitación.

—Pasaba por casualidad. ¿No sabes que para tener intimidad hay que dejarla cerrada? Ten cuidado. En algunos sitios, una puerta semiabierta es una invitación. —Se recuesta hacia atrás en la silla y me sonríe con chulería.

No sé qué es lo que me lleva a provocarlo un poco a las cuatro y media de la mañana, en mitad de un porche y envueltos en dos abrigos gigantes, pero lo hago. Puede que no debiera después de la tensión que se creó justo antes de que abandonara el salón, pero con Adán todo funciona así: primero actúo, después pienso y, finalmente, me arrepiento. En bucle.

—¿Habrías entrado de haberte invitado?

Alza la ceja izquierda a la vez que una de las comisuras de su boca. Desde luego, no se esperaba la pregunta.

—¿Me habrías invitado?

—Puede.

—¿A tu amiga le van los tíos? —Asiento—. Pues entonces sí, habría entrado.

Ahora, la que se recuesta con chulería soy yo. Le doy una calada al cigarro y expulso el humo en su dirección antes de preguntarle:

—¿Y crees que podrías con las dos?

—Te sorprenderías.

Quizá sea la visión de los tres cuerpos en mi mente o la de Adán frente al fuego aquella noche en Granada lo que hace que mis muslos se remuevan inquietos. El movimiento no pasa desapercibido para él, que desciende sus ojos descarados hasta mi entrepierna y los sube con un movimiento tan seductor y desvergonzado que mis terminaciones nerviosas han despertado sobresaltadas.

Se queda fijo en mis ojos, leyéndome, analizándome.

—¿Sabes lo que pasa, Eva? —No respondo, solo le mantengo la mirada—. Que no estás poniéndomelo fácil. He vuelto con las ideas muy claras; con una, concretamente, clarísima. Pero que yo lleve a cabo mi pensamiento depende de tu actitud.

—Ah, ¿sí? —pregunto con un tono tan casual, tan pasota, que hasta a mí me sorprende.

Estoy haciendo con Adán lo que hago con otros tíos para ligar, con

otros cualquieras que no me afectan en absoluto.

—Sí.

—¿Y qué se supone que traes clarísimo?

—Las ganas de desnudarte y follarte hasta que me sacie de ese cuerpo como he imaginado cientos de veces.

—Adán… —pronuncio de manera débil.

Sin pretenderlo, mis ojos se han desviado, incapaz de soportar el peso de los suyos y de la verdad que se lee entre sus palabras. Adiós a la Eva valiente. Debería entender de una jodida vez que con él las cosas no funcionan como con los demás. No es un cualquiera.

El juego de la provocación ha terminado. No puedo tragar saliva y el cuerpo me pesa. Mis dedos han perdido su fuerza y el cigarrillo se cae de entre ellos para acabar sobre el cenicero. ¿Cómo puede decirme esto?

A pesar de mi descolocación evidente, él continúa con aquello que estaba dispuesto a soltar:

—Tenía clarísimo que sería lo primero que haría al llegar, siempre que siguieras respondiendo como lo hacías antes. —Escuchar eso me avergüenza, porque al parecer siempre he sido como un libro abierto para él—. Entonces entró en juego tu amigo, el guaperas de la serie. La noche en la discoteca, cuando os besasteis…

—Nos viste.

Ríe.

—Te vi yo, la mitad de Huelva y la otra mitad al día siguiente en redes y prensa.

—David y yo no somos nada —me apresuro a aclararle, y me siento fatal al instante. ¿Qué explicaciones le debo? Ninguna. De hecho, sería mejor que pensara que sí, que tenemos algo.

Sonríe de medio lado al escuchar mi respuesta.

—No me preocupa. Aunque el guaperas esté en el juego, tu cuerpo sigue reaccionando al mío.

Es tan rápido que no puedo oponerme cuando se incorpora ligeramente, sujeta mi silla y la arrastra de un movimiento hasta su posición. Me deja muy cerca, con el peligro de su boca a escasos centímetros. Estoy ida, descolocada, pero no lo suficiente para comprender que va a besarme y para detectar en mi interior el deseo de que lo haga. Adán siempre será mi debilidad. Si diez años no han borrado su recuerdo, ¿qué lo hará?

Trago saliva y saco fuerzas de algún lugar para hablar mientras nuestras miradas se comunican en silencio, cerca, intensas:

—No deberías pensar así. Esto no…

—¿Está bien? —termina por mí con tono huraño—. ¿Te sientes mal por lo que hable la gente?, ¿por lo que puedan pensar nuestros padres? —Asiento—. ¿Cuándo se han preocupado ellos por lo que

podamos opinar nosotros? ¿Acaso lo suyo sí está bien?

No entro en la ronda de reproches que llegarían a continuación sobre nuestros padres y le respondo con el único pensamiento que me ronda por la cabeza, con eso que he guardado durante bastante tiempo:

—Siempre me he creído indiferente ante ti. Pensaba que…

—¿Qué, Eva? —Su boca casi roza la mía al pronunciar tan pausada e intencionadamente mi nombre.

—Que me ves como la mocosa que usurpó tu casa y tu vida, como la tocapelotas que estropeaba tus ligues, y que aquel día…

—Piensas que me acosté contigo por enfado, por despecho.

—Siempre lo he pensado. Quizá la chica de la cartera era importante para ti, aunque no lo demostraras liándote con Valka, y yo lo estropeé…

Coloca las manos en mis mejillas y busca mis ojos huidizos con intención.

—Mírame, Eva. —Lo hago—. Eres la mocosa que usurpó mi casa y mi vida, la tocapelotas que estropeaba mis ligues, y que todavía tiene el poder de enrabietarme y enternecerme a partes iguales. —Sonríe y yo repito su gesto, a pesar de la situación y de los nervios—. Pero no quiero que pienses ni por un momento que fuiste una más, que lo hice por despecho o por mi enfado.

—Entonces, ¿por qué?

No responde. Sus ojos brillan diferente, y me da la sensación de que sus pupilas se dilatan justo antes de acercarse a mi boca y hacerse con ella. No es rápido, y sé que está dejándome decidir si hacerlo o no. Durante unos segundos dudo, pero entonces sus labios se mueven sobre los míos y los maneja como si fuera lo que más ha anhelado del mundo entero: despacio, pausado, con tanta calma y tan caliente que mis muslos se buscan entre ellos de manera irremediable. Los humedece con su lengua, mucho más experta que la última vez que usurparon mi boca, y dentro de ella ahoga un gemido que suena a necesidad.

—¿Sabes eso de que lo prohibido es tentador? —me dice tras apartarse solo unos centímetros de mí.

—Me suena de algo. —Miro su boca, mi mayor pecado.

—Tú siempre has sido prohibida y yo siempre he estado tentado.

Se hace conmigo de nuevo, como si permitir que me alejara no fuera una opción. Cierro los ojos para disfrutar de su contacto sin ver a quién tengo delante, aunque reconocería su boca y su perfume entre millones de hombres.

Quiero detenerlo, necesito hacerlo. Sé lo que vendrá después, cuando llegue su desplante, su indiferencia. Sé que volveré a sentir que no valgo lo suficiente, que nunca soy bastante para nada ni nadie.

Todo el esfuerzo de años se vendrá abajo, y después, cuando llegue a casa y Elena y mi padre me pregunten qué tal me ha ido la convivencia con mi hermano, vendrá a mi mente este momento, besando mis labios, metiendo su lengua invasora hasta encontrar la mía, envolviéndose ambas como si quisieran desintegrar un caramelo compartido, degustándose. La culpabilidad será mucho mayor que el placer de su sabor y me machacará cada noche, como ocurrió cuando salió de mi habitación tras quitarme el vestido de época de color vino, o cuando se marchó de la hoguera y yo me quedé allí, en mitad del bosque y desnuda, en todos los sentidos de la palabra.

—Puedes pararlo ahora. —La voz rasgada de Adán me devuelve a su boca al hablar con determinación sobre mis labios.

Está dándome la oportunidad de detener esta locura. Sin embargo, parece que mi reflexión anterior no vale absolutamente para nada, porque me sorprendo diciendo en alto una frase a la que no le he dado permiso para ser pronunciada:

—No quiero pararlo.

16

Era consciente de sus propios defectos. Tenía uno inmenso: amar a quien no debía.

Escucharme ha sido un detonante para él.

Se levanta de la silla. Antes de que quiera darme cuenta, estoy entre sus brazos, yendo directa al salón. Me ha cogido a horcajadas, y yo he experimentado la necesidad imperiosa de rodear su cintura con mis piernas y no permitirme dar media vuelta y subir a mi habitación, que es lo que debería estar haciendo.

No necesita soltarme para cerrar la puerta; parece que tenga encima el peso de una pluma y no el de una persona. Se maneja a la perfección con una sola mano. Da unos pasos por la estancia sin dejar de besarme y se dirige a la gran ventana de madera del salón, la cual cierra también.

—Puedes soltarme —señalo.

Muerde mi labio inferior y, tras el daño momentáneo, me besa con cuidado.

—¿Y que te dé tiempo de pensar y arrepentirte? Lo siento, no puedo arriesgarme.

Mis pies tocan el suelo una sola vez. Nos ha colocado frente a la chimenea, entre esta y el sofá en el que me he quedado dormida, y creo que ha decidido bajarme de sus brazos para que la función de desvestirnos sea más rápida. Me desabrocha el gran abrigo con ligereza, lo saca por mis hombros y lo deja caer al suelo. Hay mucha ropa de por medio; demasiada para las ganas que se intuyen en el hombre que tengo delante y en la zona baja de mi vientre, que cosquillea de expectación. No aparta los ojos de mí mientras se deshace del suyo. Quiero quitarme la sudadera, pero Adán me lo impide.

—Ni se te ocurra.

—Has dicho que me querías desnuda.

—No es verte desnuda; eso ya he tenido ocasión de hacerlo un par de veces desde mi llegada. Es el placer de ser yo quien tenga el poder de desnudarte.

Es lento y se recrea mientras lo hace con la parte superior. Cuando

me ha despojado de las dos capas, me gira, aparta mi pelo a un lado y me muerde el cuello con deleite sin que sus manos paren de obrar con el broche de mi sujetador blanco y los tirantes, los cuales descienden con lentitud por mis hombros y brazos hasta aterrizar en el suelo. Un escalofrío me recorre la columna y se intensifica ahí por donde Adán va pasando su lengua, hasta detenerse en el final de mi espalda. Lo siento agachado detrás de mí. Sin que yo haga nada para colaborar, sujeta el inicio de mis *leggins* y los baja. Al colocarse delante, sospecho que se ha desprendido del último obstáculo textil.

—¿Tanto esfuerzo para no terminar el trabajo? —le pregunto con intención mirando mis braguitas, con esa voz inofensiva y apacible que no contiene una sola gota de inocencia.

Se muerde el labio y dirige sus ojos hasta la pequeña prenda, también de color blanco.

—Siempre me ha gustado respetar las jerarquías: primer plato, segundo plato —se relame con intención— y, lo mejor, el postre.

No quiero pensar que es Adán quien está delante de mí, con los ojos brillantes de deseo y los gruesos labios mordidos en la búsqueda de la contención por ir despacio y deleitarse. Pero, por otro lado, no puedo perderme la oportunidad de recrearme con su rostro, con su cuerpo, revolcarme en el placer de saber que esas palabras, sus gestos y el deseo que muestra en este instante son provocados por mí. Míos. Y quiero tragármelos, con la egoísta intención de quedármelos para siempre, de no compartirlos jamás. Así que me lo digo con convicción: «Tienes que disfrutarlo, Eva. Disfrútalo ahora, antes de que se desvanezca, como siempre ocurre».

—¿Las jerarquías? Tú no has respetado nada en tu vida —le recuerdo, acercándome a él. Me sonríe como un canalla—. Ni siquiera me respetas a mí, lo que represento.

Alza una de sus oscuras y perfectas cejas.

—¿Piensas que no te respeto?

Atrapa mi mentón con dos de sus dedos y alza mi rostro para lamerme los labios. Deja un reguero de sabor en ellos que no quiero que desaparezca. La diversión del comentario se esfuma cuando comienza a arrodillarse delante de mí, quedando a la altura de mi abdomen, y su voz suena rasgada al decir:

—Mírame, Eva. Me tienes a tus jodidos pies. Haz conmigo lo que quieras esta noche.

«Esta noche».

Un bocado firme encima de mis bragas me hace reaccionar. Mis instintos más incontrolables gritan para que aparte la tela y se haga con lo que él desea. Pero lejos de mis intenciones, besa mi abdomen y sube con lentitud hasta llegar a mis pechos. Los humedece de manera abundante con la lengua y acerca sus manos. Solo el tacto sobre ellos,

la presión de los dedos en mis pezones, me arranca un gemido. Intento no temblar. Quiero disfrutar de él, pero no me gustaría que palpara mi debilidad, lo que es capaz de provocar en mí solo por estar arrodillado, estimulando mis tetas; algo que normalmente es placentero, pero no enloquecedor. Con Adán todo parece volverme loca, y no puedo permitirme perder la cabeza por una noche, una jodida y única noche. ¿Qué es eso en comparación con toda una vida sintiéndolo?

Durante un momento, tengo delante al chico de la primera vez, ese entregado y delicado que no pretende únicamente despojarte de la ropa y desfogar. Solo que ahora es un hombre, el más impresionante que he tenido delante.

El prohibido.

—Entonces quiero estar en igualdad de condiciones. Fuera la ropa. —Lo insto a levantarse y lo hace, quedando de nuevo por encima de mí. Alzo la mirada para encontrarme con la suya.

—¿Quieres desnudarme?

Niego. Para su sorpresa, me siento en el sofá.

—Prefiero disfrutar del placer de ver cómo te desnudas para mí.

Ríe con fuerza, con naturalidad, y mi pecho da un vuelco al escucharlo y verlo así, distendido. Hace tanto que no escucho su risa sincera que el corazón me ha cimbreado con violencia.

—Vaya, pecosa… Me sorprende comprobar cuánto has cambiado.

Estoy casi desnuda, sentada y, contra todo pronóstico, tranquila. Mi cuerpo vibra, pero no lo causan los nervios; es culpa de la excitación. De la espera. Del ansia.

Adán se quita la sudadera y la camiseta de una vez y su torso se queda al descubierto. No soy consciente del movimiento que hace para desprenderse de la parte inferior porque estoy hipnotizada con ese cuerpo vigoroso, musculado, muy marcado y cubierto casi completamente de tinta negra que se extiende hasta su cuello y sube por una parte de su cabeza como una caricia oscura, como la música en una estancia. He visto esta imagen en alguna ocasión, pero no es lo mismo visualizarla a solas, en exclusiva, sabiendo que ahora podré pasar las yemas de mis dedos por cada centímetro de piel trabajada.

Desciendo visualmente hasta sus piernas. Dios, qué piernas. La tinta está esparcida hacia abajo en forma de dibujo y también las envuelve. No he visto a nadie, jamás, con tanta figura cubriendo lo que le ha sido entregado por naturaleza al nacer. Solo el bóxer claro interrumpe la continuación de la tinta. Hace unos años, no había nada dibujado debajo. Claro que tampoco había tantísimos tatuajes en él. Sí muchos, pero no como ahora. Tengo curiosidad por descubrir si eso ha cambiado.

—Yo no soy de jerarquías, Adán. Me gusta elegir el postre que voy

a comerme antes de hacerlo.

Vuelve a sonreír, sin poner objeción a mi petición, y se deshace de la única prenda que le queda con una seguridad aplastante. No me extraña que posea esa determinación. ¿Quién no la tendría con semejante cuerpo?, ¿con semejante…? Joder. Se me reseca la garganta y me cuesta tragar saliva con la escena que contemplo.

La chimenea es el telón de fondo, y el imponente e impresionante cuerpo de Adán está justo delante, de espaldas a ella, siendo la de esta la única luz de la estancia. Hace un rato casi me mata el mismo artilugio que en este instante está dándome la vida. Es una tregua justa. El entorno es naranja, y la música, nuestras respiraciones, cada vez más aceleradas y descompasadas. Solo nos acompaña el crujido de los troncos siendo devorados por el fuego. Me siento como ellos. En este instante, soy esa madera que acabará consumida en pocos minutos. Soy consciente. Aun así, ansío despedazarme, desintegrarme, reducirme a cero si esa es la consecuencia de haber entrado en contacto con las llamas.

Es glorioso para mi ego descubrir su excitación. Está duro, preparado para mí. Ni sus músculos contraídos, ni su erección, ni sus ojos cargados de deseo luchan por ocultar su hambre, y no puedo esperar un segundo más para ser comida.

—Ven —le pido en un susurro ahogado. No puedo casi articular palabra; mi mente va por delante de los hechos y me deleitan con imágenes poco ortodoxas. De repente, mi seguridad se ha esfumado, y creo que él lo nota en la poca fuerza de mi voz. Pero si lo ha hecho, no lo ha demostrado.

—No —niega, y me descoloca un poco más—. Durante estos años he borrado muchas cosas de mi mente, pero hay una escena que no puedo ni quiero eliminar.

—¿Cuál? —le pregunto.

—La tuya. En tu habitación, casi desnuda, con las manos en las bragas.

Guarda silencio un instante y yo jadeo; no por la interrupción, sino por ser consciente de la necesidad de detenerse. Intuyo que está recreando dicha escena. No sé de qué habla ni cuándo ocurrió eso, pero debe ser cierto. Lo percibo por su miembro hinchado que salta ante mis ojos. Adán lo rodea con una mano, como si con ello pretendiera calmarlo.

—Gemías en silencio para no ser escuchada, con los ojos cerrados y la boca entreabierta. No creo que pueda olvidar nunca la imagen de tus piernas temblorosas o de la manera en la que te aferrabas a la sábana mientras te corrías. Pero, por si acaso, quiero refrescarme la memoria.

—¿Cuándo…? ¿Cuándo fue eso?

Las comisuras de sus labios se elevan.

—Dicen que las paredes tienen oídos, pero nadie habla de los ojos.

Ha estado observándome. En casa. El cuándo da igual, la cuestión es el porqué. Hasta hace un momento yo no le interesaba, o eso creía, y ahora habla de mi recuerdo, de las ganas de desnudarme y de follarme.

«¿Qué te has perdido, Eva?», me pregunto.

—Has estado espiándome —le reprocho con una falsa indignación que no lo inmuta.

—En cada ocasión que he tenido.

—Eso no está bien —le recuerdo—. Soy tu… —Lo dejo en el aire, porque no me veo capacitada para decirlo en voz alta; no ahora, con él delante, desnudo y duro; no en este momento, en el que siento que cada resquicio de mi cuerpo es devorado por sus ojazos claros y hambrientos.

—No repitas que no está bien, por favor.

—Es que no lo está.

Da un par de pasos y se coloca frente a mí, mucho más cerca. Joder. Tengo su polla a un palmo de distancia y me siento sucia y rastrera por desear meterla en mi boca y matarlo de placer justo después de mencionar lo mal que estamos haciéndolo. Pero eso no quita la necesidad que siento de dejar mi huella aquí para que, cuando desaparezca de nuevo y se convierta en el Adán pasota y déspota, recuerde cómo lo desintegré de gusto.

Se agacha hasta quedar a mi altura, con el rostro pegado al mío, tanto que el aire no puede pasar entre nosotros. Mis pensamientos desaparecen a causa de su voz, que suena llena de ira de repente:

—No me recuerdes el arrepentimiento que vendrá después. Porque llegará, y los dos lo sabemos. Me martiricé durante años por nuestro comportamiento, por acostarnos, por… —No lo dice. Lo que fuera a confesar, se lo ha quedado para él—. Cuando volví años después, a la primera de cambio, pasó de nuevo. Y ahora…, ¿cuánto tiempo llevo aquí, Eva? Míranos. Es incontrolable. Esto que ocurre cuando te tengo cerca es…

Captura mi boca con desesperación y me besa con ansia. La calma se ha esfumado y solo queda necesidad, lengua y saliva. No termina la frase, y me alegra enormemente que no lo haga, porque sería incapaz de salir dentro de dos días de esta casa, seguir con la vida y fingir de nuevo que no ha sucedido nada después de escucharlo decir en voz alta lo que yo llevo pensando muchos años.

—Podemos controlarlo —murmuro en sus labios.

—Es posible. Pero es que no quiero hacerlo. —Me besa la boca, la lame, la muerde—. Tócate. —Se aparta y guarda de nuevo las distancias—. Pero hazlo para ti, en soledad, como si yo no estuviera.

Eso es imposible siendo él quien está exigiéndolo, pero no lo digo en voz alta. Me concentro en pensar cómo me comportaría si fuera otro quien me pidiera que lo hiciera. Lo tengo claro, así que actúo como lo habría hecho la Eva segura que disfruta del sexo sin más. Abro las piernas y las subo una a cada lado del sofá. Antes de comenzar, acaricio con suavidad la parte delantera de mis bragas, y el cosquilleo y placer que me provoca el leve contacto me indica lo receptiva que estoy. En otro momento, si fuera solo para mí, habría metido la mano dentro y me habría masturbado hasta el final. Sin embargo, aunque él insista en que no está aquí, sí que lo hace; enfrente de mí, precisamente, con los ojos clavados en cada movimiento. Pretendo recrearme, hacerlo sufrir.

Los dedos que antes paseaban cosquillosos ahora presionan mi clítoris a través de la tela y lo restriegan con más intensidad. El placer es inevitable, y el gemido ahogado que se escapa de mi garganta también. Echo la cabeza hacia atrás y continúo con mi masaje con los ojos cerrados, concentrada únicamente en el disfrute de cada terminación nerviosa de mi cuerpo. «No está mirándote, no está mirándote…», me repito en silencio para relajarme y convencerme. Y llega un momento que me lo creo, que solo pienso en mí.

Estoy a punto de correrme por encima de la ropa interior y todo se magnifica. Mi mano izquierda sube hasta mis pechos y, simultáneamente, los castiga, aplastándolos, pellizcándolos, uniéndolos entre ellos. En este punto me es imposible mantener el trasero pegado al sofá; el placer no lo permite y mis piernas temblorosas tampoco.

—Joder, Eva.

Abro los ojos al escucharlo gruñir mi nombre y me ubico. Tengo la boca entreabierta, jadeante y seca. Mis manos se han detenido a un segundo de correrme. Adán sigue delante, pero unos pasos más atrás de lo que lo recordaba hace unos minutos. Se ha apoyado en la pared, con los brazos cruzados sobre su pecho, justo al lado de la chimenea, y ahora es menos visible. Lo que sí contemplo a través de la oscuridad es su mirada cargada de fuego, y no hablo del que tiene al lado y se refleja en ellos, no.

Miro hacia abajo, entre mis piernas, para descubrir qué es lo que ha provocado su interrupción. Descubro que es el cerco pequeñito y húmedo que ha aparecido en mi ropa interior. Sonrío. Consciente del poder que tengo en este instante sobre él, comienzo a sentirme vigorosa y aparto la fina y húmeda tela a un lado en busca de la reacción de Adán, que no tarda en alzar el mentón y tragar saliva con fuerza.

—Eres un espectáculo —me dice con determinación.

Casi puedo verme desde sus ojos, abierta completamente, mojada,

muy mojada, con el fuego chispeante iluminando la imagen y dándole más candor a lo que ya lo posee propiamente.

No puede aguantar las ganas de dar unos pasos firmes, agacharse delante de mí y perder su cara entre mis piernas, como si fuera ese un lugar ansiado, y yo no puedo explicar el regocijo que siento ante su debilidad. Me aferro con fuerza al sillón cuando su lengua se pasea de arriba abajo un instante para captar mi sabor. Justo a continuación, comienza a lamerme como hace unos escasos minutos mientras me besaba. Eso parece: que está comiéndome la boca con ardor y mucha saliva de por medio, que besa mis labios y pierde su lengua por cada recoveco que encuentra hasta conseguir que jadee con fuerza, que mi pecho se acelere y que mi trasero se levante del sillón. Sin embargo, él es rápido, y con firmeza me mantiene sujeta ahí donde estaba mientras comienza un tortuoso movimiento de lengua, arriba y abajo, sin descanso y sin freno. Tiemblo, toda yo convulsiono. Son segundos, puede que un minuto, lo que tardo en notar el grado de placer más alto e intenso al que soy capaz de llegar.

El sonido de los labios de Adán chapoteando en los míos chorreantes es el detonante para que todos mis músculos se tensionen. Mis manos abandonan la sujeción anterior y se lanzan hacia su pelo espeso y negro como la noche, donde sumerjo los dedos para apresarlo más contra mi coño y hacer, si cabe, más placentero el orgasmo.

Exploto.

Lo hago para él y para mí.

La estancia ya no es silenciosa y la madera parece haber dejado de cantar entre las llamas. Ahora mis gemidos llenan el lugar, y los gruñidos de placer de Adán se suman al contemplar desde el epicentro de mi cuerpo cómo me corro, cómo me contorsiono, y cómo, una vez que los músculos se destensan y mis piernas rígidas caen lánguidas a ambos lados, jadeo con el corazón acelerado y la respiración descompasada.

Sale del escondite. Antes siquiera de ver su rostro, lo tengo frente a mí, con su boca pegada a la mía.

—Así de rica sabes —murmura, restregando sus labios por los míos, mojándome con mi propia esencia. Me relamo ante sus ojos, que se oscurecen—. Lo siento, Eva. Quería ir despacio, disfrutar del momento y recrearme, pero no puedo más.

Sujeta mi cintura con ambas manos y de un movimiento me da la vuelta. No sé cómo, pero hemos terminado en el suelo. Él está sentado sobre la alfombra, con la espalda apoyada en la parte baja del sofá, y yo encima, a horcajadas. En algún momento se ha hecho con el envoltorio de un preservativo que en este instante rasga con la boca. Entretanto, disfruto de la dureza que imperiosa pide ser calmada debajo de mí. Está caliente, muy dura, tanto que temo el instante de

ensartarme en ella.

—Quiero hacerlo yo —le pido cuando está a punto de colocárselo —. Sé que tienes prisa, pero yo necesito tocarte —le confieso en voz alta, pasando una mano por su torso fuerte y musculado.

Me entrega el condón con una sonrisa y yo lo acepto encantada mientras me despego un poco de él, sentada en sus piernas estiradas, lo justo para que su miembro quede a la vista, totalmente mío. No es la primera vez que lo veo, pero, al igual que su dueño, ha cambiado. Los años han pasado agradecidos por el cuerpo de este dios. Es tan grande, grueso y duro… Es perfecto. Lo rodeo con mi mano y compruebo que mis dedos no se tocan entre ellos. Su glande húmedo y parcialmente más oscuro me llama, pero me digo que lo lameré, lo saborearé, después. Ahora tengo la necesidad de sentirlo dentro de mí, de llenarme con él.

—Te has relamido —murmura.

Su voz ronca me hace alzar las pestañas y encontrarme con sus ojos.

Es cierto. En este momento, mi labio inferior está siendo mordido por mis dientes de manera involuntaria. El pensamiento que se cruza por mi mente es egoísta y puede que incluso suene despechado, pero me digo que, si no quiero que desaparezca después de esto, si deseo que él me necesite como yo lo necesito a él, que me extrañe como yo lo he hecho durante tanto tiempo y que me piense como yo lo he pensado, tengo que dejarlo con ganas de más. De algo más. Siempre.

Me alejo un solo instante para situarme frente a él a cuatro patas y acercar mi boca a su polla. Contiene la respiración al tenerme tan cerca y sus piernas se tensan con mi cercanía. Lo rozo solo lo necesario para colocar el preservativo en el inicio de esta, y con la boca, sin lamer un resquicio de piel, me la introduzco a medida que bajo el plastiquito hasta la base; muy despacio, muy muy sensual, mirándolo a los ojos, demostrándole lo que está perdiéndose.

Noto la decepción en su mirada cuando, tal y como he bajado hasta el final, subo y me siento sobre él de nuevo. Suelta todo el aire contenido y sonrío con malicia. No pienso demostrarle que he sufrido bastante más que él por no probar su sabor, por no regalarle el placer que me muero por proporcionarle.

—Vas a acabar conmigo —murmura.

—Aún no.

Entonces lo hago: sujeto su dureza con una mano y la coloco en el inicio de mi gloria. Nuestra gloria. Me quedo aquí, inmóvil, contemplándolo, intentando descifrar qué hay detrás de esos ojos, a veces duros y otras burlones, que nunca han mirado hacia otro lado cuando me han tenido de frente. Me cuesta descender a través de ella, incluso dudo si hacerlo. Sé que no habrá vuelta atrás, que cuando lo

sienta, cuando me deslice y me llene, nada será lo mismo, porque nunca lo fue las veces anteriores, sino todo lo contrario. Curiosamente, cada vez que Adán se marchaba de mi lado, siempre dejaba en mi vida un poco más de él.

Más sensaciones.

Más experiencias.

Más recuerdos.

Y no hay soledad más atormentadora que la de vivir aferrada a un recuerdo.

Él debe entrever la duda en mis ojos, porque sujeta mi cintura con determinación pero con delicadeza y, muy al contrario de lo que pensaba, como que me incitaría a bajar e introducirse de una vez, junta su frente a la mía. Suspira, buscando una calma que ahora mismo escasea en nuestros cuerpos temblorosos.

—Deja de torturarme, por favor —suplica con la voz rasgada de deseo—. Deja de torturarnos…

Retengo todo el oxígeno del que dispongo cuando me dejo caer con suavidad y siento que me llena por completo. Odio pensar en algo tan tópico como que es él quien me complementa, pero es así. No me completa, nací entera, pero se une a mi persona de una manera inexplicable que solo he sentido en tres ocasiones y siempre con la misma persona. Su frente perlada por el sudor está junto a la mía y no se separan cuando subo y, de nuevo, vuelvo a caer. Es suave, rítmico, bamboleante. Es estremecedor fusionarme con él sin que nuestros rostros se separen. Pero de manera ágil modifico el chip y me recuerdo que esto es lo que es.

El entorno cambia; yo me encargo de ello: de que desaparezca esta aura que se ha instalado a nuestro alrededor, esta complicidad que ha aparecido de la nada. Así que empiezo a moverme con rapidez y me digo que solo tengo que buscar mi placer. «Córrete, Eva. Córrete y todo habrá acabado». Me mezo con ferocidad, adelante y atrás, rozando sin descanso el punto más placentero de mi cuerpo. Sé de sobra que así llegaré sin esfuerzo. No obstante, Adán parece adelantarse de nuevo a mis pensamientos, porque con ambas manos alza mi trasero.

—No —niega rotundo. El sudor cubre su rostro de piel morena y sus labios están fruncidos.

Intento apretarme contra él, volver a sentir su polla muy dentro para correrme, pero él lo impide con las manos bien aferradas a mí.

—Déjame correrme —le exijo.

—No.

Me levanta un poco más, lo justo para que su miembro no se salga y le permita un margen de maniobra para moverse. Durante unos segundos, creo que su intención es hacernos sufrir, pero nada más

lejos de la realidad: lo que busca de manera desenfrenada es el orgasmo mutuo.

—No puedes hacerme esto —le digo cuando mueve su trasero hacia arriba y comienza a penetrarme de manera dura, desenfrenada, casi encolerizada.

«No puedes dejarme clavado en la mente el recuerdo de tu cuerpo y el mío convulsionándose a la vez por un mismo placer», pienso. Pero nunca llego a decirlo, porque entonces acelera más, empuja más, y mis gritos y sus gritos se fusionan.

Sus gemidos y los míos se mezclan.

Mi boca y la suya se buscan para devorarse.

Nuestros cuerpos convulsionan extasiados.

Y, de repente, en mitad de una noche cualquiera, en una casa perdida, frente a una chimenea que carece de fuego si la comparas con las personas que tienen delante, Adán y yo formamos un todo.

Hoy las tornas han cambiado para modificar la historia que conocemos: Eva es la apetitosa manzana y Adán ha vuelto a morderla.

17

Tal vez sea mejor no tener ninguna historia en absoluto en lugar de tener una que no deja de cambiar.

Cuando despierto, una asfixiante sensación me envuelve y siento el pelo de la nuca húmedo. Hace calor, mucho calor. Debe ser mi penitencia por el comportamiento de anoche. Debo estar en el infierno.

Intento desperezarme en la cama cuando escucho algo inusual en mitad del silencio que reina alrededor de la enorme casa y me obliga a abrir los ojos. Al incorporarme, descubro que el gran nórdico es el causante de mi bochorno. Estoy desnuda, a excepción de las bragas, que al final no desaparecieron de mi cuerpo en ningún momento, y tapada hasta el cuello. El sol ha salido y da de lleno en la habitación; eso, acompañado de la calidez de la calefacción centralizada que viene directa de la chimenea, ha aumentado sobremanera la temperatura. Parte de culpa es mía, que anoche se me olvidó cerrar la persiana. Meditándolo bien, anoche no me olvidé de mi nombre porque Adán se encargó de recordármelo mientras gemía.

Pensarlo me ruboriza.

Ni siquiera sé cómo he llegado hasta aquí, sin embargo, solo necesito unos segundos para empezar a recordar. Los momentos vienen y van, su cuerpo aparece en mi mente y creo estar sintiendo los dedos rozando su torso duro, su abdomen marcado. Me siento embriagada, resacosa. No puedo culpar al alcohol; no cuando entró en mi organismo de manera dosificada. No tengo excusa, y si la tuviera, ¿acaso paliaría el sobrecogimiento de mi pecho en este instante?, ¿apaciguaría la culpa?, ¿me restaría condena? Porque ahora llega mi penitencia, la culpabilidad, los remordimientos. Hablo con conocimiento de causa.

Me tapo la cara con las manos y cojo aire. Al menos no fui el borracho que termina dormido abrazado a la botella. No me quedé ahí, enlazada a él, pegada a mi vicio. ¿Es eso? ¿Es acaso Adán mi droga? Al menos puedo reconocer que es mi punto débil. Siempre lo ha sido, desde que me observó con los ojos más impresionantes que había visto nunca y me soltó aquello de que no le gustaba, que quería

que me fuera. Ojalá me hubiera ido. Ojalá hubiera tenido potestad para cambiar de casa, de ciudad, de país si hiciera falta. Ahora no estaría aquí, con el recuerdo de ese pelo negro, de esa piel atezada que sigue reproduciéndose en mis yemas.

Justo después de correrme sobre el cuerpo rígido de Adán, me levanté como un resorte y me tumbé en el sofá para fumarme un cigarro. Lo último que me apetecía era romper el contacto con su piel, pero no me permitiría quedarme a su lado más que lo necesario para echar un polvo, porque eso fue lo que hicimos.

—Aquí dentro no se puede fumar —me recordó mientras se levantaba y buscaba su ropa interior por algún lugar de la estancia.

—Creo que es tarde para cumplir las normas —fue lo último que dije.

Él se abrigó para salir y yo solo recuerdo terminar el cigarro. Después, comodidad. La comodidad de sus brazos, que me cargaban mientras me subía a mi habitación. Me había quedado dormida en el sofá. Sí, puede que, pensándolo bien, acabara aferrada a mi botella de alcohol.

Sonrío por primera vez, desde que el remordimiento se ha tumbado a mi lado en la cama, al recordar de manera confusa el sonido seco que me hizo abrir los ojos y desapegarme ligeramente de la sensación de bienestar. Adán se había golpeado la cabeza con una viga de madera del techo a mitad de la escalera y un quejido de protesta me desveló, aunque solo durante un instante.

Tocan a la puerta de mi habitación dos veces. Saco el rostro de entre mis manos y dirijo la mirada hacia el foco del sonido como si no supiera lo que voy a encontrar al otro lado. A quien voy a encontrar. Tengo que enfrentarme a su presencia, y debo hacerlo con toda la seguridad que sea capaz de aparentar. No estoy dispuesta a dejarlo apreciar lo que nuestro acto me provoca. Cojo aire y le indico que abra con un suave «Entra».

Adán aparece en mi campo de visión con aire preocupado. Solo se detiene en mi cuerpo un segundo. Sus ojos me escanean, pero de manera rápida. No sé si sentirme aliviada o decepcionada por ello. Tonta y pudorosamente, me cubro con el edredón de nuevo. «Mal empezamos, Evita», me reprocho. Si esto es enfrentar la situación con seguridad, que baje Dios y lo vea.

—Vístete, viene alguien —me pide, o más bien me lo exige.

—¿Quién? —Me preocupo cuando lo veo cruzar la estancia delante de mí hasta el balcón, el cual abre con rapidez.

—Eso voy a averiguar.

De manera torpe, me levanto sin que el edredón deje nada a la vista. Me siento la Pedroche en las últimas campanadas cuando salgo tras él con la gran tela blanca formando un vestido de cola. Sé que ha

venido a mi habitación para salir a la terraza, la parte más alta y sobresaliente de la casa y desde donde se otea todo. Efectivamente, un gran coche rojo oscuro está aparcando al lado del suyo. Es un todoterreno y no se ve nada en su interior, en parte por la distancia que nos separa y, principalmente, porque tiene todos los cristales tintados de oscuro, excepto la luna delantera.

—¿Por qué tiene que venir precisamente aquí? Puede ser un inquilino de las fincas que hay ahí arriba. —Señalo el lado contrario.

El dueño de esto nos explicó que había algunas casas más, pero que estaban tan alejadas que casi no nos percataríamos. Tenía razón.

—No. Vienen aquí.

Frunzo el ceño y lo contemplo con detenimiento por primera vez esta mañana. Se ha duchado, y su rostro limpio y despejado compagina con su pelo húmedo y los mechones que caen sobre su frente de manera desinteresada. Es inevitable inspirar su aroma fresco.

—¿Cómo sabes eso?

Se encoge de hombros.

—Simplemente, lo sé. Vístete.

—A sus órdenes, capitán. Pero puedes relajar ese ceño. ¿Quién va a venir hasta aquí a matarnos, con lo mal que está el camino?

Parece que no compartimos el buen humor mañanero, porque no se molesta en mirarme, solo se da la vuelta, cruza la pequeña terraza y mi habitación a toda velocidad y lo pierdo de vista. De nuevo, esa preocupación tan evidente en cada músculo de su cuerpo y rostro consigue que un pequeño escalofrío se instale en el inicio de mi columna y me deje paralizada durante unos segundos. Acto seguido, reacciono y busco algo rápido que ponerme para bajar. Estoy finalizando la tarea cuando escucho a Adán abrir la puerta y salir. Me asomo al balcón y veo que está dirigiéndose hacia los dos tipos que salen del coche rojo. Sultán lo sigue a trote con aspecto amenazante, por lo que no me molesto ni en ponerme los zapatos, que es lo único que me falta, antes de disponerme a salir.

Cuando estoy bajando a trote la escalera de madera, observo que en la mesa central hay un desayuno esperándonos. Sonrío de manera inconsciente al ver dos cafés ya preparados que traíamos de casa y unas tostadas cubiertas con la tortilla que sobró anoche y un chorreón de aceite. Al lado, unos trozos de *pizza*, también de la cena. Me saliva la boca al verlo y el estómago se me abre de repente, rugiendo como si llevase días sin probar alimento. Es un instante, pero acabo de viajar a las mañanas de verano que amanecía en casa de Adán o él en la mía —si a despertar a las doce de la mañana se le puede llamar *amanecer* — y veíamos La Banda[5] o los dibujos animados mientras desayunábamos *pizza*, un bollo de pan entero con paté o cualquier marranería que inventáramos, como el pan con mayonesa. Nuestros

padres, que como cualquiera intentaban cuidar nuestra alimentación por el crecimiento infantil y todas esas cosas, se echaban las manos a la cabeza al vernos, lo que nos incitaba a experimentar un poco más a la mañana siguiente. Nuestra más original y horrenda receta consistió en unos macarrones con Cola Cao que nos soltó la barriga durante cinco días.

—Eva, preguntan por ti —me dice Adán con rictus serio. Sus palabras consiguen que los años corran a toda velocidad y vuelva al aquí y ahora, dejando atrás a los niños pequeños que compartían sofá y televisión en calzoncillos y bragas mientras se cebaban a porquerías.

—¿Por mí?

«Será alguien que pregunta por la persona que ha alquilado la propiedad», pienso, porque ¿quién va a buscarme a mí en esta finca, a kilómetros de Huelva?

Sultán ladra muchísimo desde el interior de la casa, negado a cederle el paso a quien quiera que esté al otro lado. Adán sujeta el collar naranja que le rodea el cuello, tira de él y ambos se alejan hasta el sofá. La imagen de su boca abierta abarcando la pierna llena de sangre de aquel tipo viene a mi cabeza. Pese a la distancia que su dueño le ha impuesto, sigue ladrando y con aspecto poco amigable, algo que comienza a dejar de sorprenderme.

Desciendo los cuatro escalones que me faltan y me dirijo a la puerta principal. Mi sorpresa es mayúscula al encontrarme a David en el umbral, tanto que mis pies se quedan anclados y no soy capaz de reaccionar.

—Buenos días —dice con un hilo de voz y los ojos miel clavados en el suelo, como si supiera que no pertenece a este lugar en este momento.

—Buenos días —secunda una voz grave que me hace mirar por encima del hombro de David. Su propietario es un hombre gigante y robusto, de cabeza rapada y gafas de sol.

—Eh… Buenos días —respondo antes de dirigirme de nuevo a David—: ¿Qué haces tú aquí? —La pregunta ha sonado más directa y seca de lo que pretendía.

Los ojos miel se despegan del suelo y me enfocan con confusión, enmarcados por unas cejas claras que se encogen.

—¿Acaso Esteban no te ha avisado?

—No.

—Mierda… —musita, y saca el móvil del bolsillo trasero de su pantalón para comprobar la hora—. Creo que será mejor que lo llames. Pero date prisa, porque el evento es dentro de hora y media y tenemos que prepararnos.

—¿Qué evento?

—La inauguración del centro de ayuda animal —me responde,

dejando clara su descolocación.

Se supone que estoy aquí para eso, pero durante un instante, o puede que desde ayer, es posible que se me haya olvidado el verdadero motivo de mi escapada de fin de semana.

—¿Tú vienes? —le pregunto confusa.

—Parece ser que sí.

Analizo la situación con rapidez e intuyo que la productora está detrás de todo esto. En mi mente, el rostro de Esteban aparece en el centro de una diana, y como es mi fantasía, me doy el lujo de imaginarme bendecida con una puntería de la que en realidad carezco e hincando cada dardo en sus ojos.

Me giro como un vendaval y entro en la casa en busca de mi móvil. A tomar por saco mi escapada y mi fin de semana de tranquilidad; si casi morir intoxicada por humo y después de placer puede considerarse tranquilidad. El aparato está tirado en el sofá donde me quedé dormida anoche. Me da la sensación de que tardo un segundo y medio en cogerlo, buscar el contacto de Esteban en WhatsApp y escuchar su voz entrecortada al otro lado, porque encima no tengo una pizca de cobertura y la única forma de contactar con él, o con quien sea, es esta.

—Buenos días, Eva. Dime, ¿ha ocurrid…?

—¿Qué hace David aquí? —lo interrumpo con sequedad. Las milésimas de segundos que la línea tarda en conectar y en que me llegue su voz se me hacen eternas. El corazón me galopa rápido y siento el enfado bullir desde los pies.

—¿No te lo ha explicado?

—No, no me lo ha explicado. ¿Qué hace aquí?

Se crea un silencio al otro lado que el director corta enseguida:

—Me ha parecido buena idea que te acompañe al evento.

—Me dijiste que estaría aquí sola durante todo el fin de semana. Se supone que era la única parte buena de ese trato que tú cerraste —le espeto entre dientes, bajando un poco el tono de voz para que David no me escuche.

—Bueno, la casa es grande, ¿no? Tiene habitaciones de sobra para David y su hombre de seguridad. Incluso sobran algunas por si se te antoja adoptar un perrito. Mira, eso sería buena idea, sería beneficioso para tu imagen. Nadie odia a las personas que aman a los perritos, ¿no?

—Eso no es lo que hablamos. —Intento ignorar su último comentario, aunque la respuesta que me guardo me quema en la boca del estómago, implorando por salir.

—Eva… Solo ha sido un cambio de última hora. Tu lavado de imagen…

—¡No, mi lavado de imagen no; tu bolsillo! —exploto sin medir las

consecuencias y en un tono que posiblemente no me pertenezca emplear con mi superior, pero poco me importa en este instante en el que me siento anulada y a su merced, sin que mi opinión cuente absolutamente para nada—. Supongo que estás pensando en los euros que entrarán en ese bolsillo tras salir con David en todos los medios, ¿no? Ya puedo ver los titulares: «La primera aparición pública tras la muerte de Javiela». No, no, mejor: «El remplazo inminente», «El fin del complejo triángulo amoroso», «La elección». ¿Por cuál apuestas?

—Creía que el aire de la sierra te despejaría y te aplacaría ese humor, pero veo que no. Es lo que hay, Eva. Si te parece, hablamos de ello cuando llegues al estudio. Te lo recompensaré.

—Todo no se paga con dinero, Esteban —es lo último que digo antes de colgar.

Adán me observa desde el sofá. Todavía sujeta a Sultán, como si temiera que de un momento a otro se soltara dispuesto a abalanzarse sobre David y comérselo.

Suspiro antes de girarme y comprobar que los nuevos inquilinos siguen en el exterior. Me tomo unos segundos para respirar y contar hasta diez mientras me aprieto el inicio del puente de la nariz como mi madre me enseñó de pequeña. Por mucho que me pese ahora mismo, David está aquí en contra de su voluntad, como yo, manejado por los hilos económicos de la productora. Así que me conciencio de que solo será el día de hoy y la mitad de mañana y salgo en su búsqueda.

—Perdona el recibimiento, pero no te esperaba. Y no es que me moleste tu presencia, es que pensaba que estos días serían solo para mí y para desconectar de lo que me aguarda dentro de un rato frente a las cámaras. —Suspiro. David me regala una mirada de comprensión, y con un gesto de cabeza me da a entender que todo está bien—. Pasa, por favor. Pasad —me corrijo cuando recuerdo que detrás de él hay otro hombre.

—Él es Dragos —me indica mientras entra y el gigante con gafas de sol lo sigue.

—Encantada. —Ya más calmada, le dedico una sonrisa que el tipo no corresponde más que con un asentimiento de cabeza, como buen profesional de la seguridad. Me pregunto si ser arisco es un requisito indispensable para esta profesión.

—El que nos ha recibido es tu hermano, ¿no? Hermanastro —rectifica después de, seguramente, contemplar el cambio brusco en mi rostro—. Al verlo fuera me ha sonado su cara, pero no recordaba de qué y no lo he saludado debidamente. Ahora lo haré.

—Tranquilo, viene en calidad de… guardaespaldas. Lo siento —me disculpo cuando una sonrisilla tonta se instala en mi boca—, es que no me acostumbro a decir eso. Parece de película.

David me sonríe también y me descubro preguntándome cuánto hacía que no lo veía regalarme uno de sus tímidos gestos con sinceridad.

—Iba a desayunar ahora. Si te parece, acomódate mientras como algo y me doy una ducha. Después, nos iremos. No tenemos mucho tiempo.

—Iré con Dragos a por las maletas mientras tanto. Después me gustaría que encontrásemos un momento. Hay algo que quiero aclarar contigo. Bueno, en realidad creo que nos merecemos una conversación.

—Vale. Antes de meterme en la ducha, os mostraré la casa rápidamente y vuestras habitaciones.

Tras asentir, desaparece por la puerta y yo me giro, dispuesta a sentarme a la mesa y disfrutar de ese delicioso desayuno, pues a pesar del sobresalto de la nueva noticia, no se me ha quitado el apetito. No obstante, no hay rastro del pan con tortilla, del café ni de la *pizza*. Barro la estancia con la mirada y compruebo que Adán se ha sentado sobre uno de los dos taburetes que hay frente a la pequeña barra americana, donde disfruta del suculento desayuno que se ha llevado con él. Me acerco y alargo la mano para hacerme con uno de los trozos de pan, pero barre la bandeja hacia adentro y la aleja de mi alcance. Alzo los ojos y me encuentro con los suyos, vacíos e impenetrables.

—¿Qué haces? —le increpo.

—Desayunar.

—¿Todo eso? —Señalo la bandeja.

—Sí.

—¿Dos cafés, dos tostadas y dos trozos de *pizza*?

—Tengo hambre.

Suelto un bufido mezclado con una leve risotada. Durante un instante creo que ese tono hosco es parte de una broma mañanera y está haciéndose de rogar.

—Eso ya lo veo, pero ¿y yo?, ¿no desayuno?

Se encoge de hombros mientras muerde su tostada y observo cómo la tortilla humea, brillante por el aceite que le ha añadido encima.

—Ahí tienes el pan, y supongo que en la nevera habrá algo para ponerle.

—No hay nada para ponerle, solo quedaba la tortilla y la *pizza*.

—También tienes ensalada de pasta.

Lo fulmino con la mirada.

—Creía que esto era para los dos.

Sus ojos se convierten en dos pozos tan fríos que siento cómo hielan la parte superior de mi cuerpo con solo mirarme.

—Que yo sepa, estoy aquí en calidad de guardaespaldas, que es por

lo que me pagan. En mi contrato no leí nada de ser tu criado ni tu cocinero. Si lo pone en algún lado, refréscame la memoria.

Bien, ahora lo entiendo… Ha escuchado el comentario que le he hecho a David y, por lo que se ve, no le ha sentado bien. Tras una ojeada rápida a la puerta abierta desde mi posición para comprobar que nadie puede escucharme, me acerco mucho a él y nuestros rostros se enfrentan, casi pegados.

—Si te parece, le cuento que de guardaespaldas nada, que has venido en calidad de guardabragas —musito con rabia entre dientes.

—No sería un término muy acertado, porque creo que eso fue lo único que te quedó puesto anoche —dice con voz neutral.

—Eres un capullo.

—Dese prisa, señorita Ayala, o llegará tarde al evento y tiene una imagen que lavar. Lo mismo si esos periodistas se enteraran de lo que hace en sus ratos libres, tendría que asistir a una inauguración nueva cada sábado. —Me sonríe cínicamente antes de darle un sorbo a un vaso de café y acto seguido al otro, dejando claro que ambos son de su propiedad.

—Vete a la mierda, Adán.

18

Todo el mundo tiene una historia. Es como la familia.
Quizá no la conozca, quizá la haya perdido, pero así y todo existe.
Puede alejarse de ella o darle la espalda, pero no puede decir que no tiene.

Adán

La emperatriz no era cualquier lugar, aunque a mí me pareciera el antro más repulsivo del mundo, ni en él entraba cualquier persona. Pero aquella noche reconocí rostros nuevos que, si bien no habían vagado por allí antes, sí que había visto en muchas ocasiones al otro lado de la televisión: el teniente de alcalde, por ejemplo, acompañado por un séquito importante, o, para mi sorpresa, Janet Serra, miembro de la Comisión de Derechos Sociales. Se lo pasaba en grande en aquel cómodo sillón, acariciando las tetas de las preciosas chicas que habían perdido de un plumazo cada derecho social y humano que alguna vez hubieran poseído y por los que se suponía que aquella *señora* luchaba; aquella señora que acababa de meterse un pezón en la boca y lo lamía con lascivia mientras azotaba el culo de otra. Repulsivo.

Recordé aquella vez en Galicia en la que Ernila, una chica prudente que había acatado las órdenes y vejaciones de Biel, se rebeló un día y lo amenazó con poseer la ayuda de personas importantes que luchaban por sus derechos. Su dueño y señor soltó una carcajada que llenó el salón de espectáculos, le sujetó ambas mejillas con una sola mano abarcando casi su rostro completo y, apretándola muy fuerte para que lo mirara a los ojos de cerca, le espetó: «Recuerda, pequeña puta, que los únicos capaces de devolveros vuestros derechos en estos momentos están pajeándose con ellos. Ahora, maquíllate esos ojos, saca las tetas y a trabajar». Ernila se dio la vuelta para desaparecer por donde había llegado y, antes de dar un paso, una bala atravesó su cabeza. «Para que recordéis vuestros derechos», dijo Biel, mirando a todas las demás, que aún esparcidas por la sala y sin haberse preparado para actuar, permanecieron noqueadas y con la mirada en el suelo.

No sabía nada de aquella chica, ni siquiera su nacionalidad. Solo una vez en casi dos años la escuché hablar con una de sus compañeras. Estaban sentadas en la barra principal. El *pub* todavía no había abierto sus puertas, pero ellas ya estaban preparadas para una noche sin descanso. Le dijo que quería ser cantante de musicales y llenar los teatros de Madrid. Pero de nuevo una sola persona había arrebatado toda una vida de posibilidades, y la reputación del sobrenombre del Atrapasueños había crecido un poco más.

Llevaba horas observando el entorno, pegado a Biel, cubriéndole las espaldas. Ese era mi trabajo. A veces, cuando sentía la amenaza cerca, deseaba abrirle paso y darle la oportunidad de acabar de una vez con aquel ser repulsivo que solo aportaba desgracias a la sociedad. ¿Qué me impedía hacerlo? No lo sabía. Todavía intentaba descubrir

por qué después de diez años atrapado no acababa con todo. La ecuación era muy sencilla: sin Biel, yo era libre; con él vivo, seguía siendo esclavo. Uno rodeado de lujos, fiestas y buena vida, pero esclavo al fin y al cabo. Qué más da aferrarse a barrotes de oro si no vas a poder atravesarlos.

Podría dejar que lo mataran, pues había tenido decenas de ocasiones, o podría hacerlo yo. Pero no contemplaba la idea. En ese mismo momento, sentado a su lado en un cómodo sillón oscuro de La emperatriz, lo miré. Lo observé con detenimiento e imaginé cómo sería atravesar su frente, cerrar su asquerosa boca para siempre, ver la vanidad de su mirada una última vez. Un segundo y todo habría acabado.

No era el miedo lo que me frenaba —no a él, al menos— ni tampoco matar. Yo también lo había hecho un puñado de veces, pero la diferencia estaba en el placer de pulsar el gatillo. Para mí no había deleite en el hecho. Era un simple detonador, el último objeto que tocaba antes de arrebatarle el tiempo restante a una persona, agotar sus años de vida, reducirlo a cero. Frío pero real. Como ese juez que ordena el desahucio de una familia y horas después cena tranquilamente sentado a su mesa llena de alimentos y caprichos, o como ese abogado que defiende a un asesino y duerme con la mente tranquila porque está haciendo bien su trabajo. Matar antes de que matasen era el mío.

Nunca recordé un rostro ni unos ojos; me había encargado de aprenderlo. En realidad, fue Ikram quien me lo enseñó, otro de los mejores hombres de Biel que, si bien jamás le sería desleal, me apreciaba lo suficiente para darme consejos que harían más sencilla mi vida. Mi nueva vida a partir de aquel día que dije que sí.

La primera vez que tuve que pulsar el gatillo, Ikram estaba allí, como había estado las veces anteriores en las que me ahorró el mal trago. En la primera, mis manos temblaban y mis piernas también. En las dos posteriores sentí el mismo miedo, pero al menos había aprendido a interiorizarlo. Puede que para Ikram mi terror no fuera tan invisible, porque de nuevo me sustituyó sin dudar. Pero en aquella ocasión no le dio tiempo de cubrir a Biel y yo disparé con determinación, impulsado por un estímulo desconocido de protección hacia a quien debía proteger. Cuando aquel tipo cayó al suelo, todavía sin apartar la mirada de sus pies inmóviles que calzaban unas botas del cuarenta y tres, le pregunté a Ikram cuándo un hombre convertía la obligación en placer. «Cuando la venganza es personal», me respondió.

Él había sido algo así como ese hermano mayor que nunca tuve, parco en palabras pero presente al fin y al cabo. Y confiaba tanto en su sabiduría y seguridad que la primera vez que fantaseé con matar a

Biel me dije que no podía permitirme hacerlo. Era mi venganza personal. Disfrutaría con ello, por lo tanto, me perseguiría para los restos. Si alguna vez me desprendía del Atrapasueños, no era para que me quitara el sueño de por vida, algo que solía conseguir con facilidad. Era su extraño don.

¿Qué me frenaba, entonces?

La falta de aliciente. No tenía un solo motivo para intentarlo.

Lo quitaría de en medio, puede que tuviera que enfrentarme a parte de sus hombres… ¿Y después qué? Después nada. No volvería a casa, si es que todavía contaba con una, y allí al menos no me faltaba de nada.

El rostro preocupado de Susana cruzando la estancia llamó mi atención y me trajo de vuelta al local, que aquella noche irradiaba glamur y brillo por cada esquina. Los mejores bailarines de la ciudad, mujeres y hombres, estaban allí, sobre las tarimas, envueltos en trajes dorados, tan finos y pegados a sus impresionantes cuerpos que casi podían transparentarse sus poros. La piel visible estaba cubierta de brillo de la misma tonalidad, y la vajilla entera, así como los adornos del techo y de la estancia, era completamente dorada. Menos los jodidos budas. Sonreí interiormente al pensar en el Pepitas.

Centrado en mi tarea de vigilar, observé cómo Biel alzaba la mano, movía dos dedos y Axel se acercaba por detrás de su sillón. Se agachó para ser el único que escuchara su petición, negó con la cabeza y se retiró. El rostro del jefe dejó entrever que la negativa a su pregunta no era de su agrado. Tenía que ver con la mercancía, lo intuía. No se había hablado de otra cosa durante todo el día.

Automáticamente, el Atrapasueños volcó una bolsa de polvo blanco sobre la mesa y preparó una infinidad de rayas de coca que llegaban de un extremo a otro. Como buen anfitrión, primero le ofreció su material a los clientes y futuros socios, después a las chicas que nos acompañaban, a sus hombres, incluyéndome, y por último él, que se inclinó sobre la mesa y, como colofón, esnifó dos seguidas con una velocidad pasmosa. Levantó la cabeza, nos sonrió y tocó su nariz.

—Hay que hacerlo rápido, o se le van las vitaminas. —Rio, y los demás decidieron que era oportuno hacerle creer que era gracioso. Siempre ocurría.

Pasaron unos minutos, puede que apenas tres, hasta que comencé a sentir la euforia. El tacto de los vaqueros bajo mis manos era más real que nunca y la música comenzó a sonar con fuerza y claridad. Me gustaba sentir que continuaba vivo. Puede que siguiera sin encontrar motivos para estarlo, pero eso ahora no importaba. Aquella era una de las ventajas. La emperatriz me parecía menos repulsiva cuando me colocaba, y la compañía de las mujeres, mucho más estimulante. Quizá pensé esto último porque una de ellas se cruzó delante de mí,

contoneándose y mirándome con lascivia. Le sonreí, sin apartar mis ojos de ella. Morena, alta, exuberante, atrevida. No la conocía, pero por su indumentaria dorada deduje que era una de las bailarinas contratadas para la ocasión.

—Esa burbuja de Freixenet está llamándote —susurró Biel cerca de mi oído.

—Se supone que debe estar trabajando —le dije.

—Bueno, infórmala de que el jefe le da un descanso, y tú asegúrate de que lo aproveche.

Me levanté del sillón y le dediqué a Axel una mirada significativa. Automáticamente, alzó la mano e hizo que el Pepitas ocupara mi lugar para que cada ángulo alrededor del jefe quedara cubierto. Era más que sabido que nadie tendría los santos cojones de entrar en la casa de Biel para intentar nada, pero las normas eran las normas y siempre tenía que estar rodeado.

Las luces parpadeaban con fuerza y la música sonaba más alta conforme caminaba de la mano de la mujer dorada. De vez en cuando miraba hacia atrás, y sus ojos oscuros, enmarcados por maquillaje negro, aparecían en mi campo de visión; otras veces eran rostros conocidos y desconocidos los que me detenían para contarme algo que no me interesaba.

Podríamos haber ido a cualquier lugar, sin embargo, me dejé guiar hasta donde ella quiso llevarme. Creo que eran los vestuarios generales de las chicas, pero no me dio tiempo a ojear el lugar cuando la bella bailarina estampó su boca con la mía. Sabía bien, muy bien. Devoré sus labios con ansia, queriendo captar esa esencia, y paseé las manos por cada parte interesante de aquel cuerpo.

—Tranquilo, fiera —susurró con una sonrisa mientras desabrochaba mi camisa.

No podía estar tranquilo porque me notaba frenético. El corazón me palpitaba con furia y el pantalón abultado se me antojaba una prisión. Mordí su cuello.

De repente, un ruido seco me hizo abandonar los labios de la mujer que tenía delante y desviar toda mi atención. Era Kerstin, y parecía visiblemente afectada. Sus ojos preocupados se clavaron en los míos, y leí la duda en ellos durante los segundos que duró su silencio antes de decir:

—Lusco, te necesito.

Ella nunca nos necesitaba; ninguna chica lo hacía. El encargado de las soluciones era Biel.

—¿Y Biel?

—No quiero… —Miró de soslayo a mi compañía—. No quiero interrumpirlo. Está con gente importante y tenemos orden de no hacerlo.

Observé alternadamente a una y a otra. ¿Quedarme en aquel vestuario a echar un polvo con una morena de escándalo o comprobar qué le pasaba a la sueca? ¿Acaso no había más tipos a los que acudir? Probablemente sí, pero estaba tan exaltado que mi cerebro no me daba la opción de cuestionar.

—Está bien. ¿Qué pasa?

Kerstin suspiró aliviada; en cambio, la burbuja dorada lo hizo con fastidio.

—Vamos, te lo mostraré fuera. —De nuevo, una mirada dirigida a la chica nos hizo entender que sobraba.

—Volveré —le aseguré a la bailarina.

Ella asintió, aunque se la veía disconforme con mi decisión. Tenía intención de hacerlo, pero no estaba convencido de mis facultades en aquel momento y de saber diferenciarla entre una veintena de mujeres vestidas exactamente iguales.

Salí del vestuario siguiendo a Kerstin, quien, asustada, miraba hacia todas partes. El pasillo me resultaba más angosto que nunca y por momentos sentía que me engullía. De pronto, aire frío, agua en mi cara. El rostro de la joven delante de mis narices y el ceño preocupado me hicieron concentrarme. Estábamos en la calle. Habíamos salido por la puerta de atrás del polígono. La noche era cerrada; el aguacero en mi cara lo dejó claro.

—¿Estás bien?

Asentí.

—¿Qué ha pasado?

La muchacha me señaló un contenedor de escombros de color verde que había justo en la acera de enfrente. Llevaba allí varios meses, desde que el concesionario de coches comenzó la reforma. Sin comprender, caminé a su lado hasta llegar al lugar señalado. Entre los escombros se encontraba una mujer. La oscuridad no ayudaba y su postura rezagada tampoco: se abrazaba las rodillas con los brazos, dejando a la vista solo su cabello. Al escucharnos, alzó la mirada con rapidez y su imagen provocó una sacudida en mi cuerpo como si un tío de dos metros me hubiera sujetado por los hombros y zarandeado como un trapo. No era una mujer, sino una joven de pelo anaranjado y ojos claros. Eran los ojos más asustados que había visto nunca. Sus labios temblaban y todo su cuerpo acompañaba el movimiento. Puede que debido al frío y al agua, puede que de terror. Unas heridas frescas en el mentón y en la frente no paraban de sangrar.

Antes de poder dar un paso, a su lado, un perro ladró con fuerza. No era un ladrido potente, más bien el de un cachorro, pero sonó con tanta determinación que detuve mis pies, sin atreverme a acercarme más.

—¿Quién es? —le pregunté a Kerstin—. ¿Y por qué está aquí?

—Solo sé que se ha escapado.

—¿De dónde?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Casi no habla. He salido a sacar la basura y la he visto llegar corriendo por esta calle, seguida por el perro. No han llegado lejos porque, mirando hacia atrás, creo que para comprobar si la seguían, ha tropezado y ha caído al suelo de bruces. No puede caminar y está herida.

—¿Has visto quién la seguía?

—No. He echado un vistazo rápido por la zona, pero no he encontrado a nadie.

Pensé que no era apropiado que ella caminara por aquel polígono de noche y sola, sabiendo la clase de calaña que nos visitaba cada día, pero no me pertenecía a mí velar por la seguridad de esa muchacha, y a quien le correspondía estaba en ese instante dentro, poniéndose hasta arriba de coca, sobando culos y divirtiéndose con sus amigos.

—¿Y qué pretendes?

—Ayudarla —aseguró con una determinación que pocas veces había escuchado en su voz.

—Estás loca. No es asunto nuestro, y a Biel no le gustará.

La sueca apretó la mandíbula y me miró fijamente. Ahora que lo pensaba, ella nunca miraba fijamente. Estragos de ser la esclava del Atrapasueños.

—¿Por qué no vas y le comes los huevos a Biel? —me espetó con saña.

Sonreí con intención.

—Creo que no estás en condiciones de vacilarme cuando eres tú la que le lames las pelotas de verdad.

—Se llama supervivencia, y tú deberías saber de lo que hablo —soltó entre dientes, con su acento muy marcado—. Te he buscado porque sé que no eres como ellos y porque confiaba en que serías el único que la ayudaría. Pero veo que me equivocaba.

—Qué sabrás tú. No me conoces de nada —le espeté con desdén.

Soltó un bufido.

—Por favor, claro que te conozco. Aunque no lo parezca, vivimos en el mismo lugar desde hace años. Respiramos el mismo aire y compartimos idéntico dueño. Y aunque seas el rarito que no se mezcla con nosotras, sí te vemos deambular por aquí. Tú y yo tenemos en común más de lo que piensas. —Se acercó mucho a mí para susurrarme bajito—: Veo cómo lo miras, el odio en tus ojos.

Ninguno necesitamos decir nada para saber de quién hablábamos.

Le eché un leve vistazo a la asustada chica, que seguía cubierta de agua, cemento y ladrillos.

—No sabemos de quién huye. —Lo que llevaba implícito los

problemas.

—Por eso. Es solo una niña, Lusco. Por favor…

Puede que no una niña, pero sí bastante joven. No quería mirarla durante más tiempo, porque cuanto más la ojeaba, más parecido le encontraba. Pero fue inevitable que pasara.

Vi a Eva tirada en aquella carretera, con los brazos rodeando sus piernas y los ojos fijos en la figura de su madre, que yacía sin respiración. La vi llorar un río silencioso y cristalino que se encauzaba por sus mejillas sucias y sangrantes hasta confluir en su boca, esa gruesa y perfecta, que en ese instante se encontraba hinchada, herida y cubierta de líquido rojo. Vi sus rodillas raspadas por el asfalto hirviendo en pleno verano y su corazón desintegrado por el dolor. Y después los gritos de su padre al recobrar la conciencia, los de mi madre cuando llegamos y nos bajamos del coche. Ella, en silencio, rompiéndose enmudecida.

¿Qué habría hecho en aquel momento si me hubiese enterado de quién fue aquel cabrón que tuvo la oportunidad de ayudarlos y no lo hizo? Si no se hubiera dado a la fuga, puede que ahora Vanora estuviera viva. Solo necesitaba una prórroga, alguien que llamara a una ambulancia, pero Natalio estaba inconsciente; Eva, en la más absoluta parálisis, y aquel malnacido se había ido sin mirar atrás tras chocar con su coche a una velocidad inhumana. Las autoridades no se explicaban cómo el vehículo había quedado en condiciones adecuadas para continuar en funcionamiento tras aquel impacto, sin embargo, lo hizo, y con ello se llevó la vida de Vanora. Sé, sin duda, lo que habría hecho: lo habría matado sin titubear, por el placer de verlo sufrir, así perdiera la poca humanidad que me quedaba y que me mantenía cuerdo.

—Puede que su futuro haya caído en nuestras manos —insistió Kerstin.

—Pues menuda suerte ha tenido —ironicé—. Está bien… Metámosla dentro para curarle esas heridas y después ya veremos qué hacemos con ella. Vamos a intentar que Biel no se entere de esto. No tengo ganas de soportarlo.

Kerstin me sonrió con sinceridad.

—Sabía que no me equivocaba contigo.

—No digas nada —la corté con rapidez, alzando la mano.

Pero ella, más desobediente que nunca, no me hizo caso:

—Los avisos del corazón no se equivocan.

19

No tengo nada en contra de las personas que aman la verdad, salvo el hecho de que resultan ser una compañía tediosa.

Eva

Me pregunto adónde ha ido a parar el frío de anoche. El sol golpea con fuerza y parece dispuesto a no darnos tregua. Casi cuesta abrir los ojos y enfocarlos en las cámaras.

El lugar está colmado de habitantes que aguardan sonrientes a que sea cortada la cinta roja colocada delante del centro de ayuda animal, y yo espero instrucciones con una tijera en una mano y un cachorro de color canela en la otra. Es regordete, de patitas anchas y orejitas pequeñas, y está aquí, junto con otros cachorros de su camada, para aprovechar el tirón mediático y aumentar la posibilidad de ser acogido por una familia que lo mime. Siempre he pensado que cada ser humano guarda un trocito de corazón para dar su amor incondicional a los animales. Pero, al parecer, como en otras tantas cosas, mi teoría es infundada, o eso creo después de saber que la camada ha sido abandonada al lado de un contenedor y metida en una bolsa completamente cerrada. Malditos desgraciados.

El gerente del centro, un chico joven y lleno de vitalidad que ha estudiado Veterinaria, me acerca el micrófono para cederme la palabra. No sé muy bien qué decir, pues él y el equipo que lo resguarda han explicado las funciones que tendrá el centro y han dado las gracias a todas las entidades colaboradoras. Lo que sí tengo muy claro es lo que voy a hacer, y ojalá a Esteban le revienten los botones de la camisa por la tensión que voy a acumularle dentro.

—Poco queda añadir por mi parte más que dar las gracias a personas como las que hoy me rodean por hacer la labor tan importante de asegurar el bienestar de nuestros animales. Y como a mí me gusta la gente que no promete lo que cumple, hoy creo que la mejor obra es cumplir sin prometer.

Lo siguiente que estoy a punto de decir me quema en la lengua y me deja un regusto dulce. Sonrío, interior y exteriormente, y busco la cámara. Sé de sobra que Esteban no se perdería por nada del mundo el evento emitido en riguroso directo. Disfruto un poquito más imaginando los dos círculos sudorosos creándose bajo sus axilas conforme voy pronunciándome:

—Desde la productora Venus, que con su director Esteban Lafuente a la cabeza tanto interés ha mostrado en este proyecto, queremos adoptar a este cachorro y hacerlo formar parte de *En el pasillo* como uno más del elenco, desde donde lo cuidaremos y lo mimaremos con todo nuestro cariño. —Un enorme aplauso de los asistentes irrumpe, y tardo unos segundos en recuperar la palabra—: Con ello, os animo a hacer lo mismo. Si tienes un hogar y amor para compartir, los

hermanos de Venus, que así acabo de bautizar a esta preciosidad en honor a quien nos respalda, esperan una familia. Ellos y otros tantos en las mismas condiciones.

—Esteban está echando espuma por la boca en este momento —susurra David a mi lado, con los dientes apretados para que no puedan leerle los labios y con una sonrisa falsa dibujada en el rostro.

Feliz, me acerco a su oído para evitar lo mismo.

—Que se joda.

Para finalizar, Raúl, el veterinario, me pide hacerme una foto rodeada de todos los cachorros, que, sentada en el suelo, se abalanzan sobre mí y me lamen con efusividad después de recibir una buena ración de caricias. Decidimos colgarla en mis redes sociales con un texto que conciencie sobre el trato animal y la adopción. Después de darnos las gracias todo el equipo, como también el alcalde del pueblo de manera incansable por lo que hemos hecho delante de las cámaras, decidimos que es la hora de marcharnos y dar un paseo por el lugar, que no se alarga debido al calor. Tras ello, nos dirigimos a uno de los tantos bares que encontramos en la plaza principal.

—¿Qué os parece si tomamos algo aquí? —pregunto, girándome por completo para dirigirme a Adán, que se ha mantenido cerca durante toda la mañana pero más lejos que nunca de mí.

Él asiente de manera casi imperceptible. Dedicándome una única mirada cubierta por sus gafas de sol negras y cuadradas, responde:

—Lo que ustedes quieran, señorita Ayala.

Le mantengo el pulso visual unos segundos. Está siendo injusto conmigo, comportándose como un crío. Con todo, si quiere jugar a la indiferencia, está bien, jugaremos. Él está cómodo en su terreno de apatía y desinterés, como casi siempre. Con lo que no cuenta es con que yo deseo hacerlo y llevo años preparándome para este momento si se daba el caso: en el que volviera a acercarse y ser quien tuviera el control y la capacidad de alejarme. Así que su actitud solo está ayudándome a conseguirlo.

Cuando vamos a tomar asiento, tanto él como Dragos se colocan en la mesa contigua a la que David y yo nos hemos acercado.

—Eh… Por mí no hay problema si nos sentamos todos juntos —dice David, dudoso.

—Si no os importa —me doy prisa en intervenir—, preferiría que no. David y yo tenemos una conversación pendiente y me gustaría tratarla con intimidad.

Dragos asiente y Adán se limita a girarse para perder el contacto visual conmigo.

Mi amigo me contempla con confusión.

—Pero… —Señala a Adán.

—Ya te he dicho que viene en calidad de trabajador, no de

hermanastro. —Y recalco esto último con toda la indiferencia que soy capaz de mostrar.

Por suerte, una camarera interrumpe la tensa conversación para tomarnos nota. Un minuto después, está a nuestro lado sirviéndonos las cervezas que hemos pedido.

—Eva… —dice David al fin tras un silencio extenso en el que me he dedicado a acariciar a Venus, que duerme plácidamente sobre mis piernas—. Creo que te debo una disculpa.

De repente, Adán queda en un segundo plano y toda la soledad experimentada durante la tragedia de Javiela me golpea con fuerza.

—¿Por qué?, ¿por sospechar cosas horribles de mí?

—Por no dar la cara por ti —me dice con decisión y manteniéndome la mirada.

—No te confundas, David, no lo necesito. Tengo una y sé defenderme sola. Pero en este caso no me hacía falta defenderme ni demostrarle nada a nadie, solo necesitaba a mi amigo a mi lado —le confieso con sinceridad.

—Lo sé, y lo siento. Igual que sé con certeza que todo esto te ha afectado más de lo que quieres aparentar. Pero… yo también lo he pasado fatal. No es excusa, soy consciente… —No termina la frase.

Alargo la mano por encima de la mesa y la poso sobre la suya. De repente, su mirada se agacha para ocultarse. Al observarlo con detenimiento, reparo en mi egoísmo. Me he centrado tanto en mí, en victimizarme, que no he advertido cómo podría estar sintiéndose él. Nunca he entendido qué podía verle alguien como David, bueno, atento y desinteresado, a una chica como Javiela, de características completamente contrarias. Pero le gustaba, eso era un hecho, y tendría sus motivos. ¿Cómo estará sintiéndose ahora que ella no está? No lo sé, porque tampoco me he interesado en averiguarlo.

Exhalo el aire retenido y busco sus ojos miel.

—Lo siento —le digo con sinceridad—. He sido una egoísta y no te he preguntado ni una sola vez cómo te encuentras tú, cómo estás viviéndolo todo. Ni siquiera he reparado en ello —reconozco avergonzada.

La palma de su mano se gira y se hace con la mía para apretarla con cariño.

—Debo reconocer que me ha afectado más de lo que podría imaginar, pero supongo que uno nunca piensa en cómo se sentirá si ocurren ciertas cosas. No imaginaba a Javiela muerta. No teníamos una relación como tal, pero hemos compartido… cosas. Momentos. —Traga saliva. Su mirada, que durante un segundo se ha nublado, ahora vuelve a mí y me enfoca con determinación—. No te sientas mal, Eva. No podías pensar en eso con todo lo que ha ocurrido. Si te sirve de consuelo, yo nunca he dudado de ti y no he tenido el valor de buscarte

para decírtelo. Sé que serías incapaz de hacerle daño a nadie de manera intencionada. Sin contar a Esteban, claro —dice, consiguiendo hacerme sonreír y destensar un poco el ambiente—. Y cuando llamaron de la productora para explicar que todo había sido un accidente, no pude más que sentirme un miserable. Sin embargo, tampoco ahí fui capaz de levantar el teléfono y llamarte, aunque fuera lo que más deseaba en ese momento.

Cierro los ojos con fuerza al escuchar la palabra *accidente*. La imagen de Javiela anoche, muerta y reanimándome mientras me ahogaba, viene a mi mente y me sacude. Sus palabras se me atraviesan en la conciencia: «Tienes que continuar. Deben saber la verdad».

No sé qué me impulsa a ello, puede que la confianza que siempre he tenido en David, pero lo suelto sin más, a sabiendas de que mi hipótesis lo empeorará todo:

—No creo que fuera un accidente.

El rostro se le contrae y su mano suelta la mía como si ya no fuera la de su amiga.

—¿Cómo? ¿Por qué dices eso? —Casi titubea, y está tan descolocado que me arrepiento con rapidez de haber expuesto mis pensamientos, pero necesitaba soltarlo, decirlo en voz alta.

—Esto… Esto va a sonar un poco loco y sé que no me creerás, aunque tampoco pretendo que lo hagas. Pero están pasándome… cosas.

—¿Qué cosas?

—Sueño con Javiela.

Su rostro se relaja al escuchar esto último y sus dedos vuelven a tocar los míos. Necesito un trago de cerveza y ataco el vaso con energía.

—Es normal, a mí también me ocurrió los primeros días. Ha sido todo… rápido, impredecible. No se está preparado para aceptar la muerte de alguien al que se conoce bien y que era tan joven.

Niego.

—No es eso, David. No sé explicarlo, pero mi cuerpo me dice que hay algo más. Las pesadillas son tan reales que al despertar creo que voy a tenerla todavía delante de mí. Anoche volvió a pasar, y me pedía que continuara, que todos debían saber la verdad. Me reanimó cuando… —No termino la frase, o de aquí me llevan a un psiquiátrico.

—¿Quiénes son todos? ¿Continuar con qué?

Me encojo de hombros.

—El mundo. Eso dijo. Y lo de continuar…, no lo sé, pero creo que quiere que continúe con mi hipótesis, investigando.

Alzo la mirada. Necesito enfrentarme al rostro de David contemplándome como si hubiera perdido la cabeza.

—Eva…

—Piensas que estoy loca, ¿verdad? —Ahora, quien aparta la mano soy yo y la dirijo a mi pelo, el cual meso con nerviosismo—. Claro, ¿qué vas a pensar? Sueños, conjeturas…

—No pienso que estés loca, solo confundida.

—No estoy confundida, David. —Sueno determinante, pero es que su mirada compasiva no me deja otra opción—. Sé identificar exactamente lo que siento cuando despierto.

—¿Y qué sientes?

—Que ella ha estado aquí y que necesita mi ayuda.

—Joder, Eva. —Coge el vaso con firmeza y el contenido amarillento desaparece en su garganta de un solo trago.

—¿No te parece raro que una noche de fiesta se esfumara sin más?

—No. No después de vuestro encontronazo, tras presenciar cómo nos besábamos.

Omito decir que el daño de verlo conmigo le duró el tiempo de llegar al aparcamiento con Adán, pero no pienso juzgar a alguien que ya no está para defenderse, ni decepcionarlo a él ni delatar a Adán. Si las cosas se complican con la muerte de Javiela, que intuyo que lo harán, no quiero que este último salga malparado.

Lo observo de reojo. Respiro con tranquilidad al comprobar que su mirada está volando por la plaza abarrotada de gente, como si yo no estuviera en la mesa contigua. Mejor así.

Sigo preguntándome quién la llamaría, por qué iría al estudio, por qué se vestiría con el uniforme de grabación. Y me pierdo entre preguntas silenciosas que no expongo, porque los ojos compasivos de David me indican que no serviría de nada.

Conozco la sensación de matar el hambre y paliar la ansiedad con otro alimento que, en realidad, sería el último que te comerías en ese instante. Sé lo que es morder una manzana para evitar la deliciosa hamburguesa, o mascar y mascar un chicle para engañar al estómago cuando estás babeando por el dulce relleno de chocolate que parece aguardar sobre la mesa para ser mordido y saboreado. Llenarte de agua para no hacerlo de carbohidratos. Del mismo modo, sé lo que es acallar la conciencia, sobrecargándola de trabajo o de chorradas. La necesidad de no pensar. La evasión de la culpabilidad. Y eso es lo que llevo haciendo toda la tarde, acomodada sobre la tumbona que hay pegada a la piscina y con David al lado, hablando de todo y de nada, riéndonos de las mejores anécdotas. Ahora que la tensión se ha disipado entre nosotros y parecemos los amigos de siempre, los silencios han dejado de ser incómodos; aunque, siendo honesta, no he permitido que entre palabra y palabra quedara un espacio demasiado extenso.

Venus está sobre mí, con los ojos cerrados y disfrutando del sol. Ha

decidido no apartarse de mi lado. La única vez que ha tocado el suelo ha sido al llegar, pero a Sultán no le ha agradado la nueva inquilina, la cual, nada más verlo, ha intentado llenar sus patas de cariñosos lametones y mordiscos. Tras un gruñido firme, la cachorra ha corrido bajo mi refugio. Desde ese momento, he pasado de nuevo a la lista de las personas que no le gustan a Sultán, que vienen siendo todas menos Adán. Y Dragos, a quien parece haber aceptado con cautela. Ese tipo debe ser de fiar si no se ha ganado ni un solo ladrido desde que apareció. No así David, al que le arrancaría un brazo para llevárselo como premio a su cama y mordisquearlo mientras disfruta del calorcito de la chimenea durante la noche.

Miro a Venus y la acaricio despacio, pero está tan a gusto que no hace amago de mover ni una de sus pequeñas orejas. En este instante me siento como ella cuando ha sido inspeccionada por Sultán: pequeña y desubicada ante un titán poderoso. Es inevitable recordar la mirada hambrienta que me dirigió Adán anoche, desnudo en todos los sentidos, delante de la chimenea. Una mirada que duró horas, o que se quedó arraigada en mi piel como un perfume y por eso no puedo desprenderme de ella.

No, no puedo pensar en eso. No debo pensar en hamburguesas, sino en manzanas.

Suelto un bufido interior al apreciar la ironía de la metáfora de la dichosa frutita.

Adán y Eva.

Cuántas veces habremos aguantado los comentarios ingeniosos de la gente. Los primeros, nuestros padres. Si se imaginaran… El padre de Adán, Antonio, reía cuando presenciaba nuestras peleas y decía que, más que haber salido de su costilla, yo parecía querer asesinarlo hincándole una de las mías. ¿Es acaso Adán mi fruto prohibido? ¿Me ve él como una manzana a la que morder? No lo sé, pero de algo no me cabe la menor duda: es pecando en su boca cuando visito el paraíso.

La voz de David sigue siendo el coro de mis pensamientos. Intento frenarlos, de verdad que pongo todo mi empeño, pero no puedo. Él está sentado sobre la tumbona, aunque incorporado de lado, con los pies descalzos sobre la hierba. Yo sigo tumbada y hasta ahora tranquila, a pesar de mis estúpidas comparativas con el hambre, la comida y las historias bíblicas. No obstante, algo ha cambiado. Algo ha ocurrido para que los ojos rasgados estén de repente a centímetros de los míos y que su boca casi me roce. Estoy pensando en Adán, en lo ocurrido anoche, pero me recuerdo que el que está delante de mí en este instante es David, y que sus labios cada vez se acercan más.

Mi cuerpo se sobresalta, me avisa, pero no me muevo. No soy capaz. Es un beso fugaz y suave que pide paso, que ruega permiso

para que lo deje ser en estado puro. No lo hago, y David se aparta con tranquilidad, sin sorpresa, como si hubiera sabido que mis labios no le pertenecían en este instante pero aun así ha intentado ser parte de ellos.

—David —susurro. No tengo muy claro si sueno confusa o reprochadora.

—Pensaba que tú también lo deseabas.

—¿Por qué?

Me incorporo para coger aire e intentar aclarar los hechos. Venus se remueve, abre un ojo y, somnolienta, busca una nueva postura para seguir durmiendo. Antes me he comparado con ella; ahora deseo tener una vida tan sencilla como la suya.

—Porque has asentido cuando te he confesado que quería besarte —suelta, desconcertado.

—Lo siento. No estaba…

—Escuchándome. Vale. —Gira el rostro, dolido—. Hablábamos de aquel día en Moguer.

—Cuando nos besamos la primera vez —deduzco, y él asiente. Me toco el puente de la nariz con cansancio y me pongo de pie. Joder. Ni siquiera sé cuándo hemos empezado a hablar de eso—. No he dormido nada esta noche y la pesadilla todavía me atormenta, no puedo dejar de pensar en ello. Lo siento —miento, pero solo a medias.

—No, el que lo siente soy yo. No debería haberlo hecho. No todavía —añade él.

Y sé que ese *todavía* abarca el recuerdo de Javiela, el respeto que cree deber guardarle; un luto sexual, puede que incluso romántico. No puedo reprochárselo, no yo, que al notar el roce de sus labios he sentido cómo engañaba a mi cabeza con un chicle cuando en realidad quería atiborrarme de comida vetada. Yo, que estoy guardando un luto sexual, puede que incluso romántico, por mi hermanastro.

20

Y recordó una palabra; una palabra que se le había antojado extraña en su momento, que hacía referencia a los seres que habían perdido parte de sí mismos.
Mutilados. Eso es lo que somos para ella. Mutilados.

Adán

Tengo la firme convicción de que nada fija tan intensamente un recuerdo como las ganas de olvidarlo, de que desaparezca para siempre. Me pregunto dónde estaba guardada hasta ahora esa imagen, qué capacidad tiene el ser humano de acumular vivencias en algún rincón de su mente y cuánta importancia poseen las que se quedan ahí, ocultas pero amenazando con salir a desfilar en cualquier momento.

Hacía años que la visión del accidente de Vanora no me atormentaba, sin embargo, en ese instante no fui capaz de sacarla de mi cabeza. Incluso podía sentir el calor del asfalto mientras me agachaba al lado de Eva, y la frialdad de su mirada, que en ningún momento se despegó del cuerpo de su madre. Los recuerdos iban y venían, sucediéndose unos tras otros, todos protagonizados por la misma persona de pelo color fuego y ojos verdes.

Eva tenía trece años cuando vio por última vez a Vanora. Por aquellos entonces, ya tenía la lengua afilada y nuestra extraña relación de amigos —que más que amigos, parecen hermanos— estaba llegando a su fin. Yo fui el culpable. Mis compañías, mis aficiones y mis prioridades eran otras; concretamente, las fiestas y las chicas. Eva no entraba en mi ecuación; no en ese momento, que yo tenía diecisiete años y me creía con el mundo a mis pies. La mocosa era un incordio. Siempre lo había sido, en realidad; como esos hermanos que se adoran y a la vez no se soportan, el que siempre se mete con ella y la hace rabiar pero le parte la cabeza al que se atreva a hacerle algo. La quería, la quería muchísimo, pero había algo en ella, algo que se escapaba de mi alcance, que me hacía dar un paso atrás cuando se creaba entre nosotros esa relación idílica que todos esperaban que mantuviésemos. Podía discernir en sus ojos el desconcierto que le provocaban mis cambios de actitud, repentinos y sin un hecho que los desencadenasen. A pesar de ello, no tenía valor para hacerle entender que el problema no era ella, sino lo que me despertaba de repente, cuando menos me lo esperaba. Su risa, por ejemplo. Debería hacerme feliz o contagiarme, como me pasaba cuando escuchaba la de cualquiera de mis amigos, pero no ocurría. El sonido de su carcajada me creaba un nudo en el pecho indescriptible, algo que se escapaba de mi entendimiento y control.

Aquella tarde fue diferente. No había lugar para hacerme el duro.

Todavía estaba sentada en el suelo y yo acababa de llegar a su lado. Me habría encantado abrazarla con todas mis fuerzas y decirle que todo estaría bien. Sin embargo, ¿qué sabía yo del bien y el mal por

aquellos entonces? Quería levantar su mentón y obligarla a mirarme para susurrarle que podría comerse mi merienda siempre que quisiera y que nunca más me enfadaría porque tocara mis cosas o se sentara en mi mesa a almorzar, acaparando la atención de mis padres. Que riera. Necesitaba escucharla reír con fuerza. Ya lidiaría después con el pellizco de mi pecho. Pero ¿cómo privarla durante un segundo de su madre, si sería aquella la última vez que la vería?

Eso quise repetirme durante años: que actué por ella. Ahora comprendía que actué por mí, por la cobardía que me movía, o que me impedía moverme. No era capaz de demostrar el dolor desgarrador que parecía bailar de su cuerpo al mío, rodeándonos a ambos en un mismo halo de miedo, haciéndonos partícipes de una misma desgracia. Mis diecisiete años no me lo permitían.

—Lusco, tienes que ayudarme.

Kerstin me miraba con confusión. Chasqueé la lengua. Genial, me había perdido en el pasado. Me ubiqué en el presente e intenté centrar la vista en la chiquilla que acabábamos de ocultar en el baño de las chicas, el de la planta superior. Ahora que podía verla con la suficiente luz, me percaté de que su pelo no era naranja natural, ya que los centímetros de crecimiento de su verdadero cabello indicaban que era oscuro.

La sueca intentaba cogerla en brazos para meterla en la ducha, y aunque la maniobra era sencilla y la muchacha estaba delgada en exceso, un lamento de dolor se escapó de la garganta de Kerstin cuando hizo fuerza para elevarla. La mueca de su rostro no me pasó inadvertida, no obstante, me mantuve en silencio. Todos habíamos escuchado los golpes que le propinó Biel pocos días atrás, así que no me parecía buena idea mencionarlo en voz alta delante de una chica asustada.

—Lo hago yo —le dije, y me acerqué a la muchacha.

Ella elevó los ojos, aterrados y muy abiertos, y negó con la cabeza mientras intentaba cubrirse con las manos. Las lágrimas en sus ojos fueron instantáneas, al igual que el ladrido del perro que la acompañaba y que había sido imposible dejar atrás. Tendría unos seis meses, pero ya apuntaba maneras como guardián.

—Tranquila, no te hará daño —intentó calmarla Kerstin, acariciando una de sus rodillas de manera delicada. La muchacha tragó saliva y unas cuantas lágrimas que habían aterrizado en sus labios. Temblaba—. Él solo te meterá en la ducha, pero yo me encargaré de desvestirte y lavarte, ¿vale? —Ante su mutismo y mirada desconfiada que no había cambiado ni un poco, Kerstin añadió—: Escúchame bien. No sé quién eres, de quién huyes ni por qué estás así, pero te prometo… Mírame —la instó cuando sus ojos huyeron de ella —. Te prometo que no te ocurrirá nada. No lo permitiré.

Al fin asintió, dando su consentimiento. Kerstin se apartó para que yo la cogiera en brazos y la metiera en la ducha.

—Esperaré fuera, avísame. Y no tardes, o Biel estará aquí en cero coma.

No consumió ni quince minutos de aquella extraña noche. Cuando entré, la pelirroja había perdido todo resto de sangre y, en apariencia, kilos de cansancio y miedo. Comenzaba a confiar en la mujer que tenía delante, y yo admiré a Kerstin por primera vez en años. ¿Cómo podía prometerle seguridad a alguien si ella no conocía el término, si las botas negras de Biel aterrizaban en sus costillas a la mínima oportunidad o su cabeza era estampada sobre la mesa del despacho tras un error, por insignificante que fuera?

—¿Piensas quedarte ahí mirando toda la noche? Vamos, hay que curarla.

Me acerqué con pesadez. Por suerte, los efectos de la coca comenzaban a disminuir.

—Tienes que encargarte tú de las curas. Yo lo haré de Biel. Llevo un buen rato ausente y tengo que dar una vuelta por la sala principal.

—Nunca te controla el tiempo que tardas en echar un polvo —comentó sin mirarme mientras se hacía con el pequeño botiquín del baño.

—Veo que tú sí tienes bien controlado todo lo que hacemos o dejamos de hacer —aprecié—. Y no es por el tiempo, sino porque la bailarina habrá vuelto a su puesto y yo sin aparecer.

—Está bien, ve.

—¿Y qué harás después? —Kerstin me miró y le señalé a la chica con la cabeza—. No puedes ocultarla aquí.

—Al menos hasta saber qué le ocurre.

—Te buscarás un problema.

—Vivo dentro de un problema, Lusco. Ahora ve. No queremos que Biel se presente aquí.

Asentí en silencio y salí del baño.

El Atrapasueños seguía donde lo había dejado, y Axel, el Pepitas e Ikram lo rodeaban. La noche era tranquila, lo supe por sus hombres. Desde fuera intimidarían a cualquiera, con esas miradas fijas y los hombros rígidos, con las manos cruzadas por delante del cuerpo o apoyadas en el relieve de los bolsillos creados por las armas. Pero yo sabía que cada uno estaba inmerso en sus propios pensamientos e inquietudes. Nunca me había preguntado qué había detrás de cada uno, cuál era su historia. Estábamos tan acostumbrados a deambular juntos tras la espalda de Biel que nunca nos habíamos cuestionado qué colgaba de las nuestras.

El Pepitas. ¿Qué habría tras aquel chico delgado de dientes de oro que nunca borraba la sonrisa de la boca? Lo había visto aceptar

escupitajos en la cara, cortar partes del cuerpo de su torturado o disparar sin dejar de reírse. La risa era su identidad. Entendía que quisiera unos dientes dorados; nadie podría lucirlos tanto como él. Disfrutaba de las descabelladas y originales ocurrencias de Biel en cuanto a enemigos se trataba.

Axel. Grueso, grande, cauto. El más reservado de todos. Nunca hablaba sin tener nada importante que decir. Aunque podría definirse como todo lo opuesto al Pepitas, eran una extensión del otro; la noche y el día, contrarios pero necesarios para el ciclo de la vida. Lo que este pensaba de su jefe era toda una incógnita, ya que nunca se pronunciaba al respecto.

Ikram. Alto, fuerte, misterioso. Sabía poco de él: que su nombre en realidad es femenino, aunque a sus padres les gustaba tanto su significado que no les importó que el fuera varón, y que era la persona más fiel que había conocido nunca. Detrás de la fachada de metro ochenta y cinco, de sonrisa invisible y duros ojos grises, existía un gran tío. ¿Por qué alguien como él le guardaba fidelidad a Biel? No lo sabía, y aunque la llama de la curiosidad se me había encendido, nunca lo averiguaría. Había una regla de oro que consistía en no interrogar si no quieres ser interrogado. Y como lo último que deseaba era dar explicaciones, jamás las exigí ni exigiría.

Volví a mi puesto con premura, erguí los hombros y crucé las manos por delante de mi cuerpo mientras fingía, como los demás, que mi vida consistía en venerar a Biel y su seguridad.

Una hora después, el efecto de la droga se había pasado por completo; no así el recuerdo de Eva en el asfalto ni el de aquella chica que Kerstin ocultaba en el baño. Quién era o de qué huía, debería serme indiferente. Debería, pero no era así. Y que algo me inquietara de repente, para bien o para mal, después de años de coma emocional, me aterraba.

21

Aunque mi apetito por la comida decrecía,
mi hambre por los libros era constante.

Eva

Me despierta un quejido, una respiración arrítmica y sofocada a la que acompañan pequeños gritos. Pongo los pies en el suelo de madera cuando todavía no he conseguido abrir los ojos del todo ni comprender dónde estoy. Al instante, me ubico: en la casa rural, dormida.

Giro el rostro con brusquedad al notar la sábana moverse y suspiro cuando descubro que es Venus. Supongo que me acostumbraré a su presencia. Sonrío al pensar en mi padre. Pondría el grito en el cielo si supiera que un perro está metido en mi cama. Quitando el sobresalto inicial, me centro. Fui temprano a dormir y lo hice sin cenar. Tras el momento beso de David en las tumbonas, decidí desconectar en mi habitación. Los chicos tenían comida que habíamos comprado hecha en Aracena y yo no tenía hambre.

Un sonido atormentado me hace recordar cuál ha sido el motivo de mi desvelo: un quejido que no mengua acompañado de unos lamentos que me alarman. Nunca he sido valiente, pero siempre curiosa. Mala combinación. Camino descalza sobre la madera templada, puede que a causa de la calefacción central. Recordar lo acontecido con la chimenea la noche antes me hace estremecer, y me digo que tengo que bajar para comprobar que todo esté en orden. Pero antes sigo el sonido angustioso y termino frente a los tres escalones que suben hasta la habitación de Adán, esa de la puerta con forma de esquina. No es buena idea, pero, aparte de curiosa, también soy imprudente, impulsiva y puede que un poco metiche, porque cuando quiero darme cuenta estoy golpeando con los nudillos en la madera, con suavidad para no despertar a David y Dragos, que se encuentran en una habitación a mi espalda, bajando otros tres escalones. Como no obtengo más contestación que gritos que van subiendo de intensidad, decido entrar.

La habitación con forma de ático recubierto de madera y un cabecero formado por una estantería horizontal llena de libros guarda en el centro una gran cama en la que Adán se remueve inquieto mientras gime. Tiene el rostro fruncido y sus labios pronuncian palabras ininteligibles. Suda muchísimo y patalea con brío mientras niega con la cabeza.

—Adán —susurro. Lo intento una sola vez, pues sé por la ocasión anterior que no servirá de nada llamarlo. Me acerco a la cama y lo zarandeo; primero despacio, después incrementando la presión—. Eh, Adán.

Se incorpora de un movimiento y tan sobresaltado que consigue

sobresaltarme también. Casi me caigo de culo al esquivar el golpe que me habría dado con la cabeza. Mira alrededor y después a mí, de quien desvía los ojos con celeridad. Se seca el sudor de la frente y el mentón con ambas manos y se sienta en el borde de la cama. Sigue respirando de manera dificultosa, supongo que adaptándose a la realidad, aunque con la pesadilla todavía presente.

En silencio y jadeante, oculta la cara entre las manos.

—¿Estás bien?

Asiente de manera leve.

—Sí. Vete a dormir.

—Te ha pasado lo mismo dos veces este fin de semana. —Y todas las noches anteriores, pero no hago alusión a ello. No sé si añadir la frase que tengo en la punta de la lengua, a un microsegundo de ser escupida, pero se ve que lo que yo quiera aquí no cuenta, porque no puedo retenerla—: Si necesitas algo, estoy aquí para…

—Necesito que te vayas a dormir y me dejes en paz.

Mis puños se aprietan tanto que noto las uñas clavadas en las palmas de las manos.

—Mierda, Adán.

Estoy a punto de decirle que está comportándose como un estúpido engreído cuando me interrumpe:

—Vete, Eva. Mi trabajo es velar por ti, y no al contrario.

—Está bien. Si eso es lo que quieres —acepto sin añadir una sola palabra más y quitando mis ojos de él.

Inconscientemente, se dirigen a la mesita de noche. Hay un libro cerrado, marcado con un papel con pinta de ser lo primero que ha encontrado. Mi impresión inicial es de sorpresa porque Adán lea. Creo que jamás lo he visto hacerlo después de los siete años, edad hasta la que compartimos cuentos. La segunda me deja clavada en el sitio. En el título reza *El cuento número trece.* Es una edición diferente a la que reposa sobre la mesita de mi habitación en este mismo instante, pero no deja de ser la misma historia. ¿Cuántas posibilidades hay de coincidir en el mismo libro, uno editado hace casi quince años, en dos lugares diferentes, en manos de dos personas completamente distintas y que comparten tanto?

Me muero de ganas por coger el libro de tapa dura, abrirlo y ver qué página está viviendo Adán en este instante, o preguntarle a él. Al parecer, no me queda suficientemente claro su enfado y las ganas que tiene de que desaparezca de su vista, porque opto por la segunda:

—No eres el tipo de persona que lee —murmuro, a un paso de abrir la puerta.

Él no saca el rostro de su escondite, no se mueve, no gesticula. Cuando mi mano se apoya en el picaporte y estoy a punto de girarlo, su voz rasgada por el sueño, y puede que por el sufrimiento, me frena:

—Ah, ¿no? ¿Y qué tipo de persona crees que soy? ¿Quién crees que soy? —Su pausa no implica mi respuesta, así que continúa—: ¿Cuál es el tipo de persona que se pone de droga hasta las cejas, que asesina, tortura o maltrata?

Su contestación me paraliza. Está claro que esperaba cualquiera menos esa. No sé dónde está o en qué piensa. No sé si tiene que ver con el sueño, pero mi cabeza empieza a dar vueltas sin una idea clara.

—Crees conocerme —prosigue—, crees seguir al lado del que se marchó hace diez años, pero no tienes ni puta idea. Ni puta idea, joder. Así que deja de cuestionarme, sal por esa jodida puerta, vete a tu habitación y descansa. No querrás despertar cansada para tu amigo. Seguro que con él puedes mantener charlas interminables sobre libros, series, trabajo e incluso contarle con confianza tus preocupaciones.

Puede que tenga razón, que no lo conozca, porque este tipo envuelto por un halo oscuro y de culpabilidad no tiene nada que ver con el hermano bromista que se marchó importándole un bledo los contratiempos de la vida. Sigue oculto, ni siquiera se digna a mirarme. Comprendo que ahora sí que le importan, pero no tiene capacidad para manejarlos, y uno de esos contratiempos soy yo. Entiendo perfectamente su aflicción, cómo se siente, cómo se culpa y, sobre todo, cómo desearía que fuera otra chica y no yo la que le pone la vida difícil. Y lo hago porque él lleva siendo mi mayor adversidad desde que casi tengo uso de razón.

No hay nada más que decir. De manera automática y silenciosa, desaparezco de su vista y vuelvo a mi habitación. Me hago un ovillo en la cama, sujetando mis piernas con mis brazos, aferrándome a mí misma. Dos únicas lágrimas se deslizan por mi rostro, pero son tan bravas, tan fuertes y llevan tanto contenido que no necesito sollozar desconsolada para sentirme aquella niña que corría de una casa a otra y se escondía en su habitación de color rosa para llorar después de un desplante inoportuno de Adán.

El silencio entre Adán y yo se implantó desde ese momento y se prolongó durante toda la mañana. David había propuesto hacer una ruta desde Linares de la Sierra que, según él, no tenía desperdicio. Y tenía razón: un pueblo oculto por la naturaleza en el que se detiene el tiempo al caminar a través de sus calles empedradas y, posteriormente, por los caminos que te conducen al valle escondido, recubierto de verde, del cauce tranquilo del agua y del cantar de los pájaros. Cuando me tumbé sobre el banco de piedra bajo la sombra de un árbol gigante y concentré mis oídos en cada sonido que el lugar me regalaba, acepté que había merecido la pena soportar la alta temperatura. Sorprendente lugar, que te asfixiaba de calor por el día y te hacía temblar de frío por la noche.

Adán y Dragos mantuvieron las distancias, siempre por detrás de nosotros y con Sultán a su lado. David, por su parte, no sacó a relucir el beso del día anterior. Mejor. Debía lidiar con los problemas uno a uno, y en mi lista de prioridades, ese se encontraba el último. En realidad, ni siquiera sabía si contaba con una lista de prioridades, lo que sí era seguro es que necesitaba desprenderme de todo aquello que me quitaba el sueño. Comenzando por Javiela, siguiendo con Adán y finalizando con David.

Tenía en mi cabeza grabada la frase que vi en el libro que Adán había abandonado de nuevo en la estantería a la que pertenecía. Con curiosidad, cuando ya todos estaban en el porche a la espera de irnos, con la excusa de ojear una última vez la casa por si se nos olvidaba algo, me senté sobre la colcha de cuadros amarillos y rojos y abrí la página señalada. «Nos acostumbramos tanto a nuestros propios horrores que olvidamos el efecto que pueden tener en otras personas», decía Diane Setterfield en su obra. Conseguí tragarme un suspiro, pero no la pregunta que me rondaba por la cabeza desde que escuché su respuesta la noche anterior: ¿Acaso era premonitoria aquella frase? ¿Acaso Adán había sufrido mis horrores reflejados? Podía ignorarlo a él, pero no así el dolor que reprodujo su voz al hablarme, el desprecio absoluto hacia sí mismo, la carga emocional que creí sentir sobre sus hombros. Y, además, algo que no podía ignorar de ninguna forma era que su dolor compartido de manera parcial no había surtido en mí el efecto esperado. No lo había recepcionado como antaño cuando mi amigo, mi hermano, tenía un problema. Había sido algo… inexplicable, infinitamente superior. Lo sumaba a mi lista de prioridades que solucionar, pero en ese momento no estaba dispuesta a darle paso a aquella amalgama de sentimientos.

Ya en el coche de camino a casa, también en el más absoluto de los silencios e intentando concentrarme en algo que no fuera el perfil serio de Adán mientras conducía, en la forma lineal y perfecta de sus gruesos labios y en su mano tatuada aferrada al volante —esa misma mano que me había acariciado dos noches antes, que había dejado en mi piel todo el anhelo del que Adán hacía gala—, decidí sacar de mi bolso el libro, la otra edición de *El cuento número trece*, y abrirlo por la página en la que lo había dejado la última vez, justo antes del incidente de la chimenea.

Si no hubiera estado sentada, probablemente habría caído hacia atrás. Noté el temblor de mis dedos al delinear la frase hasta la que se habían dirigido mis ojos: «Siempre deberíamos prestar atención a los fantasmas». Adán debió apreciar mi palidez o las terribles ganas de lanzar el libro por la ventana, porque noté cómo giraba el rostro y me miraba de soslayo. Si percibió algo fuera de lo común, no lo demostró, y yo… Yo no sabía cómo afrontar lo que acababa de leer.

Seguramente, prestándole atención a mi fantasma.

22

Tú estás viva; pero estar viva no es lo mismo que vivir.

Adán

«La pelirroja que marca tendencia entre las chicas más jóvenes y levanta las pasiones del género masculino, y femenino», rezaba el titular, resaltando esto último. En la portada, Eva. No parecía ella, ni siquiera la mujer que había visto en el periódico del día anterior. Cada fotografía le añadía años, experiencia, determinación. En esta, lucía un vestido rojo tan sencillo como apabullante; al menos me lo había parecido a mí cuando la abertura lateral me había cortado la respiración. El maquillaje sobre sus párpados era distinto y conseguía que sus ojos verdes resaltaran más, impusieran más. Al igual que el rojo pasión de sus labios gruesos, que parecía una fusión del pelo interminable y el vestido largo. Su piel era lo único destacable entre tanto tono rojo sangre. No, sangre no. En su mundo no había sangre, ni dueños, ni esclavos. En él existía el glamur, el dinero, la fama. Nada que ver conmigo, con mi día a día.

«¿Cuándo hemos tenido algo que ver Eva y yo?», me descubrí pensando, sorprendido, del mismo modo que me sobresalté al sentir mis dientes rechinando conforme pasaba las páginas y advertía a aquel tipo que casi siempre la acompañaba a los eventos. Salía en el periódico anterior y lo había visto en la serie que protagonizaba Eva y que yo había descargado aquella madrugada. Pelo claro, alto, y creía que atractivo según las tías a las que tenía locas. Cristian era su personaje; David, su verdadero nombre. Un tipo que quería aparentar una seguridad de la que escaseaba, o eso me transmitió a través de aquel trozo de papel.

—Comienza a preocuparme tu fascinación por la prensa rosa —se burló el Pepitas.

Cerré la revista de un solo movimiento y me centré en él y en Axel, que tomaron asiento frente a mí, en el mismo sofá y delante de la misma mesa en la que nos habíamos reunido la mañana anterior.

Para mi suerte y cortando de manera tajante la conversación, un estruendo sonó en la sala contigua. Un solo impacto seco contra el suelo. El Pepitas se encogió, y Axel, impasible ante el estallido, se dispuso a darme una explicación tras soltar un suspiro de cansancio:

—Ni rastro de la mercancía. A Biel acaba de llegarle la noticia.

—Un buda menos —se jactó glorioso el Pepitas.

—¿Qué se sabe del camión? —les pregunté.

—Apareció anoche abandonado junto al puerto. Venimos de registrarlo. No hay nada dentro que nos oriente o nos lleve hasta los responsables. El conductor ha llamado a Biel en cuanto ha encontrado un sitio seguro, lejos de la poli. Dejó el camión tirado y corrió. No

podía arriesgarse a ser pillado —me explicó Axel.

Ikram entró en la sala acompañado por Susana. Detrás, a pasos cortos y rápidos, apareció una apurada Kerstin que llevaba toda la mañana corriendo de un lado a otro del *pub*. Por suerte para ella, pasaba desapercibida entre nosotros, y el jefe estaba lo suficientemente preocupado con el negocio para prestarle atención. Miré de reojo a Susana, pero no parecía sospechar de la muchacha. Ella sí era un peligro real. Fiel a Biel, amante y compañera, reflejaba el odio que sentía hacia la sueca, quien, con unos veinte años menos, belleza y sabiduría, estaba consiguiendo hacerse un hueco entre las personas respetadas por el jefe. Todo el respeto que podía esperarse de alguien como él.

Yo sí sabía en qué andaba metida, y aunque no era de mi incumbencia, una parte de mí suplicaba que Biel no tomara represalias contra ella cuando descubriera a la chica que tenía escondida desde la noche anterior. Porque la descubriría. Y entonces no andaría metida en nada más, ya que le faltarían las piernas para hacerlo, como mínimo. El poco o mucho respeto que se hubiera ganado siéndole fiel se derrumbaría como un castillo de arena arrollado por una ola.

—¿Dónde está ahora el conductor? —indagué, apartando la mirada de Kerstin.

—Criando malvas —me aclaró Ikram mientras su gran cuerpo tomaba asiento de manera relajada a mi lado, declarándose culpable.

—Pues más valía que lo hubiera pillado la poli —rio con ganas el Pepitas, mostrando su dentadura dorada—. Si tengo que elegir entre unos añitos en el trullo o encontrarme contigo de frente… —alzó las cejas, con los ojos fijos en Ikram—, prefiero que me peten el culo tres veces al día. Después de cada comida, como los antibióticos.

El estruendo de cristal partiéndose interrumpió nuestras risas.

—La compañía de seguros del *pub* está hasta los huevos de venir a cambiar cristales —dijo Ikram.

—Por el bien de todos, más vale que los responsables, o la puta mercancía, aparezca pronto —apreció Axel.

—La mercancía no aparecerá —habló una sosegada pero firme Susana, que con fingida profesionalidad limpiaba la mesa en la que Kerstin posaría la bandeja de cafés justo después—. Al menos no completa. Parte de ella estará aquí, pero maldita, condenada. No ella en sí, sino su existencia en este lugar. —Alzó un dedo y lo giró, señalando el *pub*.

—¿Lo han dicho tus cartas? Pues sí que se despiertan temprano —le vaciló el Pepitas—. Vamos a tener que denunciarte por explotación laboral.

Susana lo taladró con la mirada con tanta firmeza que la sonrisa permanente de Sergio menguó. Después, dirigió sus perlas vacías hacia

mí y se mantuvo en silencio unos segundos, los suficientes para captar mi atención y permitirme analizar a la mujer de cuarenta y pocos, pelo negro y largo, casi siempre recogido en una coleta, como en aquella ocasión, y ojos inexpresivos de color piedra.

Al fin, habló:

—Llegará y se deshará como el caramelo en la boca del deseoso, será desprendida del envoltorio de protección que a todos nos embala al nacer, y cuando pierda la pureza que la mantiene viva, solo quedará un corazón vacío, un alma rota, un puñado de pedazos que nunca más encontrará su forma completa. No mientras esté aquí. No mientras el Atrapasueños persiga el suyo.

Después de aquello me quitó la mirada, pasó el trapo una última vez por encima de la mesa y se marchó con ese paso seguro pero calmado que siempre la acompañaba y que mecía sus acentuadas caderas respecto a su cintura de avispa, producto de la estricta dieta y los corsés. Me recordaba al movimiento de un reptil dispuesto a atacar: elegante, paciente y confiado.

—Esta tía cada día está más pirada —opinó Ikram.

—Pues a mí me da miedo —soltó Axel, para sorpresa de todos. No era común en él expresar pensamientos o emociones—. Una vez me paró en la puerta principal para decirme que sentía cómo el alma de mi padre viajaba a otro lugar.

—¿Y eso te dio miedo? —le preguntó Ikram.

—No, qué va. Me lo dio la llamada del hospital unas horas después. —Sonrió con amplitud, gesto poco usual en él—. El viejo se había pirado para el otro barrio.

—Podrías fingir que te importa un poquito. —El Pepitas golpeó su espalda con cariño.

—Lo que me importa es que no fuera treinta años antes. Hay cabrones que no deberían nacer. Son una lacra para esta sociedad. Ese malnacido estaba en una cama de hospital de la paliza que le di cuando tuve la oportunidad. Lástima que se la diera demasiado tarde también.

—Si ese cabrón no hubiera nacido, tú no lo habrías hecho —le rebatió Sergio.

—Otro favor que le hacemos al mundo. La cuestión es que la chalada acertó, así que no os riais tanto de ella.

Sin quitarme la conversación de la cabeza, me bebí el café de un solo trago y me retiré. Kerstin, que lo había escuchado todo al igual que yo, subió con premura y sin mirarme a la segunda planta. Un par de minutos después, me reuní con ella en el aseo donde nos habíamos encontrado la noche anterior.

—¿Dónde la tienes? —le pregunté nada más cerrar la puerta.

La rubia se giró en mitad de la sala para mirarme y tragó saliva.

—En mi habitación.

—¿Tú estás chiflada o qué te pasa? Biel entra ahí a por ti cuando le sale de los cojones. La descubrirá y te matará. —Se abrazó el cuerpo, protegiéndose, puede que de la visión de Biel encolerizado—. Es parte de la mercancía, ¿verdad? —deduje por las palabras de Susana. Ella guardó silencio. El desvío de su mirada, el hecho de no poder soportar la mía, me respondió—. Joder.

—¡No sé dónde ocultarla!

—Pues la sacas de aquí. La devuelves al lugar donde la encontraste.

—No puedo hacer eso. No voy a hacer eso. Yo soy ella hace dos años, cuando huía de la miseria de mi casa y corría sin saber de qué escapaba. Atrapada, sin saber quién me había encarcelado ni por qué.

Me acerqué un paso y la miré con fijeza.

—¿Prefieres acabar tirada en cualquier contenedor de este puto polígono?

Sus ojos claros y brillantes se entrecerraron a la vez que su mentón se alzaba, altivo.

—¿Y a ti qué más te da?

—¡Mierda! Me da porque tú me has involucrado en esto. —La sujeté del brazo con firmeza y ella miró ahí donde mi mano se posaba.

—Puede que me de igual, Lusco. Puede que esté más muerta ahora que entonces, descansando en un contenedor apaciblemente, sin tener que chupársela al cabrón de tu jefe para recibir después un escupitajo en la cara por no haber cubierto los dientes tanto como a él le gustaría mientras se la mamo. —Se soltó con brusquedad de mi agarre—. Sal de aquí, olvídate de que esa muchacha existe y vuelve a tus funciones. Seguro que tienes mucho que hacer.

—¿Qué sabe Susana de todo esto? —quise saber, obviando la punzada de rencor que sus palabras habían provocado en mí. Rencor hacia Biel. Un poco más.

—Nada, al menos no de la chica. Sabe que la mercancía eran mujeres, la mayoría menores. De ahí el enfado de Biel. Los clientes más sofisticados pagarían una fortuna por ellas, ya estaba apalabrado. Por eso quería que los tuvierais anoche entretenidos. Seguro que les ha prometido traerlas, aunque se demore, motivo por el que las busca por cielo y tierra.

—¿Crees que la chica es una de ellas?

Asintió.

—No habla. No sé si es muda o que está muy asustada todavía, pero me parece mucha casualidad que apareciera anoche, perdida y horrorizada.

—¿Y que tenga la mala suerte de acabar aquí después de escapar, precisamente, de este lugar?

—Si Susana tiene razón, parte de la mercancía estará aquí y está

maldita.

No pude controlar la risotada irónica.

—¿De verdad crees en los desvaríos de esa tía?, ¿en sus cartas del destino?

Kerstin se encogió de hombros sin pizca de burla en su rostro.

—Cuando no te queda nada en lo que creer, cualquier disparate es convincente.

La puerta se abrió y un confundido Ikram nos observó a ambos. Sus ojos viajaron de la sueca a mí y a la inversa. No había nada en nosotros que nos delatase, excepto que jamás me había relacionado de forma directa con ninguna de las chicas del local, que estábamos solos en el baño de ellas y que la distancia que nos separaba era prácticamente nula.

—Lusco, te necesitamos.

Asentí y salí del lugar sin dirigirle una última mirada a Kerstin.

No hubo preguntas, Ikram nunca las hacía, pero pude sentir sus ojos grises, sabios e inquisitivos sobre mí lo que duró el trayecto desde el local hasta el polígono de Montsolís, en Sant Adrià de Besòs, hasta donde acompañamos a Biel para realizar unas sucias gestiones, obsesionado por la recuperación de su mercancía. No sabía con certeza si la chica que Kerstin tenía oculta era parte de dicho cargamento, si la mala suerte la había conducido hasta allí o si era menor de edad. Daba igual, lo aparentaba y al Atrapasueños le serviría para su cometido.

No era de mi incumbencia, pero no podía apartar un pensamiento de mi cabeza mientras conducía: qué tipo de barbaridades harían con ella siendo el único caramelo del local, reclamado por su más exigente —y forrada— clientela, por esos tíos, y tías, sin escrúpulo alguno. «Llegará y se deshará como el caramelo en la boca del deseoso», había dicho Susana.

¿Y si ya estaba allí? ¿Y si hablaba de la chica muda? Y, lo más importante, ¿qué más me daba a mí?

23

Una piensa que algo ha terminado y de repente se da cuenta de que no.

Eva

El lunes, Pim y Pam están en la entrada del edificio de grabación. Es un alivio desprenderme durante unas horas de Adán, quien me ha dejado justo en la puerta y me recogerá en el mismo lugar, pero al menos no pululará por los estudios de grabación y podré retomar el trabajo sin la presión de sentir sus ojos sobre mí. La tensión y el enfado entre nosotros —más por su parte que por la mía— fue palpable durante la cena de anoche, en la que Elena y mi padre se limitaron a preguntarnos por la inauguración del centro de ayuda animal y no hicieron comentario alguno sobre nuestra estancia. Mejor así.

Seguimos sin dirigirnos la palabra. Cumpliendo con su promesa inicial de tratarme de manera estrictamente profesional, no ha osado darme ni los buenos días. En consecuencia y sumida totalmente en nuestra particular guerra de desidia e ignorancia, yo no me he molestado en decirle adiós antes de salir del coche. Una parte de mí me araña los órganos por dentro, furiosa por su comportamiento infantil, por volver a mostrar a ese niño, y posteriormente adolescente, al que le cambiaba el chip después de días inolvidables y se convertía en un trozo de pared imposible de atravesar. Y también que yo me deje arrastrar y me ponga a su nivel, demostrando que, para niña infantil, yo. Pero hay otra, la porción de mi mente que está agotada de repetir la historia, que agradece poder desconectar de Adán y sus extraños comportamientos.

Sandra está fumándose un cigarrillo, apoyada en la fachada. Para mi sorpresa, mantiene una conversación fluida —adjetivo para tener en cuenta— con Pam, al que diferencio porque hoy se ha recogido la larga melena en una coleta repeinada. Al verme llegar a su altura, mi amiga le dedica unas últimas palabras al grandullón. Deja dos potentes besos en mis mejillas y luego las pellizca como si yo fuera una niña pequeña, y ella, una madre orgullosa.

—Eres mi heroína. —Después acaricia a Venus, la cual observa el entorno con curiosidad desde lo alto de mis brazos, y se acerca a su oreja para hablarle a ella—: Y espero que tú no seas la cabeza de turco por las movidas entre tu salvadora y el jefe.

—Recuerda que también es tu deber protegerla de él. Ahora Venus forma parte del equipo.

Sandra ríe abiertamente.

—Prométeme que le repetirás esa frase a Esteban con aire de responsabilidad y sin un solo tartamudeo, como buena actriz que eres.

—Lo prometo —le aseguro, alzando la palma de mi mano—. Y tú

prométeme que me contarás tu fin de semana con pelos y señales.

—Más señales que pelos. Los tres somos de depilarnos.

Suelto una carcajada ante el comentario de Sandra y la cara de estupefacción de Pam, que a estas alturas debería estar curado de espanto con nuestras conversaciones, sobre todo en esas noches de fiesta en las que la lengua se nos suelta más de lo debido a causa del alcohol. A su lado, Pim, impasible e infranqueable.

Jessica se acerca con ojillos ilusionados cuando entramos en el edificio. En un instante me veo envuelta por exclamaciones de amor que, si bien son escandalosas, suenan menos efusivas de lo que lo hacen normalmente. Andrés, desde detrás del mostrador de mármol oscuro, ríe con ganas al ver a su hija tirarse al suelo, dispuesta a jugar un rato con la perra.

—A ver si a Esteban le hace tanta ilusión cuando la vea —se jacta sonriente—. La que has liado, pelirroja… Está hecho una furia y deseando verte.

La sonrisa se extiende por mi rostro.

—Genial. Yo también estoy deseando verlo.

—Tienes agallas.

Exactamente, eso es lo que quiero que piense sobre mí, real o no, o al menos lo que más me beneficia, porque si bien no estoy segura de lo que voy a hacer —más bien acojonada, indecisa y a punto de echarme atrás ahora que estoy dándome cuenta de que es el momento de dar un paso más—, algo en mi interior me dice que debo seguir adelante. Me lo pide. Me lo exige.

—Andrés… —susurro, y enseguida me arrepiento del tono inseguro, que cambio con velocidad tras un carraspeo leve—, me gustaría hablar un momento contigo.

—Claro, dime.

—A solas.

Miro de reojo a Jessica, quien, ajena a la conversación, juguetea provocando a Venus con los dedos para que los muerda.

—Jessica, ¿por qué no llevamos a la perra a la sala y que los demás del equipo puedan conocerla? —le propone Sandra. La niña asiente, conforme, aunque mira una vez más hacia atrás para buscar los ojos de su padre, los cuales le dan permiso—. Pues date prisa, que en nada entramos en maquillaje.

Jessica se hace con Venus, y Sandra la guía a través del recibidor principal sin mirar atrás y sin dejarme darle las gracias con la mirada. No sabe nada, e imagino que mis intenciones no se le pasan ni por la cabeza. Pero, de nuevo y como siempre, está ahí.

—Tú dirás —me concede Andrés.

Me giro hacia él y lo contemplo sin perder detalle de su expresión. Durante toda la noche he estado meditando este momento, y me he

repetido decenas de veces que lo importante no es la respuesta que salga de sus labios, sino de sus ojos. Las palabras se traban en mi garganta, como si se negaran en rotundo a salir de ahí adonde pertenecen, porque tengo la sensación de que la siguiente pregunta creará un antes y un después en el que no quiero ver salpicado a Andrés, y mucho menos a Jessica. Pero tengo que actuar, empezar por algo, y ese algo es saber quién estaba aquí la madrugada en la que murió Javiela, respuesta que únicamente puedo obtener con las cintas de grabación. Unas cintas dañadas.

—¿Qué pasó realmente con la cinta de las cámaras de vigilancia, Andrés?

Su tensión es instantánea: la mirada al frente para no mostrarse de ninguna manera, los hombros rígidos, los labios formando una fina línea.

—¿Qué cinta? —me pregunta al fin.

—La que grababa la noche que murió Javiela. La tienes tú, ¿verdad?

Su expresión se torna un poco más serena. No obstante, en mi mente no deja de repetirse la idea de que sus gestos son premeditados.

—Está dañada —me responde escueto.

—¿Supervisó la policía que así fuera?

—No lo sé —añade con rapidez—. ¿Qué quieres, Eva? Ni siquiera sé si puedo darte esa información.

—Puedes. No hay ningún caso abierto.

—Entonces, ¿qué buscas?, ¿qué quieres saber?

Cierro los ojos y suspiro. Puede que esté mostrándome débil, todo lo contrario a lo que pretendo, pero no es tan fácil actuar cuando los nervios te comen, cuando un fantasma te persigue en sueños y cuando tu vida, que se ha dado la vuelta de manera radical, no es una jodida serie que se reiniciará cuando finalice la temporada.

Tiro la moneda al aire. Todo o nada.

—Mira, Andrés, no quiero involucrarte en esto y te lo contaré de la manera más resumida que me es posible, pero sospecho que Javiela no murió a causa de un accidente.

—¿Estás diciendo que… que alguien pudo hacerlo?

Ahora sí que me descoloca la pérdida de color de su piel. Si antes sospechaba que mentía, algo me dice que su reciente sorpresa es real.

Asiento con pausa.

—No solo yo, también las inspectoras que estuvieron aquí aquel día. Ángela Ríos y Tamara Arias, ¿las recuerdas? —Afirma con la cabeza, todavía perplejo, y yo decido continuar con mi farol—: La clave podría estar en esa cinta, aunque si no la consiguen, buscarán otro medio, claro. Por algún motivo, el caso se cerró con rapidez, sin la intervención policial. La cosa es que, si sospechan un poco más y el

caso se abre, sí que se harán con esas cintas y entonces descubrirán qué hay en ellas.

—¿Y qué tienes que ver tú en todo eso?

—Solo quiero despejar mis dudas.

Sus hombros vuelven a tensarse y el color va apareciendo en sus mejillas.

—Pues siento mucho no serte de ayuda, Eva, pero no sé nada más.

No insisto, como hacía mi madre conmigo cuando le pedía permiso para hacer algo o ir a algún sitio justo después de haber discutido, y ella, con tono neutro, me decía que hiciera lo que quisiera. Después, seguía con sus quehaceres. Siempre me quedaba paralizada en el umbral de la puerta, dudando si era un permiso real o no. En caso de que Andrés sepa algo que no está contándome, lo mejor es dejarlo con la duda de si lo he creído o simplemente seguiré investigando por mi cuenta.

—Gracias —le digo antes de comenzar a caminar.

—Eva. —Me giro esperanzada al escuchar mi nombre—. Dile a Jessica que no se entretenga después de la grabación. Tiene clases.

Asiento y continúo, fingiendo que durante un instante mi corazón no ha temblado de expectación y miedo.

La grabación es complicada, como el primer día después de unas largas vacaciones, pero sin la alegría de rencontrarnos todos y contarnos lo que hemos hecho en los días libres, incluso si esa falta son Javiela y Ros, a pesar de ser las personas menos gratas del estudio. Además, personajes masculinos que hasta ahora eran secundarios están tomando un protagonismo que nos hace sospechar de las intenciones de los guionistas. La intención de alargar y alargar temporadas ahora que estamos en boca de todos.

Alma, Marina y los demás han intentado fingir que no ocurre nada, que todo está bien después de haberme acusado con el dedo mientras miraban hacia otro lado y yo me hundía sola. He optado por ignorarlas y centrarme en mi trabajo, en la estúpida escena en la que Cristian va al encuentro de Dalia porque Anika se supone que está de vacaciones con su madre.

—¿De quién ha sido la maravillosa idea de juntarnos en la primera grabación? —pregunto, señalándonos a David y a mí.

Pierre se esconde detrás de su vaso de plástico y Diego lo señala con el dedo. Verónica todavía no ha aparecido por la sala de descanso.

—Ha sido idea suya —lo acusa Diego con semblante serio.

—Y Verónica me ha apoyado —se defiende Pierre.

—Yo no estaba de acuerdo. La audiencia…

—La audiencia se olvida de la vida personal de los actores y se centra en la trama, Diego. Si quieren salseo, hay que darles salseo, y

qué mejor que estos dos juntos después de tantos titulares.

—Ya… —Suspiro—. E imagino que no tiene nada que ver la decisión de última hora de enviar a David a la inauguración de este fin de semana, ¿no?

—Claro que tiene que ver. —La voz de Esteban se hace notar en la sala. Todos miramos en dirección al hombre enfadado que entra con Venus en brazos, ridícula en comparación con su gran altura—. Y es hora de que dejemos las cosas claras y pares de cuestionar de una maldita vez mis métodos. ¿Qué coño es esto? —Muestra a la perra, a la cual libero con rapidez de su agarre al percibir el desdén con el que la trata.

—Un perro.

—Sí, adoptado por la productora. ¡No pienso tener un chucho rondando por aquí! Estoy harto, Eva. A ver si nos enteramos, y esto va para todos —barre la estancia con los ojos—, que aquí quien manda soy yo, y que tener en cuenta las opiniones del resto del equipo no implica que deba llevarlas a cabo.

—Con todo el respeto —intervengo—, no estoy hablando de una opinión sobre la serie, sino de desacuerdos laborales. Si se me asegura que voy a trabajar más días que el resto de mis compañeros pero a cambio estoy sola en la estancia y acepto las condiciones, no tengo por qué encontrarme allí a nadie por sorpresa. Además, no veo el problema con la adopción. Tú mismo me dijiste un rato antes que eso sería muy beneficioso para mí, que nadie odia a una persona a la que le encantan los perritos. Querías titulares, ¿no? Prensa, noticias, cuchicheos… Pues te lo he puesto en bandeja.

—Eso es verdad —interviene David—. Si querías que hablaran, lo has conseguido; todo el mundo está comentando el acto, ya sea por la imagen de Eva y yo juntos o por Venus.

Esteban resopla al escuchar la familiaridad con la que pronuncia el nombre de la productora para referirse a ese *chucho* que tan poca ilusión le ha despertado.

—Y a las horas habían adoptado a todos los perritos de la camada —añade Marina.

—El centro ha escrito un comunicado en Instagram informando de que están sobrepasados con los voluntarios que se han ofrecido para cualquier tarea, adopciones y ayudas.

Esteban se da la vuelta, ofuscado, pero frena antes de salir, se gira y nos mira.

—A ver si ponemos los pies en la Tierra y nos centramos en lo que de verdad importa. —De nuevo hace el amago de desaparecer, pero parece no querer quedarse con las ganas de añadir algo—: Hasta hace unos meses, no os conocía nadie. Nadie.

—Hasta hace dos días, que bautizamos a la perra, nadie sabía cómo

se llamaba esta productora —le suelto sin pensar—. Que no se te olvide, Esteban, que esto lo hemos formado todos. Y que en la industria, al igual que en cualquier parte, lo mismo un día estás arriba y al otro abajo.

—¿Acaso piensas que la serie no seguiría adelante sin ti? —cuestiona con ese nivel de prepotencia que excede los límites y que ya no soporto más.

No sé si me impulsa el cansancio o todo lo acumulado, pero lo suelto tal y como lo pienso:

—Por supuesto que no. A diferencia de ti, no me considero tan importante. —Le doy un último sorbo a mi café, me hago con mi bolso y, con Venus en brazos, paso por su lado—. Tranquilo, no tendrás que ver al chucho por aquí. Para firmar mi rescisión del contrato me acompañará mi abogada y no ella.

—¡Eva! —grita sobrepasado, pero lo ignoro. Ahora puedo permitírmelo.

Camino sin mirar atrás; ni a Sandra ni a David ni a nadie que pueda hacerme flaquear y arrepentirme por acabar de despedirme del que todos creen el trabajo de mi vida. Todos menos yo, que sin ser desagradecida y teniendo en cuenta lo que me ha aportado y el despegue que ha significado para mí, no veo más que un lugar al que volver cada día a la espera de que se me compliquen las cosas. Primero fue la aversión de Javiela y su hermana, con la que lidié hasta habituarnos a convivir y trabajar en un mismo espacio. Después, los arranques de celos con David, y nuestra amistad de por medio. La muerte de Javiela. Las posteriores consecuencias. Esteban y los medios. ¿Cuál es peor de los dos? El primero que busca a los segundos para darles lo que quieren, claro. Pues se acabó llevarme de aquí para allá como si fuera un monigote.

Mientras camino hacia la salida reforzando mis gemelos por el paso firme y enfadado, reparo en que Adán no llegará hasta dentro de dos horas, que es cuando debería acabar la grabación. En principio, porque con lo mal que nos ha ido, necesitaríamos cuatro o cinco horas extras hoy. Caminaré hasta el parque de atracciones. Le prometí a mi padre que iría a echarles una mano. Sé que Adán se enfadará cuando no me vea aquí, que entrará en cólera. Me da exactamente igual.

Cuando voy a salir, alguien me llama por mi nombre.

—Eva, espera.

Estoy a punto de no hacerlo, pero entonces reconozco la voz, y sé de sobra que lo que tenga que decirme, nada tiene que ver con lo que acaba de suceder en la reunión. Cuando me giro, los ojos de Andrés me esperan. Son un mar de dudas, y lucen tan preocupados que un escalofrío me recorre desde el inicio del cuello hasta descender por mis piernas, las cuales deja ancladas en el suelo de mármol. Sé por su

rostro, por la energía que desprende y que llega hasta mí con facilidad, que, a veces, una piensa que algo ha terminado y de repente se da cuenta de que no.

24

Cuénteme la verdad.

Adán

Íbamos en busca de Marcial, un antiguo amigo de Biel que con el tiempo se convirtió en aliado. Ahora, tras la pérdida de la mercancía y la búsqueda inalcanzable de esta, era un enemigo más que sumar a su larga lista. Si tenía o no algo que ver con el alto que sus maderos le dieron al camión, no era asunto de Biel. Le pagaba, y muy bien, para que controlara a sus chicos y obedecieran. Si ese camión tenía orden de pasar y hacerlo desapercibido, el mandato no se había cumplido. Y quien no cumplía con la palabra, lo hacía con su integridad.

Conducía con Ikram a mi lado cuando se giró para mirarme. No vi sus ojos, pues las gafas de aviador lo impedían, pero la advertencia venía implícita en sus palabras.

—¿Qué te traes con la sueca?

Lo miré de reojo. No me esperaba la pregunta, y menos de él, que siempre se mantenía ajeno a los asuntos propios; mucho más si había faldas de por medio.

—¿Yo? Nada.

—Ya.

Asintió repetidamente, inconforme, y giró el rostro hacia la ventana. De manera automática, miré por el espejo retrovisor central. El Pepitas dormía en el sillón de atrás con la boca abierta. Desde mi sillón podía oler su tufo a alcohol rancio del día anterior.

Ikram chasqueó la lengua y yo cogí aire por la nariz. Había más. Le pesaba meterse, porque no era su estilo, pero no podía evitarlo:

—Tú nunca te relacionas con las chicas del *pub*. ¿Por qué?

—Donde tengas la olla, no metas la polla. ¿No lo habías escuchado nunca?

Sonreí, dedicándole una mirada fugaz antes de volverla a la carretera.

—Tu olla no es esta. Todos sabemos de sobra que no quieres estar aquí, Lusco.

—¿Y tú? —le pregunté—. ¿Es aquí donde quieres estar?

—Es aquí donde tengo que estar. Lo que yo quiera es otra cosa. ¿Por qué no te follas a las chicas del *pub*? —repitió.

—Porque no me gusta que estén ahí.

Soltó una risotada.

—No te gusta que estén ahí. Pues esa sí que es su olla, y lo han elegido ellas. El sueño de muchas es bailar en los escenarios de La emperatriz, y no cualquiera puede hacerlo.

—No lo han elegido, han caído, que es diferente. Si les preguntaras, seguramente te dirían que su sueño es ser libre, no estar ahí retenidas

ante la promesa de dinero y papeles. Llegaron para trabajar.

—¿Y no es lo que hacen?

Lo enfrenté con los ojos.

—Déjalo, Ikram.

—Cuidado, Adán. La sueca es la puta de Biel.

Que me llamara por mi nombre me tensó los hombros; solo lo hacía cuando hablaba con seriedad, con absoluta firmeza.

—Y qué. Suelta lo que tengas que soltar.

—No es cualquiera. El jefe está encaprichado de esa niña, y estoy viendo en ti más interés de lo que suelo ver con nadie.

Detuve el coche frente a la nave en la que habíamos acordado el encuentro y tiré del freno de mano.

—Pues plantéate visitar al oculista —le dije antes de tocar con fuerza el claxon para que el Pepitas se despertara sobresaltado.

—Tu puta vieja —se quejó el de atrás, restregándose los ojos.

—Vamos, Bella Durmiente, coge los artilugios y desfoga ese malhumor mañanero —le pedí, bajándome del coche y sintiendo los ojos preocupados de Ikram en mi espalda.

Entrábamos en el *pub* entre risas. El Pepitas estaba haciendo de las suyas y narraba una anécdota de manera exagerada para que todos riéramos. Ikram, a mi lado, negaba con diversión. Axel se giró para mirarnos cuando pusimos los pies en la sala principal. Era el único de nosotros que se había quedado en La emperatriz. Los demás nos habíamos encargado del asunto que implicaba a Marcial, un sótano, unos cuantos instrumentos de tortura, un mal despertar por parte del Pepitas y muy pocos escrúpulos.

—Fíjate que nadie se ha dado cuenta de que han llegado —le dijo Axel con tono neutro a una chica de piel oscura, pelo afro y de la que no recordaba el nombre. Apenas llevaba un mes entre nosotros.

El Pepitas detuvo su narración y se acercó para golpear la espalda de su antagonista con amiguismo.

—No dirás que no has echado de menos al alma de la fiesta.

—Muchísimo —ironizó antes de darle un trago a lo que fuera que estuviera bebiendo en copa de balón, a pesar de ser la una del mediodía.

La conversación fue interrumpida por un grito angustioso que nos puso alerta. Todos miramos hacia la escalera de nuestra izquierda. El sonido venía de arriba. Un golpe seco, un nuevo grito. Axel negó con pesadez.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—No lo sé, pero va a matarla. Lleva dándole palos desde hace más de diez minutos.

—¿A quién? —indagó Ikram.

No escuché la respuesta. Sabía sin duda que se trataba de Kerstin y que tenía que ver con la chica muda.

Me dirigí con pausa hacia las escaleras y caminé con toda la firmeza que me fue posible, sabiendo que tres pares de ojos, puede que cuatro, estaban clavados en mi espalda, a la espera de una reacción. Sobre todo, los grises de Ikram. Cuando pisé todos los peldaños que estaban a su vista y llegué al piso superior, corrí todo lo que mis piernas dieron de sí. Giré hacia la izquierda. El pasillo que daba a las habitaciones de las chicas se me hizo más largo y tedioso que nunca. Al final, la antepenúltima puerta de la derecha estaba abierta, y los golpes, gritos y súplicas salían de ella para repartirse por cada rincón de la segunda planta. Sonaban tan atronadores que asustaban. Solo esperaba que no la matara. Que no las matara. Llegar a tiempo.

Un golpe duro provocó el silencio más absoluto por parte de la mujer que gritaba. Cuando frené en el umbral, tuve la sensación de flotar. Era curioso cómo apenas veinte minutos antes le había cortado tres dedos de una mano sin titubear a un tipo que podría acabar con mi existencia de un solo suspiro, y ahora las piernas me temblaban al ver a la sueca tirada en el suelo, vestida de sangre.

Ni rastro de la chica muda.

—Biel —lo llamé, intentando captar su atención, pero estaba tan obnubilado, tan aferrado a aquel palo que aterrizaba en la espalda de Kerstin una y otra vez, que no se percató de mi presencia—. ¡Biel! —grité.

Entonces detuvo el palo en alto y se giró para mirarme.

—¿Qué coño quieres? —Sus ojos estaban inyectados de odio.

—Tenemos que hablar. Es sobre Marcial. Puede que tenga noticias sobre la mercancía.

No era verdad, aquel comisario no había cantado absolutamente nada. Al primer dedo amputado, supe que no tenía información acerca del alto que le dieron a la furgoneta, pero debía detener al Atrapasueños con algo que llamara su atención, algo más importante que Kerstin.

La miré con asco. Ganarse a Biel implicaba detestar a los demás en la misma medida que él.

—¿Qué ha hecho? —le pregunté, refiriéndome a la sueca.

Biel soltó un bufido y tiró al suelo y con fuerza el palo, que supuse, de una escoba.

—Contradecirme. ¡Y a ver si se enteran de una jodida vez estas malditas putas que a mí nadie me contradice! —Se agachó para sujetarla con rabia de la maraña rubia de pelos y le alzó el rostro ensangrentado e hinchado. Con los dientes muy apretados, le recordó —: Si quiero entrar aquí y echarte un polvo, a la hora que sea, en las

condiciones que sea, estés haciendo lo que estés haciendo, entro y te follo. ¿Entendido?

Kerstin no respondió. Dudaba incluso que estuviera consciente. Los ojos, que casi no se identificaban en la cara, estaban cerrados.

Por las palabras de Biel, sobrentendí que había querido entrar y ella se había negado, posiblemente para que no descubriera a la chica que tenía oculta en su habitación y que, al parecer, no había encontrado.

—¡¿Que si lo has entendido?!

—Biel, tenemos cosas más importantes que tratar. Ya te encargarás de ella más tarde. Es solo una furcia.

—Y de las buenas. —La soltó, consiguiendo que su cara impactara contra el suelo, al menos una última vez—. Vamos.

Salió por la puerta con paso decidido, pisando fuerte. Siempre me pregunté con qué potencia pisaría alguien el suelo si supiera que no hay nadie sujetando las baldosas, que en cualquier momento te sumerges en arenas movedizas. Es fácil creerse el rey del mundo cuando el mundo está a tus pies. Pero el pico de la pirámide se sostiene por sus cimientos, y no al contrario. Nosotros éramos esa base.

De soslayo, miré una última vez atrás. Con todo su esfuerzo, Kerstin entreabrió los ojos y me dedicó una leve sonrisa antes de que sus fuerzas menguaran y dejara de gesticular. Tuve que marcharme; no podía hacer nada más por ella.

Tumbado en la cama, con un brazo relajado sobre mi rostro y con la habitación a oscuras, repasaba mentalmente lo que acababa de ver en la pantalla del ordenador. ¿Por qué estaba tan afectado? ¿Por qué me ardía el estómago?, ¿y el pecho?, ¿y la garganta? ¿Por qué tenía ganas de comportarme como mi jefe y lanzar budas contra los cristales? Esas preguntas daban una y otra vuelta por mi cabeza desde que había cerrado el portátil de malas maneras, cegado por la rabia. ¿Cuánto hacía que no sentía otra cosa que no fuera asco y solo hacia Biel? ¿Por qué ahora, de repente, parecía despertar de un largo letargo?

Sabía la respuesta, al menos parte de ella, pero no quería dármela. Me negaba en rotundo a pensarlo siquiera. La causante: Eva. Los ojos de Eva, mejor dicho. Esas dos perlas verdes que siempre habían brillado con ingenuidad, con inexperiencia, con bondad, ahora miraban a aquel tío a través de la cámara con un halo de picardía que me producía ardor de estómago. No había que ser un lince para captar a kilómetros que tenían algo. Era buena actriz, eso era innegable, tanto que en cada escena de aquella estúpida serie en la que aparecía veía a Dalia y no a Eva, la mocosa de mi hermanastra, vecina, amiga…, lo que fuera. La cuestión es que cuando miraba a ese tío de

pelo claro, no miraba a Cristian, el personaje, sino a David.

No entendía de cámaras, de guiones ni de interpretaciones, pero era experto en ella, a la que había grabado y fotografiado cada día y así memorizarla para siempre en mis retinas, a la que había rescrito en mi mente cada noche, y con la que me comporté durante años de manera premeditada, como un buen actor.

Entendía de control. De hacer acopio de todas mis fuerzas para mantenerme lejos, hasta el punto de cambiar de ciudad. Y hasta ahora, tener la tentación a kilómetros había sido acertado, pero comenzaba a flaquear con su presencia. No podía tocarla, pero la veía cada día: en la serie, en las revistas, en las redes. Tampoco es que hiciera nada por evitarlo; al contrario. Pero esos ojos, esa mirada intencionada que le dedicaba a aquel tipo, cada vez me superaba más.

Hasta hacía un tiempo, nunca la había visto contemplar a alguien como lo hacía conmigo. Desde el primer día que se inmiscuyó en mi cuarto de juegos, me hizo sentir diferente. Después, con los años, incluso importante: un arrogante que se creía superior porque me observaba con devoción cada vez que tenía oportunidad y yo aprovechaba para burlarme de ella. Jamás reconocería lo que me gustaba cazarla en esa tesitura.

Pero de todas las tesituras en las que la había visto, mi favorita era esa en que la loba se convertía en cordero, su boca sucia y protestona se aplacaba y aparecía la verdadera Eva, la de mejillas sonrosadas y labios entreabiertos a la espera de los míos. La entregada, la enamorada.

No pude, ni quise, evitar darle paso al recuerdo que se abrió camino en mi mente. ¿Qué más daba a esas alturas, si se había hecho dueña y señora de todos mis pensamientos? Siempre me había gustado su forma de vestir porque no tenía ninguna en concreto. Lo mismo un día la encontrabas con un vestido sencillo de flores, que al siguiente aparecía de manera explosiva, con un gran escote y pantalón ajustado. Más tarde descubrí que me daba igual cómo o con qué vistiera, que siempre iba a preferirla sin ropa. La rememoro delante de la gran hoguera, en mitad del bosque, sin más tela cubriéndola que el sobretodo de la vergüenza. Nos creíamos solos, y puede ser que no lo estuviéramos, pero no le importó. A mí tampoco.

Todo un espectáculo; mucho más que años atrás, cuando la desnudé por primera vez, cuando la despojé del vestido pomposo y solo quedó una adolescente sorprendida por mi reacción, cuando me llevé una parte de ella que siempre me acompañaría, hecho que me torturó durante años. Ahora no me pesaba. Más valía el remordimiento por haber pecado que el sentimiento de culpa que habría lastreado de por vida si no la hubiera probado.

Eva era esa mezcla culinaria que te explota en la boca y te hace

perder el sentido durante los breves minutos que la saboreas; ese restaurante delicado y exquisito al que puedes acudir en contadas ocasiones debido a su valor, pero por el que merece la pena esperar años. Me encantaba visitarla entre las piernas. De textura suave, sabor dulce y tacto húmedo, su coño era mi plato favorito. Como aquella noche, tumbada sobre el tronco en el que poco antes habíamos contado historias rodeados por un grupo. Ahora nosotros formábamos una, al menos un relato erótico, y de los potentes. Me habría pasado media vida entre sus muslos y otra media observándola mientras se corría para mí.

Estaba tan enfadado con ella y ella conmigo… Nos habíamos hecho tanto daño con las palabras que ahora me parecía irónico que las mismas bocas que habían causado ese dolor estuvieran paliándolo. Toda mi rabia estaba concentrada en ella, en chuparla, en lamerla, morderla y bebérmela. Estaba en mis manos, que la tocaban. Ansioso, desatado. Y ella, furiosa conmigo, tiraba de mi pelo para instarme a chupar más, a morder más, a hacerla llegar. Pero no lo haría, claro que no. Necesitaba bajar esos humos de hermana responsable, de la niña de papá y mamá que todo lo sobrelleva y siempre está ahí para apoyar. No, no quería ver a esa Eva con la que había compartido años. Quería conocer a la que había deseado ese momento tanto como yo desde aquella primera vez. Ambicionaba con fervor que se descubriera ante mí, sin máscaras y sin rencores.

Gruñó al sentir cómo me alejaba a punto de correrse.

—Eres un cabrón —susurró enrabietada, con las mejillas encendidas por el fuego y por el momento.

—Vas a pedírmelo.

Me incorporé y lamí su boca, dejando allí resto de la humedad que había tenido el placer de provocar.

—Jamás —dictaminó.

Se bajó del tronco en el que estaba tumbada y mi cuerpo se tensó al imaginar que recopilaría su ropa y se marcharía al bungaló. Cuando se agachó a por la primera prenda, me acerqué, y con los mismos movimientos secos que nos habían impulsado hasta ese momento, me hice con su brazo y tiré de él para impedir que siguiera recogiendo. Su cuerpo se acercó peligrosamente al mío, también desnudo, y sus tetas se apretaron contra mí. Si quería hacer mi petición, tendría que hablar ahora, antes de ser consciente de manera plena de lo que su cuerpo provocaba en el mío.

Sin soltarla para no correr el riesgo de que se marchara, alcé su mentón con mi otra mano.

—Te he enseñado quién soy yo. Déjame verte a ti de verdad, pecosa —le pedí; más bien supliqué.

—¿Quieres ver quién es en realidad la pecosa?, ¿qué fantasea con

hacerte?

Sonreí ante su determinación.

—Estoy deseándolo.

Se soltó de mi agarre y, con un empujón brusco, me sentó en el suelo lleno de hojas. Ignoré el golpe de mi espalda contra el tronco porque su arrojo me asombró más que el impacto. Casi sin habla, observé cómo se subía a horcajadas sobre mí y, sin necesidad de lubricar más, se ensartó de una sola vez. Un jadeo ahogado salió de mi garganta al sentirla caliente y estrecha. En algún momento de ese delicioso descenso, eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos para disfrutar del momento con plenitud. Pero ella tenía otros planes para mí. Aferró mi pelo y me instó a levantar el rostro.

—Mírame, y recréate bien, Adán, porque esta será la última vez —determinó, y yo temí correrme a pesar de no estar moviéndose aún—. ¿Quieres saber quién soy?, ¿qué imagino cuando te tengo cerca?

—Sí, quiero —le respondí socarrón.

Se hizo con mi boca para morderla. Sin más, emprendió una lucha con mi polla en la que subía y bajaba con rudeza, con velocidad, sin pausa.

—Joder, Eva… —gemí. Si seguía a ese ritmo…

Ella no habló; decidió que ya habían sido suficientes palabras. Solo me martirizó gustosamente con su movimiento descontrolado. Me aferré a su culo para ayudarla en el vaivén. Si el encuentro iba a durar poco y el paraíso a desvanecerse, al menos llegar por todo lo alto. Sus pechos se movían delante de mi cara, la que sumergí entre ellos para lamer cada centímetro de piel que me fuera entregado.

Gruñí. Era incapaz de aguantar más. No con ella. No con ella tratándome así.

—Pecosa… —nombré al borde del orgasmo.

Entonces se detuvo por completo y me mostró una sonrisa lobuna.

—Ahora, quien va a pedírmelo, a rogarme, vas a ser tú.

—Jamás.

Con mis manos en su trasero, intenté que se moviera. Un par de restregones y me habría corrido, pero no lo permitió. Se levantó, dejándome desolado con su lejanía, y ahora sí recogió varias prendas para marcharse.

No le rogaría, aunque fuera lo que más deseaba en aquel momento, y no por orgullo, sino por el juego, pero jamás dejaría que se marchara así. No a sabiendas de que aquello no se repetiría nunca más. Porque no se repetiría nunca más.

Me acerqué por detrás y me pegué a ella para retenerla por la cintura con mis manos. Su cuerpo se enervó al sentir cómo me introducía, sin permiso, sin palabras. En mitad del bosque, alejada del tronco, mantuvo las manos en el suelo y su culo para mí, apoyada de

pies y manos. Desde mi altura, detrás de ella, empujé con ganas, con todo el anhelo reunido desde años atrás.

No había estado en un lugar más cálido y apretado en mi vida.

Me la follé con una necesidad insana que no recordaba haber sentido y gocé cuando se corrió locamente entre gritos y gemidos. Sin peticiones. Sin ruegos. No osó nombrarme, Eva nunca caería tan bajo, pero supe que, en cada quejido de placer, mi nombre y mi rostro estuvieron en su mente, a pesar de no verme.

Salí de su interior con rapidez y me derramé fuera. Cuánto habría sacrificado a cambio de que toda la esencia fuera entregada a ella. Justo una milésima después, cuando el momento, el morbo y la fantasía se habían disuelto, solo quedó el rencor, el que a mí me había alejado del bungaló, y a ella, impulsado a buscarme.

Nos vestimos en silencio, sin mirarnos; como dos desconocidos avergonzados por lo que acaban de hacer, como dos jóvenes que en cuestión de minutos dormirían en el mismo bungaló, acompañados por sus padres y fingiendo ser una familia feliz disfrutando de su estupenda escapada de fin de semana.

Dos culpables.

Cuando mi mayor tentación fue cubierta por prendas, se giró hacia mí y me miró a los ojos.

—La mocosa ya no existe, Adán. Ya no bebe los vientos por ti. Esto no debería haber pasado, y si lo ha hecho, ha sido únicamente para dejártelo claro. No vuelvas a acercarte a mí. —Se dio la vuelta, dispuesta a largarse.

—Cómo jode, ¿eh, Lentejas?

Se detuvo y me miró por encima del hombro.

—¿El qué?

—Gastar saliva en intentar convencerme de algo que ni tú te crees. Disfruta esta noche, cuando repases una y otra vez la manera en la que hemos follado. Y ánimo, lo necesitarás para los remordimientos.

Ahí estábamos de nuevo, enfrentados y dolidos.

¿Qué son los remordimientos sino un injusto castigo autoimpuesto?

Viajar atrás una y otra vez para arrepentirte de algo que no puedes cambiar.

No volver a repetirlo, sí; pero jamás cambiarlo.

Un daño vacío, inútil.

La culpa, mi fiel compañera, mi amiga inseparable. ¿Dónde estás cuando él aparece y se acerca? ¿Adónde te marchas cuando me tortura con sus labios? Supongo que, como a mí, su presencia te hace débil.

No te juzgo.

¿Quién soy yo para hacerlo?

25

¿Qué consuelo brinda la verdad en comparación con un relato?
¿Qué tiene de bueno la verdad a medianoche, en la oscuridad,
cuando el viento ruge como un oso en la chimenea?

Eva

Me encuentro en el puente de madera. Siempre me ha parecido la mejor ubicación del parque de atracciones, desde donde, gracias a la altura, puedes ver el riachuelo que debajo de él danza tranquilo, las atracciones y los quioscos. La vida del lugar se concentra entre estas maderas. Todo el mundo la pisa en algún momento de su visita. Desde aquí he admirado en incontables ocasiones El Cocodrilo, la noria, la caída libre, a Adán disfrutando y a mis padres reír. He sentido la adrenalina de aquellos que gritaban cargados de emoción o la pena de ese niño pequeño con ganas de subirse a todo pero que siempre sale llorando, con su madre riendo y un claro gesto en la cara de «Lo sabía».

En este instante, es calma. Todavía caminan algunos transeúntes extasiados por las emociones del día. Falta poco para que Elena y mi padre cierren sus puertas, y a pesar de que mi reciente fama ha ayudado a llenar la taquilla cada día, el verano está llamando a la puerta y es imposible deambular por aquí sometido a altas temperaturas. Pronto llegarán las vacaciones.

Escucho unos pasos acelerados pisando la madera y no necesito girarme para saber de quién se trata. Venus, que está tumbada a mis pies plácidamente dormida, se levanta como impelida por un resorte y mueve el rabo, contenta. Traidora.

—Mierda, Eva, te he llamado decenas de veces —espeta Adán cuando llega a mi altura. Para mi sorpresa, su tono es firme, pero no lo enfadado que me esperaba. Suena preocupado.

—Ahórrate la charla. —Si es que tenía pensamiento de soltar alguna, porque visto nuestro intercambio de palabras desde ayer…

Se apoya en la baranda de madera, junto a mí.

—Ningún cliente me ha dado tanto dolor de cabeza en años lo que tú en una semana.

—Bueno, yo nunca he tenido un guardaespaldas, pero si hubiera podido elegir, seguramente no lo habría hecho con uno tan imbécil al que se le paga para no dirigirme la palabra. Hecho que, si no recuerdo mal, has llevado a cabo hasta esta mañana. ¿Qué te ha hecho desarrollar la lengua y dignarte, oh, mi señor, a dirigírmela en estos momentos?

—No estoy en calidad de *guardaespaldas* —menciona con tonito.

—Es curioso que decidas a tu antojo cuándo sí y cuándo no.

—Lo dicho, la más pesada de mis clientas.

—¿Ni siquiera ese pez gordo de Barcelona te ha tocado tanto las pelotas?

Lo miro, y puede que no debiera, porque irremediablemente me pierdo en su perfil y me deleito con su cuello firme y tatuado, con su rostro varonil, de piel morena, y el pelo negro cayendo a su antojo hacia un lado. De reojo, me contempla y hace una mueca que se me antoja graciosa a la vez que se encoge de hombros. Sé que está haciendo un esfuerzo sobrehumano para no hacer un chiste relacionado conmigo tocando sus pelotas.

—Digamos que su seguridad no me importaba lo que debería.

—¿Y la mía sí?

Se atreve a provocarme mirándome fijamente. Sé de sobra la respuesta, pero a nadie le amarga un dulce, y escuchar ciertas palabras de sus labios me hinchan el pecho.

—Me importa la mía, y desaparecerá en manos de Natalio si dejo que te ocurra algo —bromea, eludiendo la verdadera contestación.

—Últimamente le temes demasiado a mi padre, y creo recordar que siempre te ha importado un carajo, y cito textualmente, lo que ese tío piense de ti. —Bueno, no siempre, pero no creo que sea momento de sacar el tema.

—Hasta ahora tampoco me había amenazado.

Lo miro divertida.

—Eso no es verdad.

—Sí que lo es.

—Mi padre jamás te amenazaría.

—Pregúntale. «Si le pasa algo a Eva, no vives para contarlo», eso fue lo que me dijo el día antes de irnos a Fuenteheridos.

Estallo en una carcajada. Está inventándoselo. Mi padre jamás diría algo así. Bonachón de nacimiento y antipeleas desde que tengo uso de razón, me educó con empatía, respeto y, sobre todo, con la intención de que mis actos nunca molestaran a los demás. Me pregunto qué pensaría de mí si supiera ciertos asuntos de mi vida, cuánto daño les haría a ellos.

—¿Puedo saber qué te ha llevado a apagar el móvil y huir despavorida?

Trago saliva, con la mirada clavada en el cauce tranquilo del agua y en las tortugas que en el pequeño y redondo estanque de al lado asoman las cabezas, buscando el poco sol que queda. En breve, disfrutaré del espectáculo que nos ofrecen las vistas mientras Lorenzo se esconde y el cielo se tiñe de colores.

—Me he despedido del trabajo.

—¿Qué? ¿Por qué? —me pregunta alarmado.

—No aguantaba a Esteban ni un segundo más.

—¿Se ha tomado mal la encerrona que le has hecho con Venus?

Se agacha a por la aludida, que reclama su atención, y la coge. No podría negar jamás la ternura que me despierta verla tan pequeña y

juguetona entre unos brazos fuertes y rudos.

De nuevo, deseo ser ella.

Asiento.

—Pero da igual. Si no es Venus, es David, o la prensa, o las órdenes, o mi lavado de imagen. Siempre hay algo, y estoy cansada de esa prepotencia que vierte sobre nosotros.

—¿Estás así por eso? Sabes de sobra que en cuanto los medios saquen la noticia te lloverán las ofertas de empleo.

Niego.

—Ahora eso es lo de menos.

—¿Entonces?

Durante un momento, dudo si hablar. Pero ¿qué hacer con toda la información que se mezcla en mi mente, desordenada y dañina? No puedo dejar de darle vueltas a la conversación con Andrés, no paro de especular, de inventar hipótesis. Tengo que compartirlo, pedir ayuda. Sola no podré con lo que tengo en mente. Ni siquiera acompañada debería meterme ahí, pero de nuevo algo me impulsa a hacerlo.

Cojo aire.

—Le he preguntado a Andrés por las cámaras de seguridad. —Adán, mudo, me mira con el rechazo reflejado en su rostro—. Me contó que estaban dañadas, que fue lo que le dijo a la policía cuando se las pidieron y que no sabía nada más. Yo me inventé una trola de una posible apertura del caso, de que las inspectoras sospechaban que algo ocurría.

—Eva, ¿qué coño…?

—Y aunque en principio se mantuvo firme, después me buscó para hablar —lo interrumpo, porque lo hecho, hecho está—. Me dijo que quería contarme algo importante. En resumen: ningún vídeo ni imagen estaban dañados. De hecho, no hubo fallos ni nada por el estilo. Fueron eliminados. Se deshizo de cuatro archivos.

—No lo entiendo. Si las cámaras son actuales, es imposible que cualquiera borre las grabaciones. Están cifradas, incluso para un posible pirateo. Solo el administrador de la cuenta puede borrarlas con una contraseña. Lo sé porque Biel era el único que contaba con ella y el que disponía de todos los archivos cuando le era necesario en el negocio.

Asiento, dándole la razón.

—Esteban es quien dispone de la contraseña y quien la introdujo para eliminar los archivos.

—Eva, no te pillo. ¿Qué tiene que ver él aquí?

—Vale, empezaré por el principio. Y aunque no quiero sacar una opinión equivocada, no puedo controlar que mi mente esté trabajando al cien por cien. Si me he metido en esto, es porque en un par de ocasiones he… he soñado con Javiela de manera…

—Extraña, lo sé —dice con la seriedad, volviendo a su voz y a sus facciones.

—¿Cómo lo sabes?

La primera vez que me ocurrió, se lo conté en la cocina, pero solo hice referencia al sueño.

—Lo escuché todo mientras se lo contabas al actor en la cafetería.

Alzo las cejas.

—Se supone que eres un profesional que no escucha conversaciones ajenas. Y el actor se llama David.

—Soy un profesional, pero no uno sordo. Y no tendría que haber puesto la oreja si me…

—Porque reconoces que la has puesto.

—Si me hubieras contado lo que te pasaba cuando despertaste mencionando a Javiela y te pregunté qué te ocurría —continúa, ignorando mi pullita. Aunque intenta disfrazar sus palabras con un tono desinteresado, consigo ver la decepción en ellas.

—No tenía ganas de hablarlo en ese momento, estaba aturdida y…

—No tenías ganas de hablarlo conmigo. No lo adornes.

—¿Y eso te molesta? —le increpo al denotar el enfado en su voz.

—Me molesta que no contaras conmigo para algo importante y después no tuvieras ningún reparo en foll…

Me acerco a él con rapidez y cubro su boca con mi mano para callarlo antes de que mencione el destino al que fueron a parar mis reparos cuando lo tuve desnudo, alumbrado por el fuego. Elena, que cruza el puente en ese instante con una caja de cartón llena de algo de alegres colores, se detiene para mirarnos con impresión. Puede que porque estemos aquí juntos, solos y hablando, o por mi gesto, que seguro que debe ser de terror absoluto. Supongo que en casa también son conscientes de que Adán y yo mantenemos las distancias todo lo posible y ahora no es difícil sorprenderlos con esta cercanía.

—No deberías coger peso. —Me acerco a ella e intento arrebatarle la caja de las manos, pero es más rápida y de un movimiento esquivo lo impide.

—Son globos, Eva. Globos y guirnaldas. Si ya no sirvo para cargar un puñado de globos desinflados…

Calculo mentalmente y no recuerdo ningún día festivo próximo. En mi intento por disimular el malestar que despierta en mí sentirme casi pillada por ella y por la estúpida boca de Adán, le saco conversación:

—¿Para qué?

Alza las cejas.

—Para el cumpleaños de tu padre.

—Mierda… —susurro por lo bajo. Jamás se me olvidan las fechas señaladas en mi calendario mental, pero se ve que todo está cambiando últimamente.

—Esa boca —protesta ella—. He pensado que, como por esa fecha estamos cerrados, podemos hacerlo aquí, junto a la fuente. Hará calor y ahí podremos refrescarnos. Montamos la carpa y la adornamos para un almuerzo o una cena.

La fuente es un círculo gigante a ras del suelo, situado en el corazón del parque de atracciones. De la superficie salen grandes chorros de agua con la función de refrescar a los clientes. De atracción a atracción, casi todos pasan por ahí, o por alguna de las tres restantes que están repartidas para que las encuentres con facilidad; eso sí, mucho más pequeñas que la principal.

—Me parece genial. Y ya que no me dejas cargar la caja, al menos déjame ayudarte a decorar.

—No voy a decorarlo ahora. Natalio sigue por aquí y puede pillarme. Solo he ido al cuarto de los trastos para comprobar qué tenemos guardado de celebraciones anteriores o qué tenía que comprar.

—Pues te ayudo a otra cosa. ¿Hay que comprobar las atracciones antes de cerrar?

Mira a su hijo por encima de mi hombro. Me giro de manera automática y veo que está sonriendo con chulería, con esa sonrisa torcida tan característica en él.

—Cualquier cosa antes que terminar esa conversación tan interesante conmigo —desmantela burlón, y yo me arrepiento por no sé cuántas veces de no haberlo ahogado cuando más ganas tuve.

—¿Qué conversación? —le pregunta su madre.

—Nada interesante —intervengo.

Pero Adán no está dispuesto a dejarlo estar; como siempre, se divierte a mi costa:

—Esa sobre el fin de semana tan entretenido que hemos pasado en la casita rural y sobre su novio el actor.

—¿Qué novio? —Elena me mira con una ceja alzada y con verdadero interés.

Antes de que pueda añadir algo, Adán vuelve a hablar, y sus palabras salen con tanta intención que me prometo hacer que se trague una a una:

—¿Cómo se llamaba? Dani, Denis… ¡David! —Chasquea los dedos —. Eso, David. Siempre se me olvida. —Sonríe.

—David es monísimo, me encanta para ti —opina Elena, contenta —. Parece un buen chico y se nota que lo tienes loquito. No hay más que ver cómo te mira en la serie.

—David no es mi novio —me defiendo.

—¿No? —pregunta Adán con fingida inocencia—. Perdona, puede que yo sacara conclusiones precipitadas al veros besándoos en el jardín, y después en el café, cuando le contabas todo lo que te

preocupaba.

El rictus de Elena se vuelve serio, tanto que suelta la caja sobre el pasillo de madera para acercarse a mí.

—¿Hay algo que deba saber, Eva? ¿Qué te preocupa?

—Tranquila, mamá. Supongo que hay ciertos temas que Eva no se siente cómoda tratándolos con la familia, si no, ya habría acudido a mí, que también estaba allí.

Dos perlas azules me taladran con malicia. Ahora no hay humor en ellas, solo resentimiento: el de verse relegado a un segundo plano. Sus palabras hirientes me recuerdan quiénes somos, y lo hacen de manera afilada y punzante porque conoce de sobra el sentimiento de culpabilidad que crearán en mí.

Entre su mirada y la mía emerge un abismo de dudas.

Elena, que siento cómo nos observa sin entender nada, coge la caja de nuevo.

—Mamá, ¿te importa llevarte a Venus?

—Claro que no.

Se vuelve encantada a por el cachorro de patitas gordas y lo mete en la caja acolchada por los adornos. A mí me alegra que no tenga que presenciar cómo su nueva mamá se carga al tipo que acaba de tenerla en brazos.

—Tengo que irme, o Natalio me verá con todo esto. Si te apetece, en casa hablamos. —Sé que esto último ha ido dirigido a mí, pero antes de que pueda responderle que no hay nada de que hablar e intentar aplacar su preocupación, me giro y la veo desaparecer con tranquilidad.

En menos de diez segundos, estamos solos.

La furia me tiembla en las yemas de los dedos cuando me giro y golpeo las manos contra el pecho de Adán. Las retiene con rapidez. Al parecer, la situación le divierte, porque sonríe al hacerlo.

—¿De qué coño vas, Adán?

Sé que ahora llega el momento en el que una guerra de palabras, camufladas por el humor o el odio, comienza a atravesarnos. O al menos debería, porque siempre pasa… Pero hoy no sucede. Adán, todavía con mis manos retenidas, de un movimiento seco me pega a él y posa mis palmas sobre su pecho, quedando nuestras narices a escasos milímetros. Agacha el rostro y su flequillo oscuro cae hacia delante, haciéndome cosquillas en la frente. Ya no hay diversión en sus ojos rudos.

—Estoy aquí, Eva —murmura—. Estoy aquí, contigo. Y tú pareces no darte cuenta.

«¿Cómo no darme cuenta? —quiero preguntarle—. ¿Cómo obviar tu presencia si ha sido ella quien ha modificado mi vida y alterado mi existencia?

Con una suavidad contraria a la firmeza anterior, acaricia mis manos. Lo hace tan despacio y mirándome con tanta intención que intuyo claramente el mensaje: va a soltarme, pero quiere que me quede. Por algún extraño motivo, lo hago. Me aplaco, sintiendo la furia anterior desvanecerse a medida que él me acaricia. Mis dedos tocan su pecho y se amparan en él, quietos pero seguros, disfrutando del latir frenético del corazón que bombea debajo.

En un momento de lucidez, aparto las manos como si quemara. En realidad, su contacto arde. No obstante, algo me impide dar un paso atrás, por lo que nuestros rostros siguen cerca, y nuestras miradas, unidas.

—Estás aquí, sí, pero ¿durante cuánto tiempo? —le pregunto, dañina—. ¿Y por qué debería confiar en ti?, ¿confiarte mis inquietudes? ¿Quién me asegura que cuando lo haga no saldrás corriendo de nuevo, y yo me quedaré aquí, abierta en canal?

Su nuez se mueve inquieta por la garganta y aprecio la incomodidad a través de su varonil cuello, cubierto por una especie de mandala de tinta negra.

—No puedo asegurártelo, pero sigo siendo yo, para lo bueno y para lo malo. —Su voz apenas es un susurro cuando junta su frente a la mía y cierra los ojos—. Sigo siendo tu amigo.

La última palabra me atraviesa, me aleja de él, y no solo físicamente.

—No puedes pretender aparecer un puñado de años después y que acuda a ti como lo hacía con el Adán que me protegía de todo. Un día dejaste de ser ese amigo que me consolaba para convertirte en la persona que me hacía buscar consuelo.

Vulnerable y asustada por haberle confesado esto último, me aparto de él e intento marcharme, pero no me lo permite.

Tiene planes diferentes para nosotros.

26

Las historias necesitan palabras. Sin ellas palidecen, enferman y mueren.
Y luego te persiguen.

En silencio, tira de mi mano.

Dudo que tenga pensado el próximo destino, pues no deja de mirar alrededor mientras me conduce con prisa a través de la pasarela de madera sobre la que nuestros pies resuenan con fuerza al pisar apresurados. También dudo de sus intenciones cuando se detiene en seco delante de la casa de Hansel y Gretel, rodeada de la vegetación del pequeño Parque de las Hadas. Parte temática del lugar, es un bungaló de madera pintado y decorado de dulces. Su interior, al contrario, simula la siniestra y oscura casita, con un sillón antiguo, el horno, la jaula en la que supuestamente la bruja encierra a Hansel para hacerlo engordar y una gran cazuela desgastada y antigua.

A pesar de las emociones que invaden mi cuerpo por el pequeño encontronazo que acabamos de vivir, tengo que sonreír interiormente. Si Adán piensa mantener una conversación de este calibre encerrados en una casa de cuento y que yo lo tome en serio…

Cierra la puerta con fuerza, se da la vuelta para mirarme y sus ojos arrancan mi pensamiento de raíz. No, no viene para hablar conmigo. Mínimo, discutir. En la profundidad azul que tengo delante solo veo determinación, más que nunca.

—¿Por qué piensas que estoy aquí? —cuestiona con seriedad.

Me cruzo de brazos.

—Hum… ¿Porque te montaste en un coche y condujiste hasta Huelva? No lo sé, dímelo tú.

—¡Déjate de tonterías! Para ti todo es una broma, ¿no? —Se toca el pelo, visiblemente alterado.

—Tú me has enseñado a no tomarme en serio lo que debería importar. Cuando la cosa se ponga complicada, con hacer como si nada y marcharme es suficiente.

—Mierda, Eva. —Comienza a dar pasos acelerados de un lado a otro. Se mueve en un solo metro, pero lo hace con tanta desesperación que me pregunto por dónde va a estallar y si toda su mierda me caerá a mí—. Me marché como un cobarde, puede ser.

—Puede no, fuiste un cobarde.

—Pues fui un cobarde que se asustó.

—¿De qué? —intento sonsacarle, sin éxito.

—Pero una vez allí, decidí volver.

—¿Y por qué tardaste diez escasos años para hacerlo? Sé que Galicia y Barcelona están lejos, pero ni que vinieras andando o en patinete…

Suspira, agotado por mi sarcasmo. Debería dejarlo hablar, soy consciente, pero es que me muero de temor pensando en lo que pueda confesarme.

—Porque no podía hacer otra cosa. ¿Crees que no quería volver, joder?, ¿que quería estar lejos de mi madre? La quiero, aunque pienses que tienes delante a un cabrón sin sentimientos. Estoy resentido con ella y con Natalio, enfadado, sí, pero son la familia que tengo. Y a ti… —El tono de su voz va descendiendo paulatinamente y sus pies dejan de recorrer el metro horizontal—. No te odio, Eva, aunque tú pienses que sí. Y estás en tu derecho a pensarlo. Pero nunca te he odiado. Lo que odio es que seas tú, precisamente tú, la que me hace modificar mi vida a tu antojo, sin siquiera saberlo. Odio que fueras tú quien…

Se calla. Sé que le falta valor para decir lo que sea que tiene ahí guardado, y como a mí me falta valor para escucharlo, no lo presiono.

Paseo la vista por la estancia, porque pasearla por el cuerpo del hombre que tengo delante en este momento se consideraría deporte de riesgo. Es pequeña, pero ahora me da la sensación de que sus paredes se han estrechado más y que el cuerpo de Adán está más cerca. Pienso en moverme hacia la derecha, en comenzar a caminar por la habitación de cuento y fingir que todo lo que veo es nuevo y me sorprende, pero ni mis pies se ponen en funcionamiento ni Adán está dispuesto a permitirlo, al parecer. Sujeta mi brazo, todavía entrelazado con el otro encima de mi pecho, y lo sacude con suavidad para que lo mire a la cara. Ha sido un escaso minuto silencioso el que nos ha separado, pero se ve que el suficiente para permitirle pensar acerca de eso que quiere decir, o hacer, ahora.

—Mira, Lentejas… Crees que he vuelto después de tanto tiempo sin más, sin motivos. Que me acerco a ti únicamente para pecar. Que no sufro remordimientos o que no me afecta esto. —Nos señala—. Pero te equivocas. No eres la única que sufre, que desconfía o que siente que la abrieron en dos. Tu ausencia ha desgastado mi vida, maldita sea.

Se ha acercado demasiado. Demasiado para lo vulnerable que me siento en este instante. No sé cuándo ha dado el paso que mantenía mi integridad a salvo, porque estoy intentando analizar sus últimas palabras, pero lo tengo a un suspiro de distancia.

No le respondo. En realidad, no sabría qué decir. No conozco a este Adán que alega haber sufrido, haberme echado de menos, haber anhelado mi presencia. Ni siquiera sé dónde quedó el que se marchó, ni si me creo lo que está diciendo el que tengo delante. Nunca ha sido

chico de enlazar palabras que forman frases y frases que recrean historias. Puede que por eso siempre haya sentido que no tenemos una.

—¿Por qué has vuelto? —quiero saber.

Su mano se posa sobre mi mejilla y su dedo desciende tranquilo a través de ella hasta llegar a mis labios. He descubierto que le encanta hacer eso: repasarlos antes de atacarlos, como preparándonos para ello; ese permiso en el lenguaje de caricias que me anticipa lo que está a punto de ocurrir.

No me responde, y sé que no lo hará. A cambio, se aproxima y mis brazos se descruzan hasta caer a cada lado de mi cuerpo para permitirle tomar mi boca. Sí, *tomar* sería el término correcto, porque la hace suya, completamente suya. No es feroz ni ansioso, al contrario que las veces anteriores. No me devora con codicia. Se hace con mis labios tan cauto, tan consciente, que un gemido involuntario por mi parte escapa entre ellos y lo captura con los suyos. Su lengua aparece, húmeda, suave, discreta, y roza la mía. Es cálido. Es una sensación indescriptible que me hace creer, injustamente para mí, que he venido a la vida con el fin de llegar a este instante. Hay besos eternos, a pesar de durar un escaso minuto. Este es uno de ellos. Se adherirá a mí para los restos y lo recordaré noche tras noche en la cobardía de mi habitación, estoy segura.

Subo mis manos hasta su pelo y me permito enredar los dedos en él. Que se derrumbe el mundo si quiere, que yo estoy aferrada al mío. Me asusta tanto ese pensamiento que quiero apartarme, pero como si mi cuerpo le hubiera enviado una señal o el suyo me conociera más de lo que yo creía, me retiene por la cintura y me acerca a él, tanto que su dureza presiona en mi abdomen y mis fuerzas flaquean.

—Soy un egoísta, porque jamás podré darte lo mismo que él, pero no soporto verlo en tu boca —murmura, rozando sus labios por los míos como ese gato que ronronea y se frota con tu cuerpo.

A pesar del cambio de tema, sobrentiendo que habla de David y del beso que, ahora sé, vio en el jardín. De ahí su actitud huraña.

—Siempre has sido protector conmigo.

Aleja su rostro lo justo para que pueda captar la claridad de sus palabras.

—No es protección, Eva. Son celos. Puros celos. De él, de tu forma de tratarlo, de la facilidad que tiene para besarte en un lugar público, de la alegría de mi madre al haber mencionado que era tu novio. Son las ganas de arrancarte de su lado cuando estás cerca o de arrancarle las piernas para que no pueda acercarse nunca más.

De nuevo, ataca mi boca. Esta vez, la tranquilidad se ha esfumado y en su lugar ha aparecido la rabia y el deseo.

—Eso es injusto —le digo.

—¿Injusto?

Baja la mano por el contorno derecho de mi cuerpo y la detiene en mi muslo descubierto, exactamente en el filo de mi vestido corto y muy sencillo; detalle que no parece importarle lo más mínimo.

—Injusto y posesivo. No vuelvas a decirlo en mi presencia.

Introduce la mano en terreno peligroso. Sus dedos rozan mis bragas hasta que consigue marcar en la tela la hendidura húmeda que sufre por su contacto y que a la vez anhela más.

—Injusto es que la vida te llevara a parar a la casa de al lado y me hiciera conocerte.

El estómago me da un vuelco, y me obligo a tragar saliva antes de hablar para que mi voz no evidencie lo dañada que me siento:

—¿Te arrepientes de haberme conocido?

Su mano se aleja de mi intimidad y él también.

—Ese es el problema, Eva, que no me dejas hablar, que escuchas de mí solo lo que quieres escuchar. Siempre te ha pasado: te has quedado con todo lo malo porque era más fácil odiarme con ello que recordar lo bueno y aferrarte más a mí.

Se toca el puente de la nariz, agotado.

Abro la boca, dispuesta a hablar y defenderme, pero no me lo permite. Sus ojos abatidos, nada que ver con los determinantes que han cruzado el umbral hace apenas unos minutos, me traspasan.

—Me parece injusto que llegaras a mi vida si no puedo tenerte en ella como me gustaría. Primero nos obligaron a ser vecinos; después, amigos que deben tratarse como hermanos, y finalmente hermanastros. Esto será siempre así, pecosa… Decidirán por nosotros qué debemos hacer, qué somos tú y yo.

Es lo último que dice antes de darse la vuelta e irse, sin más.

No sé si ha sido el arrojo demostrado para alejarse de mí o el cansancio de sus palabras lo que me ha vaciado y afligido tanto. Y aunque sé que lo veré en casa, me siento tan desamparada como cuando se marchó lejos la primera vez, y la segunda. Es como si un vínculo se hubiera sesgado y ya no queda nada que nos una.

Así, de repente.

Siempre les tuve miedo a las caricias del corazón. Puede ser porque lo desconocido nos asusta y yo nunca conocí esa sensación de totalidad que te regala alguien sin nada a cambio. Algunos lo intentaron, no lo niego, pero es que *algunos* no eras tú. Yo soñaba con que lo fueras, con que un día aparecieras de repente y me confesaras que siempre me amaste en secreto como lo hice yo, creo, desde el día que te vi por primera vez, con que todo el daño fue fingido porque tampoco soportabas la injusticia de existir codo con codo y no nos dejaran vivir boca con boca.

¿Cómo se puede amar a alguien que provoca lágrimas, crea vacíos y se aleja?

Pero hablando de ello, ahora que solo nos leemos tú y yo, hay algo que me produce mucho más miedo que tu ausencia, y mira que esta me aterra: tu presencia; la causante de mi temblor, de las noches eternas con el corazón arrojado sobre una sábana llena de lágrimas.

No sé si prefiero tenerte lejos, sintiéndome fuerte, que cerca y débil.

No sé si me quedo con tu indiferencia y tu despotismo a esa nueva atención que me dedicas.

No sé si elijo que te vayas para poder echarte la culpa de hacerlo, o que te quedes y tener que admitir que la culpable de no luchar soy yo.

En realidad, sí que lo sé, lo que elijo y lo que prefiero. Pero le tengo tanto miedo…

Me aterra que me acaricies las cicatrices y empiecen a escocer de nuevo, ahora que he aprendido a llevarlas conmigo y las he aceptado como una parte de mí; que dejes de ser solamente mío, mi secreto, y que la exclusividad de haber sido la portadora de tu recuerdo desaparezca, y con ella toda la magia que se ha creado en mi pecho.

Ser una persona secreto no siempre es negativo. El amor no es más verdadero cuanto más gente lo sepa. Puede que lo negativo de todo esto sea el miedo, la desolación de no tenerte en un plano real. Pero ¿qué quieres que te diga? Ya me había acomodado a la tranquilidad de amarte en mi mente, siendo tú un ente ausente, y ni tan mal…

27

Cuando no somos nada, inventamos. Llenamos un vacío.

Adán

Una vez leí que cuando todos los días resultan iguales es porque las personas han dejado de percibir las cosas buenas que aparecen en sus vidas, o algo así. ¿Era de Neruda? No. Puede que de Coelho, ese al que tanto critican pero que siempre está dando vueltas por todas partes; incluso en mis desayunos, pues aquella frase salió de un sobre de azúcar, como si encontrártela por la mañana fuera a cambiar algo tu vida de mierda. O puede que sí, porque, sentado frente a una de las barras de La emperatriz, la recordé como si la hubiera leído el día anterior y no hacía años. Por aquellos entonces, delante de aquel sobre azucarado, ya mis días eran idénticos, motivo por el que quizá reparé en la frase los dos segundos necesarios para leerla. Pero llegó a mi mente de nuevo, tal vez porque algo había cambiado. Sentía que era así, y confirmé mi conjetura cuando un movimiento lejano me hizo desviar los ojos del vaso de vidrio grueso, de forma cuadrada y relleno de *whisky*, al que hacía girar para que los hielos bailaran dentro, dejando la frialdad de su composición en las paredes transparentes.

Su presencia lo trastocaría todo, para bien o para mal.

Un rostro asustado asomaba por uno de los quicios de la puerta de la sala principal. Mis manos se detuvieron; con ellas, el movimiento del vaso y el sonido hipnotizador de los hielos. Durante unos segundos, dejé de percibir la música que envolvía la sala. Era la chiquilla muda, y me hacía un gesto con la mano para que me apresurara a acercarme.

Miré hacia atrás y barrí la sala con rapidez. Todavía no estaba muy llena, lo que era mala señal; Biel no estaría tan entretenido como de costumbre. El Pepitas y Axel estaban relajados, sentados cómodamente con tres de las chicas y a una distancia prudencial de su jefe, el cual, de pie, bailaba con una gran serpiente que Susana le entregaba y que hasta hacía poco había tenido enroscada en el cuello. A la mujer mística le encantaba llevarlas encima en las fiestas, como si fueran bufandas y no animales. Las víboras con las víboras.

Me levanté sin perder de vista todo lo que acontecía a mi alrededor y salí de la sala principal con paso tranquilo. Nada más cruzar el umbral, paseé mis ojos por la gran estancia. La chica había subido varios peldaños de la escalera principal y se encontraba agachada entre los barrotes señoriales.

Llegué con rapidez a su altura y la sujeté del brazo con firmeza. Debió asustarse, porque se encogió de manera débil y bajó la mirada.

—¿Qué coño haces aquí? Si te ven…

—Es… Es Kerstin.

Durante unos segundos me quedé paralizado, asimilando que sabía hablar. Sus ojos brillantes y preocupados me indicaron que no teníamos tiempo que perder y las dos palabras titubeantes pasaron a un segundo plano.

No nos cruzamos con nadie por la escalera ni el pasillo. Era demasiado temprano para que los clientes entraran en habitaciones y demasiado tarde para que las chicas siguieran por allí. Ya hacía al menos dos horas que estaban rondando por las instalaciones inferiores.

Seguí a la asustada muchacha. A pesar de encontrarse en el mismo estado de nervios que cuando la vi por primera vez oculta en el contenedor, parecía otra. Si bien su rostro estaba lleno de señales, se mostraba aseado; el pelo, desenredado y liso, y el vestido claro de flores —que seguramente le había prestado Kerstin y le quedaba un poco holgado—, limpio y planchado.

Abrió la puerta con rapidez y pasamos al interior.

La imagen era hórrida.

—Mierda.

Corrí hasta la cama donde Kerstin estaba tumbada y me agaché para analizarla. Parecía inconsciente, y digo *parecía* porque era difícil dictaminar si sus ojos estaban cerrados o no. Su cara era un saco de boxeo donde había ido a parar toda la furia de Biel el día antes. Había visto hombres torturados por él con mejor aspecto. La poca piel que se intuía estaba pálida y resaltaba sobre la sangre que había en el colchón. Mi mirada pasó a las manchas bermejas que había en la almohada, en la comisura de su boca hinchada y en su pecho.

—¿Desde cuándo sangra así? —le pregunté a la chica. Al girarme a la espera de una respuesta, comprobé que lloraba de manera silenciosa mientras se retorcía las manos.

—Una ho… hora, creo —balbuceó temblorosa—. No quería que le pidiera ayuda a nadie, pero antes de desmayarse ha… ha llamado a Ikram.

Por el acento que reforzaba las elles, deduje que era argentina.

—¿Ikram? —repetí confuso.

—Ikram, el médico.

Posiblemente, Kerstin estaría desvariando antes de nombrarlo y relacionarlo con un médico. Pero daba igual, necesitaba la ayuda de alguien, y aunque no lo hubiera mencionado, no contaría con otro que no fuera él. No tenía ni idea de dónde podría estar. Ahora que lo pensaba, hacía horas que no lo veía por ninguna parte. Esperaba que rondara cerca, porque, por la pinta de la chica, tendría que actuar sin él. Eso, o dejarla a su suerte sobre el colchón.

Cogí aire. Llamarlo implicaba involucrar a otra persona del entorno

de Biel. Y encima él, precisamente, quien me había interrogado y advertido sobre Kerstin. Pero ¿qué hacer? Lo de la sueca parecía serio, y ni yo podía ayudarla ni dejarla ahí sin más.

—Esto va a explotarnos en la cara —susurré mientras me hacía con el móvil y sin pensar más marcaba el número de Ikram.

Descolgó al cuarto tono, cuando mi paciencia ya brillaba por su ausencia.

—Dime —contestó raudo.

—Necesito que subas a la habitación de Kerstin y que no te vea nadie.

Un silencio corto pero notorio se hizo al otro lado.

—¿De la sueca?

—Sí.

—Joder, Lusco —dijo, y colgó.

Eran dos palabras, pero su tono reprobatorio llevaba implícito un mensaje: «Joder, en lo que estás metiéndonos».

Y tenía razón.

Llegó poco más de quince minutos después, tiempo que la chica —que parecía haber vuelto a su estado de mutismo— y yo invertimos en controlar el pulso débil de Kerstin y en limpiar con una sábana la sangre que manaba de su boca. Nada más pudimos hacer. Nada más sabíamos hacer.

La puerta se abrió y el gran cuerpo de Ikram apareció delante de nosotros. Solo me dedicó un segundo, el necesario para hacerme entender con su mirada dura que no sabía qué hacía yo allí ni por qué lo había metido a él en mi lío, pero lo averiguaría pronto. Le brindó una mirada fugaz a la desconocida, pero ni una sola pregunta. Puede que la estampa que presentaba Kerstin lo hiciera priorizar. Después, se hizo cargo de la situación de una manera tan eficaz y natural que no pude más que quedar relegado a un segundo plano, sintiéndome inútil.

Se acercó a la chica y se agachó para mirarla con detenimiento. Le echó un vistazo al rostro, el cual movió con cuidado a un lado y a otro, y dio un repaso por las extremidades. Solo se tomó unos minutos más para alzar su vestido y dirigirse directamente al abdomen y palparlo; me pareció que con conocimiento de causa. Por primera vez, ella dio señales de estar viva, más allá de su pulso. Emitió un quejido raudo y pesado de dolor mientras él tocaba y presionaba.

—¿Desde cuándo sangra?

—Desde hace una hora —le respondí.

—¿Inconsciente?

Miré a la chica.

—Justo antes de llamarlo. —Me señaló.

—Hay que llevarla a un hospital. Es muy posible que haya

hemorragia interna —nos informó Ikram mientras metía las manos debajo del cuerpo y la alzaba sin mayor dificultad hasta recostarla sobre su pecho.

—¿Y qué hacemos con Biel?

—De eso me encargo yo. Tú encárgate de la chica, sea quien sea, y procura que no nos salpique más de lo que ya lo hará.

Salió de la estancia con el cuerpo lánguido de la muchacha en sus manos, y puede que también su vida.

La emperatriz dormía cuando sentí su presencia. Serían solo un par de horas antes de que llegaran los de la limpieza, pero las agradecí como esos veinte minutos de sueño en mitad de una migraña. Sus pasos serenos me indicaron que caminaba a mi espalda, rodeaba la barra y se colocaba al otro lado, donde rellenó un vaso con dos hielos y puede que dos dedos de *whisky* más de lo que le habría servido cualquier camarera del *pub*. Se sentó en uno de los dos taburetes y guardó silencio. Solo el choque de sus hielos sonaba intencionado. Observé su aspecto cansado y la camisa desabotonada parcialmente y ensangrentada, igual que las manos, que envolvían el vidrio y le daba vueltas.

—He visto mejores camareros tras esa barra —apunté, señalándolo.

—Camareras —rectificó Ikram—. Y que estén más buenas, no mejores.

Eso era lo que buscaba Biel: carne fresca, como él las llamaba, que no metiera la mano en la caja. Con eso bastaba.

—¿Cómo está? —le pregunté.

—Estable. Hemorragia gastrointestinal. Parece que hemos llegado justo a tiempo, porque podría haber entrado en parada. La han dejado ingresada, y puede que se pase un buen tiempo en el hospital.

—¿Qué has hecho con Biel?

—A Biel le importa un carajo lo que le pase a esa tipa, Lusco. No me ha visto salir, pero le he encargado a Axel que le dijera que me la he encontrado casi muerta en el pasillo y que manejaba la situación. La he llevado a un privado que nos debe unos cuantos favores y le he cerrado la boca con el pago de la hipoteca de un par de años. Es imposible ocultar lo que le ha pasado. Esa chica ahora mismo es una aberración.

—Gracias —le dije, sin saber muy bien por qué se las daba. La sueca y la niña no eran asunto mío, pero haberlo metido a él en el ajo sí había sido mi responsabilidad—. ¿Qué sabes tú de hemorragias internas?

Le dio un largo trago al *whisky* y posó el vaso con determinación en la barra. Me contempló con una ceja alzada.

—Creo que saciaré mi curiosidad primero. ¿Qué tienes que ver tú

con Kerstin y con la niña que estaba en la habitación? Y esta vez quiero la verdad.

—Kerstin la encontró hecha una mierda hace unos días en la parte de atrás, metida en el contenedor de la obra de enfrente. Huía de alguien, pero no sabía de quién. Vino a buscarme para pedirme ayuda.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Ya sabes que no tengo relación con las chicas. Pensó en mí y vino.

—Y tú la ayudaste a esconder a esa niña. ¿No se te ocurrió advertirla de que era una mala idea ocultarle algo a Biel dentro de las pocas habitaciones a las que suele entrar?

—Lo hice, y ella me ignoró.

—¿Y quién es la chica?

—Sospechamos que parte de la mercancía perdida de Biel.

Al escucharme, detuvo el movimiento del vaso y alzó los ojos.

—¿Sospecháis?

—Hasta esta tarde no había abierto la boca, y no nos había contado nada. Pensábamos que era muda.

—¿Dónde está ahora?

—En mi habitación. Ahí no entrará Biel.

—¿Y qué coño vas a hacer con ella?

Me masajeé la frente, buscando esa misma respuesta que quería él.

—No lo sé. Era asunto de Kerstin. Ahora no puede ocuparse de ella y yo no tengo ganas de problemas.

—¿Pero? —añadió.

—Pero ¿cómo la dejo a su suerte?

—Habrá que sonsacarle de dónde viene.

—¿Y qué hacemos cuando lo averigüemos?

—No lo sé. Paso a paso.

—No tienes por qué entrar en esto, Ikram.

—Haberlo pensado antes, porque ya estoy dentro.

—¿Y qué harás con tu jefe? —indagué, y por algún motivo temí su respuesta.

—A los jefes, como a los padres, no siempre se les cuenta todo. Pero si descubre a esa chica y es de su interés, ni yo estoy metido en esto ni tú moverás tu puto culo para impedirlo. —Me señaló con el dedo índice de la mano que seguía sujetando su vaso—. Lo has entendido, ¿verdad?

Suspiré.

—Sí.

—Ni siquiera sé por qué no te diste media vuelta cuando la encontraste.

—Yo tampoco —le confesé con sinceridad—. ¿Lo habrías hecho tú,

médico sin fronteras?

Sonrió.

—Probablemente no.

—Y ahora, ¿vas a contarme de dónde vienen tus conocimientos?

—El hombre que me crio era médico. Aprendí con él y después me pagó la carrera.

—¿Eres médico? —le pregunté asombrado.

Ikram arrastró el taburete hacia atrás y se puso de pie. De un trago, se bebió todo el contenido ambarino y lo dejó sobre la barra.

—Soy un guardaculos cansado de haber guardado el de su amigo, que todavía tiene que ducharse y al que le gustaría dormir aunque sea una hora antes de volver a trabajar.

Salió de la barra y caminó con seguridad hasta salir de la sala. Lo contemplé mientras tanto, pero de repente lo vi de otra manera.

Como si antes no supiera que era un humano.

Como si no me hubiera percatado de que, en realidad, desde hacía mucho tiempo, tenía un amigo.

28

La próxima vez, ya será tarde.

Eva

Un estudio presentado en la revista *Current Biology* aseguró que el culpable de la sensación de sentirse observado a pesar de estar completamente solo es nuestro mismo cerebro, y que las más propensas a sentirlo son aquellas personas que experimentan condiciones extremas o enfermedades neurológicas. Debo estar fatal del coco y además haber vivido alguna que otra situación extrema, porque he notado su presencia en cuanto ha pasado por detrás de mí. De hecho, no necesito mirar hacia mi izquierda para saber que es él quien se ha sentado.

Muevo mi Daiquiri con la pajita de papel que solo uso para eso: para remover. Me parece estupendo evitar el plástico en la medida de lo posible, pero es que odio la sensación de ese papel rígido y mojado en la boca.

—No deberías seguirme —le digo sin mirarlo, manteniendo mis ojos en el horizonte, donde ahora se intuye, pero durante el día tienes una vista privilegiada de la ciudad.

—A lo mejor, tanto cóctel te ha hecho olvidar que trabajo haciendo exactamente eso.

—¿Cuánto llevas aquí?

—El suficiente para saber los que te has tomado. Y sin cenar.

—¿Te preocupa mi alimentación, papá?

—Me preocupa la mía. Esperaba pasar por el burger y pillar algo, pero veo que tienes claras las prioridades. —De soslayo, aprecio cómo señala mi copa con la cabeza.

—He quedado con Sandra —lo informo en una clara invitación a que se marche, o al menos que se aleje.

Sé que la primera opción no es negociable, ni pretendo gastar mis pocas energías en intentarlo, pero estoy en mi derecho de mantenerme lejos. Y ahora mismo lo quiero lo más apartado posible.

—Lo pillo, y me iré en cuanto llegue; que, o lo hace muy tarde, o tú has llegado muy temprano, teniendo en cuenta el tiempo que llevamos aquí. —Ambas, pero no pienso sacarlo de la duda—. No creas que doy saltos por estar en este sitio de pijos.

—Puedes dejar de sufrir con la presencia de chicos guapos vestidos de camisa. Te doy el día libre.

—En tus sueños me voy, Lentejas. Quiero que me cuentes lo que ha pasado con las cámaras de seguridad. Antes… me he desviado del tema y centrado en lo que no debía —argumenta, ignorando mi tono en el comentario previo y mostrándose relajado, como si el encuentro en la maldita casa de Hansel y Gretel de hace apenas tres horas no

hubiera existido.

La camarera se acerca y Adán pide una cerveza.

—No deberías beber estando de servicio —le recuerdo.

Le doy un trago a mi copa clásica de Martini y saboreo la acidez del limón.

—Tranquila, estaré capacitado para quitarte de encima a adolescentes. Por cierto, no estás muy fina hoy con tus grupis.

Sé que se refiere al grupo de chicas que se ha acercado hace un rato para pedir una foto y a los dos muchachos que querían un autógrafo. Y tiene razón: no estoy fina. Me he hecho la foto, claro, y firmado las dos servilletas con el logotipo del Mandala que uno de los muchachos ha cogido de la barra, pero puede que no haya estado especialmente receptiva ni sus presencias me hayan ilusionado tanto como otras veces. Ahorro saliva en explicarle que soy una persona, una con un día malo, y que no reaccionamos igual en unos momentos o en otros.

—¿Vas a contarme qué ha pasado con Andrés, Esteban y las cámaras, o tengo que esperar a que te tomes dos aguachirris más de esos de niña pija?

Me entran ganas de mandarlo a paseo y dejarle claro que no tengo por qué relatarle nada, pero la información lleva todo el día atosigándome el estómago, y necesito soltarlo para comprobar si alguien comparte mi visión o esta situación está volviéndome loca de verdad. Además, sé que eludirlo solo conseguirá que me persiga hasta que se lo cuente.

—Esteban encontró a Javiela primero, apenas unos veinte minutos antes de que llegásemos los demás. Esto no es que lo sepamos con certeza, sino que resulta obvio después de la conversación con Andrés. Me ha dicho que Esteban se acercó a la garita y le pidió las grabaciones de aquella semana. Lo hizo sin darle importancia a la propuesta, y Andrés se las habría entregado sin más. Pero, y esto me lo ha contado avergonzado y sin poder mirarme a la cara, cayó en la cuenta de que aquella noche había ciertas imágenes que lo comprometían.

—¿Qué imágenes?

—A veces, cuando le toca guardia nocturna, habla con Inés por WhatsApp o videollamada para hacer más amena la noche… Es una amiga a la que está conociendo. Sobrentiendo, por la vergüenza que le ha dado contármelo, que la cosa se calentó y eso lo deja en un mal lugar.

—Haciéndose una paja en el trabajo, ¿no?

Lo miro por primera vez, y veo cómo sonríe antes de empinarse el botellín con gracia. Su aire macarra, el pantalón vaquero, la camiseta negra y la tinta en su piel desentonan desmesuradamente con el ambiente elegante y calmado; sin embargo, de aquí sería el único

hombre para el que tendría ojos. La camarera debe pensar lo mismo que yo, porque está pegándole un buen repaso mientras prepara unos cócteles. Me entran ganas de decirle que va a rebosarle el vaso si sigue volcando azúcar, pero paso de inflar el ego de Adán un poco más.

—No sé lo que ese hombre hace mientras charla con sus amigas…

—Tocarse, ya te lo digo yo —me interrumpe.

—Pero me da igual —continúa—. La cosa es que se inventó una excusa para no tener que dárselas, y le dijo algo así como que las cámaras de la primera y la segunda planta habían sufrido algún tipo de error o los archivos estaban dañados porque no aparecían. Se sorprendió cuando Esteban, lejos de indagar en el problema, que habría sido lo más lógico, aceptó de buena gana la milonga. Entró con él en la garita, tecleó la clave y eliminó las grabaciones de cuatro días atrás sin mirarlas. De hecho, me reconoció que no sabría qué habría hecho si aun así el director hubiera decidido comprobarlo. Supone que pasar el mal rato de verse expuesto y, como consecuencia, un muy probable despido. Por suerte, no rondaba Jessica cerca y no habría tenido que ver ni escuchar nada.

Adán no se mueve, solo tiene el rostro fruncido y me atiende sin distracciones, a la espera de que siga hablando:

—Si mis suposiciones son certeras, creo que, tras haber visto el pánico en la cara de Andrés, supo que tenía al conserje de su parte y que se quitaba de encima el problema principal. Esteban le dijo que no pasaba nada, que solo quería comprobar en las grabaciones cómo funcionaba el equipo extra de guion que habían contratado para aumentar la plantilla temporalmente. Si alguien preguntaba alguna vez por ellas, les dirían lo que había ocurrido, y seguro que los profesionales sabían sacar la información de los archivos dañados, que eso lo hacían sin dificultad con los ordenadores e incluso con las cámaras de fotos.

—Y te suena a que Esteban estaba haciéndole la cama para cuando llegara la policía. Le aclaró todo aquello al conserje para que mantuviera la versión de la rotura de las grabaciones y así no indagaran más, pues de hacerlo un profesional, podría descubrir sus jueguecitos nocturnos, y le costaría el puesto y la reputación, aparte de las habladurías en el set, con su hija por allí.

Asiento.

—Eso he pensado yo.

—¿Y ya está?

—Poco más. Que justo después de aquello se encontraron a Javiela, y lo demás ya lo sé: llegó la policía, hicieron las preguntas de rigor y cerraron el caso. Bueno, ni siquiera hubo caso como tal, ya que todo se quedó en protocolo.

—Ya. ¿Y el conserje se tragó esa gilipollez del equipo de guion

cuando justo a continuación apareció el cadáver de una chica?

—No, claro que no. Seguramente, pasó la mano porque le importaba más lo suyo que lo otro.

—Estamos comparando una paja nocturna en el trabajo con la resolución de un posible asesinato.

Me froto la frente y cierro los ojos unos segundos. Estoy tan agotada…

—Andrés defiende que no. Puede que se le pasara por la cabeza en algún momento que era mucha casualidad, pero para él no fue nada extraño. Cada quince días aproximadamente, Esteban pide las grabaciones. Esto me lo ha contado él y lo sabemos todos, no es un secreto. Si conocieras al capullo del director, lo entenderías. Cuando se cerró el tema de Javiela, Andrés lo cerró también. Y hasta hoy, que yo he sembrado la duda.

—¿Y a la policía no le pareció raro que justamente aquellas grabaciones no estuvieran disponibles?

Me encojo de hombros.

—No lo sé. Por lo que me ha dicho Andrés, si no tienen indicios de que ocurriera algún tipo de violencia ni hubiera implicados, la policía no tira de las cámaras. Diferente sería si existiera un caso abierto.

—Vale que todo suena raro y turbio, y más si le añadimos tus sueños con la pelirroja y la insistencia de Esteban por borrar justo lo único que podría sacarnos de dudas, aunque lamento decirte que con esa información no podrás hacer nada.

—Lo sé. Pero Andrés me ha contado algo que puede cambiarlo todo.

Me mira expectante.

—¿El qué?

—No vio las grabaciones ni sabe qué ocurrió, porque no escuchó nada, pero sí sabe que el equipo de guion se quedó toda la noche. Fueron los únicos que estuvieron trabajando prácticamente hasta la madrugada. No es raro que eso ocurra, y mucho menos terminando de escribir los detalles de la siguiente temporada, algo que suelen hacer en conjunto. También que Javiela entró sola y sin dificultad, pues Andrés no había cerrado porque los guionistas no habían salido aún. Y aunque le pareció raro verla allí y vestida como si se encontrara de fiesta, no preguntó nada porque no se dignó ni a saludarlo al pasar por delante de la recepción. Algo muy típico en ella.

—Eso quiere decir que tus sospechas, en caso de que haya algo que sospechar, se reducen a los guionistas, o a Andrés.

Se me forma un nudo en la garganta difícil de tragar. Ni el sorbo que le doy al Daiquiri consigue aplacarlo.

—No, él no se me había pasado por la cabeza. No imagino a Andrés haciéndole algo malo a nadie. Mucho menos algo tan malo.

—Hasta ahora tampoco haciéndose pajas en su puesto de trabajo, ¿verdad?

Mis ojos se elevan al cielo.

—Qué tendrá que ver… No puedes comparar una cosa con la otra. Además, ¿por qué iba a darme toda esta información si él estuviera relacionado?

—Para despistar, de toda la vida. ¿No ves las películas de Antena 3?

Suspiro. No imagino a Andrés, a nuestro aliado en el trabajo, al padre de la pequeñaja del elenco, dañando intencionadamente.

¿Y si no fue intencionadamente? Solo cuestionármelo me afecta.

—También hay otra posibilidad… —le expongo.

Necesito coger aire, porque decirlo en voz alta será agrietarme un poco más de lo que ya lo estoy. La camarera continúa delante, aunque no es a mí a quien presta atención. La veo doble durante unos segundos y tengo que sujetarme a la barra, no sé si mareada por los cócteles o por el miedo que me atropella, el principal miedo que me ha acompañado todo el día.

—¿Cuál?

Vuelvo en mí. Aparto la mirada de la trabajadora y me centro en quitar del filo de mi copa el azúcar que lo adorna. Los ojos me escuecen.

—David… llegó muy temprano aquella mañana… también bien vestido; vengo a suponer que de la discoteca directamente. Andrés intuyó que entre ellos y su extraña relación de tira y afloja había ocurrido algo y venía a buscarla.

Ahora sí, Adán se tensa. Suelta el botellín en la barra, se pone de pie y se gira para mirarme de frente. Estampa su mano delante de mi copa con tanta fuerza que la hace temblar y parte del azúcar cae dentro.

—¿Estás diciéndome que ese tío que te ronda como un puto perro faldero puede ser el causante de lo que le pasó a la tipa?

Sube el tono de voz conforme habla, lo que me obliga a mirarlo y a callarlo con un susurro:

—Por favor, baja el volumen, que alguien puede escucharte. Y esto son solo suposiciones mías.

—Me la trae floja, Eva, joder. Ha dormido en la misma casa que tú, te ha besado.

Me giro para enfrentarlo, sin necesidad de ponerme de pie, aunque tenga que mirar hacia arriba para hablar mirándolo a la cara y no al pecho.

—Deja de comportarte como un macho protector, porque sé cuidarme sola. He sobrevivido sin ti, Adán. Veinticinco años exactamente. Averiguaré qué ha pasado, tanto si David tiene algo que

ver como si todo esto solo es cosa de mi mente…

—Ni se te ocurra —me corta feroz.

—Necesito cerrar esto… Lo necesito —le imploro, y temo echarme a llorar.

—Eva, escúchame bien. —Sujeta mi mentón con firmeza pero sin ser brusco y me eleva más el rostro para asegurarse de que capto el mensaje—. No vas a hacer nada. Ni se te ocurra hacer algo —repite.

—No voy a dejarlo estar sin más. No ahora.

—Si quieres indagar, yo lo haré. Te prometo que encontraré respuestas; hay gente a la que esto le resultará coser y cantar. Pero prométeme que te estarás quieta.

Sus ojos azules me contemplan con tanta intensidad y miedo que no puedo negarle ese sosiego. Con mis manos, aparto la suya de mi mentón y rompo el contacto. Lo hago despacio, pero dejando claro que no quiero que me toque ni que se acerque tanto.

—Está bien, me quedaré quietecita. Sin embargo, quiero respuestas, y las quiero pronto.

Hago el amago de bajarme del taburete, pero sus manos afianzan mi cintura. Antes de que pueda entender que no permitirá que me baje, lo tengo situado entre mis piernas. Las manos me tiemblan, y puede que el corazón un poco también.

—No me vale. Prométemelo —me exige.

—Adán, apártate. Si alguien nos ve…

—Somos dos personas manteniendo una conversación acalorada porque la inconsciente de mi hermanastra pequeña es una cabezota, aparte de dar respuestas muy ambiguas.

—Lo dice el de las palabras claras, el que se ha marchado de la estúpida casa de Hansel y Gretel porque lo que realmente quiere decirme se le retiene en la garganta pero se le escapa de las manos.

Me reta con la mirada, aunque no sé realmente a qué.

—Prométemelo, Eva. Te lo suplico.

Soy consciente de que hará como si mi comentario anterior no hubiera existido.

—Está bien, te lo prometo. Ahora, suéltame.

Sus manos siguen en mi cintura y parecen no querer despegarse de ahí. Una asciende por el hueco libre de tela de mi espalda, gracias al corte del sencillo vestido, el mismo que casi subió hace un rato, y un escalofrío gatea por cada zona que sus yemas recorren. Miro alrededor, y aunque nadie parece reparar en nosotros, sería muy sencillo, demasiado, que esta imagen estuviera mañana paseándose por las redes.

—Adán, para. —Mi voz es firme, pero mi cuerpo, débil. No puedo culparme por ello; él es el único responsable de mi falta de autocontrol.

—No quieres que pare, y a mí me encantaría no hacerlo.

—¿A pesar de que siempre nos dirán qué o quiénes tenemos que ser tú y yo?

Su mano sigue ascendiendo, acariciando mi piel de una manera tan firme y con tantos deseos implícitos que abruma. Y aunque no se acerca ni un centímetro más, sé que en su mente lo ha hecho y en estos momentos devora mi boca. Lo sé porque me ha ocurrido lo mismo, y porque no podemos mirar otra cosa que no sean nuestros labios.

—A pesar de ello —murmura con la voz ronca y los dedos formando pequeños círculos en mi cuello.

—¡Perdona, tía! Sé que llego tardísimo y…

Adán no me suelta, soy yo la que lo lanzo hacia atrás con mis manos al escuchar a Sandra. Si por él fuera, se habría mantenido en su postura, sin importarle la figura que se ha quedado clavada en el suelo y que nos mira entre confusa y pasmada.

—No pasa nada —le digo, fijando la mirada en ella y teniendo la excusa perfecta para apartarla de los dos luceros brillantes y excitados que siguen clavados en mí.

—Hola, Adán —lo saluda Sandra, y en su voz se intuye lo descolocada que está.

Él mueve la cabeza en respuesta y le sonríe de lado. Sus ojos se apartan y mi respiración comienza a normalizarse. ¿He dicho ya cuánto odio que tenga ese poder sobre mis emociones? Puede que no sobre mí directamente, pues hasta ahora soy capaz de decidir fingir que su presencia o cada gesto intencionado no me afecta, pero en realidad la potestad está ahí. Existe; invisible, incontrolable.

Mi amiga toma asiento a mi derecha y suelta el bolso sobre la barra como si fuera una mochila de montañero y no una minicartera de diseño, lo que me indica que está cansada.

—Tengo motivos para llegar tarde —se excusa—. ¿Llevas mucho esperando?

—Cinco aguachirris de esos —señala Adán.

Lo fulmino con la mirada.

—Molestas —le indico.

—En realidad, no —interviene Sandra.

—Porque quieres follártelo —musito enfadada.

Sandra sonríe con malicia y lo mira a los ojos. Adán no le aparta el pulso.

—En realidad, sí.

—Me parece perfecto, pero lo habláis en otro momento en el que yo no esté.

La carcajada que suelta Adán mi indica que mi comentario, o el tono, ha evidenciado mis celos, al menos para él.

¿Para qué negarme que una punzada de temor me ha cruzado el pecho? Pero ni quiero ni puedo permitirme analizarla. Cualquiera se sentiría insegura con una mujer como Sandra. Es preciosa, está cañón, tiene ese culo ancho y respingón que marca con fuerza su cintura y unas piernas firmes y deseables. Lo digo con conocimiento de causa, de dedos y de lengua. Parecería estar describiendo a una modelo esquelética, pero nada más lejos de la realidad. Setenta kilos de belleza tan comprimida que pegarle un pellizco requiere habilidad. O un bocado. Pero no es solo su físico, enmarcado por tatuajes finos llenos de líneas; es su rollo: cañera, risueña y directa. Jamás te quitaría la mirada, puede que por haberla tenido clavada en el suelo durante quince años. Y tiene un corazón tan jodidamente inmenso que debería medir dos metros más de ancho y de largo para abarcar tanta bondad. ¿Qué ser humano se resiste a alguien así? Sin contar con ese mono de trabajo que tiene, y el cuarto de las herramientas extremadamente ordenado, tanto como ella, que usa a diario para darle la vuelta a la decoración de su casa a su antojo. Digamos que es todo lo contrario a mí, todo lo que cualquier mujer o hombre querría en su vida: alguien que encima de contar con todas esas virtudes, deje cualquier cosa a un lado para amarte a ti, ya sea como pareja o como amiga.

—Queda pendiente la conversación, entonces —dice, y le guiña un ojo a Sandra, la cual sonríe ampliamente.

—Lárgate, Adán.

Lo hace, pero con aire triunfal y la sonrisa fanfarrona grabada en el rostro. Sé que no se tomará la noche libre a pesar de mi propuesta, aunque con no verlo me conformo.

—Lo que te decía antes de que el adonis de tu hermano me hiciera temblar la pepitilla con la proposición; que menudo dios, por cierto. ¿Has visto esos tatuajes del cuello?

—Sandra, al lío. —Chasqueo los dedos delante de su rostro para que deje de contemplar cómo el tipo de los tatuajes camina hacia una mesa.

Suelta una pequeña risotada antes de centrarse.

—No entiendo por qué te irrita tanto, si es un amor de chico. A lo que iba, que he llegado tarde por un motivo. He estado hablando con Cristina Fervo, la directora de… Nunca recuerdo cómo se llama esa serie. La de la ceramista chiflada obsesionada con las tazas que comete asesinatos con ellas.

Asiento, divertida. Sé de quién me habla, aunque tampoco recuerdo el nombre de la extraña y estrambótica serie que está triunfando en la misma plataforma que aparece *En el pasillo.* Aunque ahora Sandra es parte del equipo de Esteban y hace algún trabajo extra por su cuenta, siempre tiene solicitudes.

—Le he comentado que dejas la serie.

—¿Que has hecho qué? —La diversión desaparece instantáneamente.

Alza la mano en dirección a la camarera y le señala mi vaso casi vacío para que ponga dos más.

—No te enfades, solo he adelantado el proceso de difusión, y lo hago por ti. Habla con Cristina. La serie está por todo lo alto y han firmado tres temporadas más. Si no te cuadra, tranquila, que de aquí a unos días te lloverán las ofertas. Deberías buscarte un representante.

—No necesito un representante.

—Claro que sí.

—No por ahora. Necesito unos días antes de volver a centrarme en buscar trabajo.

—¿Para qué? —Vuelve a alzar la mano, pero la camarera se toma con calma el pedido—. Vaya culazo. Hay que reconocer que tiene un polvo, aunque no me gusten especialmente las tías.

—Quién lo diría —ironizo.

Con toda su confianza, se adueña de mi vaso y sorbe de la pajita.

—Contigo es diferente, pelirroja, ya lo sabes. Me encanta ver cómo te haces la dura y después caes rendida a un buen pipazo. Con la camarera me lo montaría, pero solo por el gusto de ver si ese culo que se intuye bajo el pantalón es natural o dos pelotas de silicona.

Me rio con ganas.

—Ni te molestes. Ha estado dándole un buen repaso a Adán el rato que ha permanecido sentado aquí. Ha tardado segundos en servirle la cerveza.

—No la culpo por ninguna de las dos cosas. Y si tengo que hacer de tripas corazón y compartirlo… A esta vida se viene a sufrir y a sacrificarse el ochenta por ciento del tiempo para disfrutar de la recompensa el veinte restante. Pero, dime, que me desvío, ¿para qué quieres ese tiempo de descanso?

Cojo aire en profundidad antes de contárselo todo. Es la única persona que, aparte de escucharme, sé que me ayudará, piense o no que estoy como una regadera. Así que, con calma —y, por suerte, con los dos Daiquiris ya servidos—, la pongo al día de los descubrimientos y de las posibles hipótesis que no he podido evitar inventar.

Su ánimo va decayendo conforme avanzo con el relato, y la preocupación es inversamente proporcional. Tras unos minutos en silencio que se mantiene mirando al frente, a la negrura de la ciudad iluminada por los puntos naranjas de farolas y casas encendidas, habla:

—¿Crees que Jessica podría saber algo de lo ocurrido?

—¿Jessica?

Por un momento, creo que se ha confundido de nombre. Es lo

último que esperaba escuchar.

Sandra asiente.

—Esta mañana, cuando me la he llevado para que hablaras a solas con Andrés, me ha preguntado si Esteban se enfadaría contigo por lo de Venus. Al decirle que sí, se preocupó por ti. Le resté importancia diciendo que no pasaría nada, porque eras genial y lo resolvías todo con facilidad. Dije algo así como que todas querríamos ser como tú. Entonces me respondió que no, que ella no quería serlo.

—¿Te ha dicho eso? —Me sorprende la información porque, más que mi hermana pequeña en la serie, parece serlo en la vida real. Se pasa el día pegada a mí.

—Sí, y lo he flipado un poco, porque todos sabemos que la cría te admira y te quiere muchísimo. Le pregunté el motivo y me respondió que Javiela quería ser como tú, idéntica a ti, y que por eso murió.

—Vaya…

—No le he dado demasiada importancia porque no es un secreto que la hermanísima contaba con cero personalidad y mataba por ser como tú, o como tu personaje; ya no lo tengo muy claro. Ni siquiera pongo la mano en el fuego por que alguien como ella supiera distinguir la persona ficticia de la actriz que era. Pero que quería asemejarse a ti es una realidad y siempre se ha rumoreado. Así que he supuesto que Jessica ha escuchado comentarios de los mayores y lo ha relacionado a su manera. ¿Piensas que puede tratarse de otra cosa?

Me levanto impulsada por el recuerdo de Andrés contándome que en el momento de pedirle Esteban las grabaciones, Jessica no estaba por allí y que aquello era un alivio en caso de tener que mostrar las imágenes de las cintas.

Tras exponérselo, Sandra me pregunta:

—¿Crees que la niña pudo ver algo? Estar en el edificio, estaba, porque siempre duerme en su habitación —se refiere a la habilitada junto a la garita—, y por la mañana temprano se encontraba allí.

Asiento.

—Yo fui quien la distrajo para que no viera lo que ocurría en el vestuario. O lo que ya había ocurrido.

—Hay una posibilidad, solo una, de que no se te haya ido la cabeza, porque esto cada vez huele peor —comenta Sandra con aire pensativo—. Si tus sospechas son ciertas… Joder, Eva, alguien de nosotros puede haber matado a Javiela. Creo que no somos conscientes de la gravedad del asunto. Compartimos vestuarios, cafés o incluso brochas de maquillaje, y puede que haya una niña de diez años implicada, ¿sabes?

—No lo sé, pero voy a averiguarlo.

29

No hay una vieja casa que no tenga sus historias,
no existe una vieja casa que no tenga sus fantasmas.

Adán

Se llamaba Gabriela, era argentina y tenía quince años. Había encontrado a aquel perro, al que había bautizado como Sultán, abandonado en una carretera cercana al puerto cuando la furgoneta en la que la llevaban retenida junto con otras ocho chicas se detuvo de un frenazo después de una larga fuga. Supo que algo salía mal porque los dos tipos que las trasladaban gritaban asustados que los maderos los habían pillado y tenían que salir de allí, o algo por el estilo. El sonido llegaba amortiguado a la parte trasera de la furgoneta y solo se quedó con retazos que sonaban más altos conforme los nervios del conductor y el copiloto crecían.

Habían sido amables en un principio, exactamente hasta que estuvieron sentadas en el suelo del vehículo y bajo su dominio. Les parecieron algo menos afables cuando las toquetearon por encima de la ropa y dijeron que tenían que catar la mercancía antes de llevársela a su dueño y señor. Fueron repulsivos cuando las obligaron a lamerles las pollas hasta el final, una y otra vez, en todas las paradas que realizaban en caminos de tierra, con nada alrededor que no fuera campo para no correr el riesgo de ser vistos ni de que ellas pudieran llegar muy lejos en caso de escapar. Gracias al respeto que le tenían a ese tío que veneraban como a un dios, ninguno fue más allá y la integridad de las chicas llegaría intacta. Durante su estancia en mi habitación, nunca me atreví a decirle que había una posibilidad de que ese dios fuera Biel, el dueño del lugar en el que se encontraba, el que casi mató a Kerstin de una paliza.

Cuando llegó, no hablaba porque fuera muda, sino porque el miedo le impedía pronunciar palabra alguna después de todo lo que había pasado. Tras muchos minutos de incertidumbre en la furgoneta en los que el silencio y los temblores reinaron, alguna de las chicas decidió abrir, a expensas de que aquellos dos tipos podrían seguir cerca. El instinto de supervivencia mueve lo que el miedo paraliza. Por ser cada una de un sitio diferente, les era imposible entenderse entre ellas con claridad. El idioma común fue el suspiro de alivio al ver que aquellos dos tipos no estaban. Bajaron con cautela de la furgoneta, sin cruzar palabra. Ante la noche, solo era un grupo de chicas desconocidas metidas en un mismo agujero. No había tierra ni piedras. Se encontraban en una zona apartada de la ciudad. El movimiento era mínimo y no veían a nadie, pero Gabriela vio la oportunidad de buscar ayuda.

Puede que más tarde le pesara haberse dejado engullir por la oscuridad para desaparecer sin decir nada y sin levantar el polvo entre

las demás chicas, pero llevaba sobreviviendo sola toda la vida, y sabía de sobra que tenía más posibilidades de seguir respirando aquella noche si escapaba consigo misma como única compañía y no con ocho jóvenes más, asustadas y descolocadas. Si las habían engañado de aquella manera y los dos asquerosos hombres no se atrevieron a más por miedo, era porque las consideraban un bien preciado, y quienes fueran los que las reclamaran estarían buscándolas por cielo y tierra.

No era idiota; sí joven, pero no idiota, y sabía de sobra adónde iba. No la habían engañado del todo: le habían ofrecido la oportunidad de trabajar como bailarina erótica a cambio de un sueldo y los papeles. Ella sabía lo que era, o en lo que podía derivar, mejor dicho: en el mismo lugar desconocido que su madre, asesinada a manos de su chulo. Nunca se supo de ella más que la información de su abuelo, el hombre que la crio y que vio necesario contarle el destino de su madre para que no cometiera el mismo error.

—Mi abuelo era duro y sabio a partes iguales, *¿sabés?* Me recordaba cada día que un hombre rico es aquel que tiene el poder de decidir siempre, y que los pesos se traducen en años de libertad. Éramos extremadamente pobres, porque nunca pudimos decidir nada, ni siquiera lo que íbamos a comer un día cualquiera.

Gabriela estaba tumbada en mi cama. Yo, desde el suelo y sobre una colcha, la escuchaba atento. Comenzaba a ser una costumbre oírla narrar, con sus eses y sus elles muy pronunciadas por una voz melódica, perfecta compañera de la oscuridad que nos envolvía.

Habían pasado dos semanas y no había sido fácil llegar al punto en el que nos encontrábamos. Y no solo lo de esconder a una niña y a un perro en mi propia habitación, arriesgando mi integridad, sino ganarme su confianza. Pensándolo bien, no me había ganado nada, más bien ella la había depositado en mí; al menos una parte, cuando vio que la ausencia de su salvadora se alargaría y que los días pasaban sin que hiciera el mínimo esfuerzo por acercarme. De hecho, su presencia me molestaba. Cada vez que entraba en mi habitación, deseando darme una ducha y dormir, la encontraba ahí, agazapada en mi colchón, con ese perro entre las manos.

Dar un paso en su dirección provocaba que Sultán se tirara a morder, aunque tu intención no fuera acercarte a ella. Se había convertido en el guardián de la niña. Ahora, dos semanas después de ocultarla allí, tenerla cerca me era… cómodo; una compañía imparcial, alejada de aquel perverso mundo que seguía su curso entre las paredes de La emperatriz. No debería mantenerse entre nosotros durante mucho tiempo, pero tendría que esperar a la vuelta de Kerstin para que se encargase de ella. No era mi problema, y bastante me había involucrado ya.

—¿Y vos?, *¿sos* rico?

Rei abiertamente.

—Si lo calculamos en nivel de vida, muchos considerarían que sí.

—¿Y en libertad?

Lo medité, a sabiendas de que no había mucho que pensar.

—Estoy en banca rota.

Mi respuesta le arrancó una sonora carcajada que amortiguó con la almohada, como ya era costumbre. Por algún motivo, le parecía gracioso.

—*Podés* marcharte. Ese jefe tuyo, Biel… —le costaba mencionar su nombre; Kerstin no había escatimado en detalles de lo que podría ocurrirle si no escapaba de allí lo antes posible—, ¡tiene otros tipos que pueden limpiarle el orto! No *tenés* que hacerlo vos siempre.

—Si me hubiera obligado a limpiarle el culo alguna vez, te aseguro que ahora mismo sería rico en libertad, y él en proteínas, porque estarían comiéndoselo los gusanos.

De nuevo, su risa murió en el colchón. Seguí haciendo algún que otro comentario estúpido de esos que tanto la divertían y le indiqué que era hora de dormir. Ella aceptó regalándome su silencio, pero pronto lo rompió. Decía que se pasaba todo el día sola, susurrándole únicamente a Sultán, y que necesitaba hablar con alguien, o el músculo que era su lengua perdería potencia.

—¿Qué pasaría si marcharas?

—Si Biel quisiera encontrarme, lo conseguiría, siempre lo hace, e iría a por mi familia.

—¿Qué culpa tiene la familia? —Soltó un bufido.

—¿Qué culpa tienes tú de haberte quedado sin la tuya y ahora estar aquí? —No me respondió—. Ninguna, Gabriela. Pero los despojos se alimentan a costa de las desgracias de inocentes, como las garrapatas de la sangre. Cuando no queda sangre tuya, buscan una idéntica que corre por otro cuerpo.

—Buag —protestó, seguramente pensando en las garrapatas. Después de unos segundos en los que escuché cómo acomodaba a Sultán a sus pies, señal de que aquella era la pregunta definitiva antes de obedecer y cerrar los ojos para dormir, añadió—: *¿Tenés* ganas de ver a la familia?

Los ojos enormes de Eva vinieron a mi mente.

—Muchísimas —confesé por primera vez en años, para ella y para mí.

Se movió agitada y Sultán comenzó a ladrar, angustiado por los quejidos de Gabriela. Debería presentarme un día con el chucho delante de todos y contar que era mío, así me quitaba otra preocupación de encima, pero cualquiera lo apartaba de la muchacha.

—Eh, Gabriela —susurré en un intento por despertarla. Las orejas

de Sultán se pusieron en guardia. Ella seguía agitándose—. Tranquilo, no voy a hacerle nada, solo quiero ayudarla —susurré con las manos en alto.

Como si me entendiera, el perro se relamió y dio un paso atrás.

—Gabriela. —La zarandeé sin brusquedad y sin apartar la vista del animal.

Ella abrió los ojos a la vez que se incorporaba. Solo necesitó unos segundos para reconocer mi rostro. Sin previo aviso, se abrazó a mí.

—Kerstin… —Respiró con dificultad antes de comenzar a llorar—. ¿Va a morirse?

Estaba tenso y sentía que mis brazos no le pertenecían a mi cuerpo, porque no sabía qué hacer con ellos. Allí, encorvado, con Gabriela aferrada como un mono, finalmente opté por usarlos para rodear a la muchacha que empapaba de lágrimas mi pecho descubierto.

—No va a morirse —le aseguré—. Bueno, sí, como tú y como yo, pero no todavía, al menos.

Una risita quedo amortiguada en mi pecho.

—He… he soñado que moría.

—Eso es porque tienes miedo de que no vuelva, pero lo hará pronto. Está en buenas manos médicas, y ya sabes que Ikram la cuida y va a visitarla a menudo.

Asintió, algo más conforme, y poco a poco dejó de sollozar. Cuando consiguió calmarse, se despegó de mí y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

—Perdona por esto. —Se señaló.

—¿Por qué?

—Por llorar. No suelo ser débil. Es solo que… estaba asustada.

Le sonreí, en un intento por restarle importancia.

—Llorar no significa ser débil. Y creo que podrías ser cualquier cosa menos débil.

—¿Vos *llorás*?

Decirle que no desmontaba mis argumentos, pero era la realidad. Hacía años que una lágrima no salía de mis ojos. Hasta ahora no había reparado en ese detalle. Puede que no solo me sintiera vacío por dentro; ahora cabía la posibilidad de estarlo.

—No, no lloro. Hace mucho que no lo hago. —Carraspeé—. Puede que yo sí sea un débil incapaz de demostrar sus emociones.

Debí evidenciar el desagrado que me suponía hablar de ello, porque Gabriela desvió la mirada. Al hacerlo, se encontró con el portátil abierto en el suelo. Las imágenes se sucedían. No me había dado tiempo de pausar el vídeo.

Puede que, por cambiar de tema, centrara su atención en eso.

—Vaya —dijo con asombro—. Qué ojos tan preciosos tiene la chica pelirroja. ¿Quién es?

De soslayo, observé un primer plano del rostro de Eva llorando, lo que hacía más deslumbrante aquella mirada verde claro, grande y pura, a la vez que fiera e intencionada.

—En la serie es Dalia, la protagonista, pero se llama Eva.

—Impresiona. Es guapísima. ¿Española? —Asentí—. Eh, se te puso una sonrisa tonta en los morros.

Si aquello era verdad, no intenté disimularlo.

—Vivimos cerca. Vivíamos —rectifiqué.

Las puntas de sus largas pestañas chocaron en sus cejas. Emocionada, sujetó mi brazo con fuerza.

—¿La conoces? ¿Has hablado con ella? Quiero decir, es famosa… Es…

—La conozco. Éramos vecinos. Ella… Bueno, era mi mejor amiga.

—¡Qué bárbaro!

Viendo su enorme sonrisa, nadie diría que hacía apenas unos minutos estaba llorando. No pude evitar preguntarme cuán diferente habría sido su reacción de haberle contado que Eva y yo vivíamos en una misma casa y que legalmente era mi hermanastra.

—¿Nunca te gustó?

Su pregunta me sorprendió, haciéndome reír.

—No. Siempre la he visto como una hermana.

—Mentira. No *podés* decirme que nunca caíste rendido a esos ojos.

—Tienes razón, estoy mintiendo. Y ahora, a dormir. Es tarde y en breve tengo que levantarme para trabajar.

—Aburrido —me espetó con una mueca burlona en el rostro y un mohín de su pequeña nariz—. *Contáme* de qué va la serie y te prometo que después dormimos. De todos modos, no ibas a dormir hasta terminar el capítulo.

Suspiré con pesadez, volví a la colcha que había extendida en el suelo y acomodé el portátil para que ella también pudiera verlo desde la cama. Cuando quise darme cuenta, estaba hablándole de Dalia, Cristian, Anika, Jade… Y a la vez que su intriga crecía, me percaté de que lo más emocionante de mi día era ese momento de la noche, cuando encendía la pantalla y ella aparecía.

Aunque fingiera ser otra persona.

Aunque no tuviera constancia de que seguía sus pasos.

Aunque pensara, erróneamente, que no me robaba el sueño.

30

Jamás dejes que el tiempo te domine.

Eva

Me he preparado para esquivar a Adán, confabulado con Sandra para que me eche una mano y ensayado mentalmente para mostrarme tal cual delante de Andrés y que mis gestos no me delaten, así como también para un posible enfrentamiento con Esteban, quien no es muy probable que ande por el edificio frente al que ahora mismo estoy plantada, pero debo contemplar la posibilidad.

No puedo acudir a la policía. ¿Qué le diría?: «Sueño con mi compañera muerta, y gracias a eso he descubierto que las cintas no estaban dañadas, sino borradas intencionadamente por el conserje, quien aceptó encantado para que no lo pillaran masturbándose en su horario laboral». El concepto puede que sea más amplio, pero como resumen suena fatal.

Solo me queda la opción de hablar con Jessica, y si no saco nada en claro de la niña, puede que presionar a los demás. Pero ¿cómo presionar a Pierre, Diego y Verónica? Ni siquiera los conozco más allá de las conversaciones que se mantienen estando de fiesta o sobre los guiones. ¿Y Esteban? Es el principal en el punto de mira, a pesar de no haber estado esa noche allí y haber llegado un poco más tarde que David. Pero ¿qué tipo de persona encuentra un cadáver y sin más pide que se borren las grabaciones? Si es que lo encontró, claro. Lo mismo es lo que dedujo Andrés, y él ni siquiera vio a Javiela en el vestuario. ¿Para qué iba a entrar el director en nuestro vestuario a primera hora de la mañana si no con un propósito? Y el uniforme, algo que no deja de dar vueltas por mi cabeza. ¿Por qué lo tenía puesto? ¿Acaso estoy paranoica y Javiela solo estaba allí ensayando? «Sí, claro, de madrugada y sola, tras haberla llamado un tío por el móvil». Lo que en parte saca a Verónica de la ecuación, al menos directamente.

Falta David, pero es que no puedo pensar en él sin que mi corazón cruja un poco cada vez que viene a mi cabeza. Intento eclipsarlo con otros raciocinios, sin embargo, ¿cómo obviar su reacción cuando le conté lo que pensaba de todo esto? La incertidumbre, el rechazo, las ganas de quitarme el asunto de la cabeza…

Lleva mensajeándome tres días para contarme las novedades, la furia implacable de Esteban por mi marcha, las consecuencias que supone y los rumores que comienzan a alzarse majestuosos sobre las especulaciones. Me he mantenido correcta, contándole alguna novedad, como el trabajo que me ha encontrado Sandra y que por el momento he rechazado, pero sin excederme y excusándome para no quedar con él. No hasta descubrir qué ocurre.

Mientras, me he encerrado en mi casa, he terminado de pintar el

mueble de la entrada y ya casi estoy acabando con los del salón. Entre brochas y pintura, me digo que necesito acelerar el proyecto. Antes solo era eso, un proyecto a largo plazo, pero ante la posibilidad de que Adán hable en serio y no piense largarse, necesito mudarme lo antes posible. Sé que estaré en la casa de al lado, pero al menos su presencia se me hará sostenible; no como ahora, que solo escuchar sus pasos por el pasillo acelera mi pulso ante la incertidumbre de si hoy se habrá levantado con ganas de arrinconarme entre la encimera y su cuerpo, o por el contrario fingirá que no me conoce y que solo trabaja para mí. Después de la pequeña charla en el Mandala, en la que no aclaramos nada, como de costumbre, ha optado por la segunda opción, y como me he atrincherado en mi casa para que no tenga la necesidad de *protegerme,* encantado ha trabajado desde su habitación —con vistas directas a mis ventanas laterales y a la puerta principal— y sin acercarse a mí, lo cual agradezco.

En este instante debo centrarme en lo que me concierne, y ni siquiera sé lo que estoy haciendo. Los únicos que llegan a creer que mi pálpito puede ser posible son Adán y Sandra. Al primero le he prometido algo que estoy a punto de incumplir, y la segunda está ayudándome a hacerlo.

Suspiro y entro con decisión. Las consecuencias para más tarde.

Debe quedar gente dentro del edificio, porque la puerta principal está abierta. Sandra se ha encargado de informarme de qué día de la semana está Andrés de guardia, y con él, Jessica.

Me mira extrañado, pero sonríe, no sé si falsa o verdaderamente.

—Vaya, Eva, qué sorpresa.

—Hola, Andrés.

—¿Qué te trae por aquí? —Mira el reloj que está colgado justo en la pared que hay a su espalda y frunce el ceño—. Es tarde.

—He comido en el chino de aquí al lado y quería pasarme a visitar a Jessica. Hace unos días que no la veo.

—¿Tú sola?

Durante unos segundos, considero que me cuestiona.

—No, con Elena y mi padre, pero ya se han marchado a casa. Elena sigue un poco débil.

Andrés asiente con comprensión.

—No sé dónde anda el bichillo. Ya sabes que le encanta dar tumbos por ahí.

—La buscaré para darle un beso y me iré. Es tarde —me apresuro a decir, aplaudiendo la facilidad con la que me quitaré al padre de encima. Apenas son las nueve de la noche, pero no quiero que intuya mi verdadero interés—. ¿Quién queda por aquí?

—Los de siempre: los escritores estresados. Ahora que tienen refuerzos y una trama que se les escapa de las manos, se pasan el día

pidiéndome que les rellene el bote de las cápsulas de café.

—Vaya, pobre de ellos. Trabajando con Esteban y bajo la presión que supone remodelar un guion que acaban de remodelar.

Sonrío con el verdadero disfrute que me supone saber que, a pesar de que pringuen los pobres de siempre, Esteban debe estar arrancándose la piel de la cara intentando centrar una serie en la que sus dos personajes femeninos principales ya no están.

—No hace falta que disimules tu desagrado.

—Reconoce que a ti también te cae un poquito mal Esteban y te alegra mi decisión.

—Jamás reconoceré lo extremadamente mal que me cae Esteban y lo que me alegra que ahora mismo esté sufriendo tanto.

Sonrío abiertamente.

Cuando me giro y comienzo a caminar por la recepción para enfilar el pasillo, su voz me hace dar media vuelta de nuevo. Ya no hay pizca de broma en ella.

—Eva.

—Dime. —Serena, lo miro.

—Apenas hemos trabajado juntos un año, pero lo suficiente para conocerte. Sé que nunca dejarías algo a medias, y me parece genial, pero dejemos a Jessica fuera de esto.

—Jamás haría nada que pusiera en peligro a Jessica —afirmo, y lo hago con la mano en el corazón y toda la verdad por delante.

—Eso espero.

El equipo de guion está en la sala de descanso, el primer sitio por el que paso. Me es inevitable pensar que una de las personas ojerosas y agobiadas que rodean la mesa llena de papeles y portátiles puede ser la causante de que yo esté aquí esta noche. Sus sonrisas al verme opacan débilmente mi pensamiento. Tras unas palabras de cortesía, decirme lo que se alegran de verme y me odian a partes iguales por lo que he causado y presentarme a las caras nuevas de guion, me excuso con las prisas y decido seguir buscando a Jessica.

He recorrido todo el edificio cuando la encuentro en el último lugar que pensaba que estaría y donde bajo ningún concepto quiero estar yo. No obstante, aquí me hallo, en el umbral de la puerta del vestuario. Observo a Jessica jugar disfrazada con una peluca corta de color fucsia y un tutú del mismo tono. Baila y canta, aferrada a un micrófono apagado que ha debido birlar por ahí gracias a la llave mágica de su padre, esa que abre todas las puertas del edificio, mientras se observa en la pared de espejos que hay a su izquierda. En el suelo, debajo del banco y sujeto por un pequeño trípode, se encuentra su móvil situado en vertical, lo que me hace suponer que está buscando ángulo para grabar esos bailecitos de TikTok que después Andrés nunca le permite subir a la red, aunque sí guardarlos

para ella.

Durante unos segundos, me veo a mí con su edad, disfrazada de cualquier chorrada improvisada que hubiera encontrado y que fuera acorde con el personaje que quisiera interpretar en ese momento. Los vivía tanto que a veces me costaba salir de ellos: una niña tercermundista sin brillo en los ojos, una adolescente ricachona y mimada que trata a sus padres con la punta del pie, una detective inigualable o un guerrero del Medievo.

El lugar consta solo de taquillas en dos de sus paredes, seis duchas formando una tercera y la que está compuesta por espejos. Alrededor de la estancia y separados de las taquillas con el espacio justo, simples bancos de madera en los que nos sentamos para cambiarnos. En medio, nada, solo Javiela en mi recuerdo, tumbada en el suelo, agotando sus últimos minutos de pertenecer a nosotros, al menos en cuerpo.

Jessica me ve a través del espejo y se gira. Salta de emoción mientras corre a mis brazos.

—¡Eva!

La cojo entre ellos con dificultad. Ya pesa lo suficiente para tumbarme hacia atrás si se lo propone, y ese hecho me hace verla con otros ojos. Va siendo una mujercita, aún sin mucha forma y delgada, de pelo negro, mirada oscura y ojos rasgados, con una boca pequeña de piñón y rosada que se convierte en una curva gigante cada vez que me ve.

—Hola, preciosa.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a hacerte una visita. —Sonríe con amplitud—. Ya veo que lo pasas bien.

Sus mejillas se sonrojan, avergonzadas.

—Mi padre compra cosas que deja en la garita para que juegue aquí y no traerme las de casa.

—Y otras que no compra y tú te encargas de conseguir. —Mira el micrófono con ojos divertidos y delatores—. No tengo mucho tiempo —miento—, pero tenía ganas de verte porque la última vez que estuve aquí no te encontrabas muy bien, y tu padre me había dicho en alguna ocasión que no estabas muy entusiasmada con la nueva temporada. —Conforme expreso otro de los pensamientos que han estado rondando por mi mente estos días, me siento en el banco más cercano y ella lo hace a mi lado de manera automática.

Se encoge de hombros.

—Ya me encuentro bien, pero… No sé…

—¡Si a ti te encanta grabar! Nunca te parecen horas suficientes.

Sonríe.

—Ya…

—¿Qué ha cambiado? Además, llevo unos días un poco triste. Sandra me dijo algo hace poco que me dejó preocupada.

—¿El qué?

Me mira con interés.

—Que no te gustaría ser como yo. —Sus ojillos negros se desvían de mí y buscan cualquier otro lugar en el que posarse. Como no dice nada, añado—: Eh, no pasa nada. Solo quería saber por qué dices eso, si siempre has parecido una monilla colgada de mis piernas.

Alza las comisuras de sus labios al mencionar el apelativo cariñoso que usamos cuando, efectivamente, se cuelga de mis piernas o cintura y yo camino fingiendo pesadez por tenerla pegada como un velcro. No obstante, la sonrisa desaparece. No lo hace de repente, pero va disminuyendo de forma progresiva, como muere o despierta un recuerdo.

Poso la mano encima de su hombro y lo aprieto con cariño. Después, comienzo con un ritual de cosquillitas que siempre solemos hacer cuando nos sentamos tranquilamente a leer el guion o ensayar. Su mirada continúa al frente, y sé que por ahora no va a enfrentar la mía.

—Jessica, estoy aquí. Ya no trabajamos juntas, aunque seguro que volveremos a compartir estudio algún día. Pero sigo siendo yo y puedes contármelo. Sé que te ocurre algo, por eso he venido, para que sepas que puedo ayudarte. —Se mantiene en silencio, cerrada en banda—. Además, si es algo sobre el trabajo, ya no estoy aquí. No me implica, ¿lo entiendes?

Asiente. De perfil, puedo ver perfectamente cómo su nuez asciende y desciende, intranquila.

—No es del trabajo, es que… he hecho algo que… a mi padre no le gustará.

Mi entrecejo se frunce, pero intento relajarlo con rapidez.

—Seguro que no es tan grave. Tú nunca das problemas. Sacas excelentes notas a pesar de dedicarte también al mundo de la actuación, cosa que otros niños no compaginan, y además eres obediente.

—No siempre —reconoce.

—Bueno, yo tampoco soy muy obediente que digamos.

Al fin me mira.

—¿Y qué piensa tu padre?

—No le gusta, claro, como a ningún padre ni madre. De hecho, va a caerme una buena bronca cuando descubra que estoy sola, sin el chico de seguridad, quien va a conseguir que el cielo truene cuando descubra que lo he engañado para librarme de él y venir hasta aquí.

—¿Y por qué has hecho eso? —Su voz vuelve a ser la de siempre y sus hombros se han relajado de nuevo.

—Pues porque quería estar contigo a solas. Sé que confías en mí, pero no sé si también en el chico que viene conmigo. Haces bien, yo tampoco me fío mucho de él.

—¿El de los tatuajes que te trae en coche? Estuvo una vez en la sala con nosotros. —Asiento—. Pues es muy guapo, yo me fiaría.

No puedo evitar reír.

—Nunca te fíes de los guapos, son los peores. Y ahora dime, ¿qué es eso tan tan malo que has hecho como para ocultárselo a Andrés?

—Espiar —confiesa, un poco avergonzada—. Y coger vuestras cosas de las taquillas, después de quitarle a mi padre la llave de la garita.

—Vaya, señorita —dramatizo—, la creía más dócil.

Se encoge de hombros.

—No lo hago siempre, solo cuando estoy muy aburrida.

—¿Y por eso estás tan mal y no quieres grabar? No lo entiendo…

Como su rostro se gira de nuevo hacia el lado contrario, sé que ahí es donde está el quid de la cuestión, por lo que decido ir directa al grano, intentando que mis palabras no afecten a la niña pero necesitando su reacción:

—Jessica, sabes lo que le ocurrió a Javiela, ¿verdad? Quiero decir, tu padre te lo ha explicado. —Me mira de soslayo y asiente. Lo que estoy a punto de hacer no me enorgullece, pero necesito tirar de sus emociones para conseguir algo—. ¿Y sabes que me culparon a mí?

—No…

Muevo la cabeza de manera afirmativa.

—Su familia y nuestros amigos pensaron que yo podría haberle hecho algo malo.

—¿Por qué? —me pregunta curiosa—. Tú nunca harías algo así.

Le sonrío con cariño.

—Bueno, Javiela y yo no nos llevábamos muy bien. Algo así como en la serie, pero todos los días.

—Pero ella quería ser como tú. Bueno, él quería que fuera como tú. El pelo, la ropa…

Mi mano sigue encima de su hombro, aunque la caricia se ha detenido tan rápido como lo han hecho los latidos de mi corazón al escucharla. Intento continuar con el movimiento intencionado de mis dedos, pero en ellos se advierte un ligero tembleque que espero que no aprecie. Carraspeo en un intento de controlar mi voz para continuar por la línea que vamos:

—A veces nos gustan las cosas que tienen otros, y no es malo. No solo a mí me gusta pintarme el pelo de rojo. A ella también, y por eso lo hacía. No es ningún motivo para llevarse mal. ¡No puedes llevarte mal con todas las chicas de tu colegio que lo tienen negro, como tú! —intento bromear, pero su rictus sigue serio.

—A ella no le gustaba el pelo rojo. Él la obligaba a pintárselo.

—¿Qui… quién es él?

Me mira, y sus ojos brillan, no sé si de tristeza, de pánico o debido a un recuerdo que no debería estar grabado en esas retinas, inocentes y estrenadas hace apenas diez años.

—Una vez le gritó que no dijera tacos, que tú nunca los decías. Y si se salía del papel, ya no parecías tú y… —titubea— y no le ponía tan… cachondo. —No me inmuto; no por fuera—. Yo estaba escondida en una de las taquillas grandes, porque mi padre me habría castigado como tres fines de semana sin playa si me hubieran cazado aquí y se lo hubieran contado.

—¿En estas taquillas? —le pregunto, señalando las de la pared de nuestra izquierda. Son las únicas enterizas, y no partidas a la mitad como las demás.

—Sí. Siempre me meto ahí cuando llegan.

A estas alturas, mi cuerpo tiembla tanto y el corazón me late a una velocidad tan inhumana que temo desplomarme en mitad de la conversación. No la interrumpo, en parte por no cortarla ahora que ha decidido hablar, y en parte porque no soy capaz de articular palabra. Los nombres se entrelazan en mi cabeza; los rostros de sus dueños también. En mi mente, una ruleta gira con presteza y sus colores me ciegan.

—Él dice que es un juego, pero creo que a Javiela no le gustaba jugar, porque cada vez que él la tocaba, siempre le decía tacos grandes, muy grandes —enfatiza— mientras se ponía el uniforme y fingía ser tú. Después, cuando se marchaba, ella se quedaba aquí y lloraba. Decía unas cosas de ti… —Su mirada cargada de pena me atraviesa, y su silencio, más.

—¿Qu… qué cosas?

—No sé si…

—Puedes contármelo. —Acaricio su hombro, como antes—. Tranquila, no voy a enfadarme.

—Que te odiaba. Siempre gritaba tu nombre y decía que eras la buena de Eva, la trabajadora, la guapa… —Las mismas palabras dichas por ella la noche en la que murió, cuando nos peleamos en la parte trasera de la discoteca, resuenan, tortuosas—. Lo decía de un modo que no me gustaba. Yo sé que tú no eres mala, que no le hiciste nada.

—¿Sabes quién se lo hizo?, ¿qué ocurrió esa noche?

Asiente, cabizbaja, y unas lágrimas silenciosas descienden por sus mejillas.

—Él no quería, sé que no quería hacerle daño. Solo quería jugar, como siempre que entran aquí, pero ella se comportaba…, no lo sé, rara. Y estaba muy enfadada. Nunca la había visto tan enfadada. Se puso el uniforme, pero gritó que sería la última vez. Yo estaba

escondida en esa taquilla. —Señala la que está más próxima a la puerta—. La primera vez que los vi, yo estaba aquí cuando entraron. Corrí a esconderme para que no vieran que había abierto tu taquilla y cogido tu estuche de maquillaje. Después, yo venía cuando veía que ella pasaba por la recepción, tarde y sola. Sabía que jugarían, porque él ya estaba aquí.

Aparta la mirada y yo sujeto su mentón para que vuelva a mirarme.

—No pasa nada, todos hemos hecho alguna vez algo así. Nadie va a reñirte por haberlo cogido, y ya sabes que tienes permiso para tocar mis cosas.

Intento sonreírle y ella remeda mi gesto, aunque sus ojos no están tan contentos como finge su boca. Sé que se avergüenza de su curiosidad, de volver cuando sabía que entrarían al vestuario, y que reconocerlo ralentizará el relato. No tengo tiempo. Andrés vendrá pronto en busca de su hija o Adán estará quemando mi teléfono en cuestión de minutos. Tengo que ser yo quien lo haga.

—Supongo que volvías porque sabías que iban a… jugar, y eso llamaba tu atención.

—Sí. Sé que no está bien, pero… me gusta verlo.

Que mezcle el presente y el pasado durante su relato, que no sepa en realidad comprender que Javiela ha desaparecido para siempre, solo me causa más desazón de la que ya siento. Joder, que solo es una niña.

—Necesito saber quién es, Jessica, para ayudar a Javiela. Solo tú puedes ayudarla.

—¿Cómo? —me pregunta esperanzada.

—Salvando a otras mujeres como ella, como tú y como yo, de alguien que te obliga a jugar cuando no quieres, a vestirte como no quieres o fingir que eres otra persona, y si no lo obedeces, puede llegar a hacerte daño. —Llora con más intensidad, como si el peso de la verdad recayera únicamente en ella y hablar fuera un delito—. Yo voy a ayudarte, te lo prometo, y nadie sabrá que tú me lo has contado.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Es Diego —dice, ahora sin titubear, y el suelo tiembla bajo mis pies.

Diego, el guionista, el friki calladito que pasa desapercibido, en quien nadie repararía.

—Diego —repito como un mantra, sorprendida y aliviada a la vez, puede que porque el nombre que esperaba era el de Esteban, o porque el que temía escuchar era el de David.

—Él le prometía a Javiela que hablaría con Esteban para darle tu papel y echarte de la serie. Me enfadé mucho, porque entonces yo ya no sería tu hermana. Eso se lo prometió la primera vez que los

escuché. No estaban aquí, fue grabando. Hablaban solos y yo me acerqué para cotillear —cuenta, ya sin reparo por confesarse—. Después, las otras veces, ella lloraba y decía que no quería ese papel, que ya no quería nada de él, solo que la dejara en paz. Pero no podían dejar de jugar, porque ya era tarde. La última noche que los vi, ella estaba subida en el banco y él le pidió que bailara. Javiela no bailó. Le dijo que lo contaría todo y que hablaría con la policía. Entonces él se acercó muy enfadado, le gritó cosas horrorosas y tiró del uniforme muy fuerte para que se bajara. Cuando cayó hacia atrás, se quedó muy quieta. Diego la tocó, asustado, y salió del vestuario corriendo. Yo me asusté también y salí de mi escondite.

—¿Sabes por qué le pidió que se subiera en el banco? —atino a preguntarle, sin fuerzas.

—Porque quería que bailara. Le dijo que era una borracha a la que le gustaba mucho bailar y la fiesta y que ahora lo haría para él, y algo así como que había estado toda la noche haciéndolo para otros. Siempre la llamaba por tu nombre y decía que eras suya, solo suya, y que ningún otro podía verte ni tocarte. Por eso ya no quiero grabar, porque me da miedo. Siempre me sonríe en los pasillos y me trata bien, pero me da miedo que quiera jugar conmigo.

—Dios mío, Jessica. —La acerco a mí y la abrazo. Es cuando aterrizan en mis labios cuando siento las lágrimas derramadas.

—Mientras él está en el edificio, entro aquí a jugar. Desde que Javiela murió, él nunca viene.

—Pero a veces hago excepciones —dice una voz tan pausada y premeditada que toda mi piel despierta en un escalofrío.

Giro el rostro hacia el foco del sonido sin soltar a Jessica. En el umbral de la puerta que he dejado entreabierta se encuentra Diego. No es el friki simpático poco hablador de siempre. Hay algo más. Alguien más. Un tipo que me mira con tanta devoción que me aterra.

Terror, esa es la palabra. Terror de sentir que he pisado el mismo suelo, que me he sentado en la misma silla y compartido el mismo aire con un asesino de ojos simpáticos y sonrisa tímida. Terror de imaginar con cuántos como él he cruzado palabra. No podemos reconocer a un monstruo por su apariencia, pero sí por su mirada cuando se siente descubierto.

Todos somos el secreto de alguien.

Aunque no lo creas posible, aunque no lo sospeches, alguien se durmió pensando en ti. O puede que llorara, sonriera o imaginara cómo sería besarte, qué textura tendría tu boca, qué le dirías cuando el beso acabase, cómo os miraríais, cómo te haría el amor durante horas. Y lo mejor… es que esa persona es prácticamente insospechable para ti. ¿Quién sabe si siempre estuvo cerca, muy cerca, o te contemplaba en la distancia? ¿Quién sabe si era incorrecto pensar en ti?

En no saber está la magia. Es lo bonito de ser un secreto.

31

No conviene encariñarse con los personajes secundarios.
No es su historia. Vienen, se van, y una vez que se han ido, ya no vuelven.

Nunca me había visto reflejada en los ojos de alguien que no tiene nada que perder y delante del premio que ansía ganar. Hasta hoy. Yo soy el premio; a su vez, la posible consecuencia del que lo cree todo acabado.

Me pregunto cómo he estado tan ciega, y sincrónicamente mi propia voz, la coherente que no se deja arrastrar por el pánico, me susurra que no puedo culparme. Nunca podría haberlo sospechado; no de Diego, con el que he cruzado contadas palabras.

—Eres un cobarde, y un mierda —es lo primero que digo, sin pensar en las consecuencias.

El llanto nervioso de la niña que se aprieta contra mi cuerpo me recuerda que debo medir mis palabras.

—Puede ser —me dice con una falsa calma que sé que no posee—. Debiste ser tú. Y no digas tacos, no me gusta. No de tu dulce boca.

Un nudo se agolpa en mi garganta y unas ganas intensas de vomitar me sacuden. Reprimo las ganas de escupir, con los ojos fijos en él. En cambio, me levanto.

—Vamos, Jessica —le susurro, en un intento por que me siga. Lo hace, pero todavía con el rostro oculto en mi costado—. Tranquila, no pasará nada.

—Sí, sí que pasará. Lo primero, que no saldréis de aquí hasta que yo lo decida. Lo demás, depende de tu conducta.

—Ahí fuera están tus compañeros, y Andrés, quien vendrá a buscar a su hija en breve.

Sonríe.

—Lo sé.

—Y hay cámaras en el pasillo. Si haces una tontería, esta vez nadie va a librarte.

—Ya nadie puede librarme, Eva, eso lo sabemos los dos.

Cierra la puerta a su espalda, pone el pestillo y camina con calma hasta mí. En un acto reflejo, oculto a Jessica detrás. Sus quejidos ahogados impactan en mi vestido.

Creo que es la primera vez que reparo en él de verdad. Tendrá unos

treinta y cinco años, es alto, de ojos y pelo castaño, y delgado, aunque no en exceso. Un tipo normal, ni guapo ni feo…, normal. De esas personas que pasan por la vida de puntillas, sin hacer ruido, y se van de la misma forma. O eso pensaba. En este instante, lo siento como ese chiquillo que llega borracho a casa, silencioso, extremadamente cuidadoso, y de repente se le caen las llaves al suelo y despierta a toda la familia. Ha sido descubierto. Ya no importa confesar.

—No voy a haceros daño, solo quiero hablar contigo. De verdad. Déjame aprovechar este momento para confesar lo que nunca tuve valor de decirte.

Coloca las manos por delante de su cuerpo y camina lento para dejarme reaccionar. El cuerpo de Jessica choca con el banco y nos frena. Ya no podemos retroceder más y él está cerca, tanto que saco valor de algún lugar para no descender los párpados y dejar de ver sus ojos brillantes, aunque ahora mismo lo que me gustaría es hacerme un ovillo y esperar que alguien solucione esto. Solo me queda una opción, y no puedo meditarla. Pero en cuanto abro la boca, dispuesta a gritar, de un movimiento rápido tira de mi vestido con brusquedad y me separa de la niña.

Caigo al suelo pero me levanto con rapidez, aunque no tanta como él, que se ha hecho con Jessica y la ha colocado delante de su cuerpo, rodeando el pequeño cuello con su brazo y presionando un cuchillo con su otra mano. Lo reconozco como uno de los de la sala de descanso, esos con el mango de colores. Siempre bromeábamos con ellos para advertirnos de que son capaces de cortarte un dedo desde el cajón.

—No, por favor… —le suplico—. Hablemos tú y yo, pero deja que ella se vaya.

—No puedo, Dalia, no puedo… —dice, llamándome por el nombre de mi personaje. El vello se me eriza al notar su mirada desencajada y su voz ida—. Si la dejo salir, buscará a su padre, llamarán a la policía y no me dará tiempo de contarte que llevo mucho tiempo enamorado de ti.

El movimiento nervioso que mece su cuerpo evidencia su estado. La pequeña tiene los ojos cerrados con fuerza y tiembla entre los brazos de ese cabrón.

—Vale, vale. Dejémosla aquí, pero suéltala, por favor. Hablemos. Cuéntamelo.

—No creas que te funciona. Da igual que hagas tiempo para intentar detener esto. Ni nosotros saldremos de aquí ni nadie entrará por esa puerta mientras yo tenga algo que decirte, porque entonces al conserje se le quedará el dormitorio de la garita vacío, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo —colaboro con toda la decisión posible, estática en el sitio, y sin intención de interrumpirlo más. Cuanto antes acabe,

antes nos marcharemos—. Cuéntame.

—Yo animé a Esteban a buscarte para la audición —resuelve con misterio—. Me encantaba ver tus vídeos en YouTube haciendo teatro, o en directo. Eres tan polifacética… Nunca entendí cómo esas obras tenían tan pocas visualizaciones… Después llegaste aquí. Eres buena, pero ya tenías asignado el papel principal. No quiero que te sientas mal por ello, eres una gran actriz, pero toda gran profesional necesitó un empujoncito al principio y yo podía dártelo.

Sonríe, orgulloso, pero su mirada cambia cuando descubre, a la misma vez que yo, la continuidad con la que caen mis lágrimas silenciosas. Tanto le impacta verme derramarlas que suelta a Jessica como si ella no le importara nada y se acerca a mí. Sé que es así, y para mi suerte la deja tranquila, aunque se encarga de mostrar el cuchillo para que no olvidemos quién tiene el control de la situación.

—Eh, eh… —Los dientes me castañean mientras se acerca con sus brazos abiertos y los ojos tristes, pero no me muevo—. No llores, por favor, mi niña, no llores…

Me abraza, y si no fuera por los brazos que me rodean, sé que me caería al suelo. No es brusco ni agresivo, lo que me afecta todavía más.

—Por favor, Diego…

—Shhh, tranquila. Te prometo que te mereces ese papel, que mi ayuda no te quita prestigio. Yo solo quería tenerte aquí, cerquita.

Aprieta mi cuerpo contra el suyo y yo me dejo hacer. Aprovecho que no ve a Jessica para mirarla con intención e intentar tranquilizarla. Está sentada en el banco, con las piernas encogidas y envueltas por sus brazos. Es un gesto simple y asustadizo, pero dirige sus ojos al otro extremo de la habitación y de reojo compruebo el móvil colocado en el trípode, posiblemente grabando. Por algún motivo, es un chute de valor que me incita a sonsacarle más información:

—¿Por qué lo hiciste, Diego? ¿Por qué a Javiela? ¿Por qué no me invitaste a tomar un café y contarme todo lo que me habías ayudado? Te lo habría agradecido mucho.

—Tú eres fuerte, ella era débil. Deseaba tanto tu papel que haría cualquier cosa por él. Yo te deseaba tanto a ti que haría cualquier cosa por tenerte. Hicimos un intercambio de pretensiones. Solo eso. Jamás habría soportado tu rechazo.

—No sabes si te habría rechazado.

Se separa para mirarme con irritación.

—¡Claro que sí! —Me apunta con el cuchillo y yo retrocedo. Al percibir mi miedo, lo baja—. ¡Claro que sí, joder! Nunca me has mirado, soy invisible para ti. ¡Solo tienes ojos para él! ¡Para David! Odio tanto veros juntos… He luchado, te lo prometo, para que el

guion cambiara y no tener que ver cómo te besaba. Incluso le propuse a Javiela acercarse, enamorarlo para apartarlo de tu lado. No funcionó, claro, ¿cómo iba a funcionar? Tú eres… Eres única, especial. Nadie podría igualar tus ojos ni tu sonrisa deslumbrante.

Y él está como una puta cabra. Es un loco obsesionado, un desquiciado.

Sus palabras me hacen recordar al guionista que creía conocer, debatiéndole en la última reunión a Pierre el cambio de trama, confesando que él no estaba de acuerdo con echarme a los brazos de David. Más bien a Dalia a los brazos de Cristian. Ahora entiendo su recelo.

—Tú estabas en la discoteca con nosotros aquella noche, ¿cómo pasó? —le pregunto, desviando su atención.

Ríe como un tirano y sus ojos se abren mucho. Da un paso hacia mí con el cuchillo en alto y mi corazón se detiene momentáneamente.

—¿Ves? Soy invisible para ti. Ni te distes cuenta de que me largué. Te vi besar a David en la pista y creí morir. Después saliste y supuse que te habías marchado. ¿Para qué quedarme, si yo pisaba esas putas discotecas por ti, para verte reír, y bailar, y beber lentamente de tu vaso mientras tu erótica garganta se mecía? ¿Sabes la de cosas que he hecho por ti, Eva? —Aprieta mucho los dientes—. O desfogaba con ella, o lo haría contigo.

—Nunca habrías sido capaz de hacerlo conmigo, tú mismo lo has confesado —le espeto con desdén, sin poder callármelo.

—¡Porque no quería dañarte! ¡Nunca te haría daño! ¡Porque te quiero! —grita, muy cerca de mi rostro—. Porque te respetaba, y habría seguido siendo así si te hubieras mantenido al margen y no hubieras metido las narices donde no te llaman. Pero siempre tienes que ser la que destaca, ¿verdad? No podías dejar a los muertos en paz y a los vivos seguir con su vida, ¡tenías que estropearlo todo!

—En realidad, solo eres un cobarde que se aprovechó de los deseos de una chica para manipularla.

—¿Eso piensas de mí, después de todo lo que he sacrificado por lo nuestro?

Lo nuestro. Las ganas de vomitar aumentan al escucharlo y el estado de nervios de Jessica también, aunque sigue en silencio y él parece haberse olvidado de ella.

—Quítate la ropa —me exige de repente.

—Diego, por favor…

—Que te quites la puta ropa, o te juro que le hinco el cuchillo en el cuello como una banderilla. —Señala a Jessica.

Asiento y me centro en controlar el temblor de mis dedos para poder bajarme los tirantes del vestido y dejarlo caer al suelo.

—Súbete al banco. —Me indica el mismo lugar desde el que se

supone que cayó Javiela.

Creo que ahora solo me impulsa el miedo y me ayuda a caminar al frente. Por primera vez, me arrepiento de haber hecho lo de siempre: lo que me da la gana sin pensar en las consecuencias. Ojalá no le hubiera mentido a Adán, ojalá hubiera aceptado el consejo de Sandra. Ojalá no siempre me arrepintiera de las cosas una vez que no tienen solución.

Estoy a un paso de seguir a Javiela. Quién lo diría. Casi me entran ganas de reír ante la ironía del asunto. Mañana, cuando vengan a trabajar, puede que sea yo quien esté tirada en mitad del vestuario, desnucada.

—No, por favor, Eva… —suplica Jessica, hablando por primera vez, y su miedo cala en cada uno de mis huesos.

—¡Tú te callas! —le grita—. Súbete al puto banco, Dalia, y quítate las bragas y el sujetador.

—Déjala salir, por favor —le suplico—. Yo me quedaré y haré lo que tú quieras.

—No. Y deja de insistir, o lo máximo que podrá hacer su padre es pedir una cajita bonita y pequeña que, por cierto, no podrá dejar abierta el día del funeral, porque no les dejaré una visión agradable. —La rotundidad en sus envenenadas palabras es tanta que sé que no habrá manera de convencerlo.

—Eva… —murmura Jessica.

—Tranquila —le susurro despacio. Estoy de espaldas a Diego y a ella, de cara a la pared, pero me permito girar el rostro para pedirle en silencio al puto friki pirado que me dé un segundo para tranquilizarla. Su silencio me lo permite—. Solo vamos a jugar, ¿vale? Javiela no quería hacerlo, pero yo sí. Cierra los ojos, piensa en cosas bonitas, y cuando yo te avise, los abres. Entonces podremos irnos.

—No quiero cerrar los ojos —lloriquea.

—Por favor… Me da vergüenza que me veas desnuda y jugando. Te prometo que cuando acabe, podremos irnos, ¿vale? —le repito—. Prométeme que no abrirás los ojos bajo ningún concepto.

—Te… te lo prometo.

—Súbete al banco —insiste Diego, sin pizca de paciencia en la voz.

Me desabrocho el sujetador de un movimiento y lo saco despacio por mis brazos, de espaldas a él. Después, repito la operación con las bragas, y cuando solo me acompaña el miedo, me subo al banco.

—Date la vuelta.

Trago saliva y lo hago, sin evitar mirarlo de frente. No me avergüenza lo que estoy haciendo; pese al miedo, pese a la cámara que graba y que, si él ha visto, ha ignorado. De reojo, compruebo que Jessica ha apoyado el rostro en sus rodillas y lo ha escondido.

—Eres… Eres una obra de arte, Dalia. —Traga saliva y lleva la

mano libre a su pantalón abultado. No aparto la mirada, a pesar de la sensación de asco que comienza a subirme por la garganta y que amenaza con salir en forma de vómito—. Baila para mí —me exige, devorándome con los ojos, repasando cada resquicio de piel como si fuera lo más impresionante que ha visto nunca—. Baila como lo hacías en la discoteca para él.

—Espero que te recrees bien y guardes en tu retina el momento, porque será el que recuerdes cada puta noche encerrado entre rejas. Recuerda a su vez que jamás haría esto intencionadamente y que serías el último tío de la Tierra al que tocaría. Ni con un palo, fíjate lo que te digo, me acercaría a ti.

Sus hombros se tensan, pero no responde a mi provocación.

—Baila.

—¡Eva! —se escucha de repente al otro lado de la puerta, y como si fuera mi salvación, noto cómo lloro de nuevo.

—Como abras la boca, la mato —me advierte, mirando a Jessica, quien ha levantado la cabeza al escuchar a su padre, pero sigue con los ojos cerrados—. Te juro que la mato, te mato, me mato y adiós muy buenas. No tengo nada. Ya no me queda nada… Así que la boca cerradita. —Después se dirige a Jessica—: A ti, mocosa metiche, te digo lo mismo.

Obedezco, porque sé de sobra que no hay en este mundo nada más peligroso que una persona a la que no le queda nada que perder.

—¡Eva! ¡Jessica! —vuelve a gritar Andrés—. ¡Dime que estás ahí! ¡Abre la puerta!

—Baila —repite Diego, y desmonta todos mis esquemas cuando empieza a tararear una canción muy suave, esa tan típica que suena en los estriptis—: Tan tan tan, tan tan, tanana, tan, tan tan…

Comienzo a moverme, pero mis piernas tiemblan tanto que me es imposible mostrar un poco de soltura.

—¡Pareces un palo! A él no le bailabas así. ¡Baila, joder! Mueve ese culo de zorra como lo movías delante de todo el mundo en la discoteca.

Lo intento, juro que lo intento, pero a duras penas puedo respirar, y mucho menos bailar.

—¡Eva, escúchame! —La voz de Adán al otro lado me sobresalta. Instintivamente, me detengo e intento cubrir mi desnudez—. ¡Tranquila, estoy aquí! —vocifera, muy lejos de predicar con el ejemplo.

—¡Que bailes, joder! —brama encolerizado, y sé que todo el control acaba de escapársele de las manos al sentirse atrapado, lo que me angustia todavía más.

Sus pasos firmes acercándose me hacen mirar hacia atrás.

—¡Evaaa! —me advierte Jessica en un grito desgarrador.

Viene hacia mí hecho una furia. No me da tiempo de reaccionar cuando me agarra de cualquier manera del pelo y me baja, tirándome al suelo. Lo siguiente que noto es mi cuerpo alzándose de manera involuntaria, guiado por él, que sigue aferrando mi cabello, y tira hasta incorporarme. Sujeto sus manos con las mías en un intento por que no me lo arranque. Duele como si estuviera a punto de sacarlo de mi cabeza de un tirón limpio.

—¡No, por favor! —sollozo cuando veo el cuchillo acercarse a mí —. Tú no quieres hacer esto, Diego.

La puerta es golpeada con fuerza, y sé que Adán intenta derribarla desde el otro lado.

Junta su boca a mi mejilla y se aprisiona contra mí para hablarme con los dientes muy apretados:

—Tampoco quería hacérselo a ella, Eva. No quería. Te lo prometo. Yo solo quería… Solo te quería a ti.

Posa el filo del cuchillo sobre mi cuello y ya ni siquiera siento el dolor de cabeza.

—Lo… lo arre… arreglaremos.

—¡No me mientas! —La punta se hinca con más fuerza en mi garganta y lloro desconsolada al sentir la humedad de la sangre deslizándose por mi cuello. Jessica grita, suplica ayuda, pero su voz es solo un sonido discordante en la estancia—. No podemos arreglar nada, no ahora. Pero conseguiré que me perdones, ¿vale? Haré todo lo posible para que me perdones y podamos ser felices allí donde vayamos. Te lo prometo. Yo te amo, te amo, y voy a cuidarte y a protegerte siempre. Te lo prometo.

A estas alturas, he cerrado los ojos y me he rendido, como cuando tienen que sacarme sangre y pienso que me funcionará para sentir menos la aguja. No hay nada que hacer; el cuchillo presiona más y no tengo posibilidad de movimiento sin que me atraviese la garganta.

Entonces, un ruido seco me hace apretar los párpados, esperando el pinchazo, como el del enfermero. Esperando el final, mi final. Seguido, otro. Es instantáneo pero ensordecedor. El agarre de mi pelo y el contacto sudoroso de mi mejilla desaparecen. Sin atreverme a abrir los ojos, caigo al suelo de rodillas. Después, voces mezcladas que me llaman a mí y a Jessica, que insultan y ruegan. Lamentaciones, gritos y un pitido profundo que se ha quedado en mis oídos debido al disparo. Miedo, el más puro que he sentido en mi vida.

Unos brazos me rodean y me arropan. Unos labios se posan en mi pelo y lo besan mientras me aprieto contra su cuerpo. Un perfume familiar.

—Soy yo, pecosa, soy yo —susurra Adán, rodeándome con tanta fuerza que no sé si soy yo la que se aferra él o al contrario—. Soy yo, soy yo…

Solo puedo escucharlo decir eso, o quizá él no es capaz de decir otra cosa.

A mi lado, Sandra pide a voces que llamen a la policía, y acto seguido siento que me cubren con alguna prenda. Solo abro los ojos una vez para buscar a Jessica, quien abraza a su padre con desesperación a la altura de la puerta. Rostros desconocidos nos observan desde allí. Pudiendo recuperar algo de aire, los desvío al suelo, justo a mi lado, donde Diego yace bocabajo, inerte, sobre un charco de sangre y con un agujero en la nuca. Por último, miro hacia las manos tatuadas que me calman. Una de ellas todavía sostiene la pistola.

—Estoy aquí, Lentejas. Estoy aquí…

Entonces me desvanezco.

Unos brazos firmen me sujetan y solo soy consciente de una cosa: no permitirán que me caiga.

32

Las familias son tejidos.
Resulta imposible tocar una parte sin hacer vibrar el resto.

Adán

Me monté en un avión por primera vez con siete años y con un pánico atroz a las alturas, cuando ni siquiera era capaz de asomarme a la ventana de mi habitación sin sujetarme ni sentir vértigo. He presenciado el accidente que se llevó a una de las personas que más quería y, como consecuencia, aguardado la transformación de mi vida, de mi nueva familia y la construcción de un hogar que nunca quise tener. He esperado un diagnóstico, acuclillado en un frío pasillo de hospital con mi madre al otro lado de las puertas y su corazón indeciso decidiendo si seguir o no latiendo. He cometido delitos. He torturado y matado a gente. He escapado del hombre del que, aseguran, no se puede escapar. Y jamás he sentido tanto miedo como en ese instante en el que vi un cuchillo a punto de hincarse en la garganta de Eva, desnuda y con los ojos cerrados, con el cuerpo húmedo del sufrimiento que había escapado en forma de lágrima.

Durante un instante, temí que el pánico por ser ella la que estaba pegada rostro con rostro bloqueara mis extremidades. Miedo a fallar, a no apuntar, a no acertar. Nunca había dudado de mi habilidad, pero es que nunca había tenido que dispararle a alguien que, en caso de haber fallado, me habría arrancado la vida. Antes de terminar de pensar todo eso, mi mano se había alzado, el tipo girado en un vano intento por darse la vuelta para cubrirse de mí y la bala atravesado su nuca.

Ha pasado una semana desde entonces. No habría sido necesario, pero todo lo que ocurrió está grabado, lo que ha agilizado el proceso, abierto el caso y arrestado al implicado que faltaba, Esteban, quien a pesar de no haber tenido nada que ver en toda la historia de Diego hasta el momento de la muerte de Daniela, cubrió el *accidente* justo después de encontrarse con el guionista subiendo las escaleras del edificio con desesperación y con la clara intención de tirarse desde la azotea. Ojalá lo hubiera hecho. Esteban escuchó su relato, le quitó la idea y le prometió que lo cubriría. Había sido un accidente, él no quería hacerlo, o eso le metió en la cabeza. Y no por bondad, sino con la única intención de no levantar la liebre sobre alguien de su equipo y que lo tacharan de asesino, lo que hundiría su carrera. Y para ese despojo de mierda, no existe nada más importante que su carrera. Ahora, se enfrenta a cuatro años de cárcel por delito de encubrimiento, y ni qué decir tiene que no hay manera de limpiar su imagen en el mundo audiovisual, ni siquiera adoptando perros.

La armonía en casa se ha desestabilizado completamente y todos nos movemos por la preocupación del estado de Eva. No es que

pensara que fuera a ser coser y cantar para ella, pero no esperaba que su carácter y valentía le permitieran aplacarse de tal manera. Se pasa el día encerrada en su habitación y no he conseguido hablar con ella a solas ni una vez desde aquel día. Jessica y Andrés la han visitado en una ocasión, durante la que el ánimo de la niña consiguió despertar un poco el suyo. La tranquilidad de comprobar que no estaban pasando por el mismo trance y que la más pequeña ahora lucía una sonrisa, además de la ausencia de miedo en sus ojos, logró que un trocito de la losa que aplasta a Eva desapareciera, o al menos fuera más liviana.

La que acude cada día es Sandra. Por lo que dice Elena, Eva no habla apenas con ella, pero a su amiga le da igual. Se tumba en la alfombra del suelo o a su lado en la cama y le relata cosas sin parar. A mí no me enfrenta, aunque no aparta la mirada cuando la fulmino a su paso. Hoy es el día, lo sé cuando abro la puerta y su mentón alto me indica que no soporta más el peso de la culpabilidad.

—Mira, lo siento, ¿vale? —Es lo primero que me suelta, y parece hincado en el costado desde hace una semana, porque se desinfla delante de mí. Como no hago amago de abrir más la puerta, ella la empuja y entra—. Créeme que yo lamento más que tú todo esto.

No suelta la bolsa de supermercado que trae llena de porquerías grasientas y que se acumularán en la alacena. Eva casi no prueba bocado, aunque ella no desiste.

—¿Lo lamentas? Un minuto más haciendo la gilipollas para distraerme y lo que estarías lamentando sería la muerte de Eva.

Traga saliva.

—Gracias. Pero ya me siento lo bastante culpable y me torturo a todas horas por ello para que tú me lo recuerdes. Solo estaba ayudándola.

—No te equivoques. Yo estoy para ayudarla, y tú casi lo impides.

Me lanza una última mirada dolida antes de subir por las escaleras. Yo me doy media vuelta y me dirijo a la ventana de la cocina para fumar.

—Al patio —me pide mi madre con un tono que no invita a negociar. No la veo, pero la siento detrás—. Y deja de ser tan duro con ella.

—¿Duro? ¿Crees que soy duro? Han actuado como dos jodidas niñas pequeñas. Tú no la viste. Un minuto más… —le recuerdo, girándome para mirarla—. Un minuto.

Ella ha hecho lo mismo que yo y me da la espalda. A pesar de tener el lavavajillas al lado, se centra en fregar los platos, señal inequívoca de que va a compartir tiempo conmigo, pero otorgándome la facilidad de no vernos mientras hablamos.

—Lo sé, y no quiero pensar en lo que habría ocurrido.

—No hace falta echarle mucha imaginación —mascullo.

—¿Recuerdas cuando escondiste el pasaporte de tu padre para que no viajara a Italia? Casi le desmontas la oportunidad laboral de su vida.

Sonrío débilmente, recordando a mi padre dando vueltas por la casa y desarmando los cajones para encontrarlo, a pocas horas de que el avión despegara.

—No quería que se fuera un mes completo. Y tenía como siete años, no veinticinco.

Suelta el plato que tiene en la mano y se gira para mirarme. Me percato de que hace demasiado tiempo que no compartimos una estancia a solas mientras cruzamos palabras que no sean dañinas o esquivas.

—Eso da igual, Adán. No hay edad ni lógica cuando estás a punto de hacer una locura por alguien que te importa. —Me sonríe con ternura—. Por cierto, hablando de tu padre, deberías llamarlo o ir a verlo. Seguro que se alegra muchísimo de saber que te quedas. Porque te quedas, ¿no? ¿O has cambiado de opinión?

No podría cambiar de opinión aunque quisiera; no al menos para volver al lugar del que tanto me costó salir. Pero sí podría apartarme, perderme en cualquier punto del país. Fuera de él, incluso.

—No, no he cambiado de opinión —le respondo con sinceridad. Sé, ahora más que nunca, que no podría hacerlo.

Sale de la cocina con algo parecido a la esperanza instalada en el rostro y yo me termino el cigarro en soledad, observando a Sultán a través de la ventana que da al patio. Intenta sacar a Venus de la casa de plástico que le hemos comprado a él y de la que ella quiere adueñarse. No se entienden. La cachorra trata por todos los medios ganarse al grandullón, que, huraño, la aparta sin descanso o termina por salirse y marcharse para no soportarla. Mis comisuras se elevan —puede que por primera vez en toda la semana— al pensar en eso de que los perros se parecen a sus dueños. Mi gesto se desvanece con rapidez al recordarme que algo ha cambiado entre nosotros, algo que llevo percibiendo desde que llegué: Eva ya no insiste en formar parte directa de mi vida, y yo ya hace mucho que desistí de la idea de alejarme.

Es como si todo se hubiera dado la vuelta.

Intento pensar en ella como antes, de esa manera física y desesperada que llevo años necesitando. Intento que me golpeen los recuerdos obscenos, con poca ropa o sin ninguna, con mirada intensa o lobuna, y con palabras sucias que me rogaban más. Intento fingir que solo sigue siendo esa hermanastra prohibida que siempre me la ha puesto dura por el hecho de serlo, de no estar permitida, y que me miraba a escondidas, o eso pensaba ella, como si yo fuera… alguien.

Lo hacía con las pupilas dilatadas por el deseo y yo fingía no notarlo. Después me metía en la ducha, o en la cama, para rememorar esos ojos potentes, los más potentes que he tenido delante, y masturbarme con fiereza imaginando las barbaridades que podría hacer con ella. Pero intentar creer que esa es la única manera en la que la veo, carnal, sería luchar contra mi propia verdad.

Es curioso que últimamente estén llegando a mi mente momentos banales y sin importancia que creí olvidados: la niña de ojos inmensos y sonrisa permanente, por ejemplo, que siempre siempre reía, a no ser que yo la hiciera llorar; la contestona que primero me insultaba por quitarle sus cosas y justo después partía el sándwich de Nocilla en dos para compartirlo; las salidas en bicicleta, las carreras en patines, jugar al escondite en su jardín o al pollito inglés en el mío; la enana que se enfrentaba a otros niños si era necesario defenderme; la niña que dejó de ser niña y pisó el instituto. Era consciente de lo que causaba a su paso, ella también, pero parecía no importarle, pues solo tenía ojos para el capullo de su amigo. Incluso cuando volví después de marcharme, siendo legalmente su hermanastro, continuaba mirándome con ese halo de esperanza que pedía a gritos una oportunidad, secreta o pública, de dejarme querer. Pero yo no quise ser querido.

Eva me consideraba un valiente al que idolatrar, pero en realidad siempre estuvo delante de un cobarde.

Puede que eso ahora haya cambiado, que sea verdad lo de «Más vale tarde que nunca», porque estoy dispuesto a intentarlo.

Son las seis de la tarde. Natalio y Elena han salido a hacer la compra. Sin muchas palabras, mi madre me ha pedido que le suba a Eva una magdalena de plátano y chocolate de la bandeja que acaba de sacar del horno. «Espera que se enfríe un poco y súbesela. Intenta que se la coma, anda». Y eso he hecho: esperar a que se enfríe la suya mientras me comía dos de las mías y subir.

Dudo antes de llamar a la puerta. No es que no quiera verla, es que no es agradable contemplar a la persona sin color en la que se ha convertido. Sé que es su duelo, pero eso no le resta dolor. Ya pasó después del accidente de su madre, y ahora ha vuelto esa tormenta que parece acompañarla las veinticuatro horas. Si entrara sin llamar, ni siquiera me escupiría algún comentario desdeñoso.

Al final, toco con los nudillos, pero nadie responde al otro lado. Dos intentos más y abro. Para mi sorpresa, no hay nadie.

—Eva —la llamo bien alto desde el umbral de la puerta para saber si está en el baño. Lo dudo, la puerta está entornada. Bajo la escalera y compruebo el de abajo—. ¿Eva?

No responde, y yo parezco un gilipollas dando vueltas por la casa

con la magdalena en una mano, sensación que pasa a un segundo plano cuando miro en el patio como última opción y no la encuentro. Con rapidez, voy al salón a por mi móvil y llamo a Sandra, ya que estuvo aquí hasta hace un rato.

—¿Sandra?

—Menuda sorpresa. ¿Llamas para echarme en cara algo más?

Ignoro su tono mordaz.

—¿Sabes dónde puede estar Eva? No está en casa.

Guarda silencio un momento.

—Hum… La animé a salir y se negó en rotundo. Hablamos de seguir reformando su casa y no aceptó, pero tampoco dijo que no lo haría. Lo mismo ha ido allí.

—Bien.

—De nada —la escucho decir antes de colgarle.

Cruzo el pasillo hasta el cuelga llaves y compruebo que falta la de su casa. Respiro aliviado. Durante estos minutos que ha durado la corta búsqueda, un pellizco insano se me ha instalado en el pecho y me cuesta respirar con normalidad. Una tontería, soy consciente.

Decido salir de casa y llevarle la magdalena, que a estas alturas no va a quemarle el paladar.

El jardín parece pisoteado y sin vida, como su dueña ahora mismo. Intento pasar por alto los desperfectos de la casa donde un día correteé junto a Eva, admiré a Natalio y recibí todo el amor de Vanora. Ellos también fueron mi familia. Como si el destino quisiera gastarme una broma pesada, decidió que de algún modo siempre lo sería, pasara lo que pasase.

Encontrarme la puerta abierta de par en par impulsa a mis pies a entrar con más rapidez. Eva no dejaría la puerta abierta; no aquí, en su templo privado. Sé nada más pisar el pasillo que no va a gustarme lo que halle.

Nada, no encuentro nada.

Nadie responde a mis voces y no hay rastro de Eva.

Pienso, pienso y pienso, y pensando me giro para salir de nuevo y seguir buscando.

Ahí veo la nota. Es grande, en un folio A4 de color rojo y letras bien marcadas y vistosas, para que no pase inadvertido. Está clavada desde dentro, en el marco de la puerta, lo que al entrar me ha impedido verla. Pero quien la ha puesto se ha asegurado concienzudamente de que la encuentre al salir.

Quiero suplicar que sea de Eva, pero un escalofrío me recorre la columna y la magdalena se me cae al suelo. Sé, sin necesidad de leer, de quién es esa letra.

Arranco el folio con furia y lo leo.

Te extrañamos en casa.

Saco el móvil con la misma urgencia que late mi corazón. Por suerte, los dedos no me tiemblan y encuentro su contacto con rapidez. Deberían temblarme, soy consciente de ello, pero no lo hacen y agradezco la firmeza.

—¡Lusco! ¿Qué tal? Todo un honor comunicarme contigo. Nuestro último encuentro no fue muy agradable y…

—Déjate de gilipolleces. ¿Dónde la tienes?

—Vaya, el sur te ha cambiado. Te recuerdo con mejores modales.

—Sergio, ¿dónde está? Te juro que como le toques un solo pelo, todo lo que has visto a lo largo de tu vida va a parecerte un puto parque de atracciones comparado con lo que voy a hacerte.

—¿Pelo? Me gusta su pelo. Ahora mismo tengo un mechón entre mis dedos y… —esnifa con fuerza para asegurarse de que lo escuche— qué rica huele. Normal que tengas la cabeza perdida por ella. Oye, hablando de eso, qué feo, ¿no? Joder, que es tu hermana.

No sé cómo se ha enterado y tampoco me importa.

La tirantez de mi mandíbula me indica que no podré contenerme mucho más. Sin embargo, mi condición respecto a ellos es desfavorable. Yo mejor que nadie lo sé.

—Sergio, escúchame. Dime dónde nos vemos, dime qué quieres y yo te lo daré, pero déjala.

—Sabes lo que queremos: a Gabriela.

—No la tengo, ¡joder!

—Pero sabes dónde está —asegura—. Y has tenido semanas para desembuchar. ¿Qué crees que pensará Biel de la flexibilidad que te hemos otorgado? El primer día deberíamos haberle llevado tu puta cabeza, pero por la amistad que nos une…

—¿Bi… Biel? —titubeo, sin escuchar la cantidad de sandeces que suelta a continuación.

La realidad cae sobre mí y casi me fallan las rodillas.

Está vivo.

Y no temo por mí, temo por ella. Por ellos.

—¡Sorpresa! —Ríe con mucha fuerza—. Menudo cabrón, ¿eh? Debería donar ese cuerpo a la ciencia. A lo que vamos, que tengo aquí a una bella pelirroja expectante y mucho tiempo para dedicarle. La mercancía, hermano, es sagrada. Deberías saberlo mejor que nadie.

—Sergio.

—Lo siento, pero creo que hemos sido demasiado *benevolentes* —recalca con la intención de hacerme recordar la amenaza que le dirigí yo en su día.

—Sergio —lo advierto con toda la firmeza que me es posible.

—Tendrás noticias pronto.

Lo último que escucho es su risa, esa que nunca desaparece. Jamás

en la vida pensé que podría llegar a odiarla tanto, que se metería en mis oídos y me taladrarían sin pausa.

Cuando el móvil se me cae de la mano, estrello el puño contra la puerta y la golpeo una, otra y otra vez, dejando salir mi furia en cada golpe, en cada grito. Ojalá pudiera desintegrarme con ella y desaparecer para siempre.

Tienen a Eva.

A una Eva rota y hundida.

Sé de lo que son capaces el Pepitas, Axel, Ikram y, sobre todo, Biel.

Un quejido ahogado escapa de mi boca cuando la cólera se convierte en miedo y caigo de rodillas, rendido.

El Atrapasueños no está muerto, y viene dispuesto a arrancarme el mío para siempre.

Continuará…

Agradecimientos

Hace casi seis años pasó el tren de la literatura por la puerta de una pequeña panadería que regentaba. Mis padres me dijeron que me subiera corriendo, que esos eran de los que se veían en una sola ocasión. Les hice caso y me monté con ilusión. Pero una vez acomodada en el sillón, sentí que no formaba parte de aquello. Era donde quería estar, eso seguro, pero quizá no donde debía. ¿Qué hacía yo allí, entre tanto pasajero eminente? Me sentía una forastera, y todavía me ocurre. En el momento de pánico, de tener ganas de correr y tirarme a las vías, alguien se sentó en el asiento de al lado. Muchos, en realidad. Algunos se quedaban durante un largo tramo, otros se bajaban en la siguiente parada, pero todos me aportaban algo y me sembraban más y más ganas de seguir ahí, viajando.

Ahora no cuento con el suficiente espacio para hablar de todos mis pasajeros, pero seguro que sabes si has sido uno de ellos; puede que compañero directo, puede que de esos que te sonríen desde lejos, de los que solo te saludan con la mano o de los que te dedican una palabra de aliento. Pero todos, absolutamente todos, formáis parte de este trayecto de ensueño, incluso los malos.

Gracias a los que estuvisteis, a los que estáis y a los que quedan por llegar.

Mención especial a mis padres, por hacerme subir aquel día, por esperarme en cada parada con los brazos abiertos para darme un abrazo de aliento.

A Francisco Javier, mi compañero de vida, por conducir desde la cabina, en silencio, en segundo plano, pero guiándome siempre y hablándole de mí con orgullo a todo el que va subiendo.

A mis Unis, mi mafia, mis pelusonas, Angy Skay y Ma McRae, por no permitir jamás que me tire a las vías, por muchas ganas que tenga, y ser capaz de empujar a ellas, eso sí, a cualquiera que ose dañarme intencionadamente. Gracias por sujetarme con garra.

A Cinta Márquez e Iván Lorenzo, por ser ella mi lectora en exclusiva, y por sacrificar él su reputación *lectoril* con este libro porque sabe lo especial que es para mí, para los cuatro. Pero, sobre todo, por formar parte de nuestras vidas. De todos es sabido que en casa del herrero, buena sombra le cobija. Tenemos un toldo gris que nos cobija en momentos de burbujas, vinos y risas, y nos proporciona intimidad en otros no tan buenos, en los que necesitamos abrazarnos para hacernos saber que estamos ahí, los unos para los otros. Gracias por tener siempre dos sillas más en vuestra mesa. Y dos reposacabezas.

A Noelia Mora, Jaime Blanco, Inma Álvarez y Rafael Mora, la

familia que me ha convertido en familia y que siempre tienen una sonrisa y una puerta abierta, ya sea en Sevilla Liberal, en su casa o en sus vidas. Sois enormes.

A Carolina Santana, por sus correcciones y paciencia. A AS Desing, por el diseño y la maquetación; nadie sabría dar en el clavo como tú. Dos profesionales que se amoldan, me aguantan y, bajo mi punto de vista, dejan resultados excelentes.

A cada persona que me ha dado la oportunidad con este o alguno de mis títulos y me ha hecho un poquito más feliz cada día con su lectura o su opinión. Sin vosotros, cada historia se habría quedado en mi mente o en el fondo de un cajón. Quién sabe. Gracias por no permitirlo.

Que el tren no pare, que nos queda mucho camino.

Biografía de la autora

Noelia Medina se considera los dos extremos de una cuerda. En uno se encuentra la escritora de novelas eróticas y románticas sin ningún tipo de tabúes, en el otro, la creadora de relatos juveniles que se centra en las relaciones sanas, la empatía y la convivencia plena de los seres humanos. Para caminar de un extremo a otro de la cuerda de la vida, los cree necesariamente compatibles. Entre medias, combina la comedia, el suspense o cualquier género que le apetezca en ese momento, eso sí, siempre con el amor presente.

Entre sus obras destacadas se encuentran *Con las manos en las bragas, la bilogía Tabú, Donde caben dos, caben tres, Aitor* y *La hija de mi socio*. También crea historias a cuatro manos como la serie *Mafia de tres,* junto con Angy Skay, o *El polígrafo sexual,* junto con el Vecino del Ático.

Notas

[←1]

Formación Profesional.

[←2]

Mascota virtual que se popularizó durante los años noventa.

[←3]

Servicio de asistencia médica de urgencias.

[←4]

Asociación de madres y padres de alumnos.

[←5]

Programa andaluz para niños que emitía Canal Sur.